Marcel Proust

# El almuerzo en la hierba

Selección de Pensamientos de *En busca del tiempo perdido*
por Jaime Fernández

traducción de María Teresa Gallego y Amaya García



En noviembre se cumplirán cien años de la publicación de *Por el camino de Swann*, primer volumen de los siete que componen el ciclo novelístico de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*. Para celebrar este feliz centenario ofrecemos a los lectores una nueva traducción y amplia selección de pensamientos extraídos de la novela y dispuestos siguiendo un orden temático en el que están representados los principales motivos que recorren la obra. De esta forma se pretende introducir al lector que no haya leído *En busca del tiempo perdido* en las complejidades del pensamiento proustiano y, a quienes conozcan la novela, animarlos a una siempre saludable relectura. Los textos han sido traducidos directamente de la edición canónica por María Teresa Gallego y Amaya García. Al menos en el mundo de habla hispana es la primera vez que se ofrece una compilación de esta naturaleza.

Arnold Hauser: «Proust es el mayor maestro en el análisis de los sentimientos y pensamientos, marca la cumbre de la novela psicológica». Harold Bloom: «Proust es tan primordial como Tolstói en su universalidad y en su profunda conciencia de la naturaleza humana, tan sabio como Shakespeare». George Steiner: «*En busca del tiempo perdido* ha operado como una mitología prescriptiva, creando matices de emoción, giros del ser y de la simulación que eran, de alguna manera, una *terra incognita* del yo». Milan Kundera: «En *En busca del tiempo perdido* no hay ninguna intención autobiográfica; el autor no escribió esta obra para hablar de su propia vida, sino para iluminar en los lectores la vida de ellos».

Marcel Proust

# El almuerzo en la hierba

## Selección de pensamientos de *En busca del tiempo perdido*

Título original: *Título*
Marcel Proust, 2013
Traducción y notas: Amaya García Gallego & María Teresa Gallego Urrutia
Compilador: Jaime Fernández
Retoque de cubierta: Titivillus

El Jardín de Epicuro

¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!

# Nota de las traductoras

En *À La recherche du temps perdu* aparece 88 veces —vez arriba o abajo— la expresión *du côté de*… Aunque quizá pueda opinarse que no son tantas en una obra de tales dimensiones, no por ello deja de constituir esa expresión un *leitmotiv* musical, sobre todo en los dos primeros tomos, en donde encontramos más de la mitad de esas 88 apariciones. A mayor abundamiento, en el tomo primero y en el tercero —en cuyos títulos figura— Proust la utiliza para establecer un paralelismo entre ambos que no parece deseable que se pierda en la obra traducida.

El reto para el traductor —y no menos obligación que reto, en opinión de estas traductoras— consiste en dar con un giro que pueda utilizarse en castellano en todos y cada uno de esos casos y no solo para conservar el paralelismo de los títulos *Du côté de chez Swann* y *Du côté de Guermantes* —que se refieren, por supuesto, a mucho más que a la mera localización geográfica de la zona en que están la casa de Charles Swann y el palacio de Guermantes—, por lo que han titulado esos tomos *Por donde vive Swann* y *Por donde los Guermantes*.

Tras ese giro *Por donde*, pueden tener cabida en castellano todas las situaciones que *Du côté de*… introduce en el original, conservando el motivo musical y resolviendo, además otra dificultad: el lector francés que se topa con el título *Du côté de chez Swann* puede no saber, de entrada, quién es Swann, pero lo que sí sabe sin lugar a dudas es que es «quién» y no «qué», información que parece procedente que se ofrezca también en la traducción.

MARÍA TERESA GALLEGO y AMAYA GARCÍA

# Ensayo introductorio

# EL ALMUERZO EN LA HIERBA

## UN ARCA DE NOÉ CONTRA LA MUERTE

### I

Hace cien años, exactamente el 14 de noviembre de 1913, se publicaba *Por donde vive Swann*, primer volumen de los siete que componen el ciclo novelístico de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*. Para celebrar este feliz centenario ofrecemos a los lectores una amplia selección de pensamientos extraídos de la novela y dispuestos siguiendo un orden temático en el que están representados los principales motivos que recorren la obra. De esta forma se pretende introducir al lector que no haya leído *En busca del tiempo perdido* en las complejidades del pensamiento proustiano y, a quienes conozcan la novela, animarlos a una siempre saludable relectura.

Es preciso recordar que Proust tuvo que costearse la edición del libro publicado en la editorial Grasset, después de que fuese rechazado por otras editoriales más importantes. No ocurrió lo mismo con el segundo volumen, *A la sombra de las muchachas en*

*flor*, que incluso fue galardonado con el Premio Goncourt, si bien tras la recomendación de alguno de sus influyentes amigos. Gracias a ello, la novela se fue abriendo paso entre un público cada vez más amplio y receptivo, ante una obra innovadora en la que se advierten las huellas de lo más granado de la tradición literaria francesa y europea, como Montaigne, La Bruyère, Saint-Simon, Stendhal, Flaubert, Baudelaire, Balzac, John Ruskin, George Eliot y Thomas Hardy, por citar a algunos autores significativos.

Hoy, un siglo después de que viese la luz el primer volumen de *En busca del tiempo perdido*, la novela puede acreditar un largo recorrido entre los lectores de todo el mundo, y ello pese a las dificultades de un estilo que exige un elevado grado de concentración. La complejidad sintáctica de la frase proustiana discurre paralela a la exposición prolija de pensamientos, que hacen de Proust un ensayista digno descendiente del creador del género, Michel de Montaigne. El microcosmos de personajes alrededor de los cuales gira la trama de la novela —en el doble sentido de argumento y urdimbre— transporta al lector a un mundo paralelo al real, en el que, en un periodo de cuarenta años aproximadamente, los individuos y los escenarios experimentan sorprendentes mudanzas e inversiones sobre el telón de fondo del transcurso del tiempo, del que Shakespeare escribió que «hace girar la caprichosa rueda veloz de la Fortuna»[1].

Aparentemente *En busca del tiempo perdido* es una novela de aprendizaje en la que el Narrador, Marcel (no confundir con Marcel Proust), en tanto que individualidad predominante, desempeña la doble función de protagonista y observador. Solo en una ocasión se desprenderá de la máscara para dirigirse al lector, llegando a insinuar, por boca de este, que tal vez haya alguien que se esconda detrás de él.

Siendo adolescente, Marcel —hijo único de unos padres burgueses residentes en París, aunque con raíces en Combray, un imaginario pueblo normando— manifiesta una clara vocación literaria, primero como lector, y más tarde con sus tentativas de

escritor, que irá madurando con el curso de los años. Enfermo de asma, ha de someterse a los cuidados que requiere esta dolencia en una época en la que había escasos remedios que la aliviaran. Antes de que su proyecto literario cristalizase, hubo de atravesar un largo y doloroso periplo. Aunque la vocación literaria estuviese presente en su voluntad desde una edad temprana, carecía de consistencia, mejor dicho, de contenido: la experiencia que le quedaba por vivir y que constituirá el principal yacimiento de recuerdos en el que empezará a excavar en el momento de iniciar la escritura de su novela.

En una estancia estival con su abuela materna en Balbec, localidad también ficticia de la costa normanda en la que veraneaba la alta sociedad parisina, Marcel tendrá ocasión de entablar amistad con un joven aristócrata, el marqués Robert de Saint-Loup, sobrino de los duques de Guermantes y del hermano del duque, el viudo barón de Charlus. Sin embargo, no será a través de Saint-Loup como Marcel accederá al salón de la duquesa Oriane de Guermantes, por la que se siente fascinado desde que la viese siendo niño en la iglesia de Combray. También en Balbec conocerá a la que será su amante, Albertine Simonet, entre un grupo de amigas de familias burguesas residentes en París.

Ya en la cima de la madurez, y bajo los efectos de la enfermedad que le ha perseguido desde su infancia, se retira del gran mundo en el que ha transcurrido su juventud para entregarse a la escritura de la novela, la que está leyendo el lector.

No obstante, Marcel ignora que su ajetreada experiencia mundana, complementada con una turbulenta pasión amorosa, conforme el material sobre el que construirá su novela. Él se limita a vivir mientras alimenta casi en secreto la idea de encerrarse algún día para escribirla. De hecho, *En busca del tiempo perdido* constituye un viaje desde la ingenua ignorancia de la adolescencia y la juventud hacia el conocimiento de la realidad que, después de una tenaz búsqueda, concluirá con el hallazgo del arte como forma de

redención personal —que el Narrador hace extensiva a los lectores —, ante el desengaño causado por la experiencia vital.

Proust murió el 18 de noviembre de 1922, unos meses antes de que hubiese dado por concluida su obra. Al igual que en la cámara mortuoria de uno de los personajes más destacados de *En busca del tiempo perdido*, el también escritor Bergotte, junto a su ataúd comparecían los manuscritos de la novela que aguardaban la publicación.

Desde muy joven fue consciente del papel trascendental que habría de desempeñar su enfermedad —el «rudo director espiritual»— en la obra literaria que proyectaba. Así se desprende de la dedicatoria a su amigo Willie Heath que encabeza *Los placeres y los días*, fechada en julio de 1894, cuando el autor tenía veintitrés años, en la que confiesa que, siendo niño, no le parecía «la suerte de ningún personaje tan desdichada como la de Noé, por el diluvio que lo tuvo encerrado en el arca durante cuarenta días». Pero añade que, cuando posteriormente estuvo enfermo a menudo, debiendo permanecer también «largos días en el *arca*», comprendió que «nunca pudo ver Noé el mundo tan bien como desde el arca, a pesar de que estuviera cerrada y fuera de noche en la tierra»[2].

Pronto percibió la sombra del Ángel de la muerte, por lo que hubo de luchar el resto de su vida contra el tiempo que le empujaba cada vez más deprisa hacia la hora final. Ese rastrear incesante y pormenorizado en el recuerdo de las sensaciones y experiencias aparentemente más triviales, la obsesión por fijarlas a través de la escritura, desmenuzándolas con auténtica fruición, es propio de quien presiente que tiene los años contados.

No quiere abandonar este mundo con la incertidumbre de si se habrá dejado algún recuerdo en el tintero de la memoria. Como la Sherezade de los cuentos de *Las mil y una noches*, que leyó en su infancia, se siente en el deber de contar cuanto ha vivido y sentido antes de que la muerte lo arrastre. No puede detenerse porque entonces esta se arrojará sobre él. Mientras esté contando dispondrá

de la oportunidad de vivir. Cuando deje de contar es que habrá muerto.

A diferencia de otros narradores ficticios, que escriben sus autobiografías (o más bien pseudobiografías) para justificar algún episodio crucial de su vida ante el lector, el Narrador Marcel se embarca en la redacción de su autobiografía ficticia para dejar constancia de que, al contrario que los personajes que han compartido con él sus experiencias, no ha vivido estas en balde; que los placeres y sufrimientos, pero también el bagaje de conocimientos adquirido después de un largo y complejo trayecto, no morirá con él, sino que, gracias al milagro de la escritura, permanecerá a disposición de los futuros lectores, quienes revivirán en su imaginación ese mundo de recuerdos narrado en la novela del mismo modo que Marcel, ávido lector desde su infancia, revivió en su imaginación las historias que leyó en los libros escritos por otros.

El individualismo proustiano arranca de un obstinado combate más que contra la muerte, contra sus fatales consecuencias: el olvido, la disolución de los recuerdos. Sin duda, el núcleo de *En busca del tiempo perdido* hay que buscarlo en el binomio vida-muerte que Marcel, con las reflexiones y las anécdotas que desgrana en la novela, resuelve finalmente en el binomio arte-vida.

No se rindió ante la amenaza de la muerte, al contrario, supo encararse con ella, atacándola por el flanco opuesto: la eternidad. Las dimensiones de la obra, su estructura laberíntica pero perfectamente ordenada, la proliferación de motivos y personajes y la oportunidad con la que aparecen y desaparecen, actúan como obstáculos que el escritor levanta en el largo camino hacia el indeseado final. La ondulante frase proustiana, jalonada de incisos, paréntesis y matizaciones que rayan en lo microscópico, representa la esencia de ese aplazamiento continuo. Recuerda a un tejido mullido, de trama espesa, pero también a las muñecas rusas: frases seminales que, partiendo de un núcleo pequeño, se van agrandando y multiplicando.

Los únicos que, junto a Marcel, se redimen de los efectos disolventes del tiempo son los tres artistas que aparecen en la novela, y que encarnan a las tres artes: el modesto y oscuro compositor Vinteuil, cuya sonata descubierta después de su muerte se erige en uno de los principales *leitmotiv* de la novela; el escritor Bergotte, que muere rodeado de sus libros, que lo auparán a la inmortalidad literaria, y el pintor impresionista Elstir. El cuarto de estos personajes será el propio Narrador. Pero Proust reserva al lector el privilegio de reconocer su obra, o sea, la que está leyendo.

Como en cualquier parábola que se precie de serlo, en la novela los modelos se solapan con sus correspondientes contra-modelos. El Narrador adjudica esta función a otros tres personajes: el marchante judío Charles Swann, quien, en lugar de retirarse a tiempo para escribir el estudio que pensaba dedicar a Vermeer, se deja succionar por la brillante vida social parisina, hasta que muere fulminado por un cáncer; el atrabiliario y excéntrico barón de Charlus, un homosexual que prefirió derrochar su ingenio y erudición en sus conversaciones y en lo que el Narrador denomina «la novela de su vida», y Albert Bloch, el *letraherido* amigo de infancia del Narrador y admirador del escritor Bergotte. De familia judía y burguesa, en su adolescencia se muestra obsesionado con la mitología griega. Pedante, grosero y esnob reprimido, Bloch, que reprochaba a Marcel sus coqueteos con la aristocracia, después de la Primera Guerra Mundial se abrirá paso en el salón de la princesa de Guermantes «con una risa de hiena», cambiándose incluso el nombre y el apellido judío por el de Jacques de Rozier, y adoptando un atildado porte británico.

Los demás personajes se dejan engatusar por los papeles que les ha tocado interpretar en la comedia de la vida, sin darse cuenta de que no son más que eso, simples papeles que morirán con ellos.

# II

*En busca del tiempo perdido* comienza con el recuerdo del Narrador sobre la que tal vez constituya una de las experiencias más solitarias para el individuo: las tribulaciones de orden sensitivo que acompañan a un episodio de insomnio, en el que el durmiente se despierta de pronto en plena noche sin saber no ya dónde se halla, sino ni siquiera quién es.

Ese inoportuno despertar se produce bajo el estímulo de una imagen onírica, que tan pronto está relacionada con un temor infantil como con una fantasía sexual. Sin embargo, en la mente del Narrador la imagen se desvanece instantes después del despertar para ser sustituida por el recuerdo involuntario e igualmente fugaz de cualquiera de las alcobas en las que durmió a lo largo de su vida.

Así, imagina que se encuentra en el dormitorio de la casa de sus abuelos de Combray, donde pasaba las vacaciones junto a sus padres, o, ya adulto, en el de la casa de campo de la señora de Saint-Loup, que es donde se encuentra en el momento de hilvanar esos recuerdos. Una vez que se le había puesto en marcha la memoria, no intenta dormir enseguida, sino que la mayor parte de la noche la pasa recordando episodios, lugares y personas de «nuestra vida de antes, en la casa de mi tía abuela en Combray, en Balbec, en París, en Doncières, en Venecia y en más sitios, recordando los lugares y las personas que había». Será a partir de esos recuerdos cuando emprenda la lenta y costosa recuperación del *tiempo perdido*.

La anécdota del insomne que al amparo de la noche, sumido en la oscuridad y el silencio, se desliza por la pendiente del recuerdo no habría sido posible sin la soledad extrema que acompaña a ese momento singular. El insomnio inesperado lo predispone a revolver en el caótico baúl de la memoria que durante el día, en medio del ajetreo, mantuvo cerrado. La semilla de la individualidad proustiana, dotada de múltiples ramificaciones, arranca de esa soledad abisal que le permitirá abordar el rescate de su pasado.

La facultad de rememorar nuestra vida es una de las más indisociables de la individualidad. El tiempo *perdido* nos pertenece.

Aunque hayamos compartido con otros algunas de sus parcelas, cada cual lo recordará de manera diferente por la sencilla razón de que cuando fue presente también se lo percibió de forma distinta. Supervivientes y testigos excepcionales de nuestro pasado, somos responsables de su recuperación en el caso de que lo hayamos dejado perder, como suele ocurrir. Por ello, con frecuencia el pasado, ascendiendo de las tinieblas del olvido, apela a nuestra memoria para que lo reconozca y le dé cobijo.

En la construcción de la individualidad acometida por el Narrador, el recuerdo del tiempo perdido es el resultado final de un largo proceso que comenzó mucho antes. En la novela de Proust abundan las reflexiones en torno a la necesidad imperiosa de estar solo. La soledad es el único estado en el que el sujeto es él mismo íntegramente. «No somos como edificios a los que se les pueda añadir piedras desde fuera, sino como árboles que toman de la propia savia el siguiente nudo del tallo, el nivel superior de sus frondas», se lee en *A la sombra de las muchachas en flor*, el segundo volumen de *En busca del tiempo perdido*.

El Narrador reconoce que nadie puede ayudarle en la lectura del «libro interior de señales desconocidas», en tanto que esa lectura consiste en un «acto de creación en el que nadie puede suplirnos, ni tan siquiera colaborar con nosotros». De ahí que muchos renuncien a escribirlo, forjándose excusas que encuentran en motivos externos, y que para un joven parisino de la generación de Proust —a finales del siglo XIX y comienzos del XX—, perteneciente a un estatus sociocultural análogo al suyo y con inquietudes intelectuales similares, abarcaban desde la recuperación del Derecho hasta el caso Dreyfus, pasando por la restauración de la unidad moral de la nación. A juicio del Narrador tales motivos eran disculpas para ahuyentar el reconocimiento de una verdad ineludible, a saber, que quienes los abrazaban carecían de talento y de instinto. «Pues el instinto dicta el deber y la inteligencia proporciona los pretextos para soslayarlo. Lo que pasa es que en el arte no existen disculpas, no

caben en él las intenciones» —sentencia el Narrador—, y el artista «tiene que atender en todo momento a su instinto».

El verdadero arte se realiza en silencio, lejos de las proclamas y de las intenciones casi siempre expresadas mediante clichés o frases hechas, de donde deduce que tal vez sea más bien la calidad del lenguaje que el género de estética lo que permita juzgar un trabajo intelectual y moral.

La búsqueda de lo Absoluto se manifiesta en la fe del individuo en sus posibilidades para conocerse y reconocerse en el mundo a través de la introspección, la reflexión y el reconocimiento del pasado, por medio de la memoria inconsciente. No obstante, el Narrador se hace cargo de las dificultades para acceder a nuestro yo, en parte porque no estamos compuestos por uno solo sino por muchos y variados, según las contingencias de cada momento. Su lucha contra el olvido, la muerte y el transcurso insensible del tiempo no resultó fácil. Antes de vencerlos hubo de debatirse contra la insatisfacción y la impotencia mientras intentaba plasmar por escrito las vivencias más perceptibles rescatadas del «tiempo perdido» para eximirlas de la mortalidad que pesaba sobre ellas.

## LAS LLAVES MÁGICAS DE LA LECTURA

El universo estético y moral proustiano nace de la experiencia con la realidad, pero debe mucho a la lectura de los grandes maestros. Esta constituye una faceta fundamental en la formación de la personalidad del Narrador, sin la cual no se comprende su papel en la novela. El universo de las lecturas, uno de los más determinantes en la forja de la individualidad, ocupa un lugar central en el tiempo pasado y luego recobrado del Narrador.

Proust comienza *En busca del tiempo perdido* precisamente con la lectura de un libro por su protagonista y termina con la escritura de otro libro, el que el Narrador se dispone a escribir: el mismo que el lector tiene entre sus manos. Así pues, en la novela el tiempo

futuro —el libro proyectado por el Narrador—, el tiempo presente —el que está escribiendo al final de *En busca del tiempo perdido*— y el tiempo pasado —el libro que, ya escrito, lee el lector— se conjugan armoniosamente en una fantasmagórica secuencia temporal.

Sin embargo, siguiendo una táctica habitual en el arte de novelar de Proust, este no concentró la experiencia lectora en el Narrador sino que la esparció entre varios personajes, ofreciendo puntos de vista diferentes, cuando no opuestos entre sí, sobre la forma en que la lectura y los libros influyen en ellos.

El primero de esos lectores es la abuela materna, Bathilde, admiradora de las *Cartas* de la señora de Sévigné (1626-1696) a su hija Françoise-Marguerite, y que le servirá de guía permanente en su vida cotidiana. Al contrario que la tía de Combray, Léonie, que no entiende que los libros sean algo más que una diversión y un pasatiempo —de ahí que reservase los domingos, día sagrado, para los breviarios de la liturgia religiosa—, la abuela se deja acompañar continuamente por las *Cartas*, hasta el punto de ilustrar muchas de sus observaciones con citas oportunas que ha memorizado del libro.

Es cierto que el carácter autobiográfico de las *Cartas*, que las convierten casi en un diario escrito por una madre pensando en la amada hija, favorece el que una lectora atenta, como sin duda lo es la abuela del Narrador, las adopte a modo de libro de cabecera. Esta vinculación de la lectura con la vida constituye un precedente de lo que su nieto hará con la creación literaria.

A fin de cuentas la abuela también es madre de una hija querida, la madre del Narrador, aunque, al contrario que la señora de Sévigné y Françoise-Marguerite, no estén separadas por la distancia geográfica. Era previsible que a la muerte de la abuela, su hija recuperase la lectura de las *Cartas*, en parte para recordar a la difunta y rendirle un homenaje particular, y también para orientar su vida en el mismo sentido moral en que lo hizo su madre.

El Narrador, hijo y nieto de esas mujeres lectoras de un mismo libro, ya no seguirá la tradición familiar, aunque la conserve por otros caminos. Ahora será él quien escriba el libro y de tal envergadura

que, además de incluir la singular experiencia lectora de sus seres más queridos, describirá las relaciones entre una abuela amante de un nieto y una madre amante de un hijo que, por su grado de intimidad, sensibilidad y penetración psicológica, pueden compararse con las que unieron a la señora de Sévigné y a su hija.

Al emprender la escritura de una novela autobiográfica es como si Marcel, el Narrador, se hubiese reencarnado simbólicamente en esa hija de la señora de Sévigné para agradecer a las personas que más quiso el amor que le dispensaron. Porque *En busca del tiempo perdido* tiene algo de ofrenda, aunque también de sacrificio: una forma de purgar culpas y supuestas traiciones a esos seres queridos. Sin embargo, será a la hija del músico Vinteuil a la que traslade su sentimiento de culpa en la turbadora escena, espiada casualmente por el Narrador en Montjouvain, en que la joven lesbiana profana el retrato de su amado padre muerto siguiendo un extraño ritual erótico del que hace partícipe a su amante.

En la singular forma en que la abuela leía las *Cartas* de la señora de Sévigné, Proust plasmó su concepción de la lectura que consideraba inseparable de la experiencia vital. En el prefacio al libro del escritor británico John Ruskin, *Sésamo y lirios* —que tradujo al francés con la ayuda de su madre Jeanne Weil—, muestra algunas pistas. Proust recuerda un episodio de su infancia en el que, enfrascado en la lectura de un libro de Théophile Gautier, describe detalladamente la atmósfera que le rodeaba; hasta que tiene que abandonar el libro, cansado de las numerosas interrupciones de que es objeto primero por la criada, luego por el campesino que va a visitar a la familia y finalmente por los propios padres, que vienen de la calle para anunciarle que es la hora de comer y debe cerrar el libro.

El ensayo resulta provocador por su sentido irónico. Ruskin alaba las ventajas de la lectura y de los libros, a los que compara con esos amigos muertos con los que entablamos una sustanciosa conversación. Esta idea, dice Proust, no es nueva sino que fue expresada ya por Descartes de una forma un tanto seca (y en

España por Quevedo en un admirable soneto en el que alude a la «conversación con los muertos» que representa la lectura). A él no le interesa esa visión utilitarista. Una lectura es un ambiente, una atmósfera, con sus colores, sus sonidos, sus luces y sus sombras, por lo que no cree que «se pueda reconocerle en nuestra vida espiritual el papel preponderante que Ruskin parece asignarle»[3]. Lo que dejan en nosotros las lecturas «es sobre todo una imagen de los lugares y de los días en que las hicimos»[4]. La lectura «está en el umbral de la vida espiritual; puede introducirnos en ella, pero no es la vida espiritual»[5]. Es una iniciadora que con sus «mágicas llaves» nos abre en «el fondo de nosotros mismos la puerta de las moradas donde no habríamos podido penetrar». También educa las «maneras» de la inteligencia, puesto que «la fuerza de nuestra sensibilidad y de nuestra inteligencia solo podemos desarrollarla en nosotros mismos, en las profundidades de nuestra vida espiritual»[6]. Pero se torna peligrosa cuando, en vez de despertarnos a la vida personal del espíritu, tiende a sustituirla pasivamente.

En la lectura se realiza el ideal platónico de la amistad primigenia, limpia de su pecado original —y no hay amistad que no esté libre de él—, cuya atmósfera es el silencio «más puro que la palabra»[7]. En los libros se busca lo que no es uno, un mundo distinto del propio. Sería un error perseguir en ellos la confirmación de nuestros pensamientos.

Proust hace extensivo su gusto por lo diferente, propio de un espíritu curioso y observador como el suyo, a las cosas y las personas, aun a riesgo de sufrir la incomprensión cuando se trata de estas últimas. «Solo me siento vivir y pensar en un cuarto donde todo es creación y lenguaje de vidas profundamente distintas de la mía, de un gusto opuesto al mío, donde no encuentro nada de mi pensamiento consciente, donde mi imaginación se exalta sintiéndose inmersa en el seno del no-yo»[8].

Para la abuela las *Cartas* son una continuidad de su propia vida espiritual, no una sustitución de esta. Cita a la señora de Sévigné

para confirmar algo que ya estaba en ella antes que las *Cartas*: su naturalidad, su rechazo hacia cualquier forma de artificialidad, su abandono a impulsos espontáneos pero no por ello menos sanos —como los paseos que daba por el jardín familiar bajo la lluvia, un gusto que el resto de la familia tachaba de extravagante— o la costumbre de servirse de las cosas con sentido de la oportunidad y no al revés. No adopta decisiones siguiendo el dictado de las *Cartas*, sino que estas vienen a reafirmarlas.

Después de su muerte, será su hija —la madre del Narrador— la que tome el relevo y prosiga la lectura del libro de la señora de Sévigné con el mismo espíritu que la difunta. Cuando en una misiva que le escribe a su hijo desde Combray, la madre de Marcel cita las *Cartas*, recordando así a la abuela recientemente fallecida, y este le responde que su madre —por la abuela— la reconocería enseguida en esas citas, ella le replica, entre molesta y compungida, mencionándole precisamente una observación extraída de las *Cartas*: «Citar a la señora de Sévigné para hablarme de mi madre no viene a cuento. Te habría contestado, como le dijo a la señora de Grignan: "¿No era nada suyo? Y yo que creía que eran ustedes familia"».

Con estas palabras la madre no solo reprochaba al hijo que aludiese a la abuela como si solo fuera la madre de su madre, y no la abuela querida y recordada, sino que además le hacía ver que su lectura de las *Cartas* era algo más que un gesto meramente mimético adoptado de su madre, como cualquier otro rasgo hereditario, o un sentido homenaje a esta. Y es que la madre también leía las *Cartas* como la abuela, *interpretándolas*, es decir, de una forma creativa y viva. No obstante, aunque dos lectores sientan una profunda admiración por un libro, cada uno de ellos lo leerá de manera diferente, porque, si bien el libro es el mismo, ya no lo son los ojos que lo leen.

# EXCAVACIONES EN LA CIUDAD MUERTA

## I

El fundamento del ideario que Proust reflejó en su obra y la ironía sobre la que se sustenta, radica en su propósito de trascender lo mundano, pero en todo caso tomando del mundo el material que necesita para hacerlo realidad. Ese material tan pronto lo encuentra en las cosas aparentemente más simples —la cotidianidad horaciana que, semejante a una música de fondo, surca *En busca del tiempo perdido* desde todos los puntos, incluyendo muchas de sus ingeniosas metáforas— como, ocasionalmente, en el más oscuro y sofisticado cenagal. Los dos episodios de perversión sexual —una combinación de sadismo y profanación— descritos en la novela participan también de ese propósito, aunque no pasen de ser rituales nacidos de una sensibilidad mórbida y la desesperación. Todo en la obra proustiana obedece a un mismo propósito: la búsqueda de lo Absoluto a través del arte.

Proust sabe que el Olvido, el Tiempo y la Muerte acechan al final del camino de la vida, como feroces dragones. Si el olvido responde a la débil voluntad de los hombres para retener las sensaciones, en parte porque la sucesión de los hechos tiende a anular los anteriores y no es posible bañarse dos veces en las mismas aguas del río de la vida, que fluye sin cesar, el tiempo corre fatalmente hacia la muerte, llevándose consigo a las personas y su pasado.

Los requerimientos del presente y la rutina de los días inducen a los hombres a olvidar la sustancia de su pasado, y cuando tienen que recordarlo generalmente lo hacen impulsados por alguna forma de idealización, en respuesta a las insatisfacciones que les depara la mediocridad del presente. Pero lo realmente olvidado es aquello que

ni siquiera se sabe que se ha olvidado y escapa a la memoria voluntaria. «La parte mejor de nuestra memoria —observa el Narrador— se halla fuera de nosotros, en una ráfaga de lluvia, en el olor a cerrado de un cuarto o en el olor del primer fuego de la temporada encendido en la chimenea, en todos los lugares donde hallamos la parte de nosotros mismos que la inteligencia, al no tener empleo que darle, había desdeñado, la última reserva del pasado, la mejor, esa que, cuando aparentemente se nos ha secado ya la fuente de todas las lágrimas, sabe hacernos llorar aún». Pero luego matiza que esa parte mejor de nuestra memoria no está fuera de nosotros sino «oculta a nuestras propias miradas, en un olvido más o menos prolongado».

Hay otra clase de recuerdos que renacen al margen de la memoria voluntaria y actúan sobre nosotros sin que los forcemos, reavivados por sensaciones del presente análogas a las que conservamos en la memoria, como si fuesen restos arqueológicos de una ciudad sepultada. La analogía se produce por la convergencia fortuita entre la sensación suscitada por un objeto o una palabra y otra similar que se sintió en el pasado, de tal modo que la memoria se limita a cumplir la función de intermediaria en el proceso de convergencia de ambas sensaciones.

No es preciso viajar al jardín en el que hemos sido niños para volver a verlo, argumenta el Narrador, simplemente basta con descender para encontrarlo de nuevo. «Para visitar la ciudad muerta no basta con una excursión, hay que organizar excavaciones». Concluye su reflexión señalando que «determinadas sensaciones fugaces y fortuitas nos devuelven mejor aún al pasado, con una precisión más sutil, un vuelo más ligero, más inmaterial, más vertiginoso, más infalible y más inmortal que esas dislocaciones orgánicas».

Proust da crédito a la metempsícosis. Los recuerdos no mueren sino que duermen en los objetos que participan de ellos. Despiertan de su sueño cuando, por una predisposición del individuo o un azar, las sensaciones del presente coinciden con las que albergan los

objetos —como una magdalena mojada en una taza de té—, de modo que, al ser reconocidas e identificadas por la memoria involuntaria, ascienden a la memoria consciente, portando consigo los recuerdos que encierran. Esto significa que «siempre están en posesión nuestra todos los bienes interiores, las alegrías pasadas, todos los dolores», solo que «se nos quedan dentro […] en un terreno desconocido donde no nos valen para nada». Habrá que «recobrar el marco de sensaciones», donde se conservan, para recuperar intacto el yo que las vivió en su momento.

Con su teoría de la memoria involuntaria, Proust demostró que el azar no solo subyace en el presente y en el futuro sino también en el pasado sobre el que los hombres creen ejercer un control absoluto con su memoria consciente. Los recuerdos afloran no cuando uno se lo propone, sino cuando se dan las correspondencias oportunas entre alguna circunstancia del presente y experiencias sensitivas del pasado. El fruto de esa correspondencia será la resurrección de un episodio olvidado.

Seguramente la primera relación del Narrador con el olvido, e indirectamente con la muerte, proviniera de la melancolía que, ya desde la adolescencia, le inspiraba el hecho de que las sensaciones placenteras se desvaneciesen en el mismo instante en que desaparecía la causa que las suscitaba o cuando los órganos de la sensibilidad que las percibían saltaban a otro punto de interés. A nada teme tanto el Narrador como a la fugacidad de las impresiones, a la evanescencia de la materia que envuelve a los humanos, incluidas las palabras.

No logramos atrapar las sensaciones porque nos limitamos a sentirlas como si fueran un objeto de consumo, o nos dejamos engañar por el espejismo de que siempre tendremos la misma disposición para rememorarlas con una intensidad similar. De esa manera desperdiciamos recuerdos, sensaciones e ideas que «se ausentan para viajar lejos de nosotros, a lugares en que los perdemos de vista» y que solo pueden volver por «caminos secretos». Olvidamos que somos animales de costumbres y que no

tardará mucho en llegar el momento, más pronto de lo que imaginamos, en que nos volvamos insensibles y, víctimas de la rutina, sintamos sin apenas darnos cuenta de ello.

Tal vez estas razones expliquen la juventud del Narrador proustiano, quien solo en las últimas páginas de la obra, sentenciado por la enfermedad, se aleja de la vida mundana para escribir la obra aplazada durante los años de experiencia vital que, justamente ahora, en su retiro, se propone volcar en el papel. De ahí que su primera preocupación sea acertar con la manera de aprehender la realidad que observa, deteniendo su curso para dotarla de una forma concreta a fin de poder revivirla cuando se difumine en el curso del tiempo.

Los primeros escarceos del Narrador en la literatura nacen del deseo de atrapar las sensaciones que le suscitan los objetos más cercanos con el propósito de plasmarlas por escrito. Pero en el momento en que se sienta a la mesa del escritorio reconoce su incapacidad para devolverles la vida. Llegan al papel muertas. Cuando, excepcionalmente, logra revitalizarlas mediante la escritura, se siente poseído por el delirio de la creación, como aquella tarde en que, paseando en coche con el doctor Percepied por los alrededores de Combray, y entusiasmado ante la vista de los campanarios de Martinville, se animó a tomar unas anotaciones. Al terminar de redactar aquel texto improvisado en un lugar tan inoportuno como un carruaje de caballos —el rincón del pescante donde solía colocar el cochero del doctor un cesto de aves compradas en el mercado de Roussainville—, confiesa que se sintió «tan dichoso, noté que me había liberado tan por completo de esos campanarios y de lo que ocultaban tras de sí, que, como si yo también fuera una gallina y acabase de poner un huevo, rompí a cantar a voz en cuello». La inolvidable satisfacción que obtuvo de aquella primera tentativa se le antojó como una promesa que, como habría de admitir enseguida, él mismo debía conquistar con su esfuerzo.

El joven Narrador procura no engañarse a este respecto. Las sensaciones que trata de aprehender se le escapan, no consigue

retenerlas. Ha descubierto el problema, pero aún está lejos de hallar una solución convincente. Mientras tanto, tiene que seguir viviendo como si esta no fuera a llegar nunca, sin cejar en la persecución de su objetivo.

Los dos episodios centrales de *Por el camino de Swann*, aquel en el que se narra la turbulenta noche en que el niño Marcel se resistía a dormirse en su cama hasta que la madre, ocupada en atender la visita de Swann, subiera al dormitorio para darle el beso de despedida, y ese otro en el que, ya adulto, toma una infusión de té mezclada con trocitos de una magdalena y el sabor de esta le revela el mundo de los recuerdos de la infancia, constituyen la clave de bóveda sobre la que Proust despliega dos de los motivos principales de la novela: los celos derivados de la discordancia entre el propio sentimiento y el de los seres queridos, y la búsqueda del tiempo perdido a través de la revelación que extrae de las sensaciones, y que en el último volumen de la novela la escritura transformará en tiempo recuperado.

Su apelación a las sensaciones, resistentes al filtro de la memoria consciente y de la razón, se explica por el profundo desencanto al que le condujo la ilusión y su cargamento de promesas. Las sensaciones no nos engañan ni prometen nada. Tampoco necesitan del lenguaje de comunicación —el gran embaucador— para mostrarnos sus secretos. Se bastan con la receptividad del sujeto sensible a ellas, así como de su tenacidad para desentrañarlas, asegurando además su supervivencia a través de la letra impresa. ¿Acaso no son las más despreciadas de las experiencias humanas, pese a lo mucho que se habla de ellas con una retórica tan vacua como reiterativa? La mayoría se conforma con experimentarlas, hasta que cuando empiezan a repetirse las incorporan a su repertorio de costumbres y las viven insensiblemente, perdiendo así la conciencia de ellas y, en cierto modo, perdiéndose también a sí mismos.

Fueron las sensaciones, la obstinada tentativa de penetrar en ellas y de desmenuzarlas las que, además de abrirle las puertas de

la conciencia, le sugirieron al Narrador-Proust una nueva forma de novelar. Aquellas experiencias que los novelistas de «acciones» preferían eludir por considerarlas superfluas e inútiles para sus ficciones, Proust las transforma en objetos de observación, ahondando en ellas hasta el máximo de las posibilidades que ofrecían y desbrozándolas con la calma y la exhaustividad del microbiólogo. El estilo ondulante del pensamiento y de la frase proustiana, de la que brotan siempre otras nuevas, como muñecas rusas, nace de la labor concentrada de desmenuzamiento de la sensación, del intento de llegar lo más lejos posible en esa labor con la ayuda del lenguaje.

Aunque Proust ahondara en el influyente papel de las sensaciones en la tarea creadora del escritor, tuvo dos precursores destacados en Stendhal y Tolstói. Contra los gustos estéticos de su familia, lastrados por el moralismo, el autor de *La Cartuja de Parma* pensaba que todo propósito moral mata a la obra de arte. Su máximo interés residía en descifrar las sensaciones, «lo único verdadero»[9]. Criticando la costumbre de algunos autores contemporáneos de introducir ideas políticas en sus novelas, en *Rojo y negro* dejó escrito que en una obra de la imaginación la política es como un pistoletazo en medio de un concierto, un ruido desgarrador sin ser enérgico que «no armoniza con el sonido de ningún instrumento»[10].

Tolstói se percató del carácter redentor de las sensaciones rescatadas del olvido en *La muerte de Iván Ilich*. Al describir la enfermedad mortal del juez de instrucción Iván Ilich, el narrador observa que este, después de darle muchas vueltas a la causa de la angustia moral que le invade, recordó el olor de la pelota de cuero con que jugaba, el beso en la mano de la madre, el susurro de los pliegues de su vestido[11], la ciruela «pasa, cruda, arrugada que comía en la infancia», «su sabor especial y la abundancia de la saliva cuando se llegaba al hueso»[12]. Con la súbita reminiscencia de esas sensaciones remotas, Iván pudo al fin tirar del hilo de la memoria y remontarse a la única etapa de su vida en la que no había penetrado

la mentira hasta ahogarla en el mar de la costumbre insensible. Desde aquel instante la mentira empezó a desmoronarse, en un proceso análogo al de su descomposición física que le conducirá a la muerte.

Al igual que Tolstói, Proust descubrió que la redención del individuo es posible en este mundo, en el marco de la propia vida de la persona, y no en un difuso más allá; redención a través del rescate de recuerdos-sensaciones en el que no intervienen ni la memoria consciente ni la conciencia ética. Esos recuerdos-sensaciones emanan de los sentidos, no obedecen a una decisión de carácter moral. Son recuerdos neutros desde el punto de vista de la ética, pero cuyo valor moral reside en que nos revelan la verdad de las cosas en las que habitan.

Para Proust la única verdad válida, y por tanto, merecedora de ser rescatada del olvido, es la misma que recuperó Iván Ilich antes de morir —la verdad de las sensaciones físicas— y cuya revelación le permitió desenmascarar las mentiras morales que se resistían a sus intentos deliberados por desenmascararlas. Invirtiendo la teoría cartesiana de que los sentidos nos engañan al presentarnos una imagen desvirtuada de la realidad, Proust argumenta que aquello que nos ofrecen es más auténtico que lo que buscamos con la voluntad y la inteligencia. Las ideas deducidas por esta, escribe en *El tiempo recuperado*, «tienen una verdad lógica, una verdad posible, su elección es arbitraria» y no podemos saber si son verdaderas, aunque sean justas lógicamente.

## II

En el estilo literario de Proust la analogía de las sensaciones con los recuerdos tiene su réplica en la metáfora, a través de la cual el Narrador penetra en la esencia de la cosa que la inspira gracias al hallazgo de un nexo común entre ambas, y ello pese a la distancia conceptual que las separa. Aunque en el género narrativo el símil

persigue complementar y enriquecer la idea expuesta inicialmente, en Proust la frecuencia con que hace uso de este recurso lo convierte en un elemento característico de su estilo.

El método de conocimiento propiamente proustiano se basa antes en la comparación y en la metáfora que en la descripción escueta. El propósito es iluminar con una luz nueva la idea matriz, purificándola de cualquier posible abstracción y ahondando, por tanto, en su significado. Al compararla con un objeto familiar, ajeno a su naturaleza, hace que el lector la perciba más cercana, como algo individual y casi tangible.

En la novela se aprecian grandes corrientes temáticas en las que se agrupan los distintos símiles. Así, son numerosos los motivos inspirados en la Edad Media, en su versión popular (los referidos a la criada Françoise y Combray) y aristocrática (los duques de Guermantes, Charlus). Otros se inspiran en los mitos, en la literatura grecolatina y en la cristiana, particularmente en la liturgia católica, motivo en el que el ingenio de Proust alcanza cotas insuperables de sofisticación. Numerosos símiles toman como referencia la pintura antigua —sobre todo en el género del retrato—, con mayor incidencia en los pintores primitivos italianos y los maestros flamencos y holandeses.

Puesto que la naturaleza ocupa un lugar destacado en la novela, Proust se inspira en ella para elaborar muchas de sus metáforas. Es frecuente también la asociación de los grupos o individuos aristocráticos con imágenes tomadas del mundo submarino. En algunos casos más llamativos, como en el capítulo primero de *Sodoma y Gomorra* en el que se analizan las relaciones homosexuales masculinas, destacan las metáforas relativas a los insectos. Por último, están los símiles que beben en el costumbrismo de la época y en la vida cotidiana, tanto en su versión rural-campesina como urbana y cortesana.

Este juego de asociaciones aparentemente dispares entre ideas-sensaciones y símiles socava el patrimonio de ideas recibidas y conceptos trillados y, además de sorprender al lector, es como una

invitación para que él también observe con ojos nuevos las cosas que le rodean.

# ENCADENADOS AL YO

## I

Desde su angosta subjetividad, el niño cree en la existencia de una perfecta armonía entre sus deseos y los del ser querido, al que percibe como una suerte de prolongación de sí mismo, de sus deseos y sentimientos. Pero aún carece de la suficiente experiencia como para percatarse de la idiosincrasia de los individuos, de la variedad y disparidad de deseos, sensaciones y sentimientos, del carácter único de cada persona y de la multiplicidad del yo, y, por supuesto, de la realidad misma. Ignora la soledad que reduce al individuo al abandono y al ensimismamiento. Sin embargo, no tardará mucho en experimentarla a través del dolor que le depare la imposibilidad de comunicarse con las personas que siente más afines a él y con las que desea entenderse tan armoniosamente como lo hace consigo mismo en sus horas de ensueño.

Cuenta el Narrador que en su infancia descubrió que en el momento en que pensaba cariñosamente en sus padres y en mejorar su conducta para agradarles, le formulaban algún reproche. Algo parecido le ocurrió al comprobar que si, después de una lectura prolongada, deseaba conversar con un amigo, este acababa precisamente de entregarse al placer de la charla y ahora solo deseaba que le dejaran leer.

Estos descubrimientos, asociados luego al episodio infantil de celos que narra en la novela —la noche en que su madre no subió a su habitación para darle el beso diario—, enseñaron al Narrador que cuando se pretende forzar la comunión de deseos con los seres

queridos, porque no haya podido realizarla la coincidencia, entonces surgen los celos, que no son más que el efecto de ese fracaso, a un tiempo visceral y desesperadamente racional, pero tan inútil como aquella imagen, tan querida por el Narrador, de Jerjes mandando azotar el mar porque se había tragado sus barcos.

Proust está convencido de que es imposible comunicar a los seres que amamos nuestras emociones más íntimas porque no podemos salir de nosotros mismos, de nuestro particular universo de asociaciones mentales y sensitivas. «Los lazos entre otra persona y nosotros solo existen en nuestro pensamiento». Y añade: «La memoria, al ir debilitándose, los afloja, y pese a esa ilusión con que querríamos engañarnos y con la que, por amor, por amistad, por respeto humano, por sentido del deber, engañamos a los demás, existimos en soledad», para concluir que el hombre «es el ser que no puede salir de sí mismo, que nada sabe de los demás sino en sí mismo, y, si dice lo contrario, miente». Estamos fatalmente encadenados a nuestro yo, a sus infranqueables limitaciones para percibir la realidad con un mínimo de objetividad y discernimiento. «Nada sabemos de la sensibilidad particular de las demás personas, pero, normalmente, ni siquiera estamos al tanto de que nada sabemos, pues esa sensibilidad de los demás nos es indiferente».

Mientras el moralista del Barroco, habiéndose percatado de la arrogancia del yo —el yo odioso de Pascal—, intentó doblegarlo, culpabilizándolo para que al menos tomara conciencia de su egolatría e intentara corregirse y salir de sí mismo para volverse hacia el mundo exterior, Proust convierte en puro determinismo esa intencionalidad que los moralistas atribuían al yo. No es que el hombre no quiera salir de sí mismo, es que, simplemente, no puede, por más que lo intente.

Desde este punto de vista, la subjetividad no consiste en un estado adquirido o en una elección; es inherente a la condición humana. Todo cuanto el hombre piensa, desea y planea está enfocado hacia sí mismo y desde su personal perspectiva; no guarda ninguna relación con lo que le rodea, algo que se explica tanto por

la visión individualista que el sujeto tiene de la realidad como por la individualidad que atribuye a las cosas que observa. «Las cosas y las personas no empezaban a existir para mí —confiesa el Narrador Marcel— las cosas, los seres no comenzaban a existir más que cuando adquirían en mi imaginación una existencia individual. Si había miles que se parecieran, se convertían para mí en representativas de las otras».

El aislamiento obedece al simple hecho de que los seres humanos, aunque tengamos los mismos órganos de percepción, no percibimos las cosas de igual manera. Otro tanto ocurre con el recuerdo del pasado. Dos personas, aun dotadas con una memoria similar y habiendo vivido las mismas experiencias, nunca recordarán las mismas cosas. Una de ellas «se habrá fijado muy poco en algún hecho que le haya dejado» a la otra «un gran remordimiento y, en cambio, habrá captado al vuelo, como seña simpática y característica, alguna palabra que a la otra se le habrá escapado casi sin darse cuenta».

No podemos adentrarnos en el mapa personal del prójimo, ni siquiera en el de nuestros seres queridos. Estamos atrapados en nuestro particular universo perceptivo. De ahí que «la imagen que los demás tienen de nuestros hechos y dichos» no se parezca nada a la que de ellos nos formamos nosotros mismos. «Más adelante —añade el Narrador— tarde había de percatarme de esa distancia que separa la imagen que de nosotros hemos trazado de la que han trazado los demás cuando afectaba a otros».

Cada cual viene al mundo cautivo en la cárcel de su subjetividad, de la que sale paulatinamente, a medida que conoce a otros individuos diferentes y se compara con ellos. El conocimiento de la diferencia le ayuda a establecer el contraste necesario entre él y los otros y a extraer las inevitables conclusiones.

Uno de los descubrimientos más penosos del Narrador se produce al enterarse de la pésima opinión que su sirvienta Françoise ha transmitido de él al sastre Jupien. Entonces cae en la cuenta de que la impresión que tenemos de las personas es sumamente

inestable y versátil. Más adelante se enterará por boca de la señora Swann de que Norpois, el diplomático amigo del padre y de la familia del Narrador, había dicho de él que era «un adulador medio histérico».

Cuando el conocimiento de lo que difiere de nuestro mundo personal se retrasa, se estanca en un punto determinado o, no se produce, el resultado previsible será el autoengaño. El sujeto que se forma una opinión de sí mismo ignorando el juicio de los demás, se arriesga a equivocarse, dado que los hombres tienden a verse mejor de como son y de como los consideran los demás. Este error de percepción es lo que comúnmente entendemos por autoengaño, expresión cabal del subjetivismo, aunque también pueda manifestarse en una colectividad. El barón de Charlus no se cerciora de su porte de «anciana amanerada» porque «a fuerza de no ver con la imaginación sino a un joven gallardo, cree que él se ha vuelto un joven gallardo», mientras exterioriza cada vez más su afeminamiento. Para Proust semejante conducta responde a una ley general: «no vemos el cuerpo propio, que los demás ven, y nosotros vamos "siguiendo" nuestro pensamiento, ese objeto que es, invisible para los demás». El Narrador aventura que incluso la habladuría, tan frecuente en la vida social, encierra un valor psicológico al impedir que «la mente se aletargue con esa visión falsa que tiene de cómo cree que son las cosas y que no es sino su apariencia».

Un ejemplo similar es el del «infortunado» enamorado que no se percata de que «mientras que él tiene ante los ojos una cara hermosa, su amante está viendo la cara de él, que no es hermosa, sino todo lo contrario, cuando la deforma el placer que en ella causa la contemplación de la hermosura». Ese objeto «invisible para los demás, y que nosotros tenemos delante (…) el artista lo muestra en su obra». A esto se debe —matiza Proust— «a los admiradores de esa obra los desilusione el autor, en cuyo rostro no se refleja esa belleza interior sino de forma imperfecta».

El único elemento que contrarresta el determinismo con que Proust enjuicia la subjetividad humana es la evolución, imprevisible

para el sujeto, de la realidad misma, capaz de modificar hasta límites inimaginables todas las previsiones. En este sentido, el Narrador reconoce que «esta prolongada queja del alma que cree que vive encerrada en sí misma no es un monólogo sino en apariencia, puesto que los ecos de la realidad hacen que se desvíe».

El primer obstáculo que bloquea el entendimiento con los demás estriba en el lenguaje verbal y en la confianza que depositamos en sus posibilidades. El Narrador confiesa que hubo un tiempo en que creía que «las palabras eran la forma de contarles a los demás la verdad», de modo que se le antojaba imposible que una persona le hubiese dicho que le quería y no le quisiera. Más aún, reconoce haber experimentado en sí mismo la incoherencia entre las palabras y los hechos que anuncian o prometen. «Yo mismo, a la sazón solía a menudo decir cosas totalmente ajenas a la verdad, mientras la daba a conocer mediante tantísimas confidencias involuntarias de mi cuerpo y de mis actos» que la sirvienta de la familia, Françoise, interpretaba perfectamente. No siempre nuestros pensamientos concuerdan con nuestras palabras.

Los verdaderos sentimientos son incomunicables. Marcel recuerda que su madre no solo no hubiera vacilado un segundo en morir por su abuela, sino que «habría padecido mucho si se lo hubieran impedido». Pero, añade, «me resulta imposible imaginármela *a posteriori* diciendo algo como: "Daría la vida por mi madre"» porque le hubiera parecido «indecoroso y bochornoso», porque le hubiera parecido «indecoroso y bochornoso» verbalizar semejante sentimiento.

La expresión verbal de un sentimiento es un indicio de que este ha desaparecido de nosotros. El Narrador reconoce que comenzó a dejar de sentir pena por la muerte de su amada Albertine en un accidente de caballo en cuanto en cuanto comunicó por escrito a sus conocidos que acababa de sufrir un gran dolor. También el lenguaje amoroso se presta a esta contradicción. Cada vez que Marcel le transmitía a Albertine un sentimiento o un deseo era porque en realidad sentía lo contrario. En una separación amorosa es aquel que

no ama quien dice palabras tiernas, pues el amor jamás se expresa directamente.

A la fragilidad de la palabra, Proust opone la esencialidad de la música, precursora de las impresiones que el Narrador percibe a lejanos intervalos «primeras piedras para la edificación de una vida auténtica», tales como las que sintió ante los campanarios de Martinville o ante una hilera de árboles en Balbec. Tras escuchar en el salón de los Verdurin el septeto de Vinteuil, interpretado por el violinista Morel, el Narrador dice sentir indiferencia por los comentarios elogiosos de los oyentes «comparados con la celestial frase musical con la que acababa de conversar». El súbito despertar del éxtasis musical le hace sentirse como «un ángel que, arrojado de las delicias del paraíso, cae en la más insignificante realidad». «E igual que existen seres que son los testigos postreros de una forma de vida que la naturaleza ha descartado, me preguntaba si la música no era el ejemplo único de lo que habría podido ser —si no hubieran ocurrido el invento del lenguaje, la formación de las palabras, el análisis de las ideas— la comunicación de las almas». Por ello ese regreso «a lo no analizado era tan embriagador que, al salir de aquel paraíso, el contacto con personas más o menos inteligentes me parecía extraordinariamente insignificante». Eso no significa que no se hubiera acordado de las personas mientras escuchaba tan deliciosa música, mezclándolos con ella. Al contrario, durante la audición unió a la música el recuerdo de la amada Albertine.

## II

El Narrador cifra el verdadero obstáculo para acceder al yo en las esperanzas que depositamos en las relaciones personales, por lo que aconseja no esperar nada de ellas en términos de utilidad espiritual. En cuanto a la amistad, la conversación que la justifica degenera en lo anecdótico o en el comentario banal desde el momento en que aspira a cierta trascendencia. La definición que ofrece de ella no deja

lugar a dudas: «una divagación superficial de la que no sacamos ningún provecho». Podemos pasarnos hablando toda una vida «sin hacer nada que no sea repetir hasta el infinito el vacío de un minuto».

Si para el Narrador el amor representa una parcela más del tiempo perdido y luego recobrado, en tanto que manifestación de una apasionada voluntad de vivir dominada por el subjetivismo —del que los celos serían su máxima expresión—, la amistad apenas alcanza la categoría de entelequia. Sus diatribas contra esta obedecen al convencimiento de que no es más que un obstáculo para la soledad que el individuo, en particular cuando este abriga ciertas pretensiones artísticas, necesita para reencontrarse consigo mismo o con su pasado. «Las personas que cuentan con la posibilidad de vivir para sí […] tienen también el deber de hacerlo». De ahí que la amistad constituya, además de «una dispensa para ese deber, una abdicación de sí mismos». El artista que renuncia a una hora de trabajo por una hora de charla con un amigo «sabe que, cualesquiera que sean las razones morales por lo que lo hace, sacrifica una realidad por algo que no existe (pues los amigos no son amigos más que en esa benigna locura que nos afecta en la vida y que aceptamos, pero que, en lo hondo de la inteligencia, sabemos que es la equivocación de un loco que creyera que los muebles están vivos y charlasen con ellos)».

Pero lo que el Narrador no le perdona a la amistad es que, bajo el disfraz de racionalidad e inteligencia —una apariencia por la que no oculta su antipatía—, pretenda relevar a la soledad. La creencia en la amistad, encarnada en la novela en la que el Narrador mantiene con el marqués de Saint-Loup y Albert Bloch, es falsa. Nietzsche se engañó al otorgarle alguna credibilidad. Cuando parece que funciona, lo hace en realidad como pasatiempo.

Se engaña también quien busca algún consuelo en ella, como se engañaba el Narrador cuando, sintiéndose querido y admirado por Saint-Loup, adaptaba su inteligencia «no a mis propias impresiones confusas, que habría sido deber mío desenredar sino a las palabras

de mi amigo». Mientras estaba con su amigo se veía liberado de la soledad, dispuesto a sacrificarse por él y, por tanto, «incapaz de realizarme a mí mismo».

Como Proust no cree en las palabras, sino en la expresión que las acompaña, y la amistad solo se sustenta en la conversación, el Narrador concluye que, por elevada que sea esta, no puede compararse con la riqueza que el individuo puede extraer de su soledad, donde de nada valen las mistificaciones y los atajos a los que la amistad se muestra tan proclive. «El caminar del pensamiento en el trabajo solitario de la creación artística consiste en ir ahondando, que es la única dirección que no nos está vedada y en la que podemos progresar, de forma más laboriosa, cierto es, para llegar al resultado de la verdad», una virtualidad de la que carece la amistad.

Marcel prefiere abandonarse a la compañía de las «muchachas en flor» de Balbec que citarse con Saint-Loup, temporalmente afincado en el cuartel-castillo de Doncières, para sostener profundas conversaciones que, además de cansarle y dejarle extenuado, le privarían del espectáculo vivificante y placentero, aunque egoísta, que supone para Marcel el descubrimiento de las variadas individualidades que encuentra en cada una de las jóvenes de la pandilla. «Al menos no se basaba en esa mentira que intenta hacernos creer que no estamos irremediablemente solos y que, cuando conversamos con otro, nos impide reconocer en nuestro fuero interno que no somos ya nosotros quienes hablamos, que nos estamos amoldando en ese momento al parecido con los extraños y al de un yo que difiere de ellos». Además Saint-Loup ya está comprometido, tiene una amante, y el Narrador quiere intimar con una de sus admiradas compañeras de juegos (la elegida será Albertine). Por lo que respecta a Albert Bloch, el amigo judío de la época de Combray, ya lo ha descartado como amigo de juventud. No le interesan su pedantería ni su esnobismo vergonzante.

En cuanto a su concepto del amor, al estar avivado por el deseo físico y la posesión del ser amado, se estrella contra la

incomprensión, la desconfianza, la disparidad de intereses y, finalmente, los celos. La búsqueda de un ser complementario conlleva el riesgo de tropezar en el equívoco y en el malentendido. Proust parece partir de la idea de que los iguales tienden a rechazarse. Para ello recurre al ejemplo de los homosexuales (el Narrador utiliza el término «invertidos», usual en la época). El invertido descubre enseguida al invertido para a continuación rehuirlo, como un comerciante rehuiría a otro que instalara un comercio idéntico al suyo: ambos persiguen el mismo objeto de deseo.

Nos inclinamos hacia los que son diferentes e incluso opuestos a nosotros, aunque esas diferencias antagónicas nos hagan sufrir al obligarnos casi por la fuerza a comprenderlos. En la novela proliferan los ejemplos de relaciones en las que sus protagonistas, atraídos al principio por las diferencias que los separan, terminan sucumbiendo al antagonismo. Ni siquiera el poder de la costumbre logra reconciliarlos, como si fuese más fácil que los individuos se adapten a un medio físicamente hostil por la fuerza del hábito que a las personas de las que les separa alguna forma de antagonismo.

Los ejemplos aportados por Proust son todos del mismo género: una lucha despiadada entre seres básicamente desiguales por lo que respecta a sus orígenes sociales, educación y costumbres, y que, o bien termina en tablas (el matrimonio de Swann con Odette de Crécy), en una ruptura (el noviazgo de Saint-Loup con Rachel, actriz de pasado prostibulario), en una ficción (la boda de Saint-Loup con Gilberte, el matrimonio de los duques de Guermantes y el de sus parientes, los príncipes de Guermantes), en una espiral interminable de celos (que en el caso del Narrador y Albertine concluye con la muerte accidental de esta) y de malentendidos (el barón de Charlus con el joven violinista Charles Morel) o en una relación de dominio-sumisión (la señora Verdurin y su marido). Los únicos matrimonios felices que aparecen en la novela son los formados por el pintor Elstir y su mujer, a la que aquel utilizó de modelo para sus

cuadros, y el del músico viudo Vinteuil, de quien solo sabemos que nunca dejó de llorar a su difunta esposa.

Las dudas del Narrador ante la posibilidad de casarse con su novia Albertine no solo provienen de los celos que enturbian la relación, sino del temor a que el matrimonio le impida continuar con su proyecto literario, aunque no lo exprese en esos términos. «Me preguntaba si casarme con Albertine no me echaría a perder la vida, tanto por obligarme a cargar con el cometido, pesado en exceso para mí, de dedicarme a otra persona cuanto al forzarme a vivir ausente de mí con su continua presencia y al privarme para siempre de los gozos de la soledad», confiesa en *La prisionera*.

Son unos temores parecidos a los que Kafka albergó durante los años de compromiso con su novia Felice y que, ante el grado de angustia que le produjeron, convirtió incluso en uno de los motivos principales de sus ficciones literarias. Solo que Marcel teme que, además de los goces de la soledad, el matrimonio haga peligrar su gusto por la contemplación de las mujeres jóvenes, casi todas trabajadoras de los más variados oficios, que encuentra por la calle.

Ni del amor ni de la amistad cabe esperar nada provechoso, por lo que han de observarse como experiencias de conocimiento y ser reflejadas como tales por el artista. Pero es inútil forjarse ilusiones. Los seres humanos están encadenados a su soledad, por más que intenten evadirse de ella idealizando sus esperanzas. Estamos irremediablemente solos, como ante la muerte. Indiferente a los demás, cada cual va a lo suyo, enfrascado en sus deseos, intereses, expectativas e ilusiones que, sin embargo, todos esperan satisfacer en sus relaciones con los otros. El resultado de todo ello se traduce en la mutua manipulación emocional y sentimental a que se abandonan, un juego perverso que nadie se atreve a desenmascarar por amor propio, por vergüenza, por una especie de pudor moral y para no sentirse culpable.

En el mundo proustiano muy pocos se salvan de la mentira y del autoengaño. Los únicos personajes que escapan a este juego son la

abuela y la madre del Narrador, seres «intactos» en el paraíso del Combray infantil, en el que, no obstante, habitaban otros seres «impuros».

Esta constante discrepancia en las relaciones personales choca con la armonía que impera en el reino de las sensaciones provocadas por objetos inanimados y que los individuos dejan escapar como consecuencia de su incapacidad para estar a solas consigo mismos y rememorarlas.

*En busca del tiempo perdido* es la crónica de la desilusión que sigue al relato de los episodios de ilusión, con su cabalgata de bellas promesas decoradas con hermosas palabras como «amistad», «amor,» «conversación», «fidelidad» o «sinceridad» que poco a poco van desmoronándose en cuanto se descorre el velo de la apariencia que las cubre. Unas veces el Narrador sufre la desilusión y otras es testigo involuntario de ella, cuando observa, como un espía accidental, episodios que le revelan la verdad que se zafaba tras la fachada de la ilusión. Sometido a un doloroso e irreversible proceso de desengaño, el yo ingenuo e inexperto que se inició en el trato mundano se transforma finalmente en un yo perplejo, volcado en la observación incondicional y cada vez más objetiva del mundo real, del que participa como espectador desengañado.

No obstante, Proust demostró grandeza de espíritu en el hecho de que nunca guardara rencor a la imaginación que durante su infancia y adolescencia le hizo forjar algunas ilusiones y de las que la madurez habría de arrancarle con dolor. Estaba convencido de que la esencia de la condición humana radica en la forja de ilusiones y en la subsiguiente desilusión y que sin las primeras no es posible acceder a la segunda, en la que anidan la sabiduría y la conciencia. El hombre que, por falta de imaginación, no concibe ilusiones de ningún género, tampoco se arriesga a conocer la desilusión ni a penetrar en el vasto y complejo reino del conocimiento. Y ¿qué sentido tiene una vida como esa? Quizá por ello se le antoja teñida de un «fastidio tan desabrido» la existencia de esas personas «que

por pereza o timidez van directamente en coche a casa de unos amigos a quienes conocieron sin haber soñado antes con ellos, sin atreverse nunca, durante el trayecto, a detenerse junto a lo que desean».

# III

Proust desconfía del discurso explícito, de las intenciones manifiestas, de todo cuanto aspira a clausurarse con una declaración concluyente. Desconfía también de la razón y de su dialéctica verbal, de lo abstracto y universal. Es al «profundizar en el conocimiento de una individualidad» como se conocen los fenómenos sociales y no, como creen los simples de espíritu, que estos fenómenos sean una ocasión para penetrar en el alma humana.

Coincide con Freud al señalar al lenguaje y al gesto que encubre el sentimiento que pretende transmitir como una prueba casi infalible para escrutar el verdadero significado de este. Solo se precisa un agudo espíritu de observación. En este sentido anota que «para dar a conocer la verdad no es necesario decirla, y quizá podamos captarla con mayor certidumbre, sin necesidad de esperar a las palabras y sin siquiera tenerlas mínimamente en cuenta, en mil señales externas e incluso en determinados fenómenos invisibles», comparables a los cambios atmosféricos. Tampoco el artista tiene necesidad «de expresar directamente en su obra lo que piensa para que esta refleje la calidad de esa forma de pensar».

A raíz de las desavenencias ocasionadas por los celos que le inspira Albertine, y que el Narrador encuentra mucho más inquietantes que los que en su infancia padeció en la relación con su madre, afirma que la frustración y el desengaño producidos por «el enunciado directo» que le ofrecían voluntariamente las personas le animaron a «no dar importancia […] más que a los testimonios que no son una expresión racional y analítica de la verdad». Las palabras mismas no le decían nada «sino de la condición de ser interpretadas

a la manera de un aflujo de sangre a la cara de una persona que se turba, también a la manera de un silencio súbito».

Considera que la conversación no es necesaria «para enterarse con exactitud de las opiniones nuevas ni de las expresiones nuevas». Las charlas que el Narrador recoge durante sus estancias en los salones de los duques de Guermantes o en casa del matrimonio Verdurin, carecen de interés. Hay que *escucharlas* como lo que son y seguramente eran en la realidad, es decir, un testimonio de la expresión que reflejaban.

Cuando el Narrador empieza a relacionarse con las muchachas de la pandilla del Balbec era consciente de la banalidad de las palabras que intercambiaban entre ellas. Sin embargo, él las escuchaba con deleite porque la voz de cada una de las chicas le ofrecía «un cuadro de vivos colores», del mismo modo que un aficionado a los pájaros distingue los gorjeos de estos. En su compañía, «la plenitud del sentimiento superaba con mucho la pobreza y escasez de nuestra palabra», algo que no le ocurría después de haber charlado con la marquesa de Villeparisis o con su amigo Robert de Saint-Loup.

Marcel confiesa que lo único que buscaba en las conversaciones sobre el abolengo y la genealogía que los aristócratas sostenían en casa de los Guermantes era un placer poético, que esos ilustres personajes le procuraban involuntariamente, ni más ni menos que si se hubiese tratado de «unos labradores o unos marineros hablando de cultivos o de mareas». Todo lo contrario que en el salón de los Verdurin, en el que las conversaciones promovidas por la señora de la casa rezumaban malevolencia, resentimiento, esnobismo e incluso crueldad.

Ya inmerso en la relación con Albertine, el Narrador acude a visitar a la duquesa de Guermantes para pedirle consejo sobre el próximo vestido que piensa regalar a su amada, pero no oculta que también lo hace para recrearse en su conversación, que escucha como si se tratase «de una canción popular deliciosamente francesa» o de «un verdadero museo de la historia de Francia». No importa tanto lo que diga cuanto las palabras que utiliza para

decirlo. También la criada Françoise, hija de ancestrales campesinos, antes de que se dejara contaminar por la influencia del más leído mayordomo de la familia del Narrador, hablaba en un francés que Marcel considera que era el genuino e incorrupto, el que asocia con la fachada de la iglesia medieval de Saint-André-des-Champs.

Para Proust la verdad no está allí donde todo el mundo cree, en la región más visible, en el centro de la atención general, grande, elocuente, vistosa; tampoco en el discurso racional y especializado, sino en el reverso en el que nadie repara, en la otra cara, en los alrededores, en la antesala o en el cuarto de la costurera. Mientras escribe, la memoria le trae el recuerdo de detalles en los que nadie se fijaba por considerarlos fútiles, y quizá, influido por el ambiente, también él mismo llegara a pensar entonces que lo eran, pero que, rescatados por la memoria e insertados en las páginas de la novela que escribe, ofrecerán una visión completamente nueva del mundo, acorde también con el nuevo ángulo desde el que el escritor lo miró.

Esta visión desdoblada de la realidad se traduce en una preferencia por la envoltura de las cosas, por los prolegómenos de la acción y por la espontaneidad de lo imprevisto, de lo no racionalizado ni calculado, como la que manifiesta la abuela en los jardines asilvestrados y los paseos bajo la lluvia. También en el uso de las metáforas con las que Proust cree que se puede conferir eternidad al estilo y que elabora recurriendo a imágenes, ritos, costumbres, objetos, palabras y expresiones extraídas del mundo a menudo imperceptible de la cotidianidad.

El Narrador se detiene en las sensaciones y en los objetos que tenemos cerca de nosotros y que, normalmente, eludimos para interesarnos por otros más alejados pero de dimensiones muy superiores a las de aquellos otros. Así se entiende que el culto y refinado Marcel convierta en objetos de observación minuciosa la cocina, los platos de comida, la expresión del lenguaje, la indumentaria de las mujeres del gran mundo, como la *toilette* de

Odette o de la duquesa de Guermantes; que se interese por el personal del servicio doméstico, botones, camareros o la sirvienta Françoise, con su intuición de campesina y su tosco lenguaje de *oyente* analfabeta formada en una secular transmisión oral; que recuerde un libro por la portada (*François Le Champi*, de George Sand) y que se fije en los dibujos de los documentos financieros de la Bolsa y no en su cuantía.

En consonancia con esta actitud, el Narrador acoge favorablemente la costumbre de la duquesa de Guermantes de abstenerse de hablar de poesía cuando invitaba a almorzar a un poeta o a un músico en su palacio, desviando la conversación hacia los platos que comían o la partida de naipes que iban a jugar. También le llama la atención la reserva de Swann, que en sus conversaciones procuraba ocultar su interés por la pintura y, si alguien sacaba a relucir el tema, optaba por hablar de cuestiones secundarias. En cambio, lamenta que Saint-Loup juzgase todas las cosas por el peso de inteligencia que contienen, sin reparar en «las delicias que le aportaban a mi imaginación algunas obras que a él le parecían frívolas», extrañándose de que pudiesen interesar a su amigo Marcel.

De vuelta a casa después de uno de sus paseos con la criada Françoise a los Campos Elíseos, el adolescente Marcel asocia el «pabelloncito verde» que casualmente descubrió en el parque, con su «frescor» que olía a «humedad» y «casi hollín», al «cuartito» de su tío Adolphe en Combray, que exhalaba el mismo olor a humedad. Retrospectivamente, confiesa que entonces no pudo comprender, y prefirió posponer para otro momento cualquier intento por comprenderlo, por qué le produjo tal sensación de felicidad el retorno de una imagen tan insignificante. «A la espera de ese momento, me pareció que me merecía en serio el desdén del señor de Norpois», el diplomático amigo de su familia que le había revelado que carecía de aptitudes para la literatura, porque «hasta entonces había preferido de entre todos los escritores a ese a quien él llamaba "de oropel"» —Bergotte—, «y porque me había venido un

auténtico entusiasmo no de alguna idea importante, sino de un olor a moho». Norpois reprochaba a Bergotte que escribiera obras «sin musculatura», carentes de plan y de base, de «acción», que «carecen del alcance», y en las que solo se preocupaba de «enjaretar palabras de forma armoniosa», en un estilo formalista, «amanerado y poco viril». Y todo ello en una época en que «la creciente complejidad de la vida apenas si deja tiempo para leer, en que en el mapa de Europa se han dado cambios de envergadura […], en que tantos problemas amenazadores y nuevos aparecen por doquier».

La verdad en la que indagó Proust, indagación sobre la cual forjó el estilo tan característico de su obra, recuerda a esos pájaros pequeños, vivaces y saltarines, que se pasean por la superficie escamada de los cocodrilos, limpiándolos de toda suerte de excrecencias parasitarias. No se deja deslumbrar por los hechos o por las grandes ideas. Es la suya una actitud propia de un tipo sedentario, casi un paralítico, que dispone de mucho tiempo para contemplar y observar cuanto le rodea, un mundo limitado en el que concentra su mirada inquisitiva. Donde más se explaya la voluptuosidad proustiana es en los recintos cerrados, en las habitaciones o en los salones caldeados, acogedores, como la austera alcoba de la tía Léonie, prisionera de las secretas voluptuosidades que la anciana extraía de su enclaustramiento de enferma perpetua, el cuartito de su tío Adolphe, en Combray, el pabelloncito con un encañado verde de los Campos Elíseos, donde estaban los lavabos, con sus paredes «húmedas y viejas» y su «fresco olor a lugar cerrado», el blanco y cálido salón de la señora Swann, que visita asiduamente durante su adolescencia de enamorado de la hija de esta, Gilberte, o durante su encierro forzoso en la casa de sus padres, en París, en calidad de carcelero de la «prisionera» Albertine. Proust supo aprovechar al máximo su fragilidad física, que le obligaba a permanecer mucho tiempo encerrado en casa, para la escritura de su obra.

A fin de cuentas la correspondencia de las sensaciones con los recuerdos se inscribe en la idea proustiana de que, al menos con vistas a su retención en la memoria —el objetivo último y omnipresente en la novela—, es más importante el ambiente que rodea al hecho, como la lectura de un libro, que el hecho en sí. Pero una de las razones que justificarían el uso de esta clase de correspondencias es la búsqueda de la precisión, sobre todo cuando se trata de sensaciones difusas y difícilmente aprehensibles. Por ejemplo, el Narrador, al evocar una tarde de su infancia en Combray en que se encontraba en su habitación sombría, cuenta que sentía la esplendidez de la luz que en aquel momento caía sobre la calle, por los golpes que estaba dando el tendero Camus contra unos cajones polvorientos que «al retumbar en el ambiente sonoro característico de los meses de calor, parecían estar enviando a lo lejos el vuelo de unos astros escarlata». También rememora esa tarde por la «música de cámara» de las moscas que revoloteaban en el aire de la habitación.

Una estrategia similar a esta se aprecia en su visión del amor y del deseo. Del mismo modo que la envoltura de las cosas revela su verdadero significado de forma más auténtica que el contenido que tratan de transmitir, hasta el punto de anularlo por completo, el deseo amoroso suscita el placer y la excitación que se buscan en la posesión física del ser amado. El significante de las cosas es a su significado lo que el deseo a la posesión.

Para Proust, lo mismo que para Flaubert, el deseo constituye más que una meta, un sentimiento transitorio hacia la posesión. La posesión, viene a decirnos, no existe, conduce a un desengaño gratuito del que no se obtiene nada perdurable. Más vale alargar la sensación de deseo que satisfacerlo. Mientras se desea, se siente y el sentimiento es el principal material de trabajo para un observador y analista nato como Proust.

Por si esto fuera poco, la posesión es indescriptible, conduce al enmudecimiento y al vacío de la absoluta plenitud. Cuando se tiene asegurado el disfrute del objeto del deseo, la mejor forma de

prolongar el placer que se espera obtener de él es demorando tanto como sea posible el momento de la posesión que probablemente desemboque en el desencanto. Además, dada la insondable capacidad del sujeto para imaginar el siempre incierto placer, parece más que difícil que se produzca el milagro de la coincidencia entre el deseo y su satisfacción.

Valga un ejemplo para ilustrar esta idea: cuando el Narrador niño acude por vez primera al teatro para presenciar una representación de la Berma, su actriz favorita, confiesa que disfrutó mientras *no* vio a la actriz representar su papel, en la placita que precedía al teatro, al pasar delante de los empleados del edificio, dentro del patio de butacas, al percibir los golpes detrás del telón y cuando este se alzaba lentamente y aparecieron los actores en el escenario. Su gozo terminó en cuanto estos empezaron a declamar.

Proust es el filósofo de lo aparentemente secundario, de la sombra, por oposición al objeto que la proyecta; de la expresión incontrolada, por oposición al intelectualismo del contenido que pretende transmitir; de la sensación, en lugar del siempre dudoso sentimiento; de la seducción atormentada, en contraste con la desilusionante posesión; del azar, frente al determinismo; y de la memoria involuntaria, por oposición a la voluntaria. Por ello puede hablarse en propiedad de una fenomenología proustiana.

# DOS CARAS, DOS VIDAS, DOS CAMINOS

## I

El joven Narrador se abre al mundo aislado en su experiencia singular, con la seguridad temeraria de quien ignora la duplicidad de los seres humanos y de las cosas, cautivo entre las paredes de su subjetividad, como el hidalgo Alonso Quijano la mañana en que salió

de su casa transformado en el caballero andante Don Quijote, envuelto en un maremágnum de espejismos, ilusiones y fantasías ideadas para satisfacer la nostalgia que alimentó en su soledad contemplativa y que desde el primer encuentro con la realidad solo le deparará desengaños que, sin embargo, el caballero tratará de acoplar a su mundo imaginario.

Cada vez que Marcel se acerca a la realidad lo hace desde un punto lejano, trufado de idealismo romántico y de nostalgia de belleza. Es la felicidad de la infancia idealizada desde el infeliz recuerdo adulto —los paraísos infantiles a los que se refería Baudelaire— y conservada intacta por la memoria sensitiva y la sabia intuición del niño-adolescente que elige el universo materno, sensible, cultivado e imbuido de imaginación, personificado por la madre y la abuela, frente al pragmatismo paterno. En Proust esta escisión primigenia será decisiva para la configuración de su universo literario, moral y estético.

Sin embargo, como le ocurre a Don Quijote, el Narrador se encontrará con una realidad diferente de la que había imaginado en sus episodios de soledad, desde luego mucho más compleja y rica y también menos esquemática, aunque en conjunto desilusionante si se la mide con el ilusionismo forjado por su imaginación, a la que compara con «un organillo estropeado que siempre toca una melodía distinta a la que debería».

El pensamiento proustiano parte de la idea de que el individuo, al estar dotado de imaginación y sentirse impulsado por unos deseos subjetivos, tiende a formarse unas creencias sobre la realidad que rara vez coinciden con esta. Dicha oposición no concibe un punto intermedio, un territorio neutral y conciliador; incluso se rige por una especie de aritmética según la cual el objeto imaginado es inverso al que ofrece la realidad. «A cambio de eso que nos deja esperar la imaginación y que nos tomamos tanto trabajo inútil para intentar descubrir, la vida nos da algo que no nos esperábamos ni por lo más remoto», subraya el Narrador.

En su primer encuentro con el barón de Charlus —un homosexual oculto que al final de la novela al Narrador le recuerda a «una anciana amanerada»—, el joven Marcel lo confunde con un delincuente de alto copete porque va vestido de negro y lo mira de reojo ante un cartel anunciador de una obra de teatro. Pero cuando le estrecha la mano con fuerza y le habla con desprecio de los jóvenes lánguidos de la alta sociedad, lo asocia con un modelo casi prusiano de virilidad.

También la naturaleza limitada de los sentidos contribuye a esa percepción unilateral de las cosas, que hace que veamos en ellas unos cuantos atributos de los innumerables que las singularizan. «Están coloreadas porque tenemos ojos», pero, se pregunta el Narrador, «¿de cuántos epítetos más no serían merecedoras si tuviésemos sentidos a cientos?».

La imaginación se halla en las antípodas de la experiencia. Donde está la una, necesariamente la otra tiene que desaparecer, de manera que «cualquier realidad se asemeje igual de poco a la que creemos apreciar directamente». El Balbec tanto tiempo imaginado por Marcel, y al que le condujo primero la lectura de un tratado de arqueología en el que se describía la iglesia del pueblo, luego la información que le facilitó Swann sobre aquella iglesia, de la que le dijo que «era casi persa, […] hacia el normando bizantino», y, por fin, la existencia de una sociedad hotelera de lujo que construyó un hotel higiénico y confortable al que le llevaron sus padres, se desvanece cuando se adentra en él y termina conociéndolo. «Bien es cierto que en aquel Balbec anhelado desde hacía tanto no encontré la iglesia persa con la que soñaba ni las nieblas eternas. Ni si quiera el tren de la una treinta y cinco, tan bonito, resultó ser como yo esperaba. Pero, a cambio de eso que nos deja esperar la imaginación y que nos tomamos tanto trabajo inútil para intentar descubrir, la vida nos da algo que no nos esperábamos ni por lo más remoto».

En la novela adquiere rango de ley la repetición sistemática del fenómeno de las creencias que, al entrar en contacto con la realidad,

se transforman en verdades inversas a estas; y realmente es la única verdad que sobrevive en la obra, inamovible ante las contradicciones y paradojas que encierra. No obstante, puede ocurrir que en alguna ocasión las máscaras que Marcel arranca a las personas con las que se cruza no le descubran los rostros que ocultan, sino otras máscaras nuevas.

Un ejemplo significativo de ello es el dramático recuerdo de la noche en que la madre del Narrador niño no subió a su dormitorio de la casa de los abuelos en Combray para darle el beso diario porque Charles Swann había venido a visitar a la familia. Ante la obstinación del niño, que se negaba a dormirse, el padre le ruega a la madre, en contra de lo previsto, que acuda a consolarle. Pero, al contrario de lo esperado, esta acata el ruego con desgana. Según la regla establecida, era el padre quien se oponía a las concesiones que la madre hacía habitualmente al hijo. Por primera vez desde el punto de vista del niño, la realidad desmiente una creencia negativa —la previsible oposición del padre a que la madre atendiese el capricho de Marcel—, invirtiéndola en positiva —la autorización paterna para que la madre durmiera aquella noche con él. A su vez, esta será contrarrestada por otra negativa e igualmente imprevista: la reticencia de la madre a satisfacer el capricho del hijo.

De ahí que al evocar su juventud, el Narrador maduro que rememora su pasado en el libro que ha empezado a escribir reconozca que «cualquier realidad se asemeje igual de poco a la que creemos apreciar directamente». El proceso formativo de Marcel comienza con la desmitificación propiciada por el conocimiento de aquello que, seducido por la imaginación infantil, mitificó involuntariamente, descartando que pudiese existir un divorcio entre la idea que se había formado del objeto o de la persona y la realidad que estos encarnaban.

El subjetivismo del Narrador es lo bastante lúcido como para no culpar a las apariencias que cubren a las personas y las cosas de los sucesivos engaños que sufre. Intuye que el problema no estriba en estas sino en la subjetividad con que las contempla.

Para Proust nuestro error se reduce a «creer que las cosas suelen presentarse tal y como son en realidad, los nombres tal y como se escriben, las personas según esa noción inmóvil que proporcionan de ellas la fotografía y la psicología». Pero, en realidad, «no es eso en absoluto lo que vemos habitualmente. Vemos, oímos, concebimos el mundo de mala manera. Repetimos un nombre tal y como lo oímos hasta que la experiencia rectifique el error, cosa que no siempre sucede». Este perpetuo error «es precisamente la vida». Además las visiones que nos formamos del mundo son «informes, fragementadas, y que completamos con asociaciones de ideas arbitrarias, que crean sugestiones peligrosas».

Puesto que no son las apariencias externas las que engañan al sujeto sino el velo de la apariencia con que este las reviste a través de su imaginación solipsista —lo que el Narrador califica de «error»—, para que ese velo caiga alguna vez, el individuo debe liberarse de las creencias equívocas que ha levantado alrededor de las cosas. Ahora bien, estas no se desmoronan solas, con el simple trascurso del tiempo; es necesaria la participación del sujeto.

Refiriéndose al esnob médico Cottard, quien ha conocido en el salón burgués de la señora Verdurin a la oscura princesa Sherbatoff, el Narrador observa que «muchos Cottard que creyeron que se habían pasado la vida en el meollo del Faubourg Saint-Germain les hechizaron más quizá la imaginación unas ensoñaciones feudales que a esos que vivieron de verdad entre príncipes». En el lado opuesto a ellos figuran esos hombres que «se han pasado la vida entre los grandes del mundo, que no eran para [ellos] sino parientes aburridos o conocidos latosos, porque un hábito adquirido desde la cuna los había privado, desde su punto de vista, de todo prestigio».

Las apariencias son el único referente de que dispone el individuo para penetrar en las cosas. Hay que fiarse de ellas. Lo que engaña es la imagen que, en consonancia con nuestra subjetiva experiencia y deseos particulares, nos formamos de las cosas, no las cosas en sí. Si queremos desentrañar su esencia basta con observarlas atentamente, en todos sus detalles y movimientos perceptibles.

La disparidad entre la imaginación y lo real se traduce en una doble modalidad de creencia: lo que creemos que son los demás y lo que en realidad son, y lo que cada uno cree que es —las palabras que dice a los otros, incluso sinceramente— y lo que en realidad es, o sea, las acciones que determinan su identidad. Si por una parte, nuestro yo «se compone […] de la superposición de nuestros estados sucesivos» y «esa superposición no es inmutable como los estratos de una montaña» sino que, por obra de la memoria, en él «hay perpetuamente plegamientos que hacen aflorar las capas antiguas», por otra, «nada sabemos de la sensibilidad particular de las demás personas», sin que ni siquiera sepamos que la ignoramos por la sencilla razón de que «esa sensibilidad de los demás nos es indiferente».

En la novela abundan los ejemplos de esta experiencia de disparidad entre la percepción que cada cual tiene de sí mismo y la que de él tienen los demás. Más aún, se erige en uno de sus motivos centrales puesto que es de esa disparidad de percepciones de donde surge el autoengaño, con sus secuelas de engaño y desengaño.

En las primeras páginas de *En busca del tiempo perdido*, en el capítulo dedicado al Combray de su infancia, el Narrador describe la reacción de sus provincianas tías ante el amable vecino Charles Swann, ya casado con Odette de Crécy y padre de Gilberte, quien durante sus estancias en el pueblo acude a visitarlas de vez en cuando, conservando así la amistad que su difunto padre tuvo con la familia del Narrador. Las buenas mujeres ignoraban la vida mundana que el ocasional visitante llevaba en París. Creían que Swann no podía ascender socialmente y escapar del régimen de castas por el que se regía la burguesía provinciana. Dominadas por este prejuicio, se abstenían de invitarlo a las comidas de etiqueta; consideraban que carecía del prestigio suficiente como para incluirlo en la nómina de invitados de lustre. De su oficio de marchante de cuadros, pensaban que en realidad se trataba de una afición excéntrica, una chifladura por las antigüedades. También estaban seguras de que en

París residía en un barrio denigrante. Como Swann se mostraba reservado sobre los asuntos artísticos, en la conversación evitaba abordar temas serios y manifestaba una precisión muy prosaica tanto cuando daba recetas de cocina como cuando las hermanas de la abuela hablaban de temas artísticos, dedujeron que no era más que un diletante al que quizá engañasen los comerciantes de cuadros.

Por ello no salían de su perplejidad cuando se informaron por las crónicas de sociedad de *Le Figaro* que el marchante se codeaba con la aristocracia parisina. No era posible que el hijo de un agente de bolsa, casado además con una mujer de dudosa extracción social, se tratase con semejantes personajes en lugar de hacerlo con notarios.

El Narrador concluye de esta actitud que «nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los demás» y que «ni aun desde el punto de vista de las cosas más insignificantes de la vida, no somos un todo constituido materialmente», como creían erróneamente las tías de Marcel, «idéntico para todo el mundo y de cuyo contenido pueda cualquiera limitarse a tomar constancia como si se tratase de un pliego de cargos o un testamento». «Rellenamos la apariencia física de la persona a la que estamos viendo con todas las nociones que poseemos de ella y, en el aspecto global con cuya representación contamos, esas nociones son seguramente las que más lugar ocupan».

En la filosofía de la percepción forjada por Proust la perspectiva desempeña un papel crucial. El sujeto nunca permanece inmóvil ante el objeto que despierta su interés, por lo que las impresiones que le suscitan son tan variables como los movimientos que ejecuta a su alrededor. «Nos es posible conocer en mayor medida lo lejano que lo que tenemos cerca», pero también «se nos antoja que es mejor lo que vemos en la distancia, lo que les vemos a los demás». La lejanía hace que se perciban las cosas distintas de como son si uno se aproxima a ellas. «El hada puede renacer si nos alejamos de la persona; pero si nos quedamos junto ella, el hada muere definitivamente y con ella el nombre». La proximidad física puede

suscitar una sensación de lejanía, sobre todo cuando se trata del ser amado. «Como la vista es un sentido engañoso —observa el Narrador—, un cuerpo humano, incluso amado, como era el de Albertine, nos parece, a unos metros, a unos centímetros, que está muy alejado de nosotros. Y lo mismo nos sucede con el alma que le pertenece». Hasta que «algo cambia bruscamente de lugar esa alma, en lo que a nosotros se refiere», como por ejemplo cuando nos indica «quiere a otras personas y a nosotros no». Entonces es cuando sentimos que está «no a pocos pasos sino dentro de nosotros».

En una época dominada por el chato positivismo y el culto a la utilidad, el Narrador, perteneciente a la burguesía parisina, proyecta su imaginación y su ansia de extrañamiento en la aristocracia, un estamento social en decadencia, alejado del rampante utilitarismo burgués y ensimismado en su propio esplendor, pero que en las últimas décadas del siglo XIX aún sobrevivía ajeno a la proximidad de su ocaso. El deseo de penetrar en ese universo poco accesible a los burgueses, de conocer las claves que debían permitirle franquear su umbral, está rodeado de una atmósfera de misterio quizá solo comparable a la que envuelve a quien aspira a iniciarse en los ritos de una secta de la que precisamente lo que más le atrae es su secretismo.

Esta inclinación del adolescente Marcel obedece a una preferencia innata —indicio del artista potencial que se fraguaba en su interior— por lo singular, por lo individual, lo genuino, único, irreproducible e irrepetible. Si se enamora platónicamente de la duquesa Oriane de Guermantes y desea internarse en su reino mágico es ante todo porque está enamorado de su nombre singular y de la distinción aristocrática que emana de su persona. Nada más lejos de esta inocencia que el arribismo de otros personajes burgueses de la novela, que solo aspiran a meter la cabeza en los salones aristocráticos por un reprimido deseo de ascenso social que, tras los bruscos movimientos de clases sociales que siguieron a la Primera Guerra Mundial, verán satisfecho con creces.

Más tarde, su trato con el barón de Charlus, cuñado de Oriane, le permitirá conocer de cerca el mundo también singular de la homosexualidad masculina, mientras que las incursiones de Albertine en el lesbianismo le obligarán a familiarizarse con la homosexualidad femenina. El tono rapsódico del ensayo que dedica a los hombres homosexuales —la «raza maldita»— en las primeras páginas de *Sodoma y Gomorra* es revelador del desasosiego y la curiosidad con que Proust, él mismo homosexual, observaba este fenómeno, entonces casi marginal en la literatura y socialmente perseguido.

Su relación con lo singular se manifestará igualmente en su trato con los judíos —«raza a la que aqueja de la persecución»—, a través del amigo de infancia Albert Bloch y de su familia, pero también a raíz del vendaval antisemita que azotó a la sociedad francesa tras el estallido del caso Dreyfus. Su experiencia con ambas minorías le llevará a establecer una perspicaz analogía entre ellas y a dejar constancia de sus tímidas tentativas de integración en la alta sociedad y del rechazo de esta a aceptar su singularidad como no fuese por la vía del disimulo, por lo que respecta a los homosexuales, o de la asimilación completa, en el caso de los judíos. Disimulo y asimilación participan del juego de personalidades dobles, disfraces y máscaras característico de *En busca del tiempo perdido*.

## II

El ilusionismo imaginativo arranca con los nombres, que, semejantes a máscaras, revisten a las personas y a las cosas de una realidad que rara vez coincide con su verdadera sustancia. Los nombres, con sus sonidos sugerentes y evocadores, azuzan la imaginación antes de que nos encontremos con las realidades que designan. Son como una tarjeta de presentación si no falsa, equivocada.

Para el Narrador la idiosincrasia de una persona, de un lugar o de una cosa empieza por el nombre, cuya sonoridad le abre un espacio

infinito para la imaginación, en la que va recreándolo y multiplicándolo, como las alas de la cola de un pavo real. Cuando lee o escucha por primera vez un nombre, inmediatamente la imaginación le confiere una identidad en consonancia con el color, el tono o las analogías imaginarias que le suscitan.

Al encontrarse con los aristócratas cuyos nombres *encantados* venía escuchando desde su infancia, como el de la duquesa de Guermantes, o que le son presentados en su primera cena en el palacio de esta, se siente decepcionado porque no se corresponden con las personas que tiene delante. «El hada languidece si nos aproximamos a la persona real a quien corresponde ese nombre suyo, porque es a esa persona, que nada tiene que ver con el hada».

El poder del nombre, su facultad para encender la imaginación de quien lo escucha o lee por primera vez, no tendría límites si este permaneciera encerrado a perpetuidad en la Ausencia, como por embrujo. En otras palabras, el nombre limita con la Presencia de su portador, deshaciendo el encanto que hasta ese momento le ha atribuido generosamente la fantasía.

El otro factor que obstruye la percepción objetiva de la realidad reside en la inestabilidad, que no depende en absoluto de la posición que ocupe el sujeto sino de la desconcertante volubilidad del objeto de su atención. La fluctuación de las opiniones y de los sentimientos impide fijarlas en un punto. Así lo confirma el Narrador cuando comenta que «en la opinión que tenemos unos de otros y en los vínculos amistosos y familiares no hay nada fijo a no ser en apariencia, pero además son eternamente cambiantes, como el mar». De ahí «que haya tantos rumores de divorcio entre cónyuges que parecían unidos y, al poco tiempo, hablen cariñosamente el uno del otro; que un amigo le achaque todo tipo de infamias a otro del que creíamos que era inseparable y, antes de que nos hayamos recuperado de la sorpresa, ya se estén reconciliando; que en tan poco tiempo se hayan invertido tantas alianzas entre los pueblos».

Pero, además, ninguna percepción de la realidad permanece inmóvil, así sea porque las personas y las costumbres cambian también, incluso sin que ellas mismas sean conscientes de la mutación, aunque no nos percatemos del movimiento que las recorre, lento pero continuo. «Las personas no dejan de cambiar de sitio respecto a nosotros. En el avance insensible, pero eterno, del mundo, las vemos como si estuvieran inmóviles, en una visión de un instante, demasiado corta para que se note ese movimiento que las arrastra consigo».

La inestabilidad hace que veamos a las personas como sombras impenetrables, de las que, por más opiniones que nos formemos de sus palabras y acciones, solo obtendremos informaciones insuficientes y contradictorias. Unas veces nos amarán y otras probablemente nos aborrecerán. La experiencia de los celos, que ocupa buena parte de la novela, constituye la muestra más dolorosa de este fenómeno. Como resultado de la movilidad, a medida que vamos conociendo a las personas «son como un metal sumergido en una mezcla alterante y vemos cómo van perdiendo poco a poco sus virtudes (y, a veces, también sus defectos)».

El repentino acceso de generosidad del señor Verdurin hacia uno de los asiduos de su salón, el pusilánime pianista Saniette, destinatario habitual de los despiadados dardos del señor de la casa, le sirve al Narrador para establecer una conclusión: «la dificultad que existe para brindar una imagen fija tanto de una forma de ser como de las sociedades y las pasiones». «Pues no es menos cambiante aquella que estas, y si pretendemos clisar lo que es en ella relativamente inmutable, vemos que le presenta sucesivamente aspectos diferentes (lo que implica que no sabe estarse quieta y se mueve) al objetivo desconcertado». La sobrina de Jupien tuvo que cambiar las opiniones que se había formado sobre Morel y el barón de Charlus, basadas en testimonios de otras personas, al descubrir por sí misma que Morel abrigaba «honduras de perversidad y perfidia que, por lo demás, quedaban compensadas con una dulzura frecuente y una sensibilidad real», y que en el barón se alternaban

«una bondad inmensa y que nadie podía sospechar [y] con rasgos de dureza de los que no estaba enterada».

Del mismo modo, el Narrador se percata de que Andrée, la amiga de la difunta Albertine, no es mala persona aunque le comunicara unas revelaciones muy dolorosas sobre el pasado sexual de esta, quizá con el afán de herirle. Estaba compuesta de varias naturalezas, la última de las cuales, «aún más enterrada, la auténtica, pero sin formar del todo, tendía a la bondad y al amor al prójimo». En realidad, Andrée estaba dispuesta a amar a todas las criaturas pero con una condición: verlas previamente como no triunfadoras. «No entendía —añade Marcel— que había que amar incluso a los orgullosos y vencer su orgullo con el amor y no con un orgullo aún más virulento».

El barón de Charlus es un nudo de contradicciones. «Resulta imposible imaginar hasta qué punto podía resultar el señor de Charlus insoportable, tiquismiquis e incluso, él tan agudo, tonto en todas las ocasiones en que entraban en juego los defectos de su carácter». Observación que lleva al Narrador a sostener que hay hombres y mujeres inteligentes que «cuando son felices y están tranquilos y satisfechos de quienes los rodean, lucen sus valiosas dotes; es literalmente la verdad la que habla por sus bocas. Una jaqueca, un menudo pique de amor propio basta para cambiarlo todo. Esa inteligencia luminosa, brusca, convulsa y menguada, no muestra ya sino un yo irritado, suspicaz, coqueto, que hace cuanto sea menester para desagradar».

También Gilberte Swann participa de este dualismo antagónico, que el Narrador atribuye a la disparidad de la herencia de sus progenitores: inteligente como su padre Charles Swann y superficial como su madre Odette.

Nos formamos opiniones invariables de las personas cuando perdemos el interés por ellas y dejan de apasionarnos. Entonces las abandonamos al juicio de la inteligencia. «Nuestro error —observa Marcel— es creer que las cosas suelen presentarse tal y como son en realidad, los nombres tal y como se escriben, las personas según

esa noción inmóvil que proporcionan de ellas la fotografía y la psicología. De hecho no es eso en absoluto lo que vemos habitualmente. Vemos, oímos, concebimos el mundo de mala manera. Repetimos un nombre tal y como lo oímos hasta que la experiencia rectifique el error, cosa que no siempre sucede». Cita el ejemplo de la sirvienta Françoise, a la que durante veinticinco años todo el mundo en Combray le habló de la señora Sazerat mientras ella siguió diciendo la señora Sazerin. «Esa equivocación perpetua, que es precisamente la "vida", no le presta sus miles de formas solo al universo visible y al universo audible, sino también al universo social, al universo sentimental, al universo histórico, etc.». «No tenemos del universo sino visiones informes, fragementadas, y que completamos con asociaciones de ideas arbitrarias, que crean sugestiones peligrosas».

En la vida social, con sus rituales y sus formalismos, singularmente presentes en el mundo cortesano, la inestabilidad está a la orden del día. Bajo los codificados modales que imperan en el salón aristocrático, es difícil discernir cuándo se expresa o se esconde lo que se siente, sobre todo para un profano como el joven Narrador que ignoraba la letra pequeña de ese código.

Los disimulos de la urbanidad dan pie a que los individuos que se acogen a su código desempeñen papeles diferentes, como si fueran actores teatrales. Los sentimientos no se manifiestan espontáneamente, con la anarquía y el descontrol que le infunden las ya de por sí incontrolables pasiones, sino que se turnan siguiendo las agujas del puntual reloj.

La oposición entre la apariencia, surgida de la visión subjetiva del mundo por el individuo, y la realidad, reconocida e identificada desde el conocimiento imparcial adquirido por este en cuanto abandona el nido de la subjetividad, provocará un fenómeno frecuente en la novela: la existencia de dobles vidas, es decir, de personas que, desde el punto de vista de la sociedad a la que pertenecen, viven en conformidad con los principios y reglas por las que se rige esta y que, sin embargo, llevan otra vida,

verdaderamente real y privada, que se contradice con esas reglas. «De todas las personas a quienes conocemos tenemos un doble», afirma el Narrador.

Exponentes representativos de doble vida son Swann —si bien solo a ojos de la pequeña comunidad provinciana de Combray—; el tío-abuelo del Narrador, Adolphe, cuyos encuentros secretos con actrices no estaban bien vistos por su burguesa familia; probablemente la tía Léonie en su juventud; Legrandin, un ingeniero parisino, residente ocasional en Combray, soltero y amante de la literatura, quien, tras su fachada de jacobino culto y doliente, esconde a un esnob reprimido; Charlus y luego su sobrino Saint-Loup, quienes, sometidos a las leyes marciales de la casta aristocrática a la que pertenecen, han de ocultar su homoerotismo. También Albertine lleva una doble vida a ojos del celoso Narrador-amante, e incluso Albert Bloch, para su familia de judíos escasamente asimilados.

El fenómeno de la doble vida se acentúa en sociedades gobernadas por normas estrictas que eluden la complejidad de la vida humana, sus múltiples caras —como el dios de la teogonía oriental al que se refiere el Narrador—, y que es imposible encajar en el molde de ninguna ley, por útil que parezca para el funcionamiento de la sociedad. Las dobles vidas que desfilan por las páginas de *En busca del tiempo perdido* anuncian el inminente final de un modelo de sociedad que pretendía atar con las cadenas de la coacción reguladora la siempre caótica y azarosa condición humana en aras de una apariencia de unidad pétrea, subordinando la libertad individual y su rica variedad a un sistema uniformador.

Desde el punto de vista literario, la duplicidad se evidencia en el contraste entre la vida pública del escritor y su mundo personal. En contra de la corriente romántica, postulada por el prestigioso crítico Sainte-Beuve, que asociaba la biografía de los escritores con su universo literario, Proust sostiene en su ensayo *Contra Sainte-Beuve* que en el escritor conviven armoniosamente la personalidad del hombre que comparte su vida pública con sus congéneres, y a quien

estos creen conocer a fondo, y la del autor que, en el recogimiento de su gabinete, examina cuanto ha experimentado junto a ellos a la luz de los recuerdos. Son dos personalidades tan distintas que quienes lo conozcan y algún día lean sus escritos, pensarán que se trata de individuos diferentes. En una conversación con Albertine, el Narrador le cita los ejemplos de Choderlos de Laclos, un hombre «de bien por excelencia», «el mejor de los maridos», y autor «del más espantosamente perverso de todos los libros», *Las relaciones peligrosas*, y de la señora de Genlis, que escribió cuentos morales, pero que «no se limitó a engañar a la duquesa de Orléans, sino que la torturó apartando de ella a sus hijos».

Una duplicidad análoga podría trasladarse al propio Proust, de quien André Guide dijo que era un maestro del disimulo. Al igual que Charles Swann, su *alter ego* en tantos aspectos, y que Oriane de Guermantes, no le gustaba exteriorizar en público aquello que realmente le interesaba. En realidad, fue un escritor disfrazado de burgués y de esnob. Pocos de sus allegados conocían el ambicioso trabajo literario en el que se embarcó en los años de madurez, pero que venía pergeñando desde su juventud. Su habilidad para escindirse entre el atento observador de la realidad que le tocó vivir —la restringida sociedad aristocrática parisina— y el personaje mundano que fingía ser para así posibilitar la observación y el análisis, solo es concebible en alguien que intuía la trascendencia de la misión que se había encomendado: preservar para el recuerdo un presente que tenía los días contados y que seguía siendo presente porque las circunstancias le eran favorables, pero no porque concordase con la realidad más objetiva.

La duplicidad característica del pensamiento proustiano se proyecta también en la evolución del mundo interior del Narrador y en la forma en que la percibía. Para ello tomó como modelos los dos caminos de Combray: por donde se va a Méséglise la Vineuse, que la familia de Marcel llamaba también «por donde vive Swann» porque a su vera se alzaba la posesión de este personaje. Se trataba de un sendero llano, corto —de ahí que se lo reservase para el tiempo

inseguro—, ventoso, nublado, poblado de espinos y manzanos, un tanto enigmático, como sus paseantes domingueros, y junto al cual se hallaba Montjouvain, la casa del músico Vinteuil y de su extraña hija, y cuyo nombre resonará a lo largo de la novela asociado al tormento de los celos sexuales de Marcel. El otro camino conducía al castillo que poseían los duques de Guermantes, largo, «mucho más ideal que real», suave, fluvial, húmedo, lleno de historia, y evocador como su nombre y la meta en la que terminaba. Más que las distancias kilométricas que pudieran separar los dos caminos, el Narrador interponía entre uno y otro «la distancia que había entre las dos zonas de mi cerebro que usaba para pensar en ellos, una de esas distancias mentales que no se limitan a alejar, sino que separan y sitúan en otro plano», de tal manera que permanecían encerrados en la imaginación del niño «separados uno de otro, sin que pudieran reconocerse entre sí, en los vasos estancos y sin comunicación de tardes distintas».

En sus paseos por el camino de Guermantes aprendió a distinguir «esos estados de ánimo por los que paso sucesivamente algunas temporadas y que llegan incluso a repartirse el día, viniendo uno a expulsar al otro con la puntualidad de la fiebre; contiguos, pero tan ajenos entre sí, tan carentes de medios para comunicarse que no soy ya capaz de entender, ni tan siquiera de imaginar, si estoy en uno, lo que deseé, temí o llevé a cabo en el otro».

Del camino de Méséglise confiesa que le enseñó «ese desajuste entre nuestras impresiones y su expresión habitual» y también que «las mismas emociones no se dan simultáneamente, en un orden preestablecido, en todos los hombres». Ambos descubrimientos resultan claves en la cristalización del ideario estético del Narrador, pues si el primero le conducirá a la literatura, el segundo le llevará a separar su vida pública, exterior, de esa otra, secreta e interior, en la que el escritor trabaja en silencio, entregado a su obra. Ese mismo camino será el que le muestre que la crueldad que se manifiesta explícitamente, como un rito o una representación teatral, es mucho

menos despiadada que aquella otra que para pasar inadvertida ordinariamente se manifiesta mezclada con las buenas intenciones.

Por el contrario, en el camino de Guermantes el niño Marcel soñaba con una ascendente carrera de escritor, al amparo de la idealizada duquesa de Guermantes. Fue en sus paseos por este sendero donde le pareció «aún más desconsolador que antes no tener disposición para las letras y tener que renunciar para siempre a ser un escritor famoso».

Sin embargo, Méséglise se fusiona con Guermantes cuando en este camino las sensaciones placenteras que le inspiraba «parecían ocultar, más allá de lo que yo alcanzaba a ver, algo de lo que me invitaban a adueñarme, acercándome, y con lo que, pese a los esfuerzos que hacía, no conseguía dar». Estas impresiones son las que habrían de restituirle «la esperanza que había perdido de poder llegar algún día a ser escritor y poeta, porque iban siempre unidas a un objeto concreto que carecía de valor intelectual y no tenía que ver con ninguna verdad abstracta». Al menos le proporcionaban «un placer ajeno a la razón, la ilusión de algo así como una fecundidad» y le distraían de su impotencia cuando se ponía a buscar «un tema filosófico para una gran obra literaria».

# LOS FAROS GIRATORIOS DE LOS CELOS

## I

El otro motivo de *En busca del tiempo perdido*, junto a la vocación literaria, en el que Proust involucra al Narrador son los celos, que desempeñan en su vida un papel similar al que desempeñaron anteriormente en la de Charles Swann, hasta el punto de que en esta faceta se acentúa el paralelismo con su *alter ego*.

Los celos nacen de la profunda desigualdad entre los individuos implicados en una relación personal o, todo lo contrario, de una indeseable paridad de índole social que los empuja a una feroz competición por conquistar un objetivo común. Ejemplo de ello es la envidia que Françoise, la criada de la familia de Marcel, siente hacia la vecina de Combray, Eulalie, que ha conseguido hacerse con el privilegiado puesto de confidente de la señora de la casa, la enferma crónica tía Léonie, a la que visita casi todos los días para tenerla al corriente de los chimes del pueblo. La señora retribuye con una sustanciosa propina cada una de estas visitas, lo que azuza los celos de Françoise. Cuando Marcel acoge en su apartamento de París a su amante Albertine, esta misma criada, ahora ya casi anciana, sentirá de nuevo los mismos celos y envidia que en el pasado sintió hacia Eulalie. A ojos de Françoise, Albertine no es más que una aprovechada, una cualquiera que solo persigue sacar los cuartos al señorito.

En la novela las principales relaciones de pareja se caracterizan por el desnivel social entre sus miembros. El culto y mundano Swann siente unos celos feroces de la que será su esposa, Odette de Crécy, una *cocotte* cuyo pasado y presente se le antojan demasiado extraños. Se enamora de ella en una etapa de su vida ensombrecida por la apatía y el escepticismo. El encuentro con la mujer en el salón de los burgueses Verdurin —un lugar también extraño para alguien que se codeaba con la crema de la aristocracia parisina—, representó para él una oportunidad de escapar del vacío emocional. Sin embargo, Odette no es su tipo, como reconocerá cuando haya concluido su calvario y se case con ella, dándole una hija, Gilberte, el amor infantil del Narrador.

El caso del marqués de Saint-Loup, el amigo de Marcel, es más complejo. Hijo de una gran dama de la aristocracia, católica y de mentalidad ultraconservadora, y de un noble aficionado a la caza y a la música de Offenbach, se siente desarraigado del medio familiar. Lector de Nietzsche y admirador de Wagner, Saint-Loup reniega de sus orígenes aristocráticos mientras busca afinidades en burgueses

cultos e inteligentes, como el propio Marcel, aunque en el fondo no pueda prescindir de la educación cortesana que ha recibido.

A la hora de elegir a su pareja, se inclina por una mujer completamente ajena a la sociedad aristocrática. Para Saint-Loup la actriz y antigua prostituta de origen judío, Rachel, encarna todo lo contrario del mundo del que procede. El presunto vanguardismo cultural del que hace gala la joven, que incluso logra introducir en una ocasión en el refinado salón de los Guermantes, para escándalo de los aristócratas que asisten a su espectáculo, despierta el interés del marqués.

El esnobismo intelectual practicado por Saint-Loup es inverso al de Legrandin, y desde el punto de vista de la movilidad social constituye incluso una especie de perversión. En la sociedad aristocrática se consideraba antinatural que uno de sus miembros renunciase a sus privilegios y a la tradición para adaptarse a un modelo socialmente inferior.

Ahora bien, Saint-Loup era un joven de su tiempo, un *moderno*, que no podía ignorar la decadencia de la aristocracia en una época dominada ya por la burguesía industrial y comercial. Su admiración por Rachel está fundada en la atracción que ejercía sobre él el culto a la cultura moderna que rendían los jóvenes burgueses o bohemios oportunistas del tipo de Rachel, avisados ya del eclipse de la cultura clasicista, representada en la novela por la Berma, la prestigiosa actriz, también judía como Rachel, a la que el Narrador profesa una profunda admiración compartida por los elementos más refinados de la aristocracia.

Sin embargo, a pesar de su esnobismo intelectual y de su aparente falta de prejuicios, Saint-Loup no escapará a las secuelas de la disparidad. Rachel carece de escrúpulos sexuales; acostumbrada a la promiscuidad propia de las gentes de su género, pronto despertará los celos en el marqués.

El modelo de relación Swann-Odette se repite en Marcel y Albertine, aunque en este caso las diferencias sociales sean más reducidas. Como reconoce el Narrador, entre Albertine Simonet y

Odette mediaba un abismo, dado que la primera provenía de una buena familia burguesa, mientras la segunda no era más que una *cocotte* vendida desde la infancia por su madre.

Marcel es un joven de familia rica, culto y mundano como Swann. Albertine, en cambio, es una muchacha desarraigada —vive con una tía de familia burguesa—, semiculta, aunque inteligente y receptiva a la alta cultura de Marcel, y juvenil en el sentido más moderno del término, es decir, carente de prejuicios y atenta a las modas de la burguesía ascendente. Al igual que Swann se rinde ante la espontaneidad mundana de Odette, en las antípodas del hieratismo de las mujeres aristocráticas de su generación, como Oriane de Guermantes, Marcel se deja seducir por el encanto juvenil de Albertine y su lenguaje ribeteado con toques de espontaneidad que la aproximan a las jóvenes de la clase media.

La otra cara de esta seducción, que amargará su noviazgo, es el supuesto lesbianismo de la joven, una tendencia que si por una parte puede asociarse también a los aires juveniles y modernos de Albertine, para Marcel representa un mundo desconocido y al mismo tiempo aterrador por su carga de secretismo. Sus celos adquieren un cariz más doloroso que los que sentía Swann de Odette por la circunstancia de que el objeto de estos son personas del mismo sexo que la amada, algo inconcebible para la sensibilidad de Marcel. Al contrario que Swann en su relación con Odette, encuentra insoportable su desconocimiento de los placeres eróticos que Albertine pueda sentir con otras mujeres.

A estas circunstancias se suma el hecho de que Marcel reconociese la influencia del propio Swann, aunque solo conociera de oídas su aventura con Odette. Él mismo ofrece las pistas cuando confiesa que «la intensidad que ejercía en mi imaginación y en mi capacidad de conmoverme el ejemplo de Swann», seguramente estaba preparado desde hacía mucho tiempo para «creer que aquello que temía era más cierto que aquello que habría anhelado». Parece que el recuerdo de la atormentada aventura amorosa del marchante habría sido determinante para el rumbo que habría de

tomar la suya. No hace falta recordar que «el amor de Swann» pertenece a la prehistoria del Narrador, que aquellos acontecimientos ocurrieron antes de que él naciera. Como ya le sucediera con su encandilamiento con el mundo aristocrático, en Marcel la mistificación resulta mucho más influyente en la configuración de su universo sentimental que la realidad misma.

El último modelo de relación de pareja dominada por los celos es el personificado por el sesentón y barrigudo barón de Charlus y el veinteañero Charles Morel, el guapo violinista que desea abrirse paso en los grandes salones aristocráticos, pero que de momento tiene que conformarse con el salón de los Verdurin. La desigualdad de esta relación es absoluta, hasta el punto de que puede decirse que constituye su principal característica. Que el barón no la perciba se debe no solo a su aislamiento de la realidad y a su quijotismo aristocrático, sino a la idealización. Charlus vive su primera y única experiencia homoerótica de carácter público —las clandestinas fueron chapuceras y emocionalmente irrelevantes— como cuando tenía veinte años. Morel representa para el barón maduro el amor que deseó y no tuvo en su adolescencia y juventud.

Además de la disparidad de edades y estamento social, a ambos hombres los separa el objetivo que cada uno de ellos persigue en su relación con el otro. Si para Charlus esta constituye una oportunidad desde el punto de vista emocional, para el violinista no es más que una ocasión para resarcirse de su oculto sentimiento de inferioridad social —que el Narrador ha tenido la lamentable ocasión de conocer, por cuanto que el padre del joven sirvió al abuelo de Marcel— y medrar en los salones aristocráticos gracias a las influencias de Charlus. Pero el barón está tan deslumbrado por este amor tardío y el joven violinista disimula tan bien sus verdaderos intereses, que es suficiente con que la señora Verdurin, muerta de envidia por el éxito cosechado por Charlus en la sesión musical preparada en el salón de la dama por el barón, precisamente para promocionar a su joven amigo, predisponga a Morel contra su protector con unas cuantas

mentiras y lo atrape en su red de influencias sociales, para precipitar la caída de Charlus.

Sin duda, de los personajes implicados en estos tres modelos de relaciones sentimentales, es el barón quien sale peor parado. La homosexualidad pública se convierte en un arma de doble filo en el salón presuntamente desinhibido de la burguesa señora Verdurin. Si por una parte, es admitida como una nota de exotismo, que lo diferencia de los más conservadores e hipócritas salones aristocráticos, por otra, deja al individuo homosexual en un absoluto estado de indefensión ante la menor contrariedad. Cuando el altivo barón es visto como un adversario peligroso por el matrimonio Verdurin, la señora de la casa, carente de escrúpulos, no duda en utilizar la homosexualidad como arma arrojadiza para chantajearlo. Morel, en cambio, escapa de los efectos del chantaje por la ambigüedad sexual de que hace gala —está comprometido con la hija de Jupien— pero, fundamentalmente, porque es utilizado por la señora Verdurin como instrumento del chantaje contra el barón.

Aunque Proust admita que los hombres tendemos a escapar de aquellos que son iguales que nosotros, como lo prueba el que, por culpa de la excesiva semejanza, reine la división en las familias, a pesar incluso del excesivo afecto, las preguntas que habría que formular son: ¿por qué esa inclinación fatal hacia los individuos demasiado desiguales? ¿Por qué esos hombres refinados se decantan por mujeres, o por otro hombre, como en el caso de Charlus, de extracción social y cultural tan diferente de la de ellos? El propio Narrador ofrece una respuesta a estas preguntas cuando, al reflexionar sobre el silencio con el que el ser amado puede torturar al amante, sumergiéndolo en una insufrible espiral de ansiedad, afirma que «no hay nada que nos incite tanto a acercarnos a una persona como aquello que nos separa de ella».

Sin embargo, los celos no hacen acto de presencia cuando entre las parejas predomina la paridad social y cultural. La duquesa de Guermantes se sabe reina del harén. Ninguna de las amantes del duque, por aristócratas que sean, le llegan al tobillo.

Del mismo modo que en el curso de la vida, el dolor derivado de las contrariedades nos incita a indagar en las causas de estas, se desea también conocer al ser amado cuando el amor que se le profesa no es lo suficientemente correspondido ni compartido por él, como les ocurre a los enamorados de *En busca del tiempo perdido*. Ahora bien, lo más normal es que ese deseo de conocimiento, presumiblemente objetivo y desinteresado, se vea obstaculizado por los celos, una pasión caracterizada por su subjetivismo. De ahí la observación veteada de ironía que Swann hace a Marcel —después de que este le confesara que no sabía lo que eran los celos porque no los había sentido nunca—, cuando le dice que estos hacen que «quienes no son curiosos pueden interesarse por la vida de otras personas, o al menos de una persona». Debería haber añadido que en ningún caso ese interés estará determinado por la búsqueda del conocimiento objetivo.

De hecho, los celos retardan, cuando no impiden, conocer a la persona amada, ya que el celoso solo se ocupa de verificar si esta le quiere o no y si le es fiel o infiel, por lo que permanece encadenado a sí mismo, como Prometeo a su roca. A lo sumo, los celos le servirán para confirmarle en sus sospechas y temores, que le inducen a ver potenciales competidores por todas partes y a desconfiar de su amor y del que pueda prodigarle la amada. Los celos tienen la extraña facultad de propiciar un tortuoso clima de inestabilidad en la imaginación de quien los sufre —«los faros giratorios» a los que alude el Narrador— como resultado de la niebla de la desconfianza en la que se envuelve.

El celoso vegeta en una especie de autarquía. Mientras el yo autónomo puede hallar en la realidad externa la verdad contraria a su creencia y, a falta de consuelo, resignarse a la destrucción de la creencia correspondiente a esa verdad, el celoso padece un tormento incesante al carecer de una realidad objetiva en la que contrastar su creencia. La realidad externa que encuentra está sometida al arbitrio de un sentimiento tan incierto y camaleónico como la desconfianza en el ser amado.

La inseguridad con que el Narrador posee a Albertine y el miedo a perderla lo hunden en una angustia insondable que cesa pasajeramente cuando la joven yace dormida en la cama y el amante se concede el regalo de contemplarla sin temor. Sin embargo, ese tormento que se interrumpe con el sueño, no logrará detenerlo la muerte de Albertine en un accidente de caballo.

Privado del objeto que se los suscitaba, los celos sobreviven en la imaginación del Narrador, testigo único pero parcial de la sospecha que jamás logrará descifrar. Al recapacitar en la naturaleza de la relación con la joven difunta, tiene que reconocer que «la infinitud del amor, o por su egoísmo, las personas a las que amamos son aquellas a cuya fisonomía intelectual y espiritual les vemos la definición objetiva mínima; las retocamos continuamente a tono con nuestros deseos y nuestros temores, no las separamos de nosotros, no son sino un lugar inmenso e inconcreto donde exteriorizamos nuestros afectos».

De esta reflexión infiere que quizá se hubiese equivocado al no intentar conocer mejor a Albertine, entre otros motivos porque, al tratar de comprenderla como si fuera una persona cualquiera y buscando una explicación a su empeño por ocultarle sus tendencias homosexuales, habría evitado prolongar el conflicto que desembocó en la muerte de la muchacha, producida accidentalmente pocos días después de la ruptura con Marcel. Pero a ojos de este, Albertine no era una persona cualquiera.

Al concluir la lectura de *En busca del tiempo perdido* se tiene la sensación de que Marcel no se ha salido con las suyas, que las pesquisas por hallar las pruebas que confirmasen sus celos no se correspondían con los resultados que obtuvo de ellas y que los fundamentos de sus sospechas carecían de suficiente consistencia.

# II

La antítesis de los celos está representada en la novela por la leyenda bíblica de Ester y el rey Asuero muy apreciada por el Narrador. La historia, en la versión teatral de Racine, fascinó a Proust desde su infancia, quizá porque en ella se hace realidad aquel anhelo que consideraba el más difícil de satisfacer: que nuestros deseos coincidan con los de las personas que amamos, lográndose así una satisfacción recíproca. Resulta significativo que a la pregunta que se le formuló en un cuestionario sobre «el país en el que querría vivir», Proust respondiese: «Aquel en que ciertas cosas que quiero se realizarían como por encanto y en el que *la ternura fuese siempre correspondida*»— (la cursiva es del propio novelista)[13].

El encanto de la historia que se narra en el *Libro de Ester* reside en la súbita coincidencia entre el deseo de la reina Ester y la decisión de su esposo Asuero de hacerlo cumplir en contra de lo previsto y aunque ello le costase la mitad de su reino. Cuando la reina judía esperaba que este dictara sentencia de muerte contra ella por haber infringido la prohibición de penetrar en la cámara real sin su permiso para pedirle que salvara a su pueblo de la amenaza de muerte que pesaba sobre él, el monarca la sorprende con un ofrecimiento insólito por su generosidad y destinado a satisfacer su deseo de revocar el edicto del primer ministro Amán de exterminar a todos los judíos.

El atractivo de la historia radica en la inversión positiva a que da lugar y que se manifiesta en esa feliz coincidencia entre el deseo de Ester y la respuesta de Asuero, aun cuando no hubiese motivos para que se produjera. No se sabe, ni siquiera el propio Asuero pudo saberlo, qué le impulsó a reaccionar de ese modo. Cabe imaginar que lo hiciera seducido repentinamente por la belleza de Ester, que se presentó ante él vestida con el atuendo regio o, según la versión griega de la historia, al verla desmayarse aterrorizada por su arrebato de cólera. Pero, como se infiere de la leyenda bíblica, esa deseable coincidencia suele sobrevenir por azar. Racionalmente no hay motivos para que se produzca. Hasta que la casualidad rompe el muro de la razón y ocurre el milagro.

El relato deja entrever que la fuerza de la fe de Ester influyó en la sorprendente, por anómala, decisión del rey. Si se hubiera presentado ante él vacilante, con más fe en su temor que en su deseo, quizá Asuero hubiera reaccionado en consonancia con la severa prohibición. La fe en la vida que subyace en el deseo de Ester la redime de su propia muerte, como redimirá de la suya al amenazado pueblo judío.

La leyenda de Ester pertenece a las crónicas de milagros y los milagros son esa cosa de la que todo el mundo habla pero que nadie ha visto. La coincidencia lleva a la felicidad y esta constituye la excepción a la regla: la desdicha. Ester tuvo suerte, fue una afortunada. Pero de su singular experiencia no puede inferirse regla general alguna. No es más que un precioso cuento de hadas. Para la imaginación infantil del Narrador su feliz desenlace será inolvidable, como los desenlaces de los cuentos de la infancia en los que los deseos de sus protagonistas terminan cumpliéndose. Esto explica que el milagro de la coincidencia que embellece la historia de Ester persiguiese al Narrador-Proust durante una buena parte de su vida y de su obra literaria, como un sueño inalcanzable.

# BAILE DE MÁSCARAS

## I

En su última visita al salón del príncipe de Guermantes, en el magnífico palacio que había construido en la avenida del Bois, el Narrador se encuentra con una mascarada. El Tiempo, además de transformar a sus asistentes en viejos achacosos casi irreconocibles, ha operado una mutación de orden social en muchos de ellos como resultado de inesperadas alianzas matrimoniales. Al igual que Balzac describió en *La Comedia humana* los movimientos sísmicos de clases

sociales que modificaron el perfil de la Francia de la Restauración, Proust ofrece una foto fija del súbito desplazamiento que, tras la Primera Guerra Mundial, experimentó la aristocracia por individuos procedentes de la burguesía del dinero.

Como resultado del nuevo mapa en el que reordena a los personajes de la novela, vemos a la arribista señora Verdurin, que antes de la guerra regentaba un mediocre salón en París frecuentado por personajes oscuros, transformada en princesa de Guermantes después de su matrimonio con el príncipe de Guermantes, viudo de la verdadera princesa y arruinado por la derrota alemana. La antaño menospreciada Odette se ha casado con el millonario Forcheville, antiguo «asiduo» del salón de los Verdurin y recientemente ennoblecido. Su hija Gilberte, viuda de Saint-Loup, muerto en combate en la guerra, cambia su apellido paterno de Swann por el de su padrastro. El judío Albert Bloch irrumpe en los salones con el pomposo nombre de Jacques de Rozier, y ricas americanas se codean con nobles vetustos. Hasta el esnob burgués Legrandin se las ha arreglado para ennoblecer su nombre.

La inversión alcanza incluso a la orientación sexual de algunos de los que participan en la fiesta que si al principio de la novela aparecían como heterosexuales declarados, en esta etapa de sus vidas se «invierten» en homosexuales. De esta manera la palabra «invertido» con la que por entonces se designaba a los homosexuales adquiere en la novela un nuevo significado.

Entretanto, el difunto Swann no es más que un «aventurero» en la memoria adulterada de los descendientes, la duquesa de Guermantes protege a actrices y otros bohemios, como en otro tiempo la señora Verdurin, y el antaño poderoso barón de Charlus, derrotado por su germanofilia, aparece como un guiñapo física y socialmente, recordando los nombres de muertos ilustres que en otro tiempo dieron brillo a los salones e inclinando la cabeza ante aquellos a los que despreciaba cuando él era el rey de la aristocracia parisina. Por lo demás, su antiguo amante Charles Morel ha satisfecho sus aspiraciones y al fin se codea con la flor y nata de la

alta sociedad mientras la ahora celebrada actriz Rachel, antigua amante de Saint-Loup, ofrece espectáculos elaborados en los salones de los nuevos ricos.

La vejez y la muerte —el saldo final del Tiempo— inmovilizan a los personajes de la novela, que ya no pueden volver atrás como no sea para transformarse en estatuas de sal, como la mujer de Lot durante la huida de Sodoma y Gomorra. Solo el escritor que revive el pasado en la novela está capacitado para obrar el milagro de darle la vuelta al Tiempo y rotar hacia atrás las manecillas de su imparable reloj.

La enseñanza que Marcel extrae de su experiencia es que el principal enemigo del hombre es la muerte y que corresponde a cada cual hacer cuanto pueda para neutralizarla. Pero su responsabilidad ante ella no recae únicamente sobre sí mismo. Así sea por la lógica de que su vida se ha desarrollado junto a otros seres, es inevitable que, al intentar salvarse del olvido, redima de este también a las personas que conoció y en particular a aquellas a las que amó y vio morir. La conciencia que el Narrador tiene de la ubicuidad de la muerte le hace mostrarse generoso con esas personas y sacrificar su subjetivismo, por considerarlo irrelevante.

Cuando Marcel descubre la mezquindad que Charles Morel, el taimado amante de Charlus, manifiesta hacia él en el salón de los Verdurin, donde lo involucra falazmente en su intento por aparecer como lo que no es, se consuela de la traición de que ha sido objeto por este individuo reconociendo en esta actitud suya un rasgo de su abuela, que le hace recrearse «la diversidad de los hombres sin esperar nada de ellos ni guardarles rencor». Así que optó por eludir la bajeza de Morel y disfrutar de su jovialidad cuando se presentaba.

Hábilmente Proust esparció por la novela varios episodios en los que el Narrador asiste como testigo directo o indirecto de la muerte de algunos de sus personajes principales. De todas ellas, la más conmovedora es la de su abuela, cuya enfermedad y agonía relata minuciosamente.

Tras la muerte accidental de Albertine los fantasmas de los celos sobreviven en su memoria y, a la espera de que amaine el dolor causado por la pérdida irreparable, no tiene más remedio que aceptar el hecho de que la difunta se llevase a la tumba los secretos y las verdades sobre sus hipotéticas relaciones lésbicas que nunca le confesó abiertamente.

Las otras tres muertes significativas para el Narrador son las del escritor Bergotte, que fallece de una enfermedad similar a la de la abuela (uremia), la de Swann y la de Saint-Loup en el frente de la Primera Guerra Mundial. Por razones distintas, en el momento de la muerte de estos personajes, Marcel los ve lejanos. Desde hace tiempo no le aportan nada nuevo. Influyeron en él durante su primera juventud, ya fuera como maestros iniciadores o como discutible modelo de amistad. Bergotte le mostró el camino de la literatura; Swann, el del amor torturado por los celos e hizo de contramodelo en lo que respecta a su vocación literaria.

Sin embargo la noticia del fallecimiento del marchante que lee una noche en un periódico le revela la «extrañeza específica y sobrecogedora» de la muerte, lo que le lleva a afirmar que «hay casi tantas muertes como personas». Hasta que una persona fallece, hasta que nos enteramos de su muerte, esta ha dibujado muchos círculos alrededor de ella, que culminan con la noticia de su defunción. De ahí el tono «impactante» de las necrológicas. A partir de entonces el difunto ya no será más que «un nombre escrito, y que ha pasado de pronto del mundo real al reino del silencio». Pero precisamente por la atracción que los nombres ejercen sobre la imaginación del Narrador, el de Swann le incitará a conocer mejor el pasado de este, aunque pierda la valiosa oportunidad de contar con su testimonio.

Ante la noticia de su fallecimiento, el Narrador, transmutado para la ocasión en Proust, deja constancia del fracaso vital del difunto, recordando que ha sido gracias al autor de *En busca del tiempo perdido* como Swann-Charles Haas (el modelo principal en el que se inspiró Proust para crear su personaje) pasará a la inmortalidad y no

por su planeado pero nunca comenzado estudio sobre el pintor Vermeer. El comentario adquiere incluso un tono especialmente severo, por cuanto el Narrador, ahora metamorfoseado en el novelista real, se permite recordar al muerto que quien lo ha inmortalizado ha sido aquel joven al que Swann-Haas trató en más de una ocasión como si fuera un imbécil.

El Narrador deja constancia de la curiosa reacción de la duquesa de Guermantes ante la noticia de la grave enfermedad de su viejo amigo Charles Swann que recibe por boca de este en el justo momento en que se dispone a salir para una cena. «Al verse por primera vez en la vida entre dos obligaciones tan diferentes como la de subirse al coche para ir a cenar fuera y compadecerse de un hombre a punto de morir, no hallaba nada en el código de las conveniencias que le indicase a qué jurisprudencia atenerse; y, al no saber a qué darle preferencia, le pareció que debía fingir que no le parecía que pudiera plantearse la segunda alternativa para poder así obedecer a la primera, que en aquel momento requería un esfuerzo menor, y pensó que el mejor modo de resolver el conflicto era negarlo». El propio Swann, al corriente de los modales cortesanos de los duques, tuvo que ponerse en el lugar de ellos y hacerse cargo de la desagradable verdad: que las obligaciones mundanas estaban por encima de la muerte de un amigo.

Sin embargo, cuando el duque repara en los zapatos negros que lleva puestos Oriane, y que desentonan con el color rojo de su vestido, no duda ni un segundo en rogarle que vuelva a casa para cambiárselos por unos del mismo color que el vestido, pues todavía disponen de unos minutos de más, o si no que esperen los anfitriones. ¿Es que los Sassenage no llegan habitualmente antes de las nueve menos veinte? Resulta que no había tiempo para escuchar la confesión del amigo condenado a muerte, pero sí para que la duquesa se cambiase los zapatos.

En el salón de la señora Verdurin la noticia de la enfermedad mortal del amigo o de la muerte del pariente se borraba descalificando al difunto —aunque se tratase del pianista que

amenizaba las veladas en el salón o de la princesa Sherbatoff, reclutada por los anfitriones para lustrar con un título nobiliario la fiesta burguesa— y también impartiendo la consigna de no volver a hablar sobre el asunto. La señora Verdurin era una mujer demasiado sensible.

# EL ARTE REDENTOR

## I

Fue en la última visita al palacio del príncipe de Guermantes, antes de pasar al salón en el que estaban los invitados a la fiesta, donde el Narrador experimentó tres momentos reveladores —al pisar una losa desnivelada en el patio del palacio, el ruido que hizo un criado al chocar una cuchara contra un plato en el saloncito-biblioteca contiguo al *buffet*, y la tiesura almidonada de la servilleta con la que se limpió la boca— que, como en otro tiempo el sabor de la magdalena mojada en la taza de té, despertaron en su memoria los correspondientes recuerdos dormidos en el olvido. Pero ahora esas experiencias le arrancarán definitivamente de las dudas que albergaba sobre sus posibilidades para emprender la escritura de la novela. Esta vez no dejaría escapar la dicha «extratemporal» que, suscitada por esas sensaciones fortuitas, le depararon los reencuentros con tres episodios distintos de su pasado. De nuevo el *milagro de la analogía* le había evadido del presente, transportándolo al tiempo perdido, para abrirle al fin las páginas del libro verdadero que, al llevarlo consigo en su interior, no tendría más que traducir. Liberado de cualquier miedo al futuro, la palabra «muerte» carecía de sentido para él.

En las meditaciones que el Narrador expone en *El tiempo recuperado* argumenta que el arte es la única forma que tenemos de

salir de la cápsula del yo y de perforar el muro de la incomunicación al permitirnos «saber qué ve otra persona de ese universo que no es igual que el nuestro y cuyos paisajes habrían sido para nosotros tan desconocidos como los que puedan existir en la luna». Más aún, gracias al arte «en vez de ver un único mundo, el nuestro, lo vemos multiplicarse, contamos con tantos mundos a nuestra disposición como artistas originales hay, y son más diferentes unos de otros que los mundos que ruedan por el infinito».

Proust compara el trabajo del artista con el de Penélope, al tener que deshacer en su obra lo que en la vida hicieron el amor propio, la pasión, los celos, el espíritu de imitación, la inteligencia abstracta o las costumbres, con el fin de recuperar la propia vida, la que no pudo observar mientras la vivía, «esa vida […] cuyas apariencias, que es lo que observamos, precisan que las traduzcamos y, con frecuencia, se leen al revés y se desentrañan trabajosamente». He aquí la suprema inversión, que se alza sobre todas las pequeñas inversiones y mudanzas a que se presta el juego de la vida en sociedad, la que solo puede consumar el artista elevándose por encima de las representaciones y de las apariencias en virtud del desdoblamiento que él mismo debe provocar antes de que lo arrebate la muerte, descorriendo el velo de Maya que cubre las páginas del verdadero libro de la vida, ese que él mismo escribió sin darse cuenta mientras vivió y sintió y que no tiene más que traducir al lenguaje universal del arte.

Después de haber experimentado la vida, el Narrador, ya transformado en escritor seguro de su trascendental misión, se retira a su gabinete para contar esa experiencia y redimirla del olvido. Para ello deberá prescindir de las relaciones tejidas en el trato social, rechazando los reproches de sus viejos conocidos que se quejan de su ausencia y los amagos de remordimiento, pues a fin de cuentas ¿no es para ocuparse precisamente de ellos por lo que se retira?

No olvida que el libro que proyecta escribir irá destinado a unos lectores a los que ofrece el medio de leer en sí mismos, «de forma tal que no les pediría […] las palabras que leen en sí mismos son

efectivamente las que he escrito yo», y añade entre paréntesis que las posibles divergencias con la obra no deben atribuirse a una equivocación suya, «sino, a veces, a que los ojos del lector no fueran aquellos a los que les resultase adecuado mi libro para que ese lector leyese bien en sí mismo». De nuevo el milagro de la coincidencia entre el escritor y el lector es lo único que hace posible la comunión entre ambos.

La similitud de la filosofía vital de Schopenhauer con el ideario de Proust hace pensar que alguna influencia debió de ejercer el pensador alemán en el novelista. Pero donde las similitudes entre ambos se hacen más patentes es en la función que el Narrador asigna al arte en relación con la vida.

Como Schopenhauer, distingue entre una realidad vital, guiada por lo que el filósofo alemán denominó la «voluntad de vivir», que escapa al raciocinio, a la memoria consciente y a la lógica de la inteligencia, porque se vive casi a ciegas en la inmediatez del presente, entre paradojas y contradicciones múltiples, y al abrigo de las pasiones que emanan del amor propio y la satisfacción de los instintos, y la verdadera vida que, una vez consumida, es descubierta y dilucidada a través de la obra literaria encargada de representar artísticamente eso que Schopenhauer designó «mundo como voluntad».

El arte entendido como representación consciente de la instintiva «voluntad de vivir» tiene su mejor exponente en la novela, en la que el Narrador se retira del mundo para traducirlo, no retratarlo, en un libro. Tras sentenciar que «solo procede de nosotros lo que sacamos de la oscuridad», matiza que la obra de arte no se hace al dictado de la voluntad, sino que preexiste escondida en cada uno de nosotros. Solo es preciso revelarla, para lo cual habrá que distanciarse de ese mundo de pasiones tiranizado por el instinto de conservación y, al igual que el solitario de la parábola de Pascal, encerrarse en una habitación para dejar que retornen las sensaciones vividas, sin necesidad de salir a buscarlas, como en aquel pensamiento de Kafka que aconseja no salir de casa y

permanecer sentado a la mesa, a la escucha, o no escuchar sino esperar, o no esperar sino permanecer tranquilo y solo entonces «el mundo se te ofrecerá para que le arranques la máscara, no puede hacerlo de otra manera, se retorcerá arrebatador ante ti»[14].

En coherencia con la estética proustiana, todos los hombres pueden ser escritores puesto que la vida que se manifiesta por medio de la literatura habita en ellos tanto como en el artista, solo que la mayoría no la descubre «porque no intentan aclararla», por lo que su pasado «se les atiborra […] de incontables tópicos que no dejan nunca de ser inútiles porque la inteligencia no los ha "desarrollado"». El Narrador concluye sus reflexiones afirmando que el arte «es lo más real, la escuela de vida más austera, y el auténtico Juicio Final».

En una época dominada por el culto a la organización y al racionalismo, con sus secuelas deterministas, Proust se salió de la tangente para alzarse en testigo de la individualidad, de las minorías, del azar, de la memoria involuntaria y del milagro de la coincidencia como verdaderos móviles de redención personal. Previendo el surgimiento de las corrientes pseudoartísticas que habrían de secundar a las ideologías de masas —el «realismo social» entre ellas—, no ocultó su desconfianza hacia aquellos «artistas» que aspiraban a hacer del arte y de la literatura un instrumento al servicio de causas colectivas que tienden a anular al individuo y su libertad. Proust es un antideterminista en la misma medida que un defensor de la individualidad en un tiempo en que esta valía poco —algunos años después de la publicación de su obra habría de valer aún menos que entre 1914 y 1918— y era abandonada a las mistificadoras causas de la organización, ya fuese la guerra, el patriotismo ramplón o la sangrienta revolución política.

La afinidad del pensamiento de Schopenhauer y el de Proust se manifiesta también en el papel que asignan a la música en la liberación del alma humana. Ambos coinciden en que es en la música donde se concreta de forma más completa y unitaria la representación de la «voluntad de vivir», merced a su facultad de

suscitar sentimientos que pueden germinar en el alma sin necesidad de que el individuo se involucre en el mundo de las pasiones y convertirse unilateralmente en sujeto activo de la realidad vital.

El venturoso reencuentro de Charles Swann con la frase de la sonata para violín y piano de Vinteuil, que en una ocasión había escuchado con arrebato, experimentando ya entonces la sensación de que se le habían «abierto más las puertas del alma», lo liberará del escepticismo y de la resignada aceptación de la monotonía. El terremoto interior que le provoca el reencuentro con la sonata resucitará en él más que el amor, el deseo de enamorarse, que proyectará sobre Odette, una de las asiduas del salón de los Verdurin donde se produjo la epifanía.

También la audición del septeto «arrebolado» del difunto compositor Vinteuil —una de sus últimas piezas—, interpretado al violín por Charles Morel, despierta tal alegría en el Narrador que le induce a pensar que, en medio de los instrumentos que amó el compositor, pudo continuar por un tiempo ilimitado una parte de su vida. Sin embargo, seguidamente se pregunta que «si el arte no era en realidad más que una prolongación de la vida, ¿valía la pena sacrificar algo por él? ¿No era acaso tan irreal como la vida misma?». La audición de la pieza de Vinteuil significó para Marcel «la extraña llamada que nunca más dejaría ya de oír como promesa y prueba de que existía algo más, que sin duda podía realizarse mediante el arte, algo que no era esa nada que había hallado en todos los placeres y en el propio amor, y si mi vida me parecía tan vana, al menos no estaba todo consumado».

## II

En el forcejeo que sostiene el Narrador para alcanzar su propósito de apresar las sensaciones con el fin de desmenuzarlas y luego plasmar por escrito el resultado de esa labor, desempeña un papel esencial la fe en sus posibilidades para conseguirlo. En este

sentido, confiesa que «porque creía en las cosas y en las personas mientras recorría esos lugares —se refiere a los caminos de Méséglise y de Guermantes—, las cosas y los lugares que en ellos conocí son los únicos que sigo tomando en serio y que aún me aportan alegría». El joven Narrador *cree* en la belleza de los objetos que atraen su atención y que en vano intenta condensar en una forma artística; el dolor derivado de su impotencia no será del todo inútil. Esa cosa inaprensible que se ocultaba detrás de las sensaciones reactivadas por la visión de un reflejo de sol en una piedra o el olor del camino, se manifestará en él algún día bajo la forma de intuición.

Solo cuando el Narrador y literato en ciernes encuentra insoportable el tormento que le causa su impotencia para retener las sensaciones en una forma literaria y, extenuado por el esfuerzo y la desesperanza, da por fracasados sus intentos, acaece el milagro que se materializará en la resurrección inesperada en la memoria involuntaria de las sensaciones que había dado por muertas. «*Wo aber Gefahr ist, wächst/ Das Rettende ausch*» —«Pero donde hay peligro crece lo que nos salva», escribió Hölderlin en su poema *Patmos*[15], y Proust en *El tiempo recuperado*: «Pero es a veces en el preciso instante en que todo nos parece perdido cuando llega el aviso que puede salvarnos; hemos llamado a todas las puertas tras las cuales no hay nada y a la única por la que es posible entrar y que podríamos habernos pasado cien años buscando en vano llamamos sin saberlo y se abre».

La melancolía y el abandono que siguen a la percepción de la derrota actúan inesperadamente como un lenitivo, al liberar al individuo de las ataduras con las que, sin querer, él mismo se oprimía. Ya no tiene que luchar por nada, ha arrojado las armas al suelo y no espera más que el cielo se derrumbe sobre su cabeza. Pero, precisamente porque se halla desnudo, vacío, a la intemperie, vulnerable y más receptivo a todo que nunca, temiendo, eso sí, que lo que venga le causará un daño irreparable, acude a él aquello por lo que había combatido, espontáneamente, como a Ester le llegó el

generoso indulto de Asuero cuando esperaba del monarca la sentencia de muerte por haber infringido la prohibición de penetrar en la cámara real.

Refiriéndose al trabajo del artista, Nietzsche había razonado la falsedad del argumento, tan querido por los poetas como Hölderlin, según el cual la inspiración acude en ayuda del artista en el momento en que este atraviesa una crisis de creación. Sin embargo, se asemeja bastante a la idea formulada por Proust. Según el filósofo, cuando la fuerza productiva permanece estancada durante algún tiempo y un obstáculo impide su emanación, «se produce finalmente una efusión tan súbita, como si se consumase una inspiración inmediata, un trabajo interno previo, es decir, un milagro (…). El capital simplemente se ha *acumulado*, no ha caído tal cual del cielo»**[16]**.

También el Narrador se encontrará por azar con circunstancias, en apariencia triviales, que removerán su memoria involuntaria, transportándolo a aquella extraordinaria sensación de unidad de espíritu y materia que resume el concepto proustiano de redención personal. Asimismo, fue gracias a la intervención del azar como Swann se libera de la vida mortecina de solterón al escuchar la sonata de Vinteuil. No se le había pasado por la cabeza que pudiera volver a cruzarse con esa frase musical, hasta que un día, por casualidad, el pianista de los Verdurin interpretó la pieza en la que estaba encerrada, redescubriendo en ella «la posibilidad de algo parecido a un rejuvenecimiento» y «una de esas realidades invisibles en las que no había dejado de creer y que, como si la música hubiera tenido algo así como una influencia electiva en el agostamiento moral que padecía, le hacían volver a notar en sí el deseo y casi la fuerza de consagrarles la vida».

A juicio del Narrador el arte está formado por «todo ese residuo real de estos elementos, con el que no nos queda más remedio que quedarnos y que la charla no puede transmitir, ni siquiera de amigo a amigo, de maestro a discípulo, de amante a amante, ese algo inefable que diferencia cualitativamente lo que todos y cada uno

hemos sentido y no nos ha quedado más remedio que dejar en el umbral de las frases en que no podemos comunicarnos con el prójimo sino limitándonos a puntos externos que todos tenemos en común y carecen de interés». «El único viaje auténtico —añade a continuación en uno de los pasajes más luminosos de *En busca del tiempo perdido*—, el único baño de eterna juventud, no sería encaminarnos hacia paisajes nuevos, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, de otros cien, ver los cien universos que ve cada uno de ellos, que son cada uno de ellos; y eso podemos conseguirlo con un Elstir, con un Vinteuil; con sus semejantes volamos de verdad de unas estrellas a otras».

La máxima preocupación de Proust, que en la novela traslada al Narrador, su *alter ego*, es la escritura en sí, entendida como una aspiración personal, que deviene universal a medida que avanza la obra, hasta convertirse en una actitud existencial, en una teoría de la redención: la supervivencia del arte sobre el Tiempo y la Muerte, «la hierba prieta de las obras fecundas a la que las generaciones acudirán, jubilosamente, sin preocupación por los que duerman debajo, a celebrar su "almuerzo en la hierba"».

Se trata del «libro interior de esas señales desconocidas» que ya existe en cada uno, por lo que no es necesario inventarlo; del «libro de caracteres figurados, que no hemos trazado nosotros» ni la inteligencia pura sino el instinto —único criterio de verdad frente a las ideas fraguadas por la inteligencia— que el escritor debe saber leer y en cuyo desciframiento —una auténtica labor creadora— nadie puede ayudarle.

## III

Proust estableció un calculado paralelismo entre el pasaje de la audición del septeto de Vinteuil que el Narrador escucha en el salón del matrimonio Verdurin y aquel otro descrito en el primer volumen de la obra, en el capítulo titulado *Un amor de Swann*, donde

retrospectivamente Marcel, que todavía no había nacido, pinta a un joven Charles Swann enamorado de Odette, escuchando en el salón de los mismos Verdurin una sonata de Vinteuil. El paralelismo sirve para subrayar la diferente reacción de cada uno de los dos personajes, el Narrador y Swann, ante la audición de esas piezas musicales, y así remarcar también la distinta naturaleza no solo de sus inquietudes sino de sus destinos.

Mientras el Narrador descubre en el septeto un afán casi místico de trascendencia, señal premonitoria del camino del arte que algún día tendrá que emprender, en Swann el reencuentro en el salón de los Verdurin con el conmovedor andante de la sonata para violín y piano de Vinteuil, le despierta de la somnolencia en que se desenvuelve su vida, mostrándole posibilidades inexploradas de escapar de aquella postración, que pronto cristalizarán en su tormentoso romance con Odette.

Al asociar la sonata de Vinteuil, Swann adivinó que los motivos musicales eran «ideas veladas de tinieblas, desconocidas, impenetrables para la inteligencia, pero que, no por ello, dejan de distinguirse perfectamente unas de otras, desiguales entre sí en valor y significado». Esa frase musical, aunque racionalmente ininteligible, encerraba un contenido «de tanta consistencia, tan explícito, al que prestaba una fuerza tan nueva y original», que para Swann representaba todo «un concepto del amor y de la felicidad», como el que había apreciado en *La princesa de Clèves* o en *René*. El Narrador parece sumarse al entusiasmo de su personaje al observar que «es posible que lo cierto sea la nada y que todo nuestro sueño no exista, pero notamos entonces que esas frases musicales, esas nociones que existen y tienen relación con él, no podrán ser nada tampoco. Moriremos, pero tenemos de rehenes esas cautivas divinas que correrán nuestra suerte. Y la muerte será algo menos amarga con esa frase, menos ayuna de gloria y, quizá, menos probable».

El propio Marcel reconoce las semejanzas de carácter que le unen a Swann, tales como su sensibilidad musical e inteligencia, la reserva ante el mundo exterior, el tormento de los celos, la obsesión

por embarcarse en una obra creadora de cierta trascendencia (Swann, un trabajo erudito sobre el pintor Vermeer; el Narrador, la escritura de una novela), la costumbre de asociar rostros a personajes de cuadros pintados por los maestros antiguos y el deterioro físico a raíz de una enfermedad (el cáncer en Swann; el asma en el Narrador). Pero aún hay otra característica que Proust reservó a Swann y que no relaciona con el Narrador sino con el propio escritor: su condición de medio judío (la abuela de Swann era protestante; la madre de Proust era judía).

Único *alter ego* del Narrador —quien a su vez lo es del propio Proust— que aparece en la obra, Swann es un aficionado a la pintura que, prácticamente en secreto —solo su amante Odette conoce su afición, es decir, la única persona de su entorno que no se interesaría por ella—, proyecta un estudio sobre el pintor Vermeer, aunque sin mucho entusiasmo.

Tanto el Narrador como Swann adolecen de la misma incredulidad ante sus potencialidades creadoras, un escepticismo que los previene de cualquier indicio de arrogancia y que, sin embargo, en ambos se confunde con la pereza. Solo que Swann es un personaje de la novela, de cuya afición por la pintura de Vermeer el lector no volverá a saber nada, y el Narrador, semejante al Virgilio de Dante, guía a todos los personajes de la novela en el largo viaje por la oscura selva de la vida, para fusionarse al final con el propio Proust.

El Narrador hace fracasar a Swann por lo que se refiere a su propósito de escribir la obra planeada, sucumbiendo así al desencanto, sobre todo a raíz del caso Dreyfus que, como a la sociedad francesa, dividió al gran mundo en dos bandos irreconciliables, inclinando a muchos de sus antiguos camaradas de la aristocracia hacia el antisemitismo, aunque también a la propia dinámica de una vida social en sí misma absorbente. Swann muere, y con él sus expectativas creadoras y el anhelo de inmortalidad.

Por el contrario, el Narrador consigue su propósito de escribir la novela en parte como resultado de su tenacidad y pese a los asaltos

de la desconfianza en sus posibilidades para iniciarla. Así es como Marcel se independiza de su *alter ego* y cobra personalidad propia, sobreviviendo a la erosión causada por el Tiempo y a la misma Muerte. Al tener más edad que Swann puede mirarse en su ejemplo y aprender de su decadencia para no seguir sus pasos.

Cuando, en la cima de su madurez, el Narrador, ya enfermo, se retira de la ajetreada vida mundana para escribir sus memorias, tiene la misma edad en que Swann murió. Ahora lo recuerda, y es probable que al final de sus días Proust se autorretratara en el retrato que ofrece de un Swann con un pie en la tumba: «pertenecía a esa robusta raza judía de cuya energía vital y de cuya resistencia a la muerte parecen partícipes sus propios individuos. Aquejados de forma individual de enfermedades personales, tal y como la persecución aqueja a la raza, bregan indefinidamente con agonías terribles que pueden durar más allá de cualquier límite verosímil, cuando los demás ya no ven sino una barba de profeta y, encima de ella, una nariz gigantesca que se dilata para respirar las postreras ráfagas antes de que llegue la hora de las oraciones rituales y comience el desfile puntual de los parientes lejanos, que se acercan con movimientos mecánicos como en un friso asirio».

Si Marcel no pudo aprender de su modelo en materia de celos, al menos aprendió de la debilidad de este a la hora de perseverar en su proyecto literario por encima de las vicisitudes, de la desilusión e incluso de la enfermedad que para el Narrador (y para Proust) supuso más que un obstáculo, un verdadero aliciente. Pese al retrato bíblico que ofrece de un Swann moribundo debatiéndose contra la muerte, este se rindió ante ella mucho antes de que le mostrara su rostro, desde el momento en que abandonó el estudio que pensaba dedicar a su admirado Vermeer, admiración que el Narrador y Proust compartían también con él.

En cambio, el Narrador encuentra en las memorias que está escribiendo una forma de redención personal frente al desencanto, la desilusión, la enfermedad y la no muy lejana muerte, rescatando para la literatura su pasada experiencia vital hasta en los más

mínimos detalles. No se trataba solamente de una cuestión de voluntad, sino de fe en el proyecto y de una concepción clara y categórica de sus propósitos, resumidos en *El tiempo recuperado* y en su teoría sobre la relación de la vida con el arte y la misión redentora que atribuye a este.

JAIME FERNÁNDEZ
Blog literario «En lengua propia»
http://enlenguapropia.wordpress.com

# Volumen I

# Por donde vive Swann

## Sueño

Pero bastaba con que, aun en mi propia cama, tuviera un sueño profundo que me relajase por completo la mente; esta entonces dejaba atrás el plano del lugar en el que me había quedado dormido y, cuando me despertaba en plena noche, como no sabía dónde estaba, ni siquiera sabía quién era en los primeros momentos; solo contaba con esa impresión que, en su primitiva sencillez, puede palpitar en lo hondo de un animal; carecía de todo más aún que el hombre de las cavernas [...].

## Hábito

Es posible que la inmovilidad de las cosas que nos rodean se la imponga nuestra certidumbre de que se trata de ellas, y no de otras, la inmovilidad de nuestro pensamiento ante ellas.

## Relaciones sociales

La ignorancia en que nos hallábamos de esa brillante vida de sociedad que llevaba Swann se debía en parte, claro está, a que era de carácter reservado y discreto; pero también a que, a la sazón, la clase media tenía de la sociedad una idea que recordaba hasta cierto punto a la que tienen en la India y consideraba que se componía de castas cerradas en que todos ocupaban desde que nacían el mismo rango que sus padres y de las que nada, a no ser los azares de una carrera excepcional o de un matrimonio inesperado, nos podía sacar para situarnos dentro de la casta superior.

## Apariencia y realidad

Pero aun desde el punto de vista de las cosas más insignificantes de la vida, no somos un todo constituido materialmente, idéntico para todo el mundo y de cuyo contenido pueda cualquiera limitarse a tomar constancia como si se tratase de un pliego de cargos o un testamento; nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los demás. Incluso ese hecho tan sencillo que llamamos «ver a una persona conocida» es, en parte, un hecho intelectual. Rellenamos la apariencia física de la persona a la que estamos viendo con todas las nociones que poseemos de ella y, en el aspecto global con cuya representación contamos, esas nociones son seguramente las que más lugar ocupan.

## Sueño

Cuando estamos durmiendo y no tenemos aún conciencia de un dolor de muelas sino como si fuera una joven que nos esforzamos

doscientas veces seguidas por sacar del agua o un verso de Molière que nos repetimos sin parar, nos alivia mucho despertarnos y que nuestra inteligencia pueda quitarle al concepto de dolor de muelas todo disfraz heroico o cadencioso.

## Celos

[…] como supe más adelante, una angustia como esta[17] lo estuvo atormentando muchos años y nadie como él habría podido comprenderme; supo de esa angustia que da saber que la persona amada está en un lugar de diversión donde no estamos nosotros, adonde no podemos ir a reunirnos con ella por el amor, ese amor al que está predestinada esa angustia, como quien dice, y que la acaparará y la convertirá en especialista suya […].

## Hábito

[…] mis padres […] empezaban a ver [en Swann] esa vejez anómala, excesiva, vergonzosa y merecida de los solteros, de todos aquellos para quienes parece que el pleno día sin día siguiente fuera más largo que para los demás, porque para ellos está vacío, y los momentos se van sumando desde por la mañana sin dividirse luego entre los hijos.

## Memoria

Me parece muy sensata la creencia céltica de que las almas de aquellos a quienes hemos perdido están presas dentro de algún ser inferior, un animal, un vegetal, un objeto inanimado, y perdidas están desde luego, hasta el día, que a algunos no les llega nunca, en que hete aquí que pasamos junto al árbol o entramos en posesión

del objeto que es su cárcel. Entonces se sobresaltan, nos llaman y, en cuanto las hemos reconocido, se rompe el encantamiento. Las hemos liberado, han vencido a la muerte y regresan para vivir con nosotros.

Eso mismo sucede con nuestro pasado. Es inútil que intentemos evocarlo, de nada sirven cuantos esfuerzos haga nuestra inteligencia. Está oculto, fuera de su ámbito y de su alcance, en algún objeto material (en la sensación que nos daría ese objeto material) que no sospechamos. Depende de la casualidad que demos con ese objeto antes de morir o que no demos con él.

* * *

[…] con el agobio de ese día tan tristón y la perspectiva de la tristeza del día siguiente, me llevé a los labios una cucharada del té donde había dejado, remojándose, un trozo de magdalena. Pero en el preciso instante en que el sorbo en que iban mezcladas algunas migas del bollo me rozó el paladar, me sobresalté, atento a algo extraordinario que me estaba pasando. Me había invadido un placer delicioso, aislado, sin noción de qué lo causaba. Hizo que, en el acto, las vicisitudes de la vida me resultasen indiferentes, sus desastres, inofensivos y su brevedad ilusoria, del mismo modo en que actúa el amor, colmándome de una esencia valiosísima […]. Había dejado de sentirme mediocre, contingente, mortal. ¿De dónde podía haberme llegado esa alegría tan poderosa? Notaba que iba unida al sabor del té y del bollo, pero que llegaba mucho más allá y no debía de ser de la misma naturaleza.

## Creación artística

[Es] una grave incertidumbre [que] nota siempre la mente que se deja atrás a sí misma; cuando esa mente, esa que busca, es también el territorio oscuro donde debe buscar y donde nada le hará las veces de equipaje. ¿Buscar? No solo: crear. Se enfrenta a algo

que aún no es y a lo que solo ella puede dar realidad y, luego, introducir en su luz.

## Memoria

Y me pregunto de nuevo cuál podía ser ese estado desconocido que no aportaba ninguna prueba lógica, sino la evidencia de su felicidad, de su realidad ante la que las demás realidades se desvanecían. Quiero intentar que vuelva. Retrocedo con el pensamiento hasta el momento en que tomé la primera cucharada de té. Recupero el mismo estado, pero no me aporta mayor claridad.

* * *

¿Alcanzará la superficie de mi conciencia clara ese recuerdo, ese instante antiguo que la atracción de un instante idéntico vino desde tan lejos a requerir, a inmutar, a sacar a flote en lo más hondo de mí? No lo sé. Ahora ya no noto nada, se ha detenido, ha vuelto a bajar quizá; ¿quién sabe si volverá a subir alguna vez desde su oscuridad? Diez veces tengo que empezar de nuevo e inclinarme para llegar a él. Y en todas y cada una de esas ocasiones esa cobardía que nos desvía de cualquier tarea difícil, de cualquier empresa de importancia, me aconsejó que lo diese de lado, que me tomase el té pensando sin más en mis contrariedades de hoy y en mis deseos de mañana a los que puedo darles vueltas sin esforzarme.

* * *

Pero cuando nada queda de un pasado remoto, cuando han muerto los seres, cuando están destruidos los objetos, aislados, más frágiles pero más vivaces, más inmateriales, más persistentes, más fieles, el aroma y el sabor siguen aún mucho tiempo, igual que almas, y recuerdan, aguardan, albergan esperanzas, prevaleciendo

sobre la ruina de todo lo demás, y llevan sin flaquear, encima de esa gotita casi impalpable, el gigantesco edificio del recuerdo.

## Contemplación

Pero mi abuela, incluso aunque el tiempo hubiera empeorado por el bochorno, aunque hubiera estallado una tormenta, o sencillamente una turbonada, iba a rogarme que saliera. Y, por no renunciar a lo que estuviese leyendo, salía, al menos, al jardín, para seguir allí, debajo del castaño, sentado al fondo de una garita pequeña de estera y lona, creyéndome oculto a las miradas de quienes pudieran ir a visitar a mis padres.

¿Y no era también mi pensamiento igual que otro portal en cuyas honduras me notaba sumido, incluso para mirar lo que sucedía fuera? Cuando veía un objeto externo, la conciencia de que lo estaba viendo se quedaba entre ese objeto y yo y lo orillaba con un delgado ribete espiritual que me impedía siempre tocar directamente la materia de que estaba hecho; se volatilizaba esta, como quien dice, antes de que entrase yo en contacto con ella, lo mismo que un cuerpo incandescente que arrimamos a un objeto húmedo no roza esa humedad porque siempre lo precede una zona de evaporación.

## Literatura

A una persona real, por mucho que simpaticemos con ella, son en buena parte nuestros sentidos los que la perciben, es decir, nos sigue resultando opaca, nos brinda un peso muerto que nuestra sensibilidad no puede levantar en vilo. Si le sucede una desgracia, solo podrá conmovernos una parte pequeña de esa noción total que de ella tenemos; diré más: incluso en ella solo podrá conmoverse parte de la noción total que tiene de sí misma. El hallazgo del novelista consiste en la idea de sustituir esas partes en que el alma

no puede penetrar por una cantidad igual de partes inmateriales, es decir que nuestra alma puede hacer suyas. ¿Qué importa ya, pues, que los actos y las emociones de esos seres de una categoría nueva nos parezcan auténticos, puesto que nos hemos adueñado de ellos, puesto que acontecen en nosotros y, mientras pasamos febrilmente las páginas del libro, la rapidez con que respiramos y la intensidad con la que miramos dependen de ellos?

## Lectura

No era solamente porque una imagen con la que soñamos lleva siempre determinada marca, y la hermosea y mejora el reflejo de los colores ajenos que, por azar, la rodean en nuestra ensoñación; pues esos paisajes de los libros que leía no eran para mí únicamente paisajes más vívidos, en mi imaginación, que aquellos que Combray me ponía ante los ojos, pero sí posiblemente análogos. Porque el autor los había escogido, por la fe con que salía mi pensamiento al encuentro de sus palabras, como al de una revelación, me parecía que eran —y esa impresión no me la daba la comarca en que me hallaba, y menos aún nuestro jardín, producto anodino de la fantasía sin originalidad de ese jardinero al que despreciaba mi abuela— una parte auténtica de la mismísima Naturaleza digna de estudio e investigación.

## Imaginación

Intentamos hallar en las cosas, que un hecho así ha convertido en muy valiosas, el reflejo que proyectó en ellas nuestra alma; nos decepciona comprobar que, al natural, parecen carecer de ese encanto que le debían, en nuestros pensamientos, a la vecindad con determinadas ideas; hay veces en que convertimos todas las fuerzas de dicha alma en habilidad y en esplendor para influir en personas a

las que notamos, desde luego, más allá de nosotros y a las que nunca alcanzaremos.

## Lectura

Hermosas tardes de domingo bajo el castaño del jardín de Combray, que había vaciado primorosamente de los incidentes mediocres de mi existencia y en cuyo lugar había puesto una vida de aventuras y aspiraciones peculiares en el seno de una comarca que regaban aguas cristalinas, volvéis a traerme a la memoria aquella vida cuando me acuerdo de vosotras, y en vosotras está, por supuesto, porque poco a poco la fuisteis rodeando y encerrando —mientras yo avanzaba en la lectura e iba cayendo el calor del día— en el cristal sucesivo, que cambiaba despacio y entreveraban las frondas, de vuestras horas silenciosas, sonoras, aromáticas y límpidas.

## Amor

Que creamos que una persona es partícipe de una vida desconocida en que nos introduciría su amor, eso es lo que requiere el amor para nacer, y lo que más le importa y lo mueve a no tener muy en cuenta todo lo demás. Incluso las mujeres que aseguran que, para opinar de un hombre, solo se fijan en su aspecto físico, ven en ese aspecto la emanación de una vida peculiar. Y por eso les gustan los militares y los bomberos; el uniforme las vuelve menos exigentes en cuanto al rostro; creen que, bajo la coraza, besan un corazón diferente, aventurero y tierno [...].

## Hábito

Y no es que [tía Léonie] no aspirase a veces a algún cambio mayor, que no tuviera esas horas excepcionales en que se anhela algo diferente de lo que existe y en que quienes, al carecer de energía o de imaginación, no pueden sacar de sí mismos un principio de renovación, les piden al minuto siguiente o al cartero que llama que les traigan algo nuevo, aunque sea peor, una emoción, un dolor [...], no es que no sacase de la acumulación de esos días monótonos a los que tanto apego tenía la espera de algún cataclismo doméstico, que durase solo un momento, pero que la obligase a llevar a cabo de una vez uno de esos cambios que reconocía que le resultarían saludables y a los que no podía resolverse por propia voluntad.

## Crueldad

Pues mi tía Léonie sabía —cosa que yo ignoraba aún— que Françoise, que habría dado la vida por su hija o por sus sobrinos sin una queja, era singularmente dura con otras personas. Pese a ello, mi tía la conservó a su servicio, pues la valoraba, aunque supiera que era cruel. Fui cayendo poco a poco en la cuenta de que la mansedumbre, el comedimiento y las virtudes de Françoise ocultaban tragedias de trascocina, de la misma forma que la historia deja al descubierto los incidentes cruentos que jalonan el reinado de los reyes y reinas que vemos, con las manos juntas, en las vidrieras de las iglesias. Me percaté de que, dejando aparte a sus parientes, se compadecía tanto más de los seres humanos cuanto más alejados de ella viviesen. Los torrentes de lágrimas que derramaba al leer en el periódico los infortunios de los desconocidos no tardaban en agostarse cuando podía imaginarse con cierta exactitud a la persona que los padecía.

* * *

E igual que ese himenóptero que observaba Fabre, la avispa excavadora, que, para que sus crías tengan carne fresca que comer

cuando ella muera, pone la anatomía al servicio de su crueldad, y, tras capturar gorgojos y arañas, les atraviesa, con una ciencia y una habilidad extraordinarias, el centro nervioso del que depende el movimiento de las patas, pero no las demás funciones vitales, de forma tal que el insecto paralizado junto al que pone los huevos proporcione a las larvas, cuando salgan del huevo, una presa dócil, inofensiva, incapaz de escapar o de resistirse, pero cuya carne no haya tomado husmillo, Françoise daba, para satisfacer su voluntad permanente de que ninguna criada pudiera aguantar en aquella casa, con tretas tan elaboradas y despiadadas que, años después, nos enteramos de que si el verano aquel habíamos comido casi todos los días espárragos fue porque con el olor le entraban a la pobre pinche que tenía que pelarlos ataques de asma tan fuertes que no le quedó más remedio que acabar marchándose.

## Esnobismo

Pero de lo que yo me daba cuenta era de que Legrandin no se ceñía del todo a la verdad cuando decía que solo le gustaban las iglesias, la luz de la luna y la juventud; le gustaban mucho las personas de los palacios y le entraba en su presencia tanto temor a desagradarlas que no se atrevía a permitirles que supieran que tenía amigos de clase media, hijos de notarios o de agentes de cambio y prefería, si es que llegaba a saberse la verdad, que ocurriera cuando no estuviera presente, estando él lejos y «por defecto»; era esnob.

* * *

Y, desde luego, esto no significa que el señor Legrandin no fuese sincero cuando echaba pestes de los esnobs. No podía saber, al menos por sí mismo, que él lo era, ya que no conocemos nunca sino las pasiones de los demás y de lo que llegamos a saber de las nuestras solo nos podemos enterar por ellos. En nosotros no actúan sino de forma segunda, mediante la imaginación, que coloca en el

lugar de los móviles iniciales el relevo de otros móviles que resultan más decentes.

## Amor

El amor físico, tan injustamente desacreditado, fuerza de tal modo a cualquier persona a mostrar hasta las mínimas parcelas de bondad que en ella residen y su capacidad de entrega, que su entorno más inmediato la ve resplandecer.

## Creencias

Los hechos no entran en el mundo donde viven nuestras creencias, no las han engendrado y no las destruyen; pueden darles los mentís más constantes sin debilitarlas, y una avalancha de desgracias o de enfermedades que vayan ocurriendo sin interrupción en una familia no conseguirá que ponga en duda la bondad de su Dios o el talento de su médico.

## Incomunicación

Y fue también en ese momento —gracias a un labriego que pasaba con cara de estar ya de bastante mal humor, que empeoró cuando estuve a punto de darle con el paraguas en la cara, y respondió desabridamente a mis «qué buen tiempo, ¿verdad? Da gusto andar»— cuando me enteré de que las mismas emociones no se dan simultáneamente, en un orden preestablecido, en todos los hombres. Más adelante, siempre que tras una lectura un tanto prolongada me habían entrado ganas de charlar, el compañero a quien estaba deseando dirigir la palabra acababa de disfrutar, precisamente, del placer de la conversación y ahora quería que lo

dejasen leer en paz. Si acababa de acordarme de mis padres con ternura y de tomar las decisiones más sensatas y más de su gusto, ellos habían empleado ese mismo lapso de tiempo en enterarse de alguna culpa leve que a mí ya se me había olvidado y que me echaban en cara severamente en el preciso momento en que corría hacia ellos para darles un beso.

## Sadismo

[…] solo el sadismo presta un fundamento en la vida a la estética del melodrama. En la vida real, si dejamos aparte los casos de sadismo, entraba dentro de lo posible que una joven le faltase al respeto de forma tan cruel como la señorita Vinteuil a la memoria y a las voluntades de su difunto padre, aunque no lo condensaría ex profeso en un acto simbólico tan rudimentario e ingenuo. […] Pero, más allá de la apariencia, es muy probable que en el corazón de la señorita Vinteuil, al principio al menos, el mal anduviera mezclado con algo más. Una sádica como ella es una artista del mal, cosa que no podría ser una persona del todo mala, pues el mal no sería exterior a ella, le parecería de lo más natural y ni tan siquiera se distinguiría de su persona; y como no rendiría culto alguno a la virtud, al recuerdo de los muertos ni al afecto filial, no hallaría un placer sacrílego en profanarlos. Los sádicos de la categoría de la señorita Vinteuil son seres tan puramente sentimentales, tan naturalmente virtuosos, que incluso el placer sensual les parece malo, un privilegio de los perversos. Y cuando se permiten a sí mismos entregarse a él por un momento, intentan meterse en el pellejo de los perversos y meter también a su cómplice, para hacerse momentáneamente la ilusión de haberse evadido de su alma escrupulosa y tierna para entrar en el mundo inhumano del placer.

# Imaginación

Nunca, yendo a pasear por donde los Guermantes, pudimos [...] llegar hasta esa meta que tanto habría deseado yo alcanzar, hasta Guermantes. Sabía que residían allí los dueños del palacio, los duques de Guermantes, sabía que eran personajes reales y que existían en aquellos momentos, pero siempre que pensaba en ellos, me los imaginaba ora en un tapiz, como estaba la condesa de Guermantes en la «Coronación de Esther» de nuestra iglesia, ora con matices cambiantes, como Gilbert el Cruel en la vidriera en que pasaba del verde repollo al azul ciruela, según estuviese yo tomando todavía agua bendita o llegando ya a nuestras sillas, ora completamente impalpables como la imagen de Genoveva de Brabante, antepasada de la familia Guermantes, que la linterna mágica paseaba por las cortinas de mi cuarto o remontaba hasta el techo, rodeados siempre, en fin, del misterio de los tiempos merovingios y como inmersos en una puesta de sol entre la luz anaranjada que brota del final de su apellido[18].

* * *

Soñaba que la señora de Guermantes me mandaba llamar, por haberse encaprichado de mí de pronto y prendado del capricho; pasaba el día pescando truchas conmigo. Y al caer la tarde, llevándome de la mano y pasando por los jardincillos de sus vasallos, me enseñaba, siguiendo la línea de tapias bajas, las flores cuyos husos morados y rojos se apoyaban en ellas y me decía cómo se llamaban. Me pedía que le contase de qué iban a tratar los poemas que tenía yo intención de escribir. Y esas ensoñaciones me avisaban de que, puesto que quería ser escritor más adelante, tiempo era ya de saber qué pensaba escribir.

# Apariencia y realidad

De pronto, durante la misa de la boda, al moverse de sitio el pertiguero, pude ver, sentada en una capilla, a una señora rubia de nariz grande, ojos azules y penetrantes, con una corbata muy ahuecada de seda malva, lisa, nueva y brillante y un granito en una aleta de la nariz. […] Estaba muy decepcionado. Y ello se debía a que nunca había caído en la cuenta, cuando pensaba en la señora de Guermantes, de que me la imaginaba con los colores de un tapiz o de una vidriera, en otro siglo, de materia diferente al resto de las personas vivas. Nunca había pensado que pudiera tener la cara encarnada y una corbata malva como la de la señora Sazerat, y el óvalo de las mejillas me recordó tanto a personas a quienes había visto en casa que tuve la leve sospecha, que, por lo demás, desapareció en el acto, de que esa señora, en su principio generador, en todas sus moléculas, no era quizá en sustancia la duquesa de Guermantes, sino que su cuerpo, que ignoraba qué nombre le daban, pertenecía a determinado tipo femenino en que también se incluían mujeres de médicos y de tenderos.

# Literatura

Desde aquel día, cuando iba de paseo por donde los Guermantes, me pareció aún más desconsolador que antes carecer de disposición para las letras y tener que renunciar para siempre a ser un escritor famoso […] Entonces, muy ajenos a todas esas preocupaciones y sin relación alguna con ellas, de repente, un tejado, un reflejo de sol en una piedra, el olor de un camino, hacían que me detuviera porque me proporcionaban un placer particular y también porque parecían ocultar, más allá de lo que yo alcanzaba a ver, algo de lo que me invitaban a adueñarme, acercándome, y con

lo que, pese a los esfuerzos que hacía, no conseguía dar. Como notaba que allí estaba aquello me quedaba en el sitio, quieto, mirando, oliendo, intentando llegar con el pensamiento más allá de la imagen o del olor. Y si tenía que dar alcance a mi abuelo y seguir andando, intentaba recuperarlos, cerrando los ojos; ponía empeño en recordar exactamente esa línea del tejado, ese matiz de la piedra que, aunque no conseguía entender por qué, me habían parecido plenos, listos para abrirse a medias y entregarme aquello de lo que hacían solo de tapadera. No eran, desde luego, impresiones así las que podían devolverme la esperanza que había perdido de poder llegar algún día a ser escritor y poeta, porque iban siempre unidas a un objeto concreto que carecía de valor intelectual y no tenía que ver con ninguna verdad abstracta. Pero, al menos, me proporcionaban un placer ajeno a la razón, la ilusión de algo así como una fecundidad y, de este modo, me distraían del fastidio y de ese sentimiento de impotencia que había notado siempre que había buscado un tema filosófico para una gran obra literaria. Pero tan arduo era ese deber de conciencia —que me imponían esas impresiones de formas, aromas o colores— de intentar vislumbrar lo que se ocultaba tras ellas que no tardaba en buscarme excusas que me permitiesen hurtarme a esos esfuerzos y ahorrarme ese cansancio.

* * *

Ya en casa, pensaba en otra cosa y así es cómo se me almacenaban en la mente [...] una piedra en que jugueteaba un reflejo, un tejado, un tañido de campana, un olor de hojas, gran cantidad de imágenes diferentes bajo las que hace mucho que murió esa realidad presentida que no tuve fuerza de voluntad suficiente para llegar a descubrir.

* * *

Nunca volví a acordarme de aquella página[19], pero en ese momento, cuando, en el rincón del asiento donde el doctor solía poner, en una cesta, las aves de corral que había comprado en el mercado de Martinville, acabé de escribirla, me sentí tan dichoso, noté que me había liberado tan por completo de esos campanarios y de lo que ocultaban tras de sí, que, como si yo también fuera una gallina y acabase de poner un huevo, rompí a cantar a voz en cuello.

## Duplicidad del Yo

Y así fue como aprendí, yendo por donde los Guermantes, a diferenciar esos estados de ánimo por los que paso sucesivamente algunas temporadas y que llegan incluso a repartirse el día, viniendo uno a expulsar al otro con la puntualidad de la fiebre; contiguos, pero tan ajenos entre sí, tan carentes de medios para comunicarse que no soy ya capaz de entender, ni tan siquiera de imaginar, si estoy en uno, lo que deseé, temí o llevé a cabo en el otro.

Por eso, por donde se va a Méséglise y por donde los Guermantes son lugares que siguen unidos, para mí, a muchos de los acontecimientos menudos de esa vida que, de todas las que vivimos en paralelo, es la más colmada de peripecias, la más pletórica de episodios, me estoy refieriendo a la vida intelectual. No cabe duda de que nos va avanzando por dentro de forma insensible y de que llevábamos ya mucho preparando el descubrimiento de esas verdades que nos cambiaron el sentido y el aspecto de la vida y nos abrieron nuevos caminos; pero no lo sabíamos; y, para nosotros, no tienen más fecha de inicio que el día y el minuto en que se tornaron visibles. Las flores que a la sazón retozaban en la hierba, el agua que corría al sol, todo el paisaje en que estuvo envuelta su aparición sigue acompañando el recuerdo que de ellas tenemos con su rostro despreocupado o distraído; y, por descontado, cuando los contemplaba mucho rato aquel modesto transeúnte, aquel niño

soñador —igual que contempla a un rey un memoralista perdido entre el gentío—, ese rincón de la naturaleza o ese trozo de jardín no habrían podido imaginar que a él le deberían el haber sobrevivido con sus peculiaridades […] mientras que, en torno, ya se borraron los caminos y murieron quienes los hollaron y el recuerdo de quienes los hollaron.

## Memoria

Pero es sobre todo como en yacimientos profundos de mi suelo mental, como en los terrenos sólidos en que aún me asiento, como tengo que pensar en lo que había por donde se iba a Méséglise y por donde los Guermantes. Porque creía en las cosas y en las personas mientras recorría esos lugares, las cosas y los lugares que en ellos conocí son los únicos que sigo tomando en serio y que aún me aportan alegría. Será porque la fe creadora se me ha agotado, o será que la realidad solo se forma en la memoria, pero las flores que ahora me muestran por primera vez no me parecen flores de verdad.

* * *

Seguramente porque unió en mí de forma inseparable impresiones diferentes solo por habérmelas hecho notar al tiempo, todo cuanto había por donde se iba a Méséglise y por donde los Guermantes me expuso, andando el tiempo, a muchas decepciones e incluso a muchos errores. […] Cuando, en las tardes de verano, el cielo armonioso ruge como una fiera y todo el mundo se disgusta por la tormenta, yo le debo al camino por donde se iba a Méséglise el hecho de ser el único que respira, extasiado, a través del ruido de la lluvia al caer, el aroma de unas lilas invisibles y contumaces.

## Relaciones sociales

Las tres cuartas partes de los esfuerzos ingeniosos y de las mentiras fruto de la vanidad, tan habituales desde que el mundo existe en personas a quienes, de ese modo, les hacían de menos, se los prodigaron estas a los inferiores. Y Swann, que era sencillo y descuidado con una duquesa, temía que lo despreciasen y era afectado en presencia de una doncella.

## Vida y literatura

[Swann] pertenecía a esa categoría de hombres inteligentes que han vivido ociosos y buscan consuelo y, quizá, una disculpa, en la idea de que esa ociosidad brinda a su inteligencia objetos tan dignos de interés como podrían brindárselos el arte o el estudio, y que en la «Vida» se dan situaciones más interesantes y novelescas que en todas las novelas juntas.

## Amor

Pero, a la edad, un tanto desengañada ya, a la que se estaba acercando Swann y en que sabemos contentarnos con estar enamorados por el gusto de estarlo, aspirando muy poco a la reciprocidad, esa aproximación de los corazones, aunque no sea ya, como en la primera juventud, la meta hacia la que tiende necesariamente el amor, no por ello deja de existir una asociación de ideas tan fuertemente vinculadas al amor que puede convertirse en causa de amor si aparece de forma previa. Antes soñábamos con poseer el corazón de la mujer de la que estábamos enamorados; más adelante, notar que poseemos el corazón de una mujer puede bastar para que nos enamoremos de ella. Y así, a esa edad en que parecería, porque buscamos sobre todo en el amor un placer subjetivo, que la parte del gusto por la belleza de una mujer debería ser preponderante, puede nacer el amor —el amor más físico— sin

que exista en su base un deseo previo. En esa época de la vida hemos padecido ya el amor varias veces; ya no evoluciona él solo según sus propias leyes desconocidas y fatales ante nuestro corazón asombrado y pasivo. Le echamos una mano, lo alteramos con la memoria y con la sugestión. Vuelven los recuerdos, al reconocer uno de sus síntomas, y propiciamos que vuelvan a nacer los demás. Como nos sabemos ya la canción, que llevamos grabada entera por dentro, no nesitamos que una mujer nos diga cómo empieza —comienzo repleto de la admiración que inspira la belleza— para saber cómo sigue. Y si ella la empieza por la mitad —en ese punto en que los corazones se aproximan, en que se habla de no vivir ya sino uno para otro— estamos ya lo bastante acostumbrados a esa música para alcanzar en el acto a nuestra pareja en el pasaje en que nos está esperando.

## Música

Incluso ese amor por una frase musical pareció, por un momento, que iba a iniciar en Swann la posibilidad de algo parecido a un rejuvenecimiento. Hacía tanto que había renunciado a dedicar la vida a una meta ideal y la limitaba a perseguir satisfacciones cotidianas que creía, aunque nunca se lo dijera formalmente, que ese estado de cosas ya no cambiaría hasta la muerte; es más, al no notarse ya en la mente ideas elevadas, había dejado de creer que fueran reales, aunque tampoco pudiera negar por completo que lo fueran. En consecuencia, se había acostumbrado a buscar refugio en pensamientos sin importancia y que le permitían dar de lado el fondo de las cosas.

* * *

Swann hallaba en sí, en el recuerdo de la frase [musical] que había oído, en algunas sonatas que había pedido que le interpretasen para ver si la encontraba en ellas, una de esas

realidades invisibles en las que no había dejado de creer y que, como si la música hubiera tenido algo así como una influencia electiva en el agostamiento moral que padecía, le hacían volver a notar en sí el deseo y casi la fuerza de consagrarles la vida.

## Vida y literatura

Quizá porque había tenido siempre el remordimiento de haber limitado la vida solo a las relaciones mundanas y a la conversación, le parecía hallar algo parecido a un perdón indulgente que le concedían los grandes artistas en el hecho de que ellos también miraron con gusto e introdujeron en su obra esos rostros que le conceden un singular certificado de realidad y de vida, un sabor de modernidad […].

## Amor

Las personas suelen importarnos tan poco que, cuando hemos puesto en una tales posibilidades de sufrimiento y de alegría, nos parece que pertenece a otro universo, que se rodea de poesía, que nos convierte la vida en algo como una extensión conmovedora donde podremos tenerla más o menos cerca.

* * *

Pues eso que creemos que son nuestro amor y nuestros celos no son una misma pasión, continua e indivisible. Se componen de una infinidad de amores sucesivos, de celos diferentes y que son efímeros, pero dan, al formar una legión ininterrumpida, impresión de continuidad e ilusión de unidad.

# Creación artística

Solo sentía curiosidad y avidez por conocer aquello que me parecía más cierto que mi propia persona, aquello que, a mi entender, tenía el mérito de mostrarme algo del pensamiento de un gran genio o de la fuerza o el encanto de la naturaleza cuando se manifiesta tal y como es y sin intervención de los hombres.

# Nombres

[…] toparme en un libro con el nombre de Balbec bastaba para despertar en mí un anhelo de tempestades y de gótico normando; incluso en un día tempestuoso, el nombre de Florencia o de Venecia me hacía desear el sol, los lirios, el palacio de los Dux y Santa María de las Flores.

* * *

No concebía por entonces las ciudades, los paisajes y los monumentos como cuadros más o menos gratos, recortados acá y allá de un mismo material, sino, todos y cada uno, como unos desconocidos, esencialmente diferentes de los demás, de los que mi alma estaba sedienta y que le sería provechoso conocer. Cuánta individualidad ganaron al designarlos unos nombres, nombres que solo a ellos pertenecían, nombres como los de las personas. Las palabras nos muestran cosas, un cromo pequeño, claro y habitual, como los que se cuelgan en las paredes de las escuelas para proporcionarles a los niños un ejemplo de qué son un banco de trabajo, un ave, un hormiguero, cosas que se consideran semejantes a todas las demás de la misma categoría. Pero los nombres brindan de las personas —y de las ciudades cuyos nombres nos acostumbran a considerarlas individuales y únicas, como si fueran personas— una

imagen confusa que saca de ellas, de su sonoridad resplandeciente o sombría, ese color con que está uniformemente pintada […].

## Amor

Pues a mí, que no pensaba ya sino en no pasar ni un día sin ver a Gilberte (hasta tal punto que, en una ocasión, como no había regresado mi abuela a la hora de cenar, no pude evitar decirme en el acto que si la había atropellado un coche, yo no iba poder ir durante una temporada a Les Champs-Élysées: en cuanto amamos, no amamos ya a nadie), esos momentos, no obstante, en que me hallaba junto a ella y que había estado esperando con tanta impaciencia desde el día anterior, por los que había temido, a los que habría sacrificado todo lo demás, no eran momentos felices, ni poco ni mucho; y lo sabía a la perfección, pues eran los únicos momentos de mi vida en que concentraba una atención meticulosa, encarnizada, y esa atención no hallaba en ellos ni un átomo de placer.

* * *

Lo más urgente era que Gilberte y yo nos viéramos y que pudiéramos confesarnos recíprocamente nuestro amor que hasta entonces podríamos decir que aún no había empezado. No cabe duda de que las razones varias que atizaban mi impaciencia por verla habrían sido menos imperiosas en un hombre maduro. Sucede, andando el tiempo, que, al cultivar de forma más diestra nuestros placeres, nos contentamos con ese placer que nos proporciona el pensar en una mujer como yo pensaba en Gilberte, sin que nos preocupe saber si esa imagen coincide con la realidad; y además, con ese otro placer de quererla sin necesitar la certidumbre de que ella nos quiera; o también que renunciemos al placer de confesarle la inclinación que sentimos por ella para que crezca más vigorosa la inclinación que siente ella por nosotros […].

# Creencias

Pero cuando desaparece una creencia le sobrevive —y cada vez más vigorosa, para enmascarar la carencia de esa fuerza que hemos perdido de dotar de realidad a cosas nuevas— un apego fetichista a las antiguas, a las que antes prestaba vida, como si fuera en ellas, y no en nosotros, donde residía el carácter divino y como si nuestra incredulidad actual tuviera una causa contingente, la muerte de los Dioses.

# Memoria

Los lugares que conocimos no pertenecen solo al ámbito del espacio, donde los colocamos porque nos resulta más fácil [...]; el recuerdo de determinada imagen no es sino la añoranza de determinado instante; y las casas, las carreteras y las avenidas son ¡ay! fugitivas, como los años.

# Volumen II

# A LA SOMBRA DE LAS MUCHACHAS EN FLOR

## Moralidad

[…] nuestras virtudes en sí no son algo libre que anda flotando y cuya disponibilidad permanente conservemos; acaban por asociarse de forma tan estrecha en nuestra mente con las acciones en que consideramos obligación nuestra ponerlas en práctica que, si se nos presenta alguna actividad de otro orden, nos coge desprevenidos y sin que se nos ocurra siquiera que pueda requerir el ejercicio de esas mismas virtudes.

## Apariencia y realidad

La idea que nos hicimos de alguien hace mucho tiempo y nos hemos seguido haciendo tapona los ojos y los oídos.

## Inversión

La forma de ser que mostramos en la segunda parte de nuestra vida no es siempre, aunque sí con frecuencia, nuestra forma de ser primitiva, desarrollada o deslucida, crecida o menguada; es, a veces, una forma de ser inversa, una prenda de ropa vuelta del revés por completo.

## Impresiones

Cuando deseamos recibir determinadas impresiones de naturaleza o de arte contando con un descubrimiento valiosísimo, sentimos cierto escrúpulo en permitir que el alma reciba, en cambio, impresiones menores que podrían engañarnos en cuanto al valor exacto de lo Hermoso.

## Amor

No cabe duda de que pocas personas entienden el carácter puramente subjetivo de ese fenómeno que es el amor y que consiste en algo así como la creación de una persona añadida, diferente de esa que lleva en sociedad el mismo nombre que nosotros y cuyos elementos proceden en su mayoría de nosotros mismos.

* * *

Los lazos que nos unen a una persona quedan santificados cuando se sitúa esta en el mismo punto de vista que nosotros para opinar acerca de alguna de nuestras taras.

* * *

Ahora bien, no menos que un retiro, una enfermedad o una conversión religiosa, una relación amorosa prolongada coloca otras imágenes en el lugar de las anteriores.

## Deseo y realidad

Esa obra de causalidad que da como fruto a la postre casi todos los efectos posibles, y por consiguiente también los que habíamos creído que ocurrirían en muy menor grado, dicha obra es a veces lenta y la vuelven más lenta aún nuestro deseo —que, al intentar acelerarla, la estorba— y nuestra propia existencia, y no se consuma más que cuando ya hemos dejado de desear y, a veces, de vivir.

## Relaciones sociales

Nos resulta efectivamente difícil a todos y cada uno calcular con exactitud en qué escala perciben los demás las palabras que decimos o los gestos que hacemos; por temor a darnos una importancia exagerada y aumentando, hasta que alcanza proporciones enormes, el ámbito en que tienen que desplegarse los recuerdos de los demás en el trascurso de su existencia, nos imaginamos que las partes accesorias de lo que decimos y de nuestras actitudes apenas si calan en la conciencia y menos aún se les quedan en la memoria a las personas con quienes conversamos.

## Tiempo

Sabemos, en teoría, que la Tierra gira, pero de hecho no nos damos cuenta; el suelo que pisamos no parece moverse y vivimos en paz. Otro tanto sucede con el Tiempo en la vida.

## Amor

La forma inquisitiva, ansiosa, exigente con que miramos a quien queremos, la espera de esa palabra que nos dará o nos quitará la esperanza de una cita para el día siguiente y, en tanto no quede dicha esa palabra, nuestra forma alternativa, cuando no simultánea, de imaginar la alegría y la desesperación, todo lo dicho nos torna la atención, en presencia de la persona amada, en exceso trémula para que pueda obtener de ella una imagen del todo clara.

* * *

Y como [el amor] no es una pasión desinteresada, el enamorado que ha dejado de amar no intenta ya saber por qué la mujer pobre y ligera de cascos a la que amaba ha estado años negándose obstinadamente a que la siguiera manteniendo.

## Contradicción

Me dejaba admirado la impotencia de la mente, del razonamiento y del corazón para llevar a cabo la mínima transformación, para resolver ni una sola de esas dificultades que, a continuación, la vida, sin que sepamos siquiera cómo se las ha apañado, zanja con tanta facilidad.

## Escisión del yo

Solo las personas cuya percepción es incapaz de descomponer lo que a primera vista parece que no se puede dividir creen que la situación y la persona forman un todo. La misma persona, tomada en momentos sucesivos de la vida, pertenece a diversos peldaños de

la escala social en ambientes que no están forzosamente a mayor altura; y cada vez que, en una etapa o en otra de la existencia, establecemos o volvemos a establecer lazos con determinado ambiente y que en él nos sentimos mimados, empezamos como es lógico a apegarnos, echando allí raíces humanas.

## Relaciones sociales

Pero, igual que los caleidoscopios que giran de vez en cuando, la sociedad sitúa sucesivamente de forma distinta elementos que creímos inmutables, y compone otra figura.

## Caso Dreyfus

Todo cuanto era judío bajó de categoría [con el caso Dreyfus], incluso la señora elegante, y subieron, para ocupar su sitio, nacionalistas oscuros. El salón con más brillo de París fue el de un príncipe austríaco y ultracatólico. Si en vez del caso Dreyfus hubiese ocurrido una guerra con Alemania, el caleidoscopio habría girado en un sentido diferente. Los judíos, al demostrar, para mayor asombro generalizado, que eran patriotas, habrían conservado su situación social y nadie habría querido volver, y ni siquiera reconocer que había ido allí en alguna ocasión, a casa del príncipe austriaco. Todo lo dicho no impide que, siempre que la sociedad está pasajeramente quieta, quienes viven en ella supongan que no volverá a darse cambio alguno.

## Celos

[Swann] no era ya capaz de remozar esa forma suya de amar, y […] era la que había usado para Odette la que volvía a servirle para

otra. Para que volvieran a nacer los celos de Swann no era preciso que le fuera infiel aquella mujer, bastaba con que, por la razón que fuere, estuviera lejos de él, en una velada por ejemplo, y pareciera habérselo pasado bien.

## Memoria

De esas impresiones múltiples no es la memoria capaz de proporcionarnos en el acto el recuerdo. Pero este va tomando poco a poco forma en ella y, en lo referido a las obras [musicales] que hemos oído ya dos o tres veces, somos como el alumno que ha leído varias veces, antes de quedarse dormido, una lección que creía no saberse y que dice de corrido a la mañana siguiente.

## Arte

[…] no solo no nos quedamos en el acto con las obras realmente singulares, sino que, incluso, dentro de cada una de esas obras […] son las partes menos valiosas las que vemos de entrada.

* * *

Pero, menos decepcionantes que la vida, esas magnas obras maestras no nos entregan al principio lo mejor que tienen. En la sonata de Vinteuil, las bellezas que descubrimos de entrada son también las que antes nos hastían, y ello, seguramente, porque son las que menos se diferencian de lo que ya nos era conocido. Pero cuando se han alejado esas bellezas, nos queda el prendarnos de tal o cual frase cuya disposición, demasiado nueva para brindarnos a la mente nada que no fuera confusión, había tornado imposible de discernir y conservado intacta; entonces esa belleza ante la que pasábamos a diario sin saberlo y se había recatado, esa que solo por el poder de su hermosura se había vuelto invisible y seguía

desconocida, fue la última en acercársenos. Pero también será la última de la que nos separemos. Y nos gustará durante más tiempo que las otras porque habrá tardado más tiempo en gustarnos. Ese tiempo, por lo demás, que precisa un individuo —de la misma forma que yo lo precisé en lo referido a esa sonata— para captar una obra que goce de cierta profundidad no es sino el atajo y algo así como el símbolo de los años, de los siglos a veces, que transcurren antes de que el público pueda gustar en verdad de una obra maestra tan nueva. Por ello el hombre genial, para no padecer el que la muchedumbre no lo entienda, es posible que se diga que los contemporáneos carecen de la perspectiva necesaria y que las obras escritas para la posteridad solo esta debería leerlas, como sucede con algunos cuadros que no pueden apreciarse si se miran demasiado de cerca.

* * *

Aquello por lo que cuesta admirar en el acto una obra genial es que quien la ha escrito es alguien extraordinario y pocas personas se le parecen. Es su propia obra la que, al fecundar las escasas mentes capaces de entenderla, hará que crezcan y se multipliquen.

* * *

Una obra […] tiene que crear por sí misma su posteridad.

* * *

[…] lo que muestra la música —a mí al menos— no es ni poco ni mucho la «Voluntad en sí» y la «Síntesis del infinito», sino, por ejemplo, al bueno de Verdurin, con su levita, en el Palmarium de los Jardines de Aclimatación.

## Nombres

No cabe duda de que los nombres son dibujantes fantasiosos que nos proporcionan de las personas y de las comarcas croquis de tan escaso parecido que sentimos a veces algo así como estupor cuando nos hallamos ante el mundo imaginado y no ante el mundo visible (que, por lo demás, no es el mundo verdadero, ya que nuestros sentidos no poseen en mucho mayor grado que la imaginación el don del parecido [...]).

## Literatura

Así sucede con todos los grandes escritores, es imprevisible la belleza de sus frases como lo es la de una mujer a quien no conocemos aún; es creación puesto que atañe a un objeto externo en el que están pensando —y no los atañe a ellos— y que aún no han expresado.

## Arte

La variedad auténtica está en esa plenitud de elementos reales e inesperados, en la rama repleta de campanillas que asoma, en contra de toda expectativa, del seto primaveral que parecía ya colmado, mientras que la imitación puramente formal de la variedad [...] no es sino un vacío uniforme, es decir, el polo opuesto de la variedad, e impide que los imitadores sean capaces de proporcionar la ilusión de que existe ni de traer a la mente su recuerdo sino en quien no la haya entendido en los maestros.

## Literatura

Por último la calidad siempre valiosísima y nueva de lo que escribía [Bergotte] aparecía en su conversación mediante una forma

tan sutil de abordar un tema, dando de lado todos los aspectos ya sabidos, que producía la impresión de recurrir a un enfoque poco sólido y estar equivocándose […].

## Relaciones sociales

Todos [llamamos] ideas claras a las que se hallan en el mismo grado de confusión que las propias.

## Lenguaje

[…] cualquier novedad cuya condición previa sea la eliminación del tópico al que estábamos acostumbrados y nos parecía la pura realidad, cualquier conversación nueva, de igual forma que cualquier cuadro y cualquier música original, parecerá siempre alambicada y fatigosa.

## Arte

[…] la genialidad, por no mencionar el talento magno, no procede tanto de elementos intelectuales y especialmente agudos, superiores a los del prójimo, cuanto de la capacidad de transformarlos, de transponerlos.

* * *

Quienes ejecutan obras geniales no son quienes viven en el entorno más exquisito y tienen la conversación más brillante y la cultura más amplia, sino quienes han contado con el poder, dejando de pronto de vivir para sí, de convertir su personalidad en algo así como un espejo, de forma tal que su vida, por muy mediocre que fuera, por lo demás, en el aspecto social e incluso, hasta cierto

punto, en el intelectual, se reflejase en ese espejo, pues la genialidad consiste en la capacidad reflectante y no en las virtudes intrínsecas del espectáculo reflejado.

## Literatura

[…] el hábito determina tanto el estilo del escritor cuanto el carácter del hombre, y el autor que se ha conformado en varias ocasiones con alcanzar, al expresar lo que piensa, una forma un tanto grata, está asentando así para siempre los límites de su talento.

## Arte

De la misma forma que los grandes doctores de la Iglesia, por más que fueran hombres buenos, comenzaron con frecuencia por saber de los pecados del conjunto de los hombres y de ese conocimiento tomaron su santidad personal, suele ocurrir que los grandes artistas, por más que sean malas personas, recurren a sus defectos para llegar a concebir la pauta moral común.

* * *

De la misma forma que los sacerdotes, por contar con la mayor experiencia del corazón, son quienes mejor pueden perdonar esos pecados que no cometen, de esa misma forma el hombre genial, por contar con la mayor experiencia de la inteligencia, puede entender mejor las ideas más opuestas a las que constituyen el meollo de sus propias obras.

## Imaginación

[…] notaba yo que […] cualquier razonamiento, por muy elevado que fuese, [me] dejaba frío y no era feliz sino en momentos de simple holganza, cuando me sentía a gusto; notaba hasta qué punto lo que deseaba en la vida era puramente material y qué fácil me habría resultado prescindir de la inteligencia.

## Felicidad

Lo que nos hace tan dichosos es la presencia en el corazón de algo inestable que nos apañamos continuamente para que dure y de lo que no somos ya casi conscientes en tanto no se mueva del sitio.

## Imaginación

Nos hallamos todos en la obligación, para que la realidad nos resulte soportable, de cultivar unas cuantas locuras menores.

## Amor

El soldado está convencido de que le concederán un plazo prorrogable por tiempo indefinido antes de que lo maten; el ladrón, antes de que lo cacen; los hombres en general, antes de que les llegue la hora. Tal es el amuleto que protege a los individuos —y a veces a los pueblos— no del peligro, sino del miedo al peligro y, en realidad, de la creencia en el peligro, lo que en algunos casos permite atreverse con él sin necesidad de ser atrevido. Es una confianza similar y no menos carente de fundamento la que sustenta al enamorado que cuenta con una reconciliación o con una carta.

* * *

Cuando amamos, el amor es demasiado grande para que nos quepa del todo dentro; irradia hacia la persona amada, se topa en ella con una superficie que lo detiene y lo obliga a regresar al punto de partida; y es ese impacto, el rebote de nuestro propio cariño, lo que llamamos los sentimientos del otro y lo que nos embelesa más que a la ida, porque no caemos en la cuenta de que procede de nosotros.

* * *

[…] en las temporadas en que no amamos, si nos tomamos con filosofía esas contradicciones que alberga el amor, es porque el amor del que hablamos con tanta desenvoltura no lo sentimos en ese momento y, por lo tanto, nada sabemos de él, pues el conocimiento de cuestiones como esa es intermitente y no sobrevive a la presencia efectiva del sentimiento.

## Hábito

El tiempo del que disponemos cada día es elástico; las pasiones que sentimos lo dilatan; las que inspiramos lo encogen; y se llena de hábito.

## Amor

La verdad que ponemos en las palabras no se abre camino directamente, no ofrece una evidencia irresistible. Tiene que pasar bastante tiempo para que haya podido constituirse en ellas una verdad de un orden semejante. […] Llegado ese momento, aquella obra maestra que a los admiradores que la leían en voz alta parecía mostrarles las pruebas intrínsecas de su excelencia, mientras que a

los oídos de quienes estaban escuchando no proporcionaba sino una imagen insana o mediocre, la proclamarán obra maestra demasiado tarde para que el autor pueda saberlo. De idéntica forma, en amor las barreras, hagamos lo que hagamos, no puede quebrantarlas desde fuera aquel a quien tienen desesperado; y, cuando ya no le importen, entonces, de pronto, por efecto de un proceso que llega de otro lado, ocurrido en el fuero interno de esa mujer que no amaba, esas barreras, asediadas antaño sin éxito, caerán sin provecho.

* * *

Porque tanto la añoranza cuanto el deseo no pretenden análisis, sino satisfacción; cuando empezamos a amar, se nos va el tiempo no en saber en qué consiste el amor que sentimos, sino en preparar las posibilidades de las citas del día siguiente.

## Incomunicación

Decimos las cosas que sentimos necesidad de decir y que el interlocutor no entenderá; solo hablamos para nosotros.

## Amor

Deseamos una alegría y nos falta el medio material de alcanzarla. «Es triste —dijo La Bruyère— amar sin poseer una gran fortuna».

* * *

Pero la dicha no puede nunca ocurrir. Si llegamos a superar las circunstancias, la naturaleza traslada la lucha de fuera hacia dentro y, poco a poco, hace que nos cambie el corazón lo suficiente para que desee otra cosa que no es la que va a conseguir.

* * *

Por causa de eso que nos inspira amor y nos resultará un día indiferente, nos negamos desdeñosamente a ver lo que nos resulta indiferente hoy, que nos inspirará amor mañana y que a lo mejor, si hubiéramos aceptado verlo, nos habría inspirado amor antes y, de esa forma, habría acortado nuestros sufrimientos actuales, aunque cierto es que para sustituirlos por otros.

## Sueños

Sabía yo que en muchos [sueños] no hay que tener en cuenta ni la apariencia de las personas, que pueden ir disfrazadas y haber intercambiado los rostros, como esos santos mutilados de las catedrales que algún arqueólogo ignorante ha reconstruido poniéndole a uno la cabeza del otro y mezclando los atributos y los nombres. Los rostros que las personas llevan en un sueño pueden engañarnos. Solo debemos reconocer en ese nombre a la persona a la que queremos por la virulencia del dolor que sintamos.

## Moralidad

Nos volvemos partidarios de la ética en cuanto somos desdichados.

## Amor

[…] quienes sufren por amor son, como se dice de algunos enfermos, su propio médico. Como no puede llegarles consuelo sino de la persona que les causa el dolor y como ese dolor es una emanación de ella, en ese dolor es donde acaban por hallar remedio.

⁎ ⁎ ⁎

Lo que sucede de entrada es que, en esos que aman y a quienes han dejado, la sensación de espera —de espera no reconocida incluso— en que viven se transforma por su cuenta y, aunque en apariencia sea idéntica, a un primer estado lo releva otro que es exactamente el contrario.

⁎ ⁎ ⁎

A fuerza de escribir: «Desde que están desunidos nuestros corazones» para que Gilberte me contestase: «Pero si no lo están; vamos a aclarar esto», había acabado por convencerme de que sí lo estaban. Al repetir continuamente: «La vida habrá cambiado para nosotros, pero no borrará ese sentimiento que fue nuestro» por el deseo de oír por fin cómo me decía: «Pero si no ha cambiado nada; el sentimiento ese es más fuerte que nunca», vivía yo con la idea de que, efectivamente, la vida había cambiado y que íbamos a conservar el recuerdo del sentimiento que ya no existía, de la misma forma que alguien que padezca de los nervios por haber fingido una enfermedad acaba por convertirse para siempre en un enfermo.

⁎ ⁎ ⁎

Acabó ella por adoptar mi punto de vista; e igual que en los brindis oficiales, en los que el jefe de Estado agasajado va repitiendo poco a poco las mismas expresiones que acaba de utilizar el jefe de Estado anfitrión, siempre que le escribí a Gilberte: «La vida nos habrá separado, pero el recuerdo de aquellos tiempos que fueron nuestros perdurará», ella me respondió sin falta: «La vida nos habrá separado, pero no podrá hacer que olvidemos esas horas gratas que siempre nos seguirán siendo caras» (en menudo apuro nos habríamos visto si hubiéramos tenido que decir por qué nos había separado «la vida» y qué cambio había ocurrido).

* * *

Reconstruimos la vida para una persona y cuando por fin podemos recibirla en ella, esa persona no viene; muere luego para nosotros y vivimos presos en lo que solo a ella estaba destinado.

## Memoria

Por eso la parte mejor de nuestra memoria se halla fuera de nosotros, en una ráfaga de lluvia, en el olor a cerrado de un cuarto o en el olor del primer fuego de la temporada encendido en la chimenea, en todos los lugares donde hallamos la parte de nosotros mismos que la inteligencia, al no tener empleo que darle, había desdeñado, la última reserva del pasado, la mejor, esa que, cuando aparentemente se nos ha secado ya la fuente de todas las lágrimas, sabe hacernos llorar aún. ¿Fuera de nosotros? En nosotros, mejor dicho, pero oculta a nuestras propias miradas, en un olvido más o menos prolongado. Solo merced a ese olvido podemos de vez en cuando recobrar la persona que fuimos, situarnos frente a las cosas como se colocaba la persona aquella, padecer de nuevo, porque ya no somos nosotros, sino ella, y ella amaba lo que ahora nos resulta indiferente. A la plena luz de la memoria habitual, las imágenes del pasado van atenuándose poco a poco, se borran, no queda ya nada de ellas, no las volveremos a recuperar. O, mejor dicho, no las volveríamos a recuperar si unas cuantas palabras (tales como «director en el ministerio de Correos») no se hubieran quedado primorosamente encerradas en el olvido, igual que se deposita en la Biblioteca Nacional un ejemplar de un libro que, de no depositarlo, correría el riesgo de convertirse en imposible de encontrar.

## Hábito

[El Hábito] debilita, pero estabiliza; trae consigo la desagregación, pero hace que dure indefinidamente.

## Felicidad

[…] el hecho de especificar en la imaginación los rasgos de una felicidad depende más de la identidad de los deseos que nos inspira que de la precisión de las informaciones que de ella tenemos […]

## Padres

Esa separación [de mi madre] era probablemente […] el primer ensayo de una existencia a la que ya empezaba ella a resignarse para el futuro, según les fueran llegando los años a mi padre y a ella, de una existencia en que yo la vería menos; en que, circunstancia que ni siquiera en mis pesadillas me había ocurrido nunca, me resultase ya mi madre un tanto ajena, una señora a quien verían entrar sola en una casa donde yo no estaría, preguntando al portero si no había cartas mías.

## Relaciones sociales

[…] cabía preguntarse si no hay entre esos otros hermanos humildes, los campesinos, personas que sean algo así como los seres superiores del mundo de las mentes sencillas, o, más bien, a quienes ha condenado un destino injusto a vivir entre mentes sencillas, privadas de luz, pero que, no obstante, emparentadas con los caracteres de elite de forma más esencial que la mayoría de las personas instruidas, sean como miembros dispersos, extraviados, privados de razón, de la familia santa […]

## Imaginación

Siempre se nos olvida [que la hermosura y la felicidad] son individuales y, al sustituirlas en nuestras mentes por una categoría convencional que elaboramos, haciendo algo así como el promedio de las diversas caras que nos han agradado y de los placeres que hemos conocido, no tenemos sino imágenes abstractas que son lacias y desabridas porque carecen precisamente de ese carácter de cosa nueva, diferente a lo que ya conocíamos, ese carácter que es lo propio de la hermosura y de la felicidad.

## Literatura

[…] un libro hermoso es particular, imprevisible, y no consiste en la suma de todas las obras maestras anteriores, sino en algo que no por haberse asimilado perfectamente a esa suma basta para localizar, pues precisamente está fuera de ella.

## Apariencia y realidad

No existe quizá nada que nos dé más la impresión de la realidad que lo que nos es externo, que el cambio de posición respecto a nosotros de una persona, incluso insignificante, antes de haberla conocido, y después.

## Hábito

[…] mi razón sabía que el hábito […] se encarga por igual de hacer que cobremos afecto a compañeros que nos disgustaban de entrada, de dar otra forma a los rostros, de convertir en simpático el

sonido de una voz, de modificar la inclinación de los corazones. No cabe duda de que el olvido de las anteriores es la trama de esas amistades nuevas que nos inspiran lugares y personas […].

## Relaciones sociales

[En] el hotel [de Balbec], de las fuentes eléctricas brotaba a raudales la luz en el amplio comedor y se convertía este en algo parecido a un acuario inmenso y maravilloso ante cuya fachada de cristal la población obrera de Balbec, los pescadores y también las familias de clase media baja, invisibles en la oscuridad, se pegaban a las lunas para divisar, en el despacioso balanceo de unos remolinos de oro, la vida lujosa de esas personas, tan extraordinaria para los pobres como la de unos peces o unos moluscos raros (una cuestión social de trascendencia sería el saber si esa fachada de cristal protegerá siempre el festín de los animales extraordinarios y si la gente oscura que mira ávidamente en la oscuridad no los pescará en el acuario y se los comerá).

## Nombres

¿Cómo habría podido yo creer que existía una procedencia común inicial entre dos nombres que se me habían metido dentro uno por la puerta baja y vergonzosa de la experiencia y otro por la puerta áurea de la imaginación?

## Relaciones sociales

A las tres cuartas partes de los hombres del Faubourg Saint-Germain se los tiene, desde el punto de vista de una elevada proporción de la burguesía, por unos crápulas arruinados (y, por lo

demás, lo son a veces, considerados de uno en uno) y a quienes, por consiguiente, no recibe nadie. La burguesía se pasa de honrada en este aspecto, pues esas taras no impedirían ni poco ni mucho que los recibieran con el mayor agrado en sitios donde nunca la recibirán a ella.

## Literatura

La señora de Villeparisis, a quien le preguntaba yo por Chateaubriand, por Balzac, por Victor Hugo, que habían frecuentado tiempo ha la casa de sus padres y a quienes había atisbado ella personalmente […], tenía una opinión severa de esos escritores por carecer, precisamente, de esa modestia, de ese quedarse en la sombra, de ese arte sobrio que se contenta con un único rasgo y no insiste y rehuye por encima de todo la ridiculez de la grandilocuencia, de ese sentido de la oportunidad, de esas prendas de la opinión moderada y la sencillez que, según le habían enseñado a ella, eran la culminación del mérito auténtico […].

## Literatura

[La señora de Villeparisis al Narrador]: «Pasa como con las novelas de Stendhal que tanto parecía admirar usted. Lo habría dejado muy extrañado oírle a usted hablar en ese tono. Mi padre, que lo veía en casa del señor Mérimée —ese sí que era un hombre de talento— me dijo muchas veces que Beyle (que así se apellidaba) era espantosamente vulgar, pero ingenioso en una cena, y que no presumía de sus libros».

## Literatura

[La señora de Villeparisis] tenía autógrafos de todos esos grandes hombres[20] y parecía opinar, prevaliéndose de las relaciones personales que había tenido su familia con ellos, que su opinión era más atinada que la de los jóvenes que, como yo, no habían podido tratarlos.

—Creo que puedo hablar de ellos porque frecuentaban la casa de mi padre; y, como decía el señor Sainte-Beuve, que tenía mucha chispa, hay que creer, en lo referido a ellos, a quienes los vieron de cerca y pudieron calibrar con exactitud lo que valían.

## Apariencia y realidad

No cabe duda de que Bloch me había franqueado una era nueva y había cambiado mi forma de valorar la vida el día en que me puso al tanto de que los sueños que había yo paseado a solas por donde se iba a Méséglise, cuando anhelaba que pasase una campesina para abrazarla, no eran una quimera que no correspondiera a nada externo a mi persona, sino que todas las muchachas con las que uno se encontraba, aldeanas o señoritas, estaban más que dispuestas a conceder los anhelos de esos sueños.

## Deseo

[…] un deseo nos parece más hermoso y nos basamos en él con mayor confianza cuando sabemos que, más allá de nuestro fuero interno, la realidad se atiene a él, incluso aunque no pueda realizarse en nuestro caso. Y pensamos con un júbilo mayor en una vida en que […] podemos imaginarnos saciándolo.

* * *

En lo tocante a las chicas guapas que pasaban, desde el día en que supe que se les podían besar las mejillas me entró curiosidad

por su alma. Y el universo me pareció más interesante.

## Adolescencia

Pero la característica de la edad ridícula por la que estaba pasando —una edad nada ingrata y muy fecunda— es que no consultamos la inteligencia y los mínimos atributos de las personas parecen formar parte inseparable de su personalidad. Completamente rodeados de monstruos y de dioses, no gozamos de calma alguna. No hay casi ni un gesto de los que hicimos a la sazón que no quisiéramos poder revocar más adelante. Pero lo que, antes bien, deberíamos lamentar es no contar ya con la espontaneidad que nos movía a hacerlos. Más adelante, vemos las cosas de manera más práctica, plenamente conforme con el resto de la sociedad, pero la adolescencia es la única época en que aprendemos algo.

## Intelectualismo

Ese joven[21] […] no valoraba sino lo que procedía de la inteligencia y solo por eso sentía curiosidad, sobre todo por esas manifestaciones modernistas de la literatura y del arte que tan ridículas le parecían a su tía; por lo demás, lo impregnaban lo que ella llamaba declamaciones socialistas, rebosaba hondo desprecio por su casta y se pasaba horas estudiando a Nietzsche y a Proudhon. Era uno de esos «intelectuales» proclives a la admiración que se encierran en un libro sin que les importe nada que no sea el pensamiento elevado.

* * *

[…] me enfurecía que Robert de Saint-Loup, en vez de contentarse con ser hijo de su padre [el conde de Marsantes] y en vez de ser capaz de guiarme por la novela pasada de moda que

había sido su existencia, hubiera ascendido hasta la afición a Nietzsche y a Proudhon.

* * *

[…] aunque el señor de Marsantes, de mente muy abierta, sí habría sentido estima por un hijo tan diferente de él, Robert de Saint-Loup, que era de esos que creen que el mérito va unido a determinadas formas de vida, conservaba un recuerdo afectuoso, pero un tanto despectivo, de un padre que se había pasado la vida pendiente de la caza y las carreras, bostezando con Wagner y prendadísimo de Offenbach. Saint-Loup no tenía inteligencia bastante para entender que la valía intelectual no tiene nada que ver con la adhesión a determinada receta estética […].

## Imaginación

No calibrando cosa alguna sino por el peso de la inteligencia que hay en ella, no divisando las delicias que le aportaban a mi imaginación algunas obras que a él le parecían frívolas, a [Robert de Saint-Loup] le extrañaba que a mí —a quien se consideraba infinitamente inferior— pudieran interesarme.

## Duplicidad

[…] mi abuela valoraba muchísimo esa encantadora apariencia de franqueza e inocencia [la forma de ruborizarse] que en Saint-Loup, por lo demás, al menos en la época en que yo trabé amistad con él, era sincera. Pero yo conocí a otra persona, y hay muchas así, en quien la sinceridad psicológica de ese arrebol pasajero no excluía ni poco ni mucho la duplicidad moral […].

## Soledad

[Robert] decía «nuestra amistad» como si estuviera hablando de algo importante y delicioso que existiera fuera de nosotros y que no tardó en llamar [...] la mejor alegría de su vida. Tales palabras me causaban algo semejante a la tristeza y me resultaba embarazoso corresponder a ellas porque yo no sentía al estar y al conversar con él —y seguramente me habría pasado lo mismo con cualquier otro— nada de esa felicidad que, en cambio, podía sentir cuando no estaba en compañía de nadie. A solas, había ocasiones en que notaba cómo brotaba desde lo más hondo alguna de esas impresiones que me proporcionaban un bienestar delicioso. Pero, en cuanto estaba con alguien, en cuanto le hablaba a un amigo, las ideas me daban media vuelta y encaminaban el pensamiento hacia ese interlocutor y no hacia mí, y, cuando iba así, en sentido inverso, no me proporcionaba gusto alguno.

## Soledad

Si había pasado dos o tres horas conversando con Robert de Saint-Loup y este había admirado lo que le había dicho, notaba una especie de remordimiento, de contrariedad, de cansancio por no haber estado a solas y listo por fin para escribir. Pero me decía que no somos inteligentes solo para uso propio, que los más grandes desearon que los apreciasen y que no podía considerar como perdidas unas horas en que había edificado una elevada idea de mi persona en la mente de mi amigo [...]

## Amistad

Al hallar siempre en él a esa persona antañona, y secular, a ese aristócrata que Robert aspiraba precisamente a no ser, notaba yo una alegría intensa, pero de la inteligencia, no de la amistad.

* * *

En la humanidad, la frecuencia de virtudes idénticas en todos no es más sorprendente que la multiplicidad de los defectos propios de cada uno. «El más común de los sentidos» no es sin duda el sentido común, sino la bondad. […] Incluso aunque esa bondad, que el interés paraliza, no se ejercite, existe empero, y, siempre que un móvil egoísta no le impida hacerlo, si por ejemplo estamos leyendo una novela o un periódico, florece e, incluso en el corazón de quien, aun siendo en la vida un asesino, sigue aficionado a las novelas por entregas y se enternece con ellas, se vuelve hacia el débil, hacia el justo y el que sufre persecución. Pero la variedad de los defectos no es menos admirable que la semejanza de las virtudes. Hasta tal punto todos tenemos los nuestros que, para seguir queriendo a los demás, nos vemos en la obligación de no tener en cuenta sus defectos y de hacer caso omiso en pro del resto. La persona más perfecta tiene tal o cual defecto que escandaliza o indigna. Esta tiene una inteligencia espléndida, lo ve todo desde una perspectiva elevada, nunca habla mal de nadie, pero se deja olvidadas en el bolsillo esas cartas importantísimas que nos ha pedido personalmente que le encomendemos, consiguiendo así que no acudamos a una cita de capital importancia, sin disculparse por ello ni perder la sonrisa, porque se huelga de no saber nunca qué hora es. Esa otra persona es tan refinada, tan atenta y de usos tan exquisitos que nunca nos dice personalmente sino las cosas que pueden hacernos dichosos, pero notamos que se calla otras, que las entierra en el corazón, donde se agrian, cosas muy diferentes, y gusta tanto de vernos que antes nos mataría de cansancio que separarse de nosotros. Aquella es más sincera, pero lleva la sinceridad hasta el extremo de poner empeño en que sepamos, cuando nos hemos disculpado por no haber ido a verla pretextando

nuestro estado de salud, que nos han visto en el teatro y teníamos muy buena cara, o que no pudo sacarle partido del todo a la gestión que hicimos para ayudarla; que, por lo demás, otros tres le han propuesto ya hacerla; y que, por lo tanto, no nos debe sino un mínimo favor. En ambas circunstancias, el amigo anteriormente citado habría fingido no saber que habíamos ido al teatro y que otras personas podrían haberle sido de la misma utilidad. Pero este amigo del que acabamos de hablar siente la necesidad de contar o de revelar lo que más puede contrariarnos y, encantado de ser tan franco, nos recalca: «Es que yo soy así». Otros, en cambio, nos irritan con su curiosidad exagerada, o con una carencia de curiosidad tan absoluta que podemos hablarles de los acontecimientos más sensacionales sin que sepan de qué se trata; otros más tardan meses en contestar si nuestra carta se refiere a algún hecho que nos afecte a nosotros y no a ellos; o nos dicen que van a venir a pedirnos algo y no nos atrevemos a salir por temor a que no nos encuentren en casa; no vienen y nos tienen esperando semanas porque no les ha llegado una respuesta que no nos pedían ni poco ni mucho en su carta y pensaban que estábamos enfadados con ellos. Y algunos, ateniéndose a sus deseos y no a los nuestros, si están contentos y tienen ganas de vernos nos hablan sin dejarnos meter baza, por muy urgente que sea la tarea que tenemos entre manos, pero si el tiempo los cansa o están de mal humor, no podemos sacarles ni una palabra, oponen a nuestros esfuerzos una languidez inerte y no se molestan en contestar, ni siquiera con monosílabos, como si no nos hubieran oído. Todos y cada uno de nuestros amigos tienen hasta tal punto sus propios defectos que, para seguir queriéndolos, no nos queda más remedio que intentar consolarnos de ellos —acordándonos de su talento, de su bondad, de su cariño— o, mejor, no tenerlos en cuenta poniendo en ello nuestra mejor voluntad.

# Amistad

Por desgracia, a esa complaciente inclinación nuestra a no ver el defecto de nuestro amigo la supera la que pone él en caer en ese defecto, bien porque o padece de ceguera o atribuye esa ceguera a los demás.

# Relaciones sociales

Si nos llevamos tantas sorpresas al visitar una casa de apariencia anodina que está por dentro llena de tesoros, de pies de cabra y de cadáveres, cuando descubrimos la vida auténtica de los demás, el universo real tras el universo aparente, no nos sorprendemos menos si, en vez de la imagen que nos habíamos creado de nosotros mismos gracias a lo que los demás nos decían, nos enteramos, por cómo hablan de nosotros cuando no estamos presentes, de qué imagen tan diferente de nuestra vida albergan. De forma tal que, cada vez que hemos hablado de nosotros, podemos tener la seguridad de que nuestras inofensivas y prudentes palabras, que escucharon con aparente cortesía e hipócrita aprobación, dieron el fruto de los comentarios más rabiosos o más regocijados y, en cualquier caso, de los menos halagüeños. El riesgo menor que corremos es el de resultar irritantes por la desproporción que existe entre la idea que tenemos de nosotros y lo que decimos, desproporción que suele volver las palabras de la gente cuando habla de sí misma tan ridículas como esos tarareos de quienes fingen afición por la música y sienten la necesidad de canturrear una melodía que les gusta, compensando lo insuficiente de su murmullo inarticulado con una mímica enérgica y una expresión de admiración que lo que nos están haciendo oír no justifica. Y a la mala costumbre de hablar de uno mismo y de los propios defectos hay que sumar,

como si hiciera cuerpo con ella, esa otra de denunciar en los demás defectos análogos precisamente a los que nosotros tenemos. Ahora bien, es siempre de esos defectos de los que hablamos, como si se tratase de una forma indirecta de hablar de uno y en que se aúnen el gusto de absolverse y el de confesar. Da, por lo demás, la impresión de que, como nos llama la atención lo que nos caracteriza, nos fijamos en los otros más en eso que en cualquier otra cosa. Un miope dice de otro: «Pero si apenas puede abrir los ojos»; un tísico duda de la integridad de los pulmones del más robusto; un desaseado no habla sino de los baños que no se dan los demás; uno que apesta asegura que los otros huelen mal; un marido engañado ve por todas partes maridos engañados; una mujer ligera, mujeres ligeras; y el esnob, esnobs. Y, además, todos los vicios, como todas las profesiones, exigen y desarrollan unos conocimientos especiales que no nos contraría exhibir. Los entendidos se encuentran con los entendidos; el modista invitado a actos sociales no ha empezado aún a conversar con nosotros y ya ha valorado la tela del traje que llevamos y los dedos se le van solos a palpar la calidad; y, si tras unos instantes de conversación, le preguntásemos a un odontólogo qué opina en realidad de nosotros, nos diría cuántas muelas tenemos picadas. Nada hay que le parezca más importante, ni a nosotros, que nos hemos fijado en las suyas, más ridículo. Y no es solo cuando hablamos de nosotros cuando pensamos que los demás están ciegos; nos comportamos como si lo fueran. Todos tenemos un Dios particular que nos oculta o nos promete la inversibilidad de nuestro defecto, de la misma forma que les cierra los ojos y la nariz a las personas que no se lavan en lo tocante a la raya mugrienta que llevan en las orejas y el olor a sudor que tienen en los sobacos y los convence de que pueden impunemente pasear ambas cosas en los actos sociales sin que nadie lo note. Y los que llevan o regalan perlas falsas se imaginan que pasarán por verdaderas.

* * *

Desde que la raza de Combray, esa raza de la que surgían personas completamente intactas, como mi abuela y mi madre, parece casi extinguida, como no puedo ya elegir sino entre seres cerriles honrados, insensibles y leales, cuya voz suena de un modo que basta por sí solo para dejar claro enseguida que no les interesa en absoluto nuestra vida, y entre otros que, mientras los tenemos al lado, nos comprenden, nos quieren, se emocionan hasta el llanto y se toman la revancha pocas horas después diciendo una gracia cruel sobre nosotros, pero regresan siempre, no menos comprensivos y encantadores, no menos asimilados momentáneamente a nosotros, creo que prefiero al menos el trato de esta última categoría de hombres, aunque no su valía ética.

* * *

[El barón de Charlus] era quizá también menos ideólogo que Saint-Loup, le interesaban menos las palabras y observaba de forma más realista a los hombres […]. Queda abierto el debate entre los hombres así y esos otros que obedecen al ideal interno que los impulsa a prescindir de esas ventajas para pretender solo cumplirlo, semejantes en eso a los pintores y a los escritores que renuncian a su virtuosismo, a los pueblos artistas que se modernizan, a los pueblos guerreros que toman la iniciativa del desarme universal, a los gobiernos absolutos que se vuelven democráticos y derogan leyes severísimas, sin que, con gran frecuencia, la realidad recompense su noble esfuerzo; pues aquellos se quedan sin su talento y estos sin su predominancia secular; a veces el pacifismo multiplica las guerras, y la indulgencia la criminalidad. Aunque los esfuerzos en pro de la sinceridad y la emancipación de Saint-Loup no podían parecer sino muy nobles, juzgando por el resultado externo era lícito felicitarse de que no se hubieran dado en el señor de Charlus […].

## Envidia

El milagro bienhechor del amor propio consiste en que, como pocas personas pueden tener amistades brillantes o conocer a alguien a fondo, quienes carecen de ello se siguen creyendo los más aventajados porque todos los peldaños sociales tienen una óptica que hace que cualquier rango le parezca el mejor a quien lo ocupa y que le parezcan menos favorecidos que él, mal servidos, y dignos de compasión, los de rango mayor, a quienes nombra y calumnia sin conocerlos y desdeña sin entenderlos. […] [Y] cuando la envidia se expresa con frases desdeñosas, la traducción de «No quiero conocer a ese» es «No puedo conocer a ese».

## Padres

Los niños tienen siempre tendencia bien a hacer de menos a sus padres bien a encumbrarlos; y para un buen hijo su padre es siempre el mejor de los padres prescindiendo de cualesquiera razones objetivas para admirarlo.

## Relaciones sociales

En el hombre solitario, el enclaustramiento, incluso absoluto y hasta el final de sus días, procede con frecuencia de un amor desaforado por el gentío que predomina de forma tal sobre cualquier otro sentimiento que, al no poder contar, cuando sale a la calle, con la admiración de la portera, de los viandantes y del cochero de punto, prefiere que estos no lo vean nunca […].

# Imaginación

Si pensáramos que los ojos de determinada muchacha no son sino una arandela brillante de mica, no notaríamos avidez por saber de su vida y unirla a la nuestra. Pero nos damos cuenta de que lo que reluce en ese disco reflector no se debe solo a su composición material; que se trata, y las desconocemos, de las sombras negras de los pensamientos de esa persona acerca de la gente y de los lugares que conoce —prados de césped de los hipódromos, arena de los caminos por los que, pedaleando a campo traviesa y cruzando por bosques, me habría llevado tras de sí esa peri, más seductora para mí que la del paraíso persa—, y también de las sombras de la casa a la que va a regresar, de los proyectos que está haciendo o que alguien hizo para ella; y, ante todo, que se trata de ella, con sus deseos, sus simpatías, sus ascos, su voluntad oscura e incesante.

* * *

Esa fugacidad de los seres a quienes no conocemos, que nos fuerzan a apartarnos de la vida habitual en que las mujeres con las que nos tratamos acaban por dejar a la vista sus taras, nos sitúa en ese estado de persecución en que nada pone coto ya a la imaginación. Ahora bien, despojar de esa vida nuestros placeres es dejarlos reducidos a sí mismos, a nada.

# Arte

[Al pintor] Elstir le gustaba dar y darse. Todo cuanto poseía, ideas, obras y todo lo demás, a lo que concedía mucho menos valor, se lo habría dado con alegría a alguien que lo hubiese entendido. Pero, a falta de unas relaciones soportables, vivía en un aislamiento y con un talante huraño que las personas de mundo llamaban pose y

mala educación; los poderes públicos, mala disposición; sus vecinos, locura; y su familia, egoísmo y orgullo.

* * *

Pero si [Elstir] había querido componer una obra pensando en algunas personas, al hacerlo había vivido para sí mismo, lejos de las relaciones sociales, que le eran indiferentes; al ejercer de solitario, le había cogido apego a la soledad, como sucede con toda empresa de envergadura que, de entrada, nos inspiraba temor, porque sabíamos que era incompatible con otras menores a las que teníamos afición y de las que no nos priva, sino que nos aparta.

## Conversación

[…] las emociones que nos hace sentir una joven mediocre pueden permitir que nos lleguen a la conciencia en mayor grado partes más íntimas, más personales, más remotas, y más esenciales de lo que lo permitiría la satisfacción que nos proporciona la conversación de un hombre superior o incluso la contemplación admirativa de sus obras.

## Arte

[En esas marinas de Elstir] podía yo reconocer que el encanto de cada una de ellas consistía en algo así como una metamorfosis de las cosas representadas análoga a eso que en poesía llamamos metáfora; y que, si Dios padre había creado las cosas al nombrarlas, era quitándoles ese nombre o dándoles otro como las volvía a crear Elstir. Los nombres con que se designan las cosas responden siempre a una noción de la inteligencia ajena a nuestras impresiones auténticas y que nos obliga a eliminar en ellas todo cuanto no se refiera a esa noción.

⁎ ⁎ ⁎

Aunque se diga atinadamente que en arte no hay ni progreso ni descubrimientos, sino que solo los hay en las ciencias, y aunque a todos los artistas, cuando repiten por cuenta propia un esfuerzo individual, no pueden ayudarlo ni frenarlo los esfuerzos de cualquier otro, no queda más remedio que reconocer que, en la medida en que el arte saca a la luz determinadas leyes, cuando ya las ha vulgarizado una industria, el arte anterior pierde retrospectivamente algo de su originalidad.

⁎ ⁎ ⁎

[…] el esfuerzo de Elstir por no exponer las cosas tal y como sabía que eran, sino ateniéndose a esas ilusiones ópticas que constituyen nuestra visión primitiva, lo había llevado precisamente a sacar a la luz algunas de esas leyes de perspectiva, más sorprendentes en tal caso, pues el arte era el primero en desvelarlas.

⁎ ⁎ ⁎

El esfuerzo que hacía Elstir para despojarse, en presencia de la realidad, de todas las nociones de su inteligencia, era tanto más admirable cuanto que aquel hombre, que antes de pintar hacía por ser ignorante y lo olvidaba todo por probidad, pues lo que sabemos no nos pertenece, tenía precisamente una inteligencia excepcionalmente cultivada.

⁎ ⁎ ⁎

[Los artistas] que creen que sus obras serán duraderas —y tal era el caso de Elstir— se acostumbran a situarlas en una época en que ellos no serán ya sino polvo. Y así, al forzarlos a pensar en la nada, la idea de la fama los entristece porque es inseparable de la idea de la muerte.

⁎ ⁎ ⁎

Pues dónde se halla lo que estamos buscando es algo que no sabemos, y con frecuencia evitamos mucho tiempo el lugar al que, por otras razones, todo el mundo nos invita. Pero no sospechamos que allí veríamos precisamente a la persona en quien estamos pensando.

⁎ ⁎ ⁎

Los datos de la vida no cuentan para el artista, no son para él sino una ocasión de mostrar su genialidad al desnudo.

⁎ ⁎ ⁎

[…] es posible que, desde el punto de vista de la creación pura, [el] único defecto [de Elstir fuera ser un maestro], en ese sentido de la palabra maestro, pues un artista para atinar por completo con la verdad de la vida espiritual debe estar solo y no prodigar su persona, ni tan siquiera a unos discípulos […].

⁎ ⁎ ⁎

[Según Elstir] la sabiduría no se recibe, hay que descubrirla personalmente tras un trayecto que nadie puede hacer por nosotros ni nos puede evitar que lo hagamos, pues es un punto de vista acerca de las cosas. Las vidas que se admiran, las posturas que parecen nobles, no las dispusieron el padre de familia o el preceptor, vinieron antes unos principios muy diferentes, pues influyeron en ellas cuantas cosas malas o triviales imperasen entorno. Suponen un combate y una victoria. Entiendo que la imagen de lo que fuimos en una etapa primitiva no sea ya reconocible y resulte siempre desagradable. No hay que renegar de ella, empero, pues es un testimonio de que hemos vivido realmente y se atiene a las leyes de la vida y de la mente con que contamos […].

## Imaginación

[…] la existencia no tiene mayor interés sino en los días en que con el polvo de las realidades va mezclada arena mágica, en que algún incidente vulgar de la vida se convierte en resorte novelesco.

## Amor

[…] puede suceder que no sea sino años después cuando recordemos que el acontecimiento magno de nuestra vida sentimental ocurrió, sin que nos diera tiempo a prestarle una atención prolongada ni casi a tomar conciencia de él, en una reunión social, por ejemplo; y solo habíamos acudido porque esperábamos ese acontecimiento.

## Imaginación

Qué fastidio tan desabrido caracteriza la vida de las personas que, por pereza o timidez, van directamente en coche a casa de unos amigos a quienes conocieron sin haber soñado antes con ellos, sin atreverse nunca, durante el trayecto, a detenerse junto a lo que desean.

## Relaciones sociales

Que [a lo que decimos] le dé, en general, la persona con quien hablamos un sentido que saca de su propia sustancia y es muy diferente del que habíamos puesto nosotros en esas mismas palabras, es un hecho que la vida cotidiana nos revela continuamente. Pero si, además, estamos con una persona cuya

educación [...] no podemos concebir y cuyas inclinaciones, lecturas y principios desconocemos, no sabemos si lo que estamos diciendo despierta en ella algo que se parezca a eso que decimos en mayor medida de lo que despertaría en un animal que, sin embargo, habría que conseguir que entendiera ciertas cosas.

## Amor

Estamos al tanto de la forma de ser de los indiferentes, ¿cómo podríamos captar la de una persona que se funde con nuestra vida, que a no mucho tardar no separaremos ya de nosotros, acerca de cuyos móviles no dejamos de elaborar ansiosas hipótesis perpetuamente revisadas?

## Amistad

Las personas que cuentan con esa posibilidad de vivir para sí —cierto es que se trata de los artistas y yo llevaba mucho convencido de que nunca iba a serlo— tienen también el deber de hacerlo; ahora bien, la amistad les hace las veces de dispensa para ese deber, es una abdicación de sí mismos. La propia conversación, que es el modo de expresión de la amistad, es una divagación superficial de la que no sacamos ningún provecho. Podemos pasarnos una vida entera conversando sin hacer nada que no sea repetir hasta el infinito el vacío de un minuto, mientras que el caminar del pensamiento en el trabajo solitario de la creación artística consiste en ir ahondando, que es la única dirección que no nos está vedada y en la que podemos progresar, de forma más laboriosa, cierto es, para llegar al resultado de la verdad. Y la amistad no solo carece de virtudes, igual que la conversación; además es funesta. Pues la impresión de aburrimiento que no podemos por menos de notar junto a nuestro amigo, es decir, la de quedarnos en nuestra propia

superficie en vez proseguir nuestro viaje de descubrimientos por las profundidades de aquellos de nosotros cuya ley de desarrollo es puramente interna, esa impresión de aburrimiento la amistad nos convence para que la rectifiquemos cuando nos quedamos solos, para que recordemos emocionados lo que nos dijo nuestro amigo, para que consideremos esas palabras como una aportación valiosísima, siendo así que no somos como edificios a los que se les pueda añadir piedras desde fuera, sino como árboles que toman de la propia savia el siguiente nudo del tallo, el nivel superior de sus frondas. Me estaba mintiendo a mí mismo e interrumpía el crecimiento en la dirección en que, efectivamente, podía crecer de verdad y ser feliz, cuando me congratulaba porque me quisiera y me admirase alguien tan bueno, tan inteligente y tan solicitado como Saint-Loup, cuando adaptaba mi inteligencia no a mis propias impresiones, confusas, que habría sido deber mío desenredar, sino a las palabras de mi amigo en quien, cuando me las repetía —cuando forzaba a que me las repitiera esa otra persona que no somos, pero que vive en nosotros y en quien delegamos siempre tan satisfechos la carga de pensar—, me esforzaba por hallar una hermosura muy otra de aquella en pos de la que iba yo silenciosamente cuando estaba a solas, pero que había de conceder un mérito mayor a Robert, a mí y a mi vida. En esa vida que me proporcionaba un amigo así, me veía yo como confortablemente amparado de la soledad, noblemente deseoso de sacrificarme por él e incapaz de realizarme a mí mismo en resumidas cuentas. Junto a aquellas muchachas, en cambio, si bien el placer del que disfrutaba era egoísta, al menos no se basaba en esa mentira que intenta hacernos creer que no estamos irremediablemente solos y que, cuando conversamos con otro, nos impide reconocer en nuestro fuero interno que no somos ya nosotros quienes hablamos, que nos estamos amoldando en ese momento al parecido con los extraños y al de un yo que difiere de ellos. Las palabras que cruzaba con las muchachas de la pandilla eran poco interesantes, escasas, y por mi parte las interrumpían prolongados silencios. Ello no me impedía,

cuando me hablaban, disfrutar tanto como disfrutaba al mirarlas, al descubrir en la voz de todas y cada una un cuadro de vivos colores. Atendía a sus gorjeos con una sensación deliciosa. Amar ayuda a discernir, a diferenciar.

## Amor

Tanto al comenzar un amor cuanto al concluirlo no estamos apegados de forma exclusiva al objeto de ese amor, sino que, más bien, el deseo de amar del que va a derivarse (y, más adelante, el recuerdo que deja) vagabundea voluptuosamente por una zona de hechizos permutables [...] lo suficientemente armónicos entre sí para que no se sienta fuera de lugar junto a ninguno de ellos.

## Multiplicidad del Yo

El rostro humano es en verdad como el del dios de una teogonía oriental, un racimo entero de rostros yuxtapuestos en planos diferentes y que no vemos todos a la vez.

Pero en gran medida el asombro que sentimos procede sobre todo de que esa persona nos brinda además la misma cara.

* * *

Todos los seres quedan destruidos cuando dejamos de verlos; luego su aparición siguiente es una creación nueva, diferente de aquella inmediatamente anterior, por no decir de todas las anteriores. Pues la variedad mínima que puede imponerse en esas creaciones es de dos.

## Relaciones sociales

Pero como en todo hay pros y contras, si el gusto que les da a nuestros amigos contarnos algo ofensivo que han oído decir de nosotros, o, al menos, la indiferencia que sienten, demuestra que no se ponen en nuestro lugar cuando nos están hablando y nos clavan el alfiler y la navaja como si fuéramos de goma, el arte de ocultarnos siempre lo que puede resultarnos desagradable de lo que hayan oído comentar de nuestras acciones o de la opinión que se hayan formado ellos puede revelar en la otra categoría de amigos, en los amigos llenos de tacto, una elevada dosis de disimulo. No hay inconveniente en ello si, efectivamente, no pueden pensar nada malo y si lo malo que dicen de nosotros los hace padecer por lo menos tanto como nos haría padecer.

## Hábito

Modificamos incansablemente el entorno de nuestra vivienda; y, según el hábito nos va dispensando de sentir, eliminamos los elementos nocivos de colores, dimensiones y olores que objetivaban la incomodidad que notábamos.

## Amor

Quizá porque eran tan diversas las personas que veía yo en ella por entonces, adopté más adelante la costumbre de convertirme en un personaje diferente según en qué Albertine, de todas las posibles, estuviera pensando: un celoso, un indiferente, un voluptuoso, un melancólico, un indignado; Albertines vueltas a crear no solo al albur del recuerdo que nacía de nuevo, sino según la fuerza de la creencia aplicada para un mismo recuerdo y según la forma diferente en que lo valoraba.

# Imaginación y realidad

Incluso las virtudes y los defectos que, según nos enseña la historia, pertenecieron a la sazón exclusivamente a esas personas reales a más no poder, difieren en gran medida de los que habíamos atribuido a los seres fabulosos que llevaban ese mismo nombre. […] Pero no es del todo indiferente que, al menos, pasemos tiempo codeándonos con lo que creímos inaccesible y que deseamos.

# Volumen III

# Por donde los Guermantes

## Nombres

A la edad en que los Nombres, al ofrecernos esa imagen de lo incognoscible que vertimos en ellos, en el preciso instante en que también nos están nombrando un lugar real y nos obligan así a identificar ambas cosas hasta tal punto en que hay poblaciones en que tratamos de localizar un alma que es imposible que alberguen, pero a la que ya no podemos expulsar de este nombre, esos Nombres, pues, no se limitan a otorgarles a las ciudades y a los ríos una individualidad, tal y como hacen los cuadros alegóricos, no se limitan a jaspear el universo físico y a poblarlo de magia, sino también el universo social: y es así como todos los castillos, mansiones o palacios famosos cuentan con su propia dama o con su propia hada, de la misma forma que los bosques tienen sus genios y las aguas, sus divinidades. En ocasiones, oculta en lo más hondo de su nombre, el hada se transforma al albur de la vida de nuestra imaginación, que la nutre; así fue como los colores del entorno en el que la señora de Guermantes vivía en mí, tras no haber sido durante años más que el reflejo del cristal de una linterna mágica y de la vidriera de una iglesia, estaban empezando a desvaírse cuando otros

sueños muy distintos lo impregnaron de la espumeante humedad de los torrentes.

Pero el hada languidece si nos aproximamos a la persona real a quien corresponde ese nombre suyo, porque es a esa persona, que nada tiene que ver con el hada, a quien empieza a reflejar el nombre; el hada puede renacer si nos alejamos de la persona; pero, si nos quedamos junto ella, el hada muere definitivamente y con ella el nombre, como aquella familia de Lusignan, condenada a extinguirse el día en que despareciera el hada Melusina.

* * *

[…] si en el torbellino vertiginoso de la vida cotidiana, donde ya solo tienen un uso completamente práctico, los nombres han perdido todo color, como un trompo prismático que, al girar demasiado deprisa, parece gris; en cambio, cuando en plena ensoñación nos paramos a pensar y tratamos, para volver al pasado, de frenar, de detener el movimiento perpetuo que nos arrastra, poco a poco volvemos a ver cómo aparecen, yuxtapuestos pero completamente diferenciados, los tonos que a lo largo de nuestra existencia nos fue brindando sucesivamente un mismo nombre.

## Relaciones sociales

Françoise no había caído aún en la cuenta de que nuestros adversarios más crueles no son los que nos llevan la contraria e intentan convencernos, sino los que abultan o se inventan las noticias que pueden disgustarnos, guardándose mucho de prestarles una apariencia de justificación que pudiera atenuarnos la pesadumbre y hacer que quizá nos reconciliásemos algo con una situación que tienen empeño en que nos parezca, para que sea mayor el suplicio, atroz al tiempo que victoriosa.

## Apariencia y realidad

Al ser nuestra imaginación como un organillo estropeado que siempre toca una melodía distinta a la que debería, cuantas veces había oído hablar de la princesa de Guermantes-Bavière había empezado a cantar dentro de mí el recuerdo de ciertas obras del siglo XVI. Ahora que la estaba viendo ofrecer confites glaseados a un señor grueso con frac tenía que despojarla de aquel recuerdo.

## Reencuentro inesperado

[La Berma] acababa de entrar en escena. Y entonces ¡oh, prodigio! como esas lecciones que por la noche hemos estado intentando aprender en vano hasta el agotamiento, y que, después de haber dormido, nos encontramos con que nos las sabemos de carrerilla, y también como esos rostros de difuntos en pos de los cuales nuestra memoria se afana vehementemente sin encontrarlos y que, cuando dejamos de pensar en ellos, se nos aparecen ante los ojos como si estuvieran vivos, el talento de la Berma, que se me había hurtado cuando intentaba con tanta avidez captar su esencia, ahora, después de estos años de olvido, en esta etapa de indiferencia, se le imponía a mi admiración con la fuerza de lo evidente.

## Escisión del Yo

Sentimos en un mundo, pensamos y nombramos en otro, podemos hacer que ambos concuerden, pero no colmar el intervalo que los separa.

# Lenguaje

[…] en aquella época aún pensaba que las palabras eran la forma de contarles a los demás la verdad. Incluso las palabras que me decían depositaban con tanta eficacia su significado inalterable en mi mente sensible que me parecía del todo imposible que alguien que hubiera dicho que me quería no me quisiera […].

* * *

[…] para dar a conocer la verdad no es necesario decirla, y quizá podamos captarla con mayor certidumbre, sin necesidad de esperar a las palabras y sin siquiera tenerlas mínimamente en cuenta, en mil señales externas e incluso en determinados fenómenos invisibles, que son, en el mundo de los caracteres, lo mismo que los cambios atmosféricos en la naturaleza física. Quizá podría haberlo sospechado, pues yo mismo, a la sazón, solía decir a menudo cosas totalmente ajenas a la verdad, mientras la daba a conocer mediante tantísimas confidencias involuntarias de mi cuerpo y de mis actos […].

# Amor

Porque, en cuanto nos enamoramos, todas esas ventajas menudas y desconocidas con que contamos, nos gustaría dárselas a conocer a la mujer que amamos como hacen en la vida los desheredados y los importunos. Nos duele que no las sepa, procuramos consolarnos argumentando que, precisamente porque nunca se ven, quizá ella añada al concepto que se ha forjado de nosotros esa posibilidad de unas prendas ignotas.

## Mentira

[…] la mentira y la falsedad obedecían en mí, igual que en todo el mundo, de forma tan inmediata y contingente y para defenderme, a un interés particular que mi mente, clavada en un hermoso ideal, dejaba a mi carácter que se encargara en la sombra de aquellas faenas urgentes e insignificantes y no se volvía para atisbarlas.

## Apariencia y realidad

[…] el mundo físico no es el único que se diferencia del aspecto con el que lo vemos; es posible que cualquier realidad se asemeje igual de poco a la que creemos apreciar directamente y que los árboles, el sol y el cielo no fueran tales y como los vemos si los contemplaran unos seres cuyos ojos tuvieran una constitución distinta de la de los nuestros […].

## Creencias

[…] a una persona no la tenemos delante, como yo había creído, clara e inmutable, con sus cualidades, sus defectos, sus aspiraciones ni con las intenciones que alberga hacia nosotros (como si fuera un jardín que miramos, con todas sus platabandas, a través de una verja), sino que es una sombra en la que nunca podemos penetrar y que no ofrece posibilidad alguna de conocimiento directo, lo que nos da pie a elaborar múltiples creencias, recurriendo a palabras e incluso a acciones que, tanto unas como otras, no nos aportan sino informaciones insuficientes, amén de contradictorias, una sombra en la que podemos imaginar, y con la misma verosimilitud, que resplandecen alternativamente el odio y el amor.

## Sueño

Me acosté[22], pero la presencia del edredón, de los postes de la cama y de la chimenea pequeña, al colocarme el engranaje de la atención en la muesca de que no estaba en París, me impidió dejarme llevar por la rutina habitual de mi duermevela. Y como es ese estado particular de la atención el que arropa el sueño y actúa sobre él, lo modifica y lo coloca al nivel de tal o cual serie de nuestros recuerdos, las imágenes que poblaron mis sueños aquella primera noche fueron el préstamo de una memoria totalmente distinta de esa a la que mi sueño solía recurrir. Si mientras dormía hubiese tenido la tentación de dejarme trasladar a mi memoria de costumbre, la cama que extrañaba y la tenue atención que no me quedaba más remedio que prestar a mi postura cada vez que me daba la vuelta, bastaban para rectificar o conservar ese nuevo hilo que llevaba las riendas de los sueños. Ocurre lo mismo en el sueño que en la percepción del mundo exterior. Basta con que se modifique uno solo de nuestros hábitos para tornarlo poético, basta con que al desnudarnos nos quedemos dormidos sin querer encima de la cama para que las dimensiones del sueño cambien y su belleza resulte perceptible.

## Memoria

Los poetas sostienen que, por un instante, recuperamos lo que fuimos antaño al regresar a cierta casa o a cierto jardín donde pasamos la juventud. Son estos unos peregrinajes harto arriesgados que suman tantas decepciones como éxitos. Los lugares fijos, contemporáneos de años distintos, es mejor encontrarlos en nuestro fuero interno […]. No necesitamos viajar para volver a ver [el jardín donde fuimos niños], para encontrarlo hay que bajar. Lo que la tierra

ha cubierto ya no está encima de ella, sino debajo; para visitar la ciudad muerta no basta con una excursión, hay que organizar excavaciones. Pero comprobaremos hasta qué punto determinadas sensaciones fugaces y fortuitas nos devuelven mejor aún al pasado, con una precisión más sutil, un vuelo más ligero, más inmaterial, más vertiginoso, más infalible y más inmortal que esas dislocaciones orgánicas.

## Celos

Se ha dicho que el silencio es una fuerza; en un sentido muy distinto existe una fuerza terrible a disposición de aquellos a quienes alguien ama. Acrecienta la ansiedad de quien espera. No hay nada que nos incite tanto a acercarnos a una persona como aquello que nos separa de ella y ¿qué barrera hay más infranqueable que el silencio? Se ha dicho también que el silencio era un suplicio, capaz de desquiciar a aquellos a quienes se lo imponían en las cárceles. Pero ¡qué suplicio —mayor que guardar silencio— es que nos lo imponga la persona a quien amamos! […] De hecho, más cruel que el silencio de las cárceles, esta clase de silencio es ya en sí una cárcel. Un cercado inmaterial, desde luego, pero impenetrable, franja interpuesta de atmósfera vacía, pero que los rayos visuales del abandonado no pueden atravesar. ¿Acaso existe una iluminación más terrible que el silencio, que no nos muestra a una ausente, sino a mil, y a todas y cada una entregándose a cualquier otra traición?

## Amor

Nunca vemos a los seres queridos sino en el sistema dinámico; el movimiento perpetuo de nuestro incesante cariño antes de dejar que las imágenes que nos brinda su rostro lleguen hasta nosotros, las

arrastra en su torbellino, se las achaca a la idea que siempre hemos tenido de ellos, las obliga a adherirse a ella, a coincidir con ella.

## Memoria

Así de profundamente, al albur de los días, nos influye el ambiente en el organismo y saca de las reservas oscuras donde las habíamos olvidado esas melodías inscritas que no ha solfeado nuestra memoria.

## Relaciones sociales

[…] hay momentos en los que necesitamos salir fuera de nosotros y aceptar la hospitalidad del alma de los demás, a condición de que esta alma, por humilde y fea que nos parezca, sea un alma ajena […].

## Apariencia y realidad

Desde que ya no se me antojaba que los actores se limitaban a ser los depositarios, con la dicción y la interpretación, de una verdad artística, me habían empezado a interesar por sí mismos; me hacía gracia ver, como si tuviese ante mí a los personajes de una antigua novela cómica, y que por la novedad de la cara de un joven noble que acaba de entrar en la sala, la ingenua escuchaba distraídamente la declaración del galán de la obra mientras este le espetaba su parlamento amoroso sin por ello dejar de lanzarle una fogosa ojeada a una señora de edad sentada en un palco cercano, y cuyas magníficas perlas le habían llamado la atención […].

* * *

Esas individualidades efímeras y vívidas que son los personajes de una obra teatral no menos atractiva, a los que queremos, admiramos y compadecemos, con los que nos gustaría volver a encontrarnos una vez fuera del teatro, pero que ya se han disgregado en un actor cuyas circunstancias han dejado de ser las de la obra, en un texto que ya no muestra el rostro del actor, en un colorete que puede limpiarse con el pañuelo, que han vuelto a ser, en pocas palabras, elementos que nada conservan de ellas porque se ha consumado su disolución según terminaba el espectáculo, nos hacen dudar, como si de un ser amado se tratase, de la realidad del yo y meditar sobre el misterio de la muerte.

## Sadismo

[…] así como la compasión que nos inspira la desgracia puede no ser muy concreta, ya que con la imaginación recreamos todo un sufrimiento por el que a ese desdichado que brega con él ni se le ocurre compungirse, así la maldad es probable que no tenga en el alma del malvado esa crueldad pura y voluptuosa que tanto nos duele al imaginarla. El odio lo inspira, la ira le insufla una energía y una actividad que nada tienen de jubiloso; se necesitaría sadismo para sacarle placer a todo eso, mas el malvado está convencido de que hace sufrir a un malvado.

## Apariencia y realidad

Ya me había fijado en Balbec en que había una sinceridad ingenua en el rostro [de Saint-Loup], cuyo cutis transparente permitía ver cómo afluían de pronto determinadas emociones, pero la educación le había amaestrado admirablemente el cuerpo para disimular con decoro y, como un actor cumplido, podía, tanto en el

regimiento como en la vida en sociedad, interpretar uno tras otro papeles distintos. En uno de esos papeles me quería muchísimo, se portaba casi como si fuera mi hermano; ese hermano que había sido y que había vuelto a ser, aunque por un instante hubiera sido otro personaje que no me conocía […].

## Creación artística

[El talento] es el producto vivo de una constitución anímica determinada que generalmente carece de muchas cualidades y en la que predomina una sensibilidad […].

## Individualidad

Nos esforzamos continuamente en darle a nuestra vida la forma que le corresponde, pero, a pesar nuestro, copiamos como en un dibujo los rasgos de la persona que somos y no los de aquella que nos gustaría ser.

## Judíos

Ahora [Albert Boch] llevaba una perilla rematándole el mentón y un binóculo, una levita larga y un guante en la mano, como si fuera un rollo de papiro. Los rumanos, los egipcios y los turcos pueden aborrecer a los judíos. Pero en un salón francés las diferencias entre estos pueblos no resultan tan perceptibles, y si entrara un israelita como recién salido de las profundidades del desierto, encorvado como una hiena, con la nuca inclinada al bies y deshaciéndose en amplios «salams», satisfaría por completo el gusto por el orientalismo. Para que eso suceda, empero, el judío no debe pertenecer a la «buena sociedad», pues de lo contrario adoptará con

harta facilidad el aspecto de un lord y tendrá unos modales tan afrancesados, que en ese rostro una nariz rebelde que, como las capuchinas, crezca en direcciones imprevistas, recordaría antes a la de Mascarille que a la de Salomón. Pero Bloch, que no estaba entrenado en las prácticas del «Faubourg», ni lo había ennoblecido ningún cruce con Inglaterra o con España, seguía pareciéndole a cualquier aficionado al exotismo tan peculiar y de tan sustancioso aspecto, pese al traje europeo, como un judío de Decamps. Admirable fuerza de la raza que, desde la noche de los tiempos, pugna por salir adelante hasta el París moderno, […] tan parecida a la raza de los escribas asirios representados con traje de ceremonia en el friso de un monumento de Susa que defiende el palacio de Darío.

## Apariencia y realidad

[…] como siempre estamos decididos a ocultar lo que sentimos, nunca nos hemos parado a pensar cómo lo expresaríamos. Y, de repente, un bicho inmundo y desconocido habla por nuestra boca con un tono que, en ocasiones, puede llegar a asustar a quien recibe esa confidencia involuntaria, elíptica y casi irresistible, referida a ese defecto o vicio nuestro, tanto como si fuera la repentina confesión, proferida de forma indirecta y rara, de un criminal que no pudiera por menos de reconocer un crimen que ignorábamos que hubiese cometido. Sabía yo muy bien, desde luego, que el idealismo, aun cuando sea subjetivo, no impide a los grandes filósofos seguir siendo golosos o seguir presentándose tenazmente a la Academia.

## Relaciones sociales

Además, el ingenio a lo Mérimée y a lo Meilhac y a lo Halévy, que era el [de la duquesa de Guermantes], la abocaba, por contraste con

el sentimentalismo verbal de una época anterior, a un tipo de conversación que rechaza cuanto tenga que ver con frases transcendentales y con la expresión de sentimientos elevados, y por ello tenía el prurito de elegancia, cuando estaba con un poeta o con un músico, de no hablar más que de los platos que estaban comiendo o de la partida de naipes que iban a jugar. Había en esa abstención, para un observador poco iniciado, un toque turbador que rayaba en el misterio [...]. En tanto, el poeta seguía comiendo sin que ni el duque ni la duquesa pareciesen acordarse de que era poeta. Y no tardaba en concluir el almuerzo y todo el mundo se despedía sin haber mencionado la poesía, que, por lo demás, a todos les gustaba, pero de la que, por una reserva análoga a esa de la que de Swann me había dado ya un anticipo, nadie hablaba. Aquella reserva era sencillamente de buen tono. Pero el observador, a poco que pensara en ello, le encontraba algo sumamente melancólico, y las comidas en el entorno de los Guermantes recordaban entonces a esas horas que los enamorados tímidos suelen pasar hablando de trivialidades hasta el momento de despedirse, sin que jamás, por timidez, pudor o torpeza, ese gran secreto cuya confesión los haría tan felices, logre pasarles del corazón a los labios.

## Nombres

Pero para que no me decepcionasen las palabras que le oiría pronunciar a una persona llamada señora de Guermantes, incluso aunque no la hubiese querido, no habría bastado con que dichas palabras fueran refinadas, hermosas y profundas, tendrían que haber reflejado ese color amaranto del final de su apellido, ese color que desde el primer día me sorprendió no encontrar en su persona y al que había obligado a buscar refugio en su pensamiento.

# Imaginación

Por lo demás, todo el mundo afirmaba que [la duquesa de Guermantes] era una mujer muy inteligente y una conversadora ingeniosísima que vivía en un reducido círculo de los más interesantes: palabras estas que se hacían cómplices de mi sueño. Porque cuando hablaban de un círculo inteligente y de una conversación ingeniosísima, yo no me imaginaba de ninguna manera una inteligencia tal y como la que conocía, aunque fuera la de las mejores mentes; los miembros que yo incluía en aquel círculo no eran de ninguna manera personas como Bergotte. No, por inteligencia entendía una facultad inefable, dorada e impregnada de un frescor silvestre.

# Caso Dreyfus

Sir Rufus Israel, que a Bloch y a su padre se les antojaba un personaje casi regio ante el que Saint-Loup debería echarse a temblar, era, en cambio, en el entorno de los Guermantes, un advenedizo extranjero al que toleraba la alta sociedad, y de cuya amistad a nadie se le ocurriría jactarse, ¡antes bien!

# Imaginación

El hombre, que alterna constantemente el plano de la experiencia y el de la imaginación, querría profundizar en la vida ideal de las personas que conoce y conocer a las personas cuya vida ha tenido que imaginarse.

## Caso Dreyfus

Duque de Guermantes: […] «personalmente, usted sabe que no tengo ningún prejuicio de razas, considero que no es propio de nuestra época y yo aspiro a ser un hombre de mi tiempo, pero ¡bueno, qué demonios! cuando uno se llama marqués de Saint-Loup no puede estar a favor de Dreyfus, ¡qué quiere que le diga!»

## Relaciones sociales

A todos y cada uno se nos antoja que es mejor lo que vemos de lejos, lo que les vemos a los demás. Pues las leyes generales que rigen la perspectiva en la imaginación se aplican tanto a los duques cuanto a los demás hombres. Y no solo las leyes de la imaginación, sino también las del lenguaje.

* * *

Ser una gran dama es jugar a interpretar a una gran dama, es decir, por una parte, interpretar a una persona sencilla. Se trata de una interpretación que sale muy cara, tanto más cuanto que la sencillez solo entusiasma a condición de que los demás sepan que podríamos no ser sencillos, es decir, que somos muy ricos.

## Caso Dreyfus

La señora Swann, viendo las proporciones que estaba tomando el caso Dreyfus y temiendo que los orígenes de su marido acabasen por perjudicarla, le suplicó a este que no volviese a mencionar nunca la inocencia del condenado. Cuando él no estaba delante, iba más allá y hacía gala del patriotismo más ardoroso; se limitaba, por lo

demás, a seguir el ejemplo de la señora Verdurin, en quien se había despertado un antisemitismo burgués y latente y había llegado a un punto de auténtica exasperación. A la señora Swann aquella actitud le había abierto las puertas de unas cuantas ligas femeninas de la buena sociedad antisemita que estaban empezando a formarse, y le había servido para entablar relación con varios miembros de la aristocracia.

## Relaciones sociales

[…] en la opinión que tenemos unos de otros y en los vínculos amistosos y familiares no hay nada fijo a no ser en apariencia, pero además son eternamente cambiantes, como el mar. De ahí que haya tantos rumores de divorcio entre cónyuges que parecían unidos y, al poco tiempo, hablen cariñosamente el uno del otro; que un amigo le achaque todo tipo de infamias a otro del que creíamos que era inseparable y, antes de que nos hayamos recuperado de la sorpresa, ya se estén reconciliando; que en tan poco tiempo se hayan invertido tantas alianzas entre los pueblos.

* * *

Todas nuestras acciones, nuestras palabras y nuestras actitudes las separa de «la sociedad», de esas personas que no las han conocido directamente, un ambiente cuya permeabilidad varía hasta el infinito y que seguimos desconociendo; sabiendo por experiencia que alguna declaración importante, cuya difusión anhelábamos fervientemente […], a menudo ha acabado en el acto guardada bajo siete llaves por culpa de ese mismo anhelo, con cuánto mayor motivo, no podíamos ni siquiera figurarnos que alguna palabra insignificante, que teníamos totalmente olvidada, o que incluso jamás llegamos a formular, y que ha ido formando por el camino la refracción imperfecta de una palabra distinta, la hayan transportado, sin detenerse jamás, hasta distancias infinitas […] para acabar

amenizando a nuestra costa el festín de los dioses. Aquello que recordamos de nuestra conducta, nuestro vecino más cercano lo desconoce; lo que no recordamos haber dicho, o que ni siquiera hemos dicho, moverá a hilaridad incluso en otro planeta, y la imagen que los demás tienen de nuestros hechos y dichos se parece tanto a la que tenemos nosotros como a un dibujo un mal calco.

## Apariencia y realidad

Más adelante había de percatarme de esa distancia que separa la imagen que de nosotros hemos trazado de la que han trazado los demás cuando afectaba a otros, que vivían tan tranquilos entre una colección de fotografías que se habían hecho a sí mismos, mientras que a su alrededor hacían muecas unas imágenes espantosas, que no solían ver, pero que los sumían en hondo estupor si por casualidad se las enseñaban diciendo: «Es usted».

## Amor

[…] pues existe una ley deliciosa de la naturaleza que se manifiesta en el seno de las sociedades más complejas y establece que hemos de vivir en la más perfecta ignorancia en lo que se refiere a las personas a las que amamos.

## Soledad

En la enfermedad es donde nos damos cuenta de que no vivimos solos, sino encadenados a un ser de un reino distinto, del que nos separan abismos, que no nos conoce y con el que no logramos comunicarnos: nuestro cuerpo. Si nos topamos con un bandido en un camino, quizá consigamos hacerlo pensar en su interés personal,

ya que no en nuestra desventura. Pero pedirle compasión a nuestro cuerpo es como argumentarle a un pulpo, para el que nuestras palabras no tienen más sentido que el sonido del agua y junto al que nos horrorizaría que nos condenasen a vivir.

## Enfermedad

Porque siendo la medicina un compendio de los errores sucesivos y contradictorios de los médicos, si recurrimos a los mejores tenemos muchas posibilidades de implorar una verdad que unos años más adelante se considerará errónea. Por lo tanto, creer en la medicina sería la mayor de las locuras si no fuera porque no creer en ella lo sería más aún, ya que de ese cúmulo de errores se han desprendido, a la larga, algunas verdades.

## Muerte

Aunque digamos que la hora de la muerte es incierta, cuando lo decimos esa hora se nos antoja situada en un espacio difuso y remoto, no pensamos que tenga ningún tipo de relación con este día que ya ha comenzado ni que pueda significar que la muerte —o su primera toma de posesión parcial de nuestra persona, tras la cual ya no volverá a soltarnos— vaya a ocurrir esta misma tarde tan poco incierta, esta tarde cuyo horario completo ya tenemos zanjado de antemano. Nos importa mucho salir de paseo para tener al cabo del mes el cupo completo de aire fresco, hemos titubeado al elegir el abrigo que nos vamos a llevar y el cochero al que vamos a llamar; ya estamos en el coche de punto, con todo el día por delante, un día corto porque queremos volver a tiempo para recibir a una amiga; nos gustaría que al día siguiente hiciese así de bueno; y no sospechamos que la muerte, que nos andaba por dentro en otro plano, entre una oscuridad impenetrable, había elegido precisamente

este día para entrar en escena, dentro de unos minutos, más o menos cuando el coche esté llegando a Les Champs-Élysées.

* * *

[…] cuando los abismos de la enfermedad y de la muerte se abren en nosotros y no tenemos ya nada con que defendernos del tumulto con el que el mundo y nuestro propio cuerpo se nos echan encima, en tal caso incluso el mero hecho de soportar la tensión de los músculos o el escalofrío que nos arrasa los tuétanos, entonces, incluso quedarnos inmóviles en lo que se nos suele antojar la simple posición negativa de algo, si queremos que la cabeza siga erguida y la mirada tranquila, exige una energía vital y se convierte en el objeto de una lucha agotadora.

* * *

Se me ocurrió, andando el tiempo, que a mi abuela aquel ataque no debió de pillarla totalmente por sorpresa, que incluso podría haberlo previsto tiempo atrás y haber vivido esperándolo. Desde luego no sabía cuándo iba a llegar el momento fatal, tendría dudas, como esos amantes que, ante una incertidumbre similar, fundamentan, por turnos, esperanzas irracionales y sospechas injustificadas en la fidelidad de su querida. Pero rara vez acontece que estas graves enfermedades, como la que acababa de golpearla, al fin, en plena cara, no se alojen durante largo tiempo en el enfermo antes de matarlo y que, durante ese periodo, no se den a conocer casi enseguida, como hacen los vecinos o los inquilinos sociables. Se trata de una relación terrible, no tanto por los sufrimientos que causa cuanto por la extraña novedad de las restricciones definitivas que le impone a la vida. En un caso así, nos sentimos morir, no en el preciso instante de la muerte, sino con meses, a veces con años, de antelación, desde que la enfermedad toma la odiosa resolución de vivir con nosotros. La enferma sabe del extraño al que oye ir y venir por su cabeza. Cierto es que no lo ha

visto nunca, pero deduce, de esos ruidos que le oye hacer regularmente, cuáles son sus costumbres. ¿Será un malhechor? Una mañana, deja de oírlo. Se ha ido. ¡Ay, ojalá sea para siempre! Al atardecer, está de vuelta. ¿Qué intenciones tendrá? El médico al que consulta y a quien se lo pregunta contesta, como una amante adorada, con juramentos que un día se creen y al otro se cuestionan. Pensándolo bien, más que el papel de querida, el médico desempeña el de los criados a los que se interroga. Son meros intermediarios. A esa querida a quien presionamos, de quien sospechamos una traición inminente, es la vida misma, y aunque ahora nos parezca diferente seguimos creyendo en ella y, en cualquier caso, le concedemos el beneficio de la duda hasta el día en que al fin nos abandona.

## Soledad

El profesor seguía vociferando[23] mientras yo miraba, en el rellano, a mi abuela, que estaba perdida. Todas las personas están muy solas. Nos fuimos a casa.

El sol iba bajando; incendiaba una pared interminable junto a la que debía pasar el coche de punto en que íbamos antes de llegar a la calle donde vivíamos, y en esa pared proyectaba el ocaso la sombra del caballo y del carruaje, recortada en negro sobre el fondo rojizo, como un coche fúnebre en una pieza de alfarería de Pompeya.

## Crueldad

Mientras tanto, había una persona que no apartaba los [ojos] de lo que podía intuirse en los cambios de los rasgos de mi abuela, esos que su hija no se atrevía a ver, una persona que clavaba en ellos una mirada perpleja, indiscreta y de mal agüero: era Françoise. Aunque

era innegable que quería sinceramente a mi abuela [...], tenía cierta tendencia a ponerse siempre en lo peor, le habían quedado de la infancia dos peculiaridades que podrían parecer excluyentes, pero que combinadas se refuerzan mutuamente: la falta de educación del pueblo llano que no trata de disimular la impresión, cuando no el miedo doloroso, que le causa ver un cambio físico que por delicadeza sería mejor fingir que no se ha notado, y la rudeza insensible de la campesina que les arranca las alas a las libélulas antes de que le llegue la ocasión de retorcerles el cuello a los pollos y carece del pudor necesario para disimular el interés que le despierta ver el sufrimiento de la carne.

## Literatura

Puede suceder, desde luego, que un escritor no se haga famoso hasta después de muerto. Pero era todavía en vida y encaminándose despacio hacia la muerte aún no alcanzada cuando estaba presenciando cómo se encaminaban sus obras hacia la Fama. Un autor muerto es, por menos, ilustre sin cansarse. El resplandor de su nombre se detiene en la lápida que lo cubre. En la sordera del sueño eterno, la Gloria no lo importuna.

* * *

Rara vez consigue una obra triunfar y que la entiendan por completo sin que la de otro escritor, aún oscura, haya empezado ya, en algunas inteligencias más exigentes, a sustituir con un nuevo culto a ese que casi está acabando de imponerse.

## Arte

Hubo una época en que las cosas se reconocían perfectamente cuando las pintaba Fromentin y dejaban de reconocerse cuando lo

hacía Renoir.

Las personas de buen gusto nos dicen hoy que Renoir es un gran pintor del siglo XIX. Pero al decirlo se olvidan del Tiempo y de todo el que hizo falta, aun en pleno siglo XIX, para que a Renoir se lo proclamara gran artista. Para conseguir tal reconocimiento, el pintor original y el artista original proceden como lo hacen los oculistas. El tratamiento con su pintura o con su prosa no siempre es agradable. Cuando termina, el especialista nos dice: «Mire ahora». Y hete aquí que el mundo (que no solo se creó una vez, sino que se crea siempre que aparece un artista original) se nos revela totalmente distinto al antiguo, pero perfectamente nítido. Por la calle pasan mujeres distintas a las de antes porque son de Renoir, de esa obra de Renoir en la que antaño nos negábamos a ver mujer alguna. Los coches también son de Renoir, y el agua, y el cielo [...]. Durará hasta la próxima catástrofe geológica que desencadenen un nuevo pintor o un nuevo escritor originales.

* * *

Y llegaba yo a preguntarme si habría algo cierto en la distinción que establecemos siempre entre el arte, que no ha avanzado desde tiempos de Homero, y la ciencia, que progresa continuamente. A lo mejor el arte, al contrario, se parecía en eso a la ciencia: en todo nuevo escritor original veía yo un progreso respecto al anterior [...].

## Individualidad

Los sandios creen que las grandes dimensiones de los fenómenos sociales son una excelente ocasión para avanzar en el conocimiento del alma humana; deberían entender que, por el contrario, profundizar en el conocimiento de una individualidad es lo que proporciona la oportunidad de entender esos fenómenos.

# Sueño

La gran modificación que nos produce el despertar no es tanto el introducirnos en la claridad de la vida consciente cuanto el hacernos perder el recuerdo de la luz algo más tamizada en que reposaba nuestra conciencia, como en el fondo opalino de las aguas. Los pensamientos aún medio velados en los que bogábamos hasta hace un momento nos imprimían un movimiento al que nada le falta para que podamos darle el nombre de vigilia. Pero los despertares se topan entonces con una interferencia de memoria. Poco después los llamamos sueño porque ya no los recordamos. Y cuando luce esa estrella brillante que, en el instante del despertar, ilumina detrás del durmiente su sueño entero, le hace creer por unos segundos que no se trataba de sueño sino de vigilia; estrella fugaz, en realidad, que se lleva con su luz la existencia engañosa, pero también los aspectos del sueño, y que solo permite al que se despierta decirse: «He dormido».

# Muerte

Como en aquella época lejana en que sus padres le eligieron un marido, la pureza y la sumisión dibujaban con trazos delicados los rasgos [a mi abuela], las mejillas brillaban de casta esperanza, de un sueño de felicidad e, incluso, de una inocente alegría, que los años habían ido destruyendo poco a poco. La vida, al retirarse, acababa de llevarse consigo las desilusiones de la vida. Parecía habérsele posado en los labios una sonrisa […]. En aquel lecho fúnebre, la muerte, cual escultor de la Edad Media, la había tendido con la apariencia de una muchacha.

## Metamorfosis

Ahora bien, un cambio de tiempo basta para volver a crear el mundo y también a nosotros. Tiempo atrás, cuando el viento se colaba por la chimenea, oía los golpes que daba contra la trampilla con la misma emoción que si, al igual que los famosos acordes de cuerda que abren la sinfonía en do menor, hubiesen sido la llamada irresistible de un destino misterioso. Cualquier cambio de la naturaleza que presenciamos sin telón nos brinda una transformación similar, adaptando a la nueva disposición de las cosas nuestros deseos armonizados. Nada más despertarme, la bruma había convertido ese ser centrífugo que somos todos cuando hace bueno en un hombre ensimismado, que apetecía la chimenea y la cama compartida, un Adán friolero en pos de una Eva sedentaria en aquel mundo diferente.

## Amor

Las mujeres ligeras que han desempeñado un papel en nuestra vida no suelen salir de ella de repente de forma definitiva.

## Literatura

Los escritores consiguen a menudo un poder de concentración, que no habrían precisado en un régimen de libertad política o de anarquía literaria, cuando los tiene atados la tiranía de un monarca o de una poética, los rigores de las reglas prosódicas o de una religión de Estado […].

# Amor

¡Qué diferencia entre poseer a una mujer a cuyo cuerpo pegamos el nuestro porque no es sino un trozo de carne y poseer a la muchacha a quien veíamos en la playa con sus amigas algunos días, sin saber siquiera por qué esos días y no otros, temblando, pues, ante la posibilidad de no volver a verla! La vida nos había ido revelando amablemente la novela de esa niña, nos había brindado para verla un instrumento óptico, y luego otro, y añadido al deseo carnal el acompañamiento, que lo acrecienta y lo diversifica, de esos deseos más espirituales y menos alcanzables que no acaban de desentumecerse y lo dejan avanzar en solitario cuando el primero solo aspira a adueñarse de un trozo de carne, pero que, para hacerse con toda una comarca de recuerdos de la que se sentían nostálgicamente desterrados, se encrespan a su lado como una tormenta, lo incrementan, no pueden seguirlo hasta la consumación, hasta la asimilación, que resulta imposible en la forma deseada, de una realidad inmaterial, pero que lo esperan a medio camino, y llegado el momento del recuerdo y del regreso, vuelven a escoltarlo; besar, en vez de las mejillas de la primera que se presente, que, por muy lozanas que sean, no dejan de ser anónimas, sin secretos ni encanto prestigioso, esas con las que tanto tiempo había soñado, equivaldría a descubrir el sabor y el paladar de un color que tantas veces me había quedado mirando.

* * *

Por eso, las mujeres que se hacen las difíciles al principio, esas a las que no poseemos de inmediato, a las que ni siquiera sabemos de inmediato si podremos poseerlas alguna vez, son las únicas interesantes. Porque conocerlas, acortar distancias, conquistarlas, equivale a cambiar la forma, el tamaño y el relieve de la imagen humana, es una lección de relativismo aplicada a la apreciación, y

nos gusta ver de nuevo su belleza cuando vuelve a ser una silueta plana en el decorado de la vida. Las mujeres que conocemos de entrada en el burdel no interesan porque serán siempre invariables.

* * *

[…] del mismo modo que, en Balbec, Albertine me había parecido a menudo distinta, ahora —como si, al acelerar prodigiosamente la rapidez de los cambios de perspectiva y de los cambios de coloración que brinda una persona siempre que nos encontramos con ella, hubiese yo querido incluir todos esos encuentros en un lapso de pocos segundos para reproducir experimentalmente el fenómeno que diversifica la individualidad de una persona e ir sacando unas de otras, como de un estuche, todas las posibilidades que contiene— en aquel breve trayecto de mis labios hacia su mejilla, lo que vi fueron diez Albertines […].

## Imaginación

Por más que supiera que el salón de los Guermantes no podía contar con las peculiaridades que yo había sacado del apellido aquel por el hecho de que me hubiera estado vedado, obligándome así a atribuirle el mismo tipo de existencia que a los salones cuya descripción hemos leído en una novela o cuya imagen hemos visto en sueños, aun estando convencido de que era como todos los demás, me lo imaginaba totalmente distinto; entre yo y él se alazaba esa barrera en la que termina la realidad.

## Relaciones sociales

Las personas de la buena sociedad están tan acostumbradas a que todo el mundo busque su compañía que si alguien las rehúye se les antoja un ave fénix y acapara su atención.

* * *

Suponemos que las personas a las que apenas conocemos —como yo a la duquesa— solo se acuerdan de nosotros en los breves momentos en que nos están viendo. Ahora bien, ese olvido ideal en que creemos que nos tienen es absolutamente arbitrario. De forma tal que, mientras en el silencio de la soledad, semejante al de una hermosa noche, nos imaginamos a las diversas reinas de la alta sociedad siguiendo con su recorrido por el cielo a una distancia infinita, no podemos evitar un sobresalto de desagrado o de placer si desde allá arriba nos cae, como un aerolito que llevara grabado nuestro nombre cuya existencia pensábamos que ignoraban en Venus o en Casiopea, una invitación a cenar o un chisme malintencionado.

## Tiempo

[…] cuanto menor es el tiempo que nos separa de nuestros propósitos, más largo se nos hace, porque le aplicamos medidas más breves o, sencillamente, porque no se nos ocurre medirlo. La duración del papado, según dicen, se cuenta en siglos, e incluso es posible que a nadie se le ocurra contarla, porque su meta está en el infinito.

## Deseo

[…] aunque es cierto que, en general, la dificultad de alcanzar el objeto de un deseo lo acrecienta (dificultad, que no imposibilidad, pues esta lo suprime), sin embargo, si el deseo es puramente físico, la certeza de que se cumplirá en un momento próximo y concreto no resulta menos exaltante que la incertidumbre; casi tanto como la duda ansiosa, la ausencia de duda hace que la espera del placer infalible nos resulte intolerable porque convierte esa espera en una

consumación incontable, y con tanta frecuencia nos lo representamos por anticipado que el tiempo se divide en franjas tan menudas como en la angustia.

## Placer

[…] el placer no es sino la realización de una apetencia previa y que no siempre es la misma, que cambia al albur de las mil combinaciones de la ensoñación, de los azares del recuerdo, del estado de ánimo, del orden de disponibilidad de los deseos, de los cuales, los últimos en cumplirse descansan hasta que se nos haya olvidado un poco la decepción de haberlos satisfecho […].

## Amistad

He dicho (y precisamente fue Robert de Saint-Loup, en Balbec, quien me ayudó, muy a su pesar, a tomar conciencia de ello) lo que pienso de la amistad: a saber, que es tan poca cosa que me cuesta entender que hombres de algún talento, y por ejemplo un Nietzsche, hayan sido tan ingenuos como para atribuirle cierto valor intelectual y, consecuentemente, privarse de amistades que no llevasen aparejada la afinidad intelectual. Sí, siempre me ha extrañado que un hombre lo bastante sincero consigo mismo para desvincularse, por escrúpulos de conciencia, de la música de Wagner, haya podido creer que la verdad pudiera tener cabida en ese modo de expresión, confuso por naturaleza e inadecuado, en que suelen consistir los comportamientos y, en particular, las amistades, ni que pueda tener sentido alguno el hecho de dejar el propio trabajo para ir a ver a un amigo y lamentar con él la noticia del falso incendio del Louvre. En Balbec, incluso el placer de jugar con las muchachas llegó a parecerme menos funesto para la vida espiritual, a la que al menos le resulta ajeno, que la amistad, cuyo esfuerzo consiste

íntegramente en obligarnos a sacrificarle nuestra única parte auténtica e intransferible (por cualquier otro medio que no sea el arte) a un yo superficial que, a diferencia del otro yo, no encuentra alegría en sí mismo, sino que experimenta una confusa emoción al sentir que lo sostienen unos puntales externos, que está hospitalizado en una individualidad ajena o que, feliz con la protección que recibe, expande ese bienestar suyo convirtiéndolo en aprobación y se maravilla de virtudes que, en su propia persona, le parecerían defectos que procuraría corregir. Por lo demás, los detractores de la amistad pueden ser, sin ilusiones y no sin remordimientos, los mejores amigos sobre la faz de la Tierra, del mismo modo que un artista que lleva dentro de sí una obra maestra y nota que su deber es vivir para trabajar aun así, para no parecer egoísta o arriesgarse a serlo, da la vida por una causa inútil, y la da con tanto mayor mérito cuanto los motivos por los que hubiese preferido no darla eran motivos desinteresados. Pero fuere cual fuere mi opinión sobre la amistad, incluso por no mencionar sino el placer que me proporcionaba, de tan baja calidad que semejaba algo intermedio entre el cansancio y el hastío, no existe brebaje tan funesto que en determinados momentos no pueda resultar valioso y reconfortante al proporcionarnos ese acicate que necesitábamos, esa calidez que no podemos hallar en nosotros.

* * *

Pero Robert, que ya había terminado de darle indicaciones al cochero, entró en el carruaje conmigo. Aquellas ideas que se me habían ocurrido se desvanecieron. Se trata de diosas que, de vez en cuando, se dignan tornarse visibles para algún mortal solitario, en la revuelta de un camino o incluso en la habitación donde duerme, mientras ellas, de pie en el vano de la puerta, le traen su anunciación. Pero en cuanto se juntan dos personas, desaparecen; los hombres, cuando se reúnen, no las vislumbran nunca. Y me vi arrojado de nuevo a la amistad.

## Juventud

Una vez superada la juventud, raro es que nos quedemos confinados en la insolencia.

## Arte

Un artista no necesita expresar directamente en su obra lo que piensa para que esta refleje la calidad de esa forma de pensar; ha llegado incluso a decirse que la mayor alabanza a Dios es la negación del ateo, a quien la creación le parece lo bastante perfecta como para prescindir de un creador.

## Pasado

Las personas de tiempos pasados se nos antojan infinitamente lejanas. No nos atrevemos a atribuirles ninguna intención profunda más allá de lo que digan ellas formalmente; nos resulta sorprendente encontrarnos con un sentimiento más o menos parecido a los nuestros en algún héroe de Homero, o con un hábil engaño estratégico de Aníbal durante la batalla de Cannas, en la que dejó que le arrollaran el flanco para rodear al adversario por sorpresa; diríase que tanto ese poeta épico como ese general nos parecen tan remotos como un animal de los que se ven en el jardín zoológico.

* * *

Ese distanciamiento imaginario del pasado es quizá una de las razones que permiten comprender que incluso grandes escritores hayan visto una belleza genial en las obras de mistificadores

mediocres como Ossian. Tan sorprendente nos resulta que unos bardos de tiempos remotos puedan tener ideas modernas, que si en lo que parece ser un antiguo cantar gaélico nos topamos con una de esas ideas, nos quedamos maravillados, siendo así que en boca de un contemporáneo apenas si nos habría parecido ingeniosa.

* * *

El pasado no solo no es fugaz, sino que no se mueve del sitio.

## Arte

De aquellos cuadros [de Elstir], algunos de los que les parecían más ridículos a la buena sociedad, a mí me interesaban más que los otros porque reproducían esas ilusiones ópticas que nos demuestran que no podríamos identificar los objetos sin recurrir al razonamiento. Cuántas veces, yendo en coche, descubrimos una calle larga y luminosa, que empieza a pocos metros de donde estamos, cuando en realidad no tenemos delante sino un lienzo de pared muy iluminado que crea un espejismo de profundidad. Siendo así, ¿no es lógico acaso, no como consecuencia de un artificioso simbolismo sino de un retorno sincero a la propia raíz de la impresión, representar una cosa mediante esa otra que en la fugacidad de una ilusión inicial hemos tomado por aquella? Las superficies y los volúmenes son en realidad independientes de los nombres de objetos que nuestra memoria les impone cuando los hemos reconocido.

* * *

Las personas que aborrecían aquellos «adefesios» se extrañaban de que Elstir admirase a Chardin, a Perroneau y a tantos pintores que a ellas, gente de mundo, les gustaban. No se daban cuenta de que Elstir, por su cuenta, había vuelto a llevar a cabo (con el indicio

específico de su gusto por determinadas investigaciones) el mismo esfuerzo que un Chardin o un Perroneau y que, consecuentemente, cuando dejaba de trabajar para sí, admiraba en ellos intentos de igual categoría, algo así como fragmentos anticipados de sus propias obras. Pero la gente de mundo no le añadía *in mente* a la obra de Elstir esa perspectiva del Tiempo que le permitía disfrutar o, cuando menos, mirar sin incomodidad, los cuadros de Chardin. Sin embargo, los de mayor edad podrían haberse parado a pensar que a lo largo de su vida habían ido viendo, a medida que los años los iban alejando de esos cuadros, cómo el abismo infranqueable entre lo que a ellos les parecía una obra maestra de Ingres y lo que pensaban que nunca dejaría de ser un adefesio (por ejemplo, la *Olimpia* de Manet) iba mermando hasta que ambas obras acababan por parecer gemelas. Pero no hemos aprendido lección alguna porque no sabemos descender hasta el plano general y siempre creemos estar en presencia de una vivencia sin precedentes en el pasado.

## Apariencia y realidad

A continuación, le pedí al duque que me presentara al príncipe de Agrigente. «¡Cómo! ¿No conoce usted a nuestro estupendo Gri-gri?» exclamó el señor de Guermantes, y le dijo mi nombre al señor de Agrigente. El de este, que Françoise mencionaba tan a menudo, siempre me lo había imaginado como un vidrio transparente bajo el que veía, recibiendo a orillas del mar violeta los rayos oblicuos de un sol de oro, los cubos sonrosados de una ciudad antigua, cuyo soberano de hecho, no me cabía duda, tenía que ser el propio príncipe —de paso por París gracias a un fugaz milagro—, con aquella luminosidad siciliana suya y aquella esplendorosa pátina. Pero ¡ay! el gaznápiro vulgar que me presentaron y que se dio media vuelta para saludarme con una torpe desenvoltura que debía de parecerle elegante, tenía tan poco que ver con su nombre como con

alguna obra de arte que poseyera sin que se le hubiera pegado ningún reflejo de ella, o que tal vez ni siquiera hubiese mirado nunca.

## Nombres

[…] los Guermantes se diferenciaban bastante del resto de la sociedad aristocrática, eran más exquisitos y más singulares. De entrada, me habían dado la impresión contraria, me parecieron vulgares, idénticos a todos los hombres y a todas las mujeres, porque lo primero que había visto de ellos, al igual que en Balbec, en Florencia y en Parma, había sido un nombre.

## Relaciones sociales

Pero aunque el lujo […] no nace de la riqueza sino de la prodigalidad, no deja de ser cierto que esta dura más si se asienta en último término en aquella, que es la que le permite brillar en todo su esplendor.

* * *

[…] da la impresión de que en una sociedad igualitaria debería desaparecer la cortesía; no, como pudiera creerse, por fallos de la educación, sino porque para los unos desaparecería la deferencia que se le debe al prestigio, cuya eficacia depende de su carácter imaginario; y, sobre todo, para los otros, desaparecería esa amabilidad que prodigamos y pulimos cuando notamos que quien la recibe le concede un valor infinito que, en un mundo basado en la igualdad, se desplomaría de pronto como todo cuanto no tuviera sino un valor fiduciario. […] Y por último, ¿una sociedad no se iría jerarquizando secretamente a medida que se volviera de hecho más democrática? Es harto probable. El poder político de los papas se ha

incrementado mucho desde que ya no tienen ni Estados ni ejércitos; las catedrales le parecían de mucha menor importancia a un devoto del siglo XVII que a un ateo del siglo XX, y si la princesa de Parma hubiese sido soberana de un Estado, sin duda habría tenido yo la misma intención de hablar de ella que de un presidente de la república, es decir, ninguna.

## Arte

Pero las condiciones que requiere la imitación no se limitan a una irreductible ausencia de originalidad, sino que también requiere un oído relativamente fino que permita discernir primero lo que se va a imitar después.

## Amor

En amor, a menudo la gratitud y el deseo de agradar a la otra parte nos mueven a dar más de lo que prometían las expectativas y el interés.

## Lenguaje

[…] por el acento, por la elección de las palabras, se intuía que el trasfondo de la conversación de la duquesa procedía directamente de Guermantes. En eso, la duquesa se diferenciaba muchísimo de su sobrino Saint-Loup, al que tenían invadido tantas ideas y expresiones nuevas; cuando anda uno alterado con las ideas de Kant y la nostalgia de Baudelaire resulta difícil escribir en el francés exquisito de Enrique IV, así que esa misma pureza del lenguaje de la duquesa era señal de limitación y de que en ella tanto la inteligencia cuanto la sensibilidad habían permanecido cerradas a todas las novedades.

También en ese ámbito me agradaba el talento de la señora de Guermantes por lo que excluía (y que formaba parte precisamente de la composición de mi propia forma de pensar) […]. Ese talento, cuya formación era tan anterior a la mía, equivalía para mí a lo que me aportaban los andares de las muchachas de la pandilla de orillas del mar.

## Imaginación

[La duquesa] era sencillamente incapaz de entender qué había buscado yo en ella —el encanto del apellido Guermantes— y qué ínfima parte había encontrado, un resto provinciano de Guermantes. ¿Se basaban nuestras relaciones en un malentendido que no podría dejar de salir a la luz en cuanto yo homenajease no a la mujer relativamente superior que ella creía ser, sino a cualquier otra mujer no menos mediocre y que desprendiera el mismo encanto involuntario? Un malentendido tan natural y que se dará siempre entre un muchacho soñador y una mujer de mundo, pero que lo perturbará mucho hasta que no se percate del alcance de su imaginación ni se resigne a las inevitables decepciones por las que tendrá que pasar con las personas y en el teatro, de viaje e incluso en el amor.

## Relaciones sociales

[los duques de Guermantes] no dejaron ya de invitarme continuamente, aunque solo con determinadas personas, a esas comidas cuyos invitados antaño me imaginaba como a los apóstoles de la Sainte-Chapelle. Se reunían allí, en efecto, como los primeros cristianos, no para compartir únicamente unos alimentos materiales, exquisitos por lo demás, sino en algo así como una Última Cena de talante social […].

# Nombres

No cambia tanto el significado de las palabras en varios siglos cuanto lo hacen, para nosotros, los nombres, en el intervalo de unos pocos años. Nuestra memoria y nuestro corazón no tienen suficiente tamaño para poder seguir siendo fieles. En nuestro pensamiento actual no hay suficiente espacio para conservar a los vivos junto a los muertos.

* * *

Aquello que la señora de Guermantes pensaba que decepcionaría mis expectativas era, por el contrario, lo que al final […] me salvaba de una velada decepcionante por completo. […] Todos los comensales de la cena, con el disfraz de ese apellido misterioso que era lo único con que los había conocido e imaginado yo a distancia, con un cuerpo y una inteligencia iguales o inferiores a los de todas las personas a quienes conocía ya, me habían causado la misma sensación de vulgaridad insulsa que podría sentir cualquier lector loco por Hamlet al entrar en el puerto danés de Elsinor […].

Y aquellos prejuicios de antaño les devolvieron súbitamente a los amigos del señor y la señora de Guermantes toda la poesía que habían perdido.

# Imaginación

[…] en las conversaciones sobre aquel tema[24], yo solo buscaba un placer poético. Sin ellos saberlo, me lo proporcionaban como lo habrían hecho unos labradores o unos marineros hablando de cultivos o de mareas, realidades que no les eran lo suficientemente ajenas como para poder disfrutar de la belleza que yo personalmente me encargaba de sacar de ellas.

## Nombres

Por lo demás, mi curiosidad histórica era escasa comparada con el placer estético. Los nombres mencionados tenían el efecto de desencarnar a los invitados de la duquesa, a los que, por mucho que se llamaran príncipe de Agrigente o de Cystira, la máscara de carne y de ineptitud o inteligencia vulgares había trocado en hombres corrientes, de forma tal que, en definitiva, yo había ido a parar al felpudo del vestíbulo, que no era, como yo había creído, el del umbral del mundo encantado de los nombres, sino a su límite.

## Lenguaje

[…] no existen conversaciones, ni tampoco relaciones, de las que podamos tener la seguridad de que no nos serán alguna vez de provecho. Lo que la señora de Guermantes me había dicho acerca de los cuadros que merecía la pena ver, incluso desde un tranvía, no era cierto, pero había en ello una parte de verdad que me resultó utilísima más adelante.

## Imaginación

[…] si bien, de entrada, la vida social no había podido satisfacer las expectativas de mi imaginación y, por consiguiente, lo primero que no podía por menos de llamarme la atención era no tanto lo que la diferenciaba de otros ambientes cuanto lo que tenía en común con ellos, poco a poco, empero, se me reveló como algo claramente diferenciado. Los aristócratas son casi las únicas personas de las que se puede aprender tanto como de los campesinos; enriquece su conversación todo cuanto se refiere a la tierra, a las casas tal y como

se vivía antaño en ellas, a las costumbres antiguas y todo eso de lo que el mundo del dinero hace caso omiso por completo.

* * *

La mente adopta formas tan variadas y opuestas no solo en literatura sino en sociedad, que el derecho de despreciarse mutuamente no es exclusivo de Baudelaire y Mérimée. Estas particularidades constituyen en todas las personas un sistema de miradas, de palabras y de acciones tan coherente y tan despótico que, cuando ellas están presentes, nos parece superior al resto.

# Volumen IV

# Sodoma y Gomorra

## Apariencia y realidad

[…] a lo que me recordaba [el barón de Charlus], que tan prendado estaba de la virilidad y que tanto se jactaba de ella, a quien todo el mundo le parecía repulsivamente afeminado, a lo que me recordaba de pronto, por cuanto mostraba pasajeramente rasgos, expresión y sonrisa tales, era a una mujer.

## Placer

Cierto es que esos sonidos eran tan violentos que, si no los hubiera repetido siempre un gemido paralelo en una octava más alta, habría podido pensar que una persona estaba degollando a otra cerca de mí, y que a continuación el asesino y su víctima resucitada se bañaban para borrar las huellas del crimen. Llegué más adelante a la conclusión de que existe algo tan ruidoso como el sufrimiento, y es el placer, sobre todo cuando a él se suman —a falta del temor de tener hijos, caso que aquí no podía darse, pese al ejemplo poco de fiar de la *Leyenda áurea*— atenciones higiénicas inmediatas.

# Homosexualidad

[…] entendía yo ahora por qué […] pudo parecerme, al verlo salir de casa de la señora de Villeparisis, que el señor de Charlus tenía apariencia de mujer: ¡es que lo era! Pertenecía a la raza de esas personas, menos contradictorias de lo que podría parecer, cuyo idea es viril precisamente porque tienen un temperamento femenino y son, en la vida, semejantes solo en apariencia a los demás hombres; en ese lugar en que todos llevamos inscrita en los ojos con que lo vemos todo en el universo, una silueta afincada en la faceta de la pupila, la que ellos llevan no es la de una ninfa, sino la de un efebo. Raza sobre la que pesa una maldición y debe vivir en la mentira y el perjurio porque sabe que se considera punible y vergonzoso, inconfesable, ese deseo suyo, eso que constituye para todas las criaturas la magna dulzura de vivir; que tiene que renegar de su Dios, ya que, por muy cristianos que sean, cuando comparecen ante un tribunal como acusados, no les queda más remedio, en presencia de Cristo y en nombre suyo, que defenderse, como si de una calumnia se tratase, de eso que constituye su vida misma; hijos sin madre, esa madre a quien tienen que pasarse la vida mintiendo, incluso llegada la hora de cerrarle los ojos; amigos sin amistades, pese a todas las personas a quienes inspira amistad ese encanto suyo que con frecuencia se les reconoce […]. Amantes, en fin, […] que tienen casi cerrada la posibilidad de ese amor cuya esperanza les da fuerzas para soportar tantos riesgos y soledades, puesto que, precisamente, se prendan de un hombre que nada tiene de mujer, de un hombre que no es invertido y que, por consiguiente, no puede quererlos; de forma tal que nunca jamás podrían saciar su deseo si el dinero no pusiera a su disposición hombres auténticos y si la imaginación no acabase por hacerles tomar por hombres auténticos a esos invertidos a los que se han prostituido. Sin honor alguno que no sea precario; sin libertad alguna que no sea provisional, hasta

que se descubra el crimen; sin situación alguna que no sea inestable, como sucedió con ese poeta a quien festejaron el día anterior en todos los salones, a quien aplaudieron en todos los teatros de Londres y expulsaron al día siguiente de todos los cuartos de alquiler, sin poder dar con una almohada donde descansar la cabeza, dando vueltas a la noria como Sansón y diciendo como él: «Ambos sexos morirán, cada uno por su lado»; privados incluso, salvo en los días de magno infortunio en que la mayoría se une alrededor de la víctima como los judíos alrededor de Dreyfus, de la simpatía —y a veces de la compañía— de sus semejantes, a quienes asquea ver, presentado en un espejo, eso que también son ellos y que, al no favorecerles ya, revela todas las taras que no quisieron ver en sí y pone en su conocimiento que eso que llamaban su amor (y al que, jugando con la palabra, habían, por sentido social, añadido como anejos todo cuanto la poesía, la pintura, la caballería y el ascetismo pudieron sumar al amor) procede no de un ideal de belleza que hayan elegido, sino de una enfermedad incurable; de esa misma forma, una vez más, en que los judíos (salvo algunos que no quieren tratarse sino con los de su raza y a quienes no se les caen de la boca las palabras rituales ni las bromas al uso) se rehúyen entre sí, buscando a los más opuestos, que no quieren saber nada de ellos, perdonándoles los desplantes, embriagándose con su condescendencia, pero codo con codo, también junto a sus semejantes en ese ostracismo que padecen y ese oprobio en que han caído […].

* * *

Los invertidos [constituyen] una masonería mucho más extendida, más eficaz y menos intuida que la de las logias, pues se asienta en una identidad de gustos, de necesidades, de hábitos, de peligros, de aprendizaje, de conocimientos, de circulación, de glosario, y en que incluso los miembros que no desean conocerse se reconocen en el acto por señales naturales o convencionales, involuntarias o deliberadas, que alertan al mendigo de que es

semejante a él ese gran señor al que le cierra la portezuela del coche; al padre, de que lo es el prometido de su hija; a quien quería curarse o confesarse o necesitaba defensor, de que lo son el médico o el sacerdote o el abogado a quienes acudió; todos con la obligación de proteger su secreto, pero participando en el secreto de los demás, que el resto de la humanidad no sospecha y por cuya causa las novelas de aventuras más inverosímiles les parecen ciertas, pues en esa vida novelesca y anacrónica el embajador tiene amistad con el presidiario; el príncipe, con esa campechanía que le viene de la educación aristocrática y que un medroso miembro de la clase media no tendría, en saliendo de casa de la duquesa se va a conversar con el apache parisino; sector réprobo de la colectividad humana, pero sector importante, intuido donde no se exhibe, insolente e impune donde nadie lo adivina, que cuenta con allegados por doquier, entre el pueblo, en el ejército, en el templo, en el presidio, en el trono [...].

* * *

Nadie, por lo demás, en el café en que [los homosexuales] tienen mesa fija sabe de qué es esa reunión, si es la de una sociedad de pesca, la de los secretarios de redacción o la de los vecinos de la comarca de Indre, pues se comportan de forma muy correcta, con expresión reservada y fría, y no se atreven ni por asomo a mirar, como no sea de reojo, a los jóvenes a la última, esos gomosos que, pocos metros más allá, presumen mucho de sus queridas y entre quienes, entre esos a los que admiran sin atreverse a alzar la vista, se halla, y se enterarán así que pasen veinte años, cuando unos estén a punto de ingresar en una academia y otros sean hombres mayores y socios de un casino, el más atractivo de todos, un Charlus grueso y canoso ya, que era en realidad como ellos [...].

* * *

[…] hay extremistas que dejan que les asome una pulsera por debajo del puño de la camisa, o a veces un collar en la abertura del cuello, que obligan, con sus miradas insistentes, sus chilliditos, sus risas y sus caricias mutuas, a un grupo de colegiales adolescentes a salir por pies y a quienes sirve, con una cortesía bajo cuya ceniza arden las brasas de la indignación, un camarero a quien, igual que las noches en que sirve a los partidarios de Dreyfus, le complacería mucho ir a buscar a la policía si no hallase provecho en embolsarse las propinas.

## Tiempo

Pero a veces el porvenir mora en nosotros sin que lo sepamos y las palabras que decimos creyendo mentir bosquejan una realidad cercana.

## Enfermedad

Las equivocaciones de los médicos son incontables. Suelen pecar por exceso de optimismo en cuanto al régimen y por exceso de pesimismo en cuanto al desenlace. «¿Vino? En cantidades moderadas no puede sentarle mal; en definitiva es un tónico… ¿El placer físico? No deja de ser una función. Se lo permito, pero sin abusar, que le quede claro. Los excesos no son buenos en nada». En vista de ello, ¡qué tentaciones le entran al enfermo de renunciar a esos dos resurrectores, el agua y la castidad! En cambio, a quien tiene algo de corazón, albúmina, etc., no le queda mucho por delante. Achaques graves, pero funcionales, se atribuyen de buen grado a un cáncer imaginario. De nada vale seguir acudiendo a unas consultas que no pueden atajar una enfermedad inevitable. Si el enfermo, que queda a su propio albedrío, se impone entonces un

régimen implacable y, a continuación, se cura o, cuando menos, sobrevive, el médico, cuando este enfermo lo salude en la avenida de L'Opéra siendo así que él pensaba que llevaba mucho en Le Père-Lachaise[25], verá en ese sombrerazo un gesto de insolente socarronería […]. Los médicos (no nos referimos a todos, por descontado, ni omitimos, *in mente*, excepciones admirables) suelen notar más descontento e irritación por un mentís a su veredicto que alegría si este se cumple.

## Amor

[…] ¿quién no ha notado cuánto acaban las parejas más normales por parecerse y, a veces, incluso, por intercambiar sus características? Un antiguo canciller alemán, el príncipe de Bulow, se casó con una italiana. Pasados los años, en el monte Pincio[26] notaron cuánto había ganado el marido en sutileza italiana y cuánto la princesa en rudeza alemana.

## Memoria

En ese movido «escondite» al que jugamos con la memoria cuando queremos dar con un nombre, no existe una serie de acercamientos graduales. No vemos nada y, luego, de repente, aparece el nombre exacto y muy diferente del que nos había parecido intuir. No ha acudido él a nosotros. No, creo más bien que a medida que vamos viviendo nos pasamos el tiempo alejándonos de la zona donde puede verse un nombre con nitidez; y ha sido por un ejercicio mío de voluntad y de atención, que me incrementaba la agudeza de la mirada interior, por el que, de pronto he calado en la semioscuridad y he visto con claridad. Sea como fuere, si existen transiciones entre el olvido y el recuerdo, en tal caso esas transiciones son inconscientes. Pues los nombres de las etapas por

las que pasamos antes de dar con el nombre verdadero, esos nombres son falsos y en nada nos acercan a él. Ni siquiera son, hablando con propiedad, nombres, sino, las más de las veces, simples consonantes que no aparecen en el nombre cuando lo recuperamos.

## Relaciones sociales

No es preciso, para explicar las tres cuartas partes de las opiniones que tenemos de las personas, llegar hasta el despecho amoroso o hasta la exclusión del poder político. No es un enjuiciamiento firme: depende de una invitación rechazada o aceptada.

## Caso Dreyfus

Es posible, por lo demás, que [a Swann], en aquellos días postreros, la raza se le acusara más en ese patrón físico que la caracteriza junto con el sentimiento de una solidaridad moral con los demás judíos, solidaridad que Swann parecía haber echado al olvido toda la vida, y habían despertado la enfermedad, el caso Dreyfus y la propaganda antisemita, injertándose unos en otros. Algunos israelitas, muy sutiles sin embargo y miembros exquisitos de la alta sociedad, tienen en reserva y entre bastidores, para que hagan su aparición en determinada hora de sus vidas, como en un escenario, un patán y un profeta. Swann había llegado a la edad del profeta.

## Relaciones sociales

Por desgracia, tanto en sociedad cuanto en los ambientes políticos, las víctimas son tan cobardes que no hay manera de

guardarles rencor mucho tiempo a los verdugos.

## Celos

Cuando está uno algo celoso no resulta desagradable del todo desde dos puntos de vista. Por una parte porque así quienes no son curiosos pueden interesarse por la vida de otras personas, o al menos de una persona. Y también porque así se nota bastante bien la dulzura de la posesión y la de subirse al coche con una mujer para no dejarla sola. Pero eso solo sucede en los inicios de la enfermedad o cuando estamos ya casi curados del todo. En el intervalo, es el suplicio más espantoso.

## Judíos

Pero Swann pertenecía a esa robusta raza judía de cuya energía vital y de cuya resistencia a la muerte parecen partícipes sus propios individuos. Aquejados de forma individual de enfermedades personales, tal y como la persecución aqueja a la raza, bregan indefinidamente con agonías terribles, que pueden durar más allá de cualquier límite verosímil, cuando los demás ya no ven sino una barba de profeta y, encima de ella, una nariz gigantesca que se dilata para respirar las postreras ráfagas antes de que llegue la hora de las oraciones rituales y comience el desfile puntual de los parientes lejanos, que se acercan con movimientos mecánicos como en un friso asirio.

## Placer

[…] Pues los hombres pueden tener varios tipos de placeres. El auténtico es el que los mueve a dar de lado el otro.

# Hábito

A partir de determinado grado de debilidad, bien de los años, bien de la enfermedad, cualquier placer por el que se sacrifique el dormir y haga salirse de las costumbres, cualquier desarreglo, se convierte en una contrariedad. El conversador sigue hablando por cortesía y porque está animado, pero sabe que la hora a la que aún habría podido coger el sueño ha pasado ya y sabe también qué reproches va a hacerse durante el insomnio y el cansancio que se le avecinan.

# Mentira

[…] el más peligroso de todos los encubrimientos es el de la propia culpa en la mente de quien ha caído en ella. Como tiene conocimiento continuo de esa culpa, eso le impide imaginar cuán poco están al tanto los demás por lo general, y con cuánta facilidad creerían una mentira absoluta, y darse cuenta, en cambio, de qué grado de verdad alcanza para los demás, en palabras que cree inocentes, la confesión de esa culpa. Y, por lo demás, habría hecho mal, fuere como fuere, en intentar callarla, pues no hay vicios que no hallen en la buena sociedad amables apoyos, y no sería la primera vez que se pusiera manga por hombro la disposición de un palacio para que una hermana durmiese cerca de otra hermana no bien se supo que no la quería solo como hermana.

# Placer

Pero la posible privación de un simple placer físico, despertándome los sentimientos de espera notados tiempo atrás en

lo tocante a otras muchachas […], me acarreaba un padecimiento espiritual cruel.

## Celos

[…] cuando estamos esperando algo, desde el oído que recoge los ruidos hasta la mente que los analiza y desde la mente al corazón, al que comunica los resultados, es tan rápido ese doble trayecto que no podemos ni siquiera percatarnos de lo que dura y parece que estemos escuchando directamente con el corazón.

* * *

Pero ya, con las últimas palabras oídas por teléfono, empecé a darme cuenta de que la vida de Albertine se hallaba (no materialmente, desde luego) a tal distancia de mí que habría necesitado siempre exploraciones fatigosas para alcanzarla y estaba organizada además como unas fortificaciones de campaña y de esas que, para mayor seguridad, pertenecían a la categoría que más adelante se tomó la costumbre de llamar camufladas.

* * *

En lo tocante a Albertine, sentía yo que nunca me iba a enterar de nada, que entre el embrollo de los muchos detalles reales y los hechos engañosos nunca conseguiría desenredarme. Y que siempre me pasaría lo mismo a menos que la metieran en la cárcel (pero existen las evasiones) hasta el final. Aquella noche ese convencimiento solo me infundió cierta inquietud, pero en la que sentía palpitar algo así como la anticipación de prolongados sufrimientos.

## Lenguaje

El genio de la lengua vivito y coleando, el porvenir y el pasado de la lengua francesa, eso es lo que habría debido interesarme en las faltas que hacía Françoise. ¿No era acaso la «azurcidora» en vez de la «zurcidora» algo tan curioso como esos animales supervivientes de las épocas remotas, como la ballena o la jirafa, y que nos muestran los estados por que fue pasando la vida animal?

## Amor

Nos curaríamos para siempre de lo novelesco si accediéramos, cuando pensamos en la mujer a quien queremos, a intentar ser el que seremos cuando hayamos dejado de quererla.

## Imaginación

Estuve una temporada sin ver a Albertine, pero seguí, a falta de la señora de Guermantes, que no servía ya de pábulo a mi imaginación, viendo a otras hadas y sus moradas, tan inseparables de ellas como lo son el molusco que las fabricó y en ellas vive de la valva de nácar o de esmalte o de la torrecilla almenada de la concha. No habría sido capaz de clasificar a esas señoras […].

## Enfermedad

La enfermedad es el médico al que más tenemos en cuenta: a la bondad o a la sabiduría solo les formulamos promesas; al sufrimiento lo obedecemos.

## Memoria

Las imágenes que escoge el recuerdo son tan arbitrarias, tan estrechas, tan inaprensibles como las que formó la imaginación y destruyó la realidad. No existe razón alguna para que, externamente a nosotros, un sitio real esté en posesión de los cuadros de la memoria más que de los del sueño. Y, además, es posible que una realidad nueva nos haga olvidar, e incluso aborrecer, los deseos que nos hicieron irnos [de esos lugares].

## Imaginación

[…] hay siempre menos egoísmo en la pura imaginación que en el recuerdo.

## Memoria

[En el hotel de Balbec] ya la primera noche padecí un ataque de fatiga cardiaca e, intentando sobreponerme al dolor, me agaché despacio y con cuidado para descalzarme. Pero, no bien toqué el primer botón de la botina, se me dilató el pecho, colmado de una presencia desconocida y divina, me estremecieron los sollozos y las lágrimas me brotaron a raudales de los ojos. La persona que acudía a socorrerme, que me salvaba de la sequía del alma, era esa que, varios años antes, en un momento de desvalimiento y soledad idénticos, en un momento en que nada mío había ya en mí, entró y me devolvió a mí mismo, porque ella era yo y lo era en mayor medida que yo (el continente que es más que el contenido y que me lo traía). Acababa de ver en mi memoria, inclinado sobre mi fatiga, el rostro tierno, preocupado y decepcionado de mi abuela tal y como estuvo esa primera noche, recién llegados; el rostro de mi abuela, no de esa que, para mi gran sorpresa y reprobación, tan poco eché de menos y que no tenía de ella más que el nombre, sino el de mi abuela de verdad, cuya realidad viva, por primera vez desde Les

Champs-Élysées, donde le dio el ataque, recobraba yo mediante un recuerdo involuntario y completo [...]; y así, con un tremendo deseo de arrojarme en sus brazos, no me acababa de enterar hasta entonces —más de un año después de enterrada, por ese anacronismo que impide tantas veces al calendario de los hechos coincidir con el de los sentimientos— de que se había muerto. La había mencionado con frecuencia después de aquel momento, y también me había acordado de ella, pero, tras mis palabras y mis pensamientos de joven ingrato, egoísta y cruel, nunca había habido nada que se pareciese a mi abuela, porque, por mi ligereza, mi afición al placer y mi costumbre de verla enferma, solo llevaba en mí en estado virtual el recuerdo de lo que había sido.

* * *

Porque con los trastornos de la memoria tienen mucho que ver las intermitencias del corazón. Es seguramente la existencia de nuestro cuerpo, que nos parece semejante a una vasija donde está encerrada nuestra espiritualidad, lo que nos anima a suponer que siempre están en posesión nuestra todos los bienes interiores, las alegrías pasadas, todos los dolores. Quizá carece no menos de exactitud creer que estos huyen o que regresan. En cualquier caso, si se nos quedan dentro, lo hacen en la mayoría de los casos en un terreno desconocido donde no nos valen para nada, e incluso a los más usuales los relegan recuerdos de orden diferente y que excluyen cualquier simultaneidad en la conciencia. Pero, si recobramos el marco de las sensaciones donde se conservan, cuentan a su vez con ese mismo poder para expulsar aquello con lo que sean incompatibles y acomodar en nosotros el yo que las vivió y solo él. Ahora bien, como ese en quien acababa de convertirme de repente no había vuelto a existir desde aquella noche remota en que mi abuela me desnudó cuando llegué a Balbec, no fue espontáneamente tras este día de hoy, del que nada sabía aquel yo, sino —como si en el tiempo existieran series diferentes y paralelas— sin solución de continuidad, inmediatamente después de la primera

noche de antaño, cuando me integré es ese minuto en que mi abuela se había agachado hacia mí. Volvía a tener tan cerca a ese yo que fui a la sazón y había desaparecido hacía tanto tiempo, que aún me parecía oír las palabras inmediatamente anteriores y que, no obstante, no eran ya sino un sueño, como le sucede a un hombre a quien, despierto a medias, le parece oír muy cerca los ruidos de ese sueño que va de retirada.

## Muerte

[…] pues como los muertos ya no existen sino en nosotros, a nosotros es a quienes golpeamos sin tregua cuando nos obstinamos en recordar los golpes que les propinamos. […] Me daba cuenta de que ya solo recordaba de verdad [a mi abuela] por el dolor y habría querido que se me clavasen más aún esos clavos que afianzaban en mí su recuerdo. No intentaba mitigar el dolor, ni hermosearlo, fingir que mi abuela solo estaba ausente y momentáneamente invisible […]. Nunca lo hice, pues no solo tenía empeño en padecer, sino en respetar la originalidad de mi padecimiento tal y como me afectó de repente y a pesar mío, y pretendía seguirlo sufriendo según sus propias leyes cada vez que volviera aquella contradicción tan extraña de la supervivencia y la nada cruzándose en mi fuero interno.

## Sueño

Pero en cuanto conseguí dormirme, en esa hora más verídica en que se me cerraron los ojos a los objetos externos, el mundo del sueño (en cuyo umbral la inteligencia y la voluntad, momentáneamente paralizadas, no podían ya rescatarme de la crueldad de mis impresiones verdaderas) reflejó y refractó la dolorosa síntesis de la supervivencia y la nada en la hondura orgánica, que se había vuelto traslúcida, de las vísceras,

misteriosamente iluminadas. Mundo del sueño, en que el conocimiento interno, situado bajo la dependencia de los órganos, acelera el ritmo del corazón o de la respiración porque una dosis igual de espanto, de tristeza o de remordimiento actúa con fuerza centuplicada si se nos inyecta así en las venas; en cuanto, para recorrer así las arterias de la ciudad subterránea, nos embarcamos en las olas negras de nuestra propia sangre como en un Leteo interior de séxtuplos pliegues, se nos aparecen figuras altas y solemnes, se nos acercan y nos dejan llorosos. Busqué en vano la de mi abuela en cuanto desembarqué bajo los soportales oscuros […].

## Muerte

Pero, sobre todo, en cuanto […] vi entrar [a mi madre] con el abrigo de crespón me di cuenta —hecho que se me había escapado en París— de que no era ya a mi madre a quien tenía ante los ojos, sino a mi abuela. De la misma forma que en las familias reales y ducales, cuando muere el jefe de la familia el hijo toma el título y, de duque de Orléans, de príncipe de Tarento o de príncipe de Les Laumes, se convierte en rey de Francia, en duque de La Trémoïlle o en duque de Guermantes, de forma idéntica en muchas ocasiones, por un advenimiento de otro orden y más honda procedencia, el muerto se apodera del vivo, que se convierte en un sucesor que se le parece, en el continuador de su vida interrumpida. Es posible que la inmensa pena que siente una hija como era mamá tras la muerte de su madre, se limite a anticipar la abertura de la crisálida y apresurar la metamorfosis y la aparición de un ser que se lleva dentro y que, sin esa crisis que acelera las etapas y fuerza a saltarse épocas de golpe, habría ocurrido más despacio. Quizá en la añoranza de la persona desaparecida hay algo así como una sugestión que acaba por ponernos en los rasgos semejanzas que ya teníamos, en potencia bien es verdad, y, sobre todo, se detiene nuestra actividad más personalmente individual (en mi madre, el

sentido común, el buen humor burlón que había sacado de su padre), que no teníamos empacho en ejercitar mientras vivía la persona amada, incluso a costa suya, y que contrarrestaba ese rasgo que solo de ella habíamos sacado […]. En este sentido (y no en ese otro, tan inconcreto y tan falso en que solemos oírlo) puede decirse que la muerte no es inútil, que el muerto sigue actuando en nosotros.

* * *

No solo mi madre no conseguía separarse del bolso de mi abuela, que se había vuelto más valioso que si hubiera sido de zafiros y brillantes, de su manguito, de toda esa ropa que acentuaba aún más el parecido físico de ambas, sino tampoco de los tomos de la señora de Sévigné, que mi abuela llevaba siempre consigo, unos ejemplares que mi madre no habría cambiado ni tan siquiera por las mismísimas cartas manuscritas. Tiempo atrás se reía a veces de mi abuela, que no le escribía nunca sin citar alguna frase de la señora de Sévigné o de la señora de Beausergent. En todas y cada una de las tres cartas que me envió mamá antes de llegar a Balbec me citó a la señora de Sévigné, como si esas tres cartas no me las hubiera escrito ella, sino que se las hubiera escrito a ella mi abuela.

* * *

Me habría gustado conseguir que los escépticos cayesen en la cuenta de que la muerte es en verdad una enfermedad de la que se regresa.

## Relaciones sociales

[…] las personas, según vamos conociéndolas, son como un metal sumergido en una mezcla alterante y vemos cómo van

perdiendo poco a poco sus virtudes (y, a veces, también sus defectos).

## Celos

Pero los enamorados son tan suspicaces que enseguida se huelen la mentira.

## Relaciones sociales

Era uno de esos hombres que, dada su consumada experiencia profesional, desprecian un poco la profesión que ejercen y dicen, por ejemplo: «Sé que mis alegatos son buenos y por eso ya no me divierte pronunciarlos», o: «Ya no me interesa operar; sé que opero bien». Inteligentes y artistas, ven su edad madura, a la que el éxito proporciona buenas rentas, rodeada del brillo de esa «inteligencia», de esa naturaleza de «artista» que sus colegas les reconocen y que les proporcionan un lo que de buen gusto y de criterio. Les entra una pasión por la pintura, no la de un gran artista, pero sí la de un artista muy valorado, no obstante, a la adquisición de cuyas obras dedican los cuantiosos ingresos que ganan en su carrera. […] Hablaba bien de los libros, pero no de los de los auténticos maestros, esos que se han amaestrado a sí mismos. El único defecto molesto de este aficionado era que usaba constantemente unas cuantas frases hechas, por ejemplo: «en buena parte», con lo que prestaba a los temas de los que quería hablar un toque pedante e incompleto.

## Arte

[La señora de Cambremer] como se creía «avanzada» y (solo en arte) «nunca bastante a la izquierda», pensaba no solo que la música progresa, sino que lo hace siguiendo una única línea, y que Debussy era, como quien dice, un super Wagner algo más avanzado que Wagner. No se daba cuenta de que Debussy no era tan independiente de Wagner como ella misma llegaría, pasados unos años, a pensar que era, porque la verdad es que recurrimos a las armas conquistadas para manumitirnos del todo de aquel a quien hemos vencido momentáneamante, pero que sí andaba buscando sin embargo, tras la saciedad que todo el mundo empezaba a notar de las obras demasiado completas en que todo está expresado, satisfacer una necesidad opuesta. Había desde luego teorías que apuntalaban de momento esa reacción, semejantes a esas otras que, en política, acuden en apoyo de las leyes contra las congregaciones y de las guerras en Oriente (la enseñanza enfrentada a la naturaleza, el peligro amarillo, etc., etc.). Decía la gente que a una época apresurada le convenía un arte veloz exactamente igual que habría podido decir que la guerra futura no podría durar más de quince días […]. Recomendaban no cansarle la atención al oyente, como si no dispusiéramos de atenciones diferentes y no dependiera precisamente del artista despertar las más elevadas. Pues los que bostezan de cansancio tras diez líneas de un artículo mediocre habían vuelto a viajar todos los años a Bayreuth para oír la *Tetralogía*. Por lo demás, día había de llegar en que dijesen que Debussy era tan frágil como Massenet y rebajasen los estremecimientos de Mélisande al rango de los de Manon. Pues las teorías y las escuelas, igual que los microbios y los glóbulos, se comen entre sí y garantizan, con su lucha, la continuidad de la vida.

* * *

[…] aunque hay cierta libertad y un gusto verdadero en la elección del maestro, en lo referido a las escuelas, estas no las dirigen ya sino ateniéndose a la teoría.

# Lenguaje

[La conversación] no es tan necesaria para enterarse con exactitud de las opiniones nuevas ni de las expresiones nuevas.

# Celos

Albertine solo me daba su palabra, una palabra perentoria y que no se apoyaba en pruebas. Pero eso era precisamente lo que mejor podía calmarme, pues los celos pertenecen a esa familia de dudas enfermizas que desaparecen en mucho mayor grado con la energía de una afirmación que con su verosimilitud. Es lo propio del amor, por lo demás, volvernos a un tiempo más desconfiados y más crédulos, hacer que sospechemos, antes de lo que sospecharíamos de otra, de esa a quien amamos, y que nos creamos sus negativas con mayor facilidad. Es preciso amar para que nos entre la preocupación de que pueda haber mujeres que no sean honradas, que es como decir para que tomemos ese hecho en consideración, o sea, para darnos seguridades de que algunas lo son. Es humano buscar el dolor y quitárselo de encima en el acto. Poco nos cuesta dar por buenas las frases que pueden garantizárnoslo; nadie le busca las vueltas a un calmante efectivo. Y, además, por múltiple que sea la persona a quien amamos, puede, en cualquier caso, mostrarnos dos personalidades esenciales, bien se nos presente como si nos perteneciera, bien encamine sus deseos hacia alguien diferente. La primera de esas personalidades cuenta con la fuerza particular que nos impide creer en la existencia real de la segunda y con el secreto específico para calmar los padecimientos que nos haya causado esta última. La persona amada es, sucesivamente, la enfermedad y la medicina que deja en suspenso y agrava la enfermedad.

# Amor

Presentía ya desde entonces que, en el amor no compartido —o, tanto monta, en el amor, pues hay personas para quienes no existe amor compartido— toda la felicidad de que se puede disfrutar es ese simulacro, que se me concedía en uno de esos momentos únicos en que la bondad de una mujer, o su capricho, o el azar, superponen a nuestros deseos, en una coincidencia perfecta, las mismas palabras y los mismos comportamientos que si ella nos quisiera de verdad.

# Metamorfosis

Deseamos vehementemente que exista otra vida en que seríamos iguales que en esta vida terrenal. Pero no se nos ocurre pensar que, incluso sin esperar a que llegue esa otra vida, en esta de ahora, al cabo de unos años, le somos infieles a lo que éramos y que querríamos seguir siendo por toda la eternidad. Incluso sin suponer que la muerte nos cambiara más que esos cambios que acontecen en el transcurso de la vida, si en esa otra vida nos encontrásemos con el yo que fuimos, miraríanos hacia otra parte, como sucede con esas personas con quienes tuvimos relación pero a quienes llevamos mucho sin ver […].

# Muerte

El contraste entre el hecho de que [aquellos invitados tan de antiguo de los Verdurin] siguieran viviendo, y además en toda la plenitud de sus fuerzas, y la anonadación de tantos a quienes había visto yo desaparecer acá o allá, me daba esa misma sensación que notamos cuando, en las noticias de última hora de los diarios,

leemos precisamente aquella con que menos contábamos, por ejemplo la de un fallecimiento prematuro y que nos parece fortuito porque nada hemos sabido de las causas cuyo remate constituye. Esa sensación es que la muerte no les llega de manera uniforme a todos los hombres, sino que una ola más adelantada de su trágica marea alta se lleva una existencia que estaba al nivel de otras a las que, por mucho tiempo aún, las olas siguientes dispensarán de daño. Ya veremos más adelante, por lo demás, que la diversidad de las muertes que circulan invisibles es la causa de ese peculiar carácter inesperado que tienen, en los diarios, las notas necrológicas.

## Relaciones sociales

Ya no me acordaba de que los Verdurin estaban iniciando una tímida evolución hacia la vida social, que frenaba el caso Dreyfus y que aceleraba la música «nueva», evolución que, por lo demás, ellos desmentían e iban a seguir desmintiendo hasta que se consumó con éxito, igual que esos objetivos militares que un general no anuncia hasta que se han conseguido, para que, si fracasa, no parezca que lo han derrotado. Por lo demás, la buena sociedad estaba, por su parte, totalmente dispuesta a salirles al encuentro. Todavía los consideraba como gente a cuya casa no van personas de ese mundo, pero que no lo echan de menos en absoluto. El salón de los Verdurin tenía fama de ser un Templo de la Música. Aseguraban que allí era donde había encontrado Vinteuil inspiración y ánimos.

## Imaginación

Hombre hay que se ha pasado la vida entre los grandes del mundo, que no eran para él sino parientes aburridos o conocidos latosos porque un hábito adquirido desde la cuna los había privado,

desde su punto de vista, de todo prestigio. Pero, en cambio, bastó con que ese prestigio se sumase, por un azar cualquiera, a las personas más oscuras para que incontables Cottard viviesen deslumbrados por mujeres con título cuyo salón se imaginaban ellos que era el centro de la elegancia aristocrática […]. A muchos Cottard, que creyeron que se habían pasado la vida en el meollo del Faubourg Saint-Germain, unas ensoñaciones feudales les hechizaron quizá más la imaginación que a esos que vivieron de verdad entre príncipes, de la misma forma que el tendero modesto que va los domingos a visitar edificios «de tiempos pasados» es a veces en aquellos cuyas piedras son en su totalidad de nuestros tiempos y cuyas bóvedas pintaron de azul y salpicaron de estrellas de oro unos discípulos de Viollet-le-Duc, donde nota mayor sensación de Edad Media.

## Muerte

La señora Verdurin, como casi todas las personas con vida social, precisamente porque necesitaba el trato con los demás, no se acordaba ya de ellos ni un solo día más cuando, por haber muerto, no podían ya asistir ni los miércoles, ni los sábados, ni cenar en bata. Y no podía decirse del reducido clan, imagen en esto de todos los salones, que lo componían más muertos que vivos, dado que, en cuanto alguien se moría, era como si no hubiera existido nunca. […]. Quizá, precisamente porque la muerte le parecía [al señor Verdurin] un accidente tan definitivo y tan vulgar, le espantaba la suya propia y rehuía todo pensamiento que pudiera tener algo que ver con ella.

## Homosexualidad

Siendo así que en el Faubourg Saint-Germain, donde tan conocido era el señor de Charlus, nunca mencionaban sus hábitos

(de los que la mayoría no estaba al tanto, y otros, que más bien pensaban en amistades exaltadas, pero platónicas, no sabían a qué atenerse, y, por último, los únicos enterados los ocultaban celosamente, encogiéndose de hombros cuando alguna Gallardon[27] malevolente se atrevía a insinuar algo), esos hábitos, de los que apenas estaban enterados unos pocos íntimos, se los vituperaban, en cambio, a diario, lejos del ambiente en que él vivía, igual que si se tratase de esos cañonazos que solo se oyen tras la interferencia de una zona de silencio. Por lo demás, en esos ambientes burgueses y artísticos, donde se lo tenía por la mismísima encarnación de los invertidos, nada se sabía ni del destacado lugar que ocupaba en la buena sociedad ni de su alta cuna [...].

## Relaciones sociales

[...] los ojos son a veces los órganos donde se revela la inteligencia, pero la nariz [...] suele ser el órgano donde se explaya más a gusto la necedad.

## Amor

[El barón de Charlus] se comportó en el acto [con el doctor Cottard] con esa dureza de los invertidos, tan despectivos con aquellos a quienes gustan cuanto fervorosamente diligentes con aquellos que les gustan. Por más que todos nos refiramos, y mintamos al hacerlo, a esa dulzura, que siempre nos niega el destino, de sentirnos queridos, no cabe duda de que es ley de vida, y a cuyo imperio se someten muchos más que los Charlus, que la persona a la que no queremos y que nos quiere nos parezca insoportable. Antes que la compañía de cierta persona, de esta o aquella mujer de la que no diremos que nos quiere sino que nos atosiga, preferimos la de cualquier otra que no tenga ni su encanto,

ni su agradable trato ni su inteligencia. Y no los volverá a tener, desde nuestro punto de vista, hasta que haya dejado de querernos.

## Homosexualidad

[…] mientras que el común de los mortales intenta disimular [la irritación de notar que los quieren] aunque estén irritados, el invertido se la hace sentir implacablemente al que la causa, de una forma que, desde luego, no usaría con ninguna mujer […].

* * *

Por lo demás, el invertido, cuando tiene delante a otro invertido, ve no ya una imagen desagradable de sí mismo que no podría, si se limitase a ser inanimada, más que herir su amor propio, sino que ve a otro yo, que está vivo y actúa en idéntica dirección y capaz, pues, de hacerlo padecer en sus amores. Es, en consecuencia, por tender al instinto de conservación por lo que hablará mal del posible competidor […].

## Relaciones sociales

Casi ninguno de los asiduos [del salón de los Verdurin] contenía las carcajadas[28] y parecían todos una partida de antropófagos en quienes la herida de un hombre blanco despierta el gusto por la sangre. Pues el instinto de imitación y la ausencia de valentía gobiernan tanto las relaciones sociales cuanto las muchedumbres. Y todo el mundo se ríe de alguien de quien ve que se están riendo, sin que eso sea empacho para que lo veneren, pasados diez años, en un círculo donde lo admiren. De esa misma forma es como el pueblo echa a los reyes o los aclama.

# Incomunicación

Y como las impresiones que, en mi caso, daban valor a las cosas eran de esas que las demás personas o no sienten o rechazan sin pararse a pensar, considerándolas insignificantes, y como, por consiguiente, si hubiera podido darlas a conocer, o no las habrían entendido o las habrían desdeñado, a mí no me valían de nada [...].

* * *

Cuántas veces, cuando estaba leyendo no sin emoción un cuento enjaretado con habilidad por un académico diserto y un tanto anticuado, estuve a punto de decirles a Bloch o a la señora de Guermantes: «¡Qué bonito!» y, antes de que yo abriera la boca, exclamaban ellos, cada cual en un lenguaje diferente: «Si quiere pasar un buen rato, lea un cuento de Mengano. Nunca llegó tan lejos la estupidez humana». El desprecio de Bloch lo motivaba sobre todo el hecho de que algunos recursos estilísticos, gratos por lo demás, estuvieran un tanto sobados; y el de la señora de Guermantes, el hecho de que el cuento parecía demostrar precisamente lo contrario de lo que pretendía decir el autor, por motivos que tenía ella ingenio suficiente para deducir, pero que a mí no se me habrían ocurrido nunca.

# Relaciones sociales

Sucede a veces que incluso aquel que, en el transcurso de una única velada y en un entorno en que suele agradar, intuye que ha resultado o demasiado frívolo, o demasiado pedante, o demasiado torpe, o demasiado desenfadado, etc. vuelve a casa atribulado. Con frecuencia es por una cuestión de opiniones o de sistema por lo que les ha parecido a otros absurdo o pasado de moda. Con frecuencia

sabe perfectamente que él vale más que los otros. Poco le costaría desmontar los sofismas que han usado para condenarlo tácitamente, quiere hacer una visita, escribir una carta: si es más sensato no hace nada, espera a que llegue la invitación de la semana siguiente. A veces sucede también que uno cae en desgracia y esa situación no dura una velada, sino meses. Por ser fruto de la inestabilidad de las opiniones de la vida social, esa caída en desgracia la incrementa más aún.

## Sueño

[El sueño] tiene sus propios repiqueteos y a veces nos despierta de forma muy alarmante un timbrazo que hemos oído claramente aunque nadie haya llamado. Tiene sus propios criados y sus visitantes particulares, que vienen a buscarnos para salir a la calle, de forma tal que estamos a punto de levantarnos cuando no nos queda más remedio que comprobar, al vernos transmigrados casi de inmediato a la otra vivienda, la de la víspera, que el cuarto está vacío y no ha venido nadie. La raza que en el sueño vive, igual que la de los primeros humanos, es andrógina. Un hombre adopta al cabo de un instante la apariencia de una mujer. Las cosas son capaces de volverse hombres; y los hombres, amigos o enemigos. El tiempo que transcurre para el durmiente en esos sueños es diferente por completo al tiempo en que sucede la vida del hombre despierto. A veces fluye con mucha mayor rapidez y un cuarto de hora parece un día entero; otras se alarga mucho más, creemos que solo hemos echado una cabezada y se nos ha ido el día durmiendo. Entonces, en el carro del sueño, bajamos a profundidades donde el recuerdo no puede ya darle alcance y más allá de las cuales a la mente no le ha quedado más remedio que desandar lo andado.

* * *

Podemos albergar la teoría, desde luego, de que existe un único tiempo, por la fútil razón de que al mirar el reloj hemos comprobado que lo que nos pareció un día solo ha sido un cuarto de hora. Pero en ese momento en que lo comprobamos, estamos precisamente despiertos, sumergidos en el tiempo de los hombres despiertos, hemos desertado del otro tiempo. Más quizá que de otro tiempo: de otra vida. Los placeres que sentimos durante el sueño no los computamos entre los placeres que notamos mientras vivimos. Por no aludir sino al más vulgarmente sensual de todos ellos, ¿a quién no le ha irritado hasta cierto punto haber notado mientras dormía un placer que, a menos que esté dispuesto a cansarse demasiado, no es posible, ya despierto, repetir ese mismo día indefinidamente? Es como haber despilfarrado una posesión. Hemos disfrutado en una vida que no es la nuestra. […] He hablado de dos tiempos; quizá solo haya uno, y no porque el del hombre despierto le valga al durmiente, sino porque a lo mejor la otra vida, esa en que estamos dormidos, no está —en lo más hondo— sometida a esa categoría: el tiempo.

## Imaginación

[…] mi destino era no perseguir sino fantasmas, seres cuya realidad tenía yo, en buena parte, en la imaginación; hay personas, efectivamente —y tal había sido mi caso desde la juventud— para quienes todo cuanto posee un valor fijo que otros pueden comprobar; el dinero, el éxito, las posiciones elevadas no cuenta; lo que necesitan son fantasmas. Por ellos sacrifican todo lo demás, arbitran todos los medios y lo ponen todo al servicio de poder encontrarse con tal o cual fantasma. Pero este no tarda en desvanecerse, entonces persiguen a otro, sin que ello impida que vuelvan después al primero.

# Literatura

Cuando pensaba que esos árboles [de los caminos de Balbec], perales, manzanos, tamarindos, iban a sobrevivirme, me parecía que me estaban aconsejando que pusiera por fin manos a la obra mientras no hubiera sonado aún la hora del eterno descanso.

# Celos

Quizá sentía amor por Albertine, pero sin atreverme a dejar que lo notase, aunque, si existía ese amor en mí, no pudiera existir sino como una verdad sin valor hasta que fuera factible comprobarlo con la experiencia; ahora bien, me parecía irrealizable y fuera del plano de la vida. En cuanto a los celos que sentía, me impulsaban a separarme lo menos posible de ella, por más que supiera que no se me curarían del todo hasta que no la dejase para siempre. Podía incluso sentirlos estando a su lado, pero en tal caso me las arreglaba para no permitir que se repitiera la circunstancia que los había despertado.

* * *

Por unos minutos noté que se puede estar junto a la persona amada y, no obstante, no tenerla consigo.

* * *

La conversación de una mujer a quien queremos se asemeja a un suelo bajo el que se oculte un agua subterránea y peligrosa: notamos continuamente tras las palabras la presencia y el frío penetrante de una extensión de agua invisible; notamos acá y allá cómo rezuma con perfidia, pero el agua propiamente dicha sigue oculta.

## Muerte

Pero desde la muerte de mi abuela, cada vez que mamá cedía a la risa, esa risa iniciada se paraba en seco y concluía con una expresión de sufrimiento que era casi un sollozo, bien por el remordimiento de haber podido olvidar por un momento, bien por el recrudecimiento con que ese olvido tan breve había atizado aún más su cruel zozobra.

## Celos

Cuando, a la mañana siguiente, veía a Albertine en el dique, me daba tanto miedo que me contestase que no estaba libre aquel día y no podía dar una respuesta afirmativa a mi petición de pasear juntos, que retrasaba cuanto podía el hacerle esa petición. Y me intranquilizaba tanto más cuanto que le veía una expresión fría y preocupada; pasaban conocidos suyos; seguramente tenía para por la tarde proyectos que no me incluían a mí. La miraba, miraba ese cuerpo delicioso, esa cara sonrosada de Albertine que me ponía ante los ojos el enigma de sus intenciones, la decisión desconocida que iba a convertir mi tarde en dichosa o desgraciada. Era todo un estado de ánimo, todo un porvenir vital que, ante mis ojos, había adoptado la forma alegórica y fatal de una muchacha.

## Relaciones sociales

Las personas no dejan de cambiar de sitio respecto a nosotros. En el avance insensible, pero eterno, del mundo, las vemos como si estuvieran inmóviles, en una visión de un instante, demasiado corta para que se note ese movimiento que las arrastra consigo.

⁎ ⁎ ⁎

[…] yo nunca había establecido diferencias entre los obreros, la clase media y los grandes señores, y habría hecho amistad indistintamente con unos y con otros. Con cierta preferencia por los obreros y, a continuación, por los grandes señores, no por afición, sino por saber que se les puede exigir mayor cortesía con los obreros que la que se consigue de la clase media, bien porque los grandes señores no desdeñen a los obreros, como lo hace la clase media, bien porque estén dispuestos a ser corteses con cualquiera, igual que las mujeres bonitas otorgan de buen grado una sonrisa que saben que se recibe con mucha alegría.

⁎ ⁎ ⁎

Pero mi madre era demasiado hija de mi abuelo para no aceptar socialmente las castas. Por mucho que la gente de Combray tuviera un gran corazón y sensibilidad y asimilara las más hermosas teorías acerca de la igualdad humana, a mi madre, cuando un ayuda de cámara se tomaba confianzas, y me trataba de «usted» una vez para, de forma insensible, irse dejando llevar a no hablarme ya en tercera persona, le causaban esas usurpaciones el mismo enfado en que prorrumpe en sus *Memorias* Saint-Simon cada vez que un noble que no tiene derecho a ello aprovecha un pretexto para arrogarse la categoría de «Alteza» en un documento público o para no mostrarles a los duques las consideraciones debidas, de las que poco a poco se va dispensando. Existía una «mentalidad de Combray» que precisará siglos de bondad (y la de mi madre era infinita) y de teorías igualitarias para disolverse.

⁎ ⁎ ⁎

Hay que haber visto al hombre político que pasa por ser el más íntegro, el más intransigente, el más inasequible desde que ha llegado al poder, hay que haberlo visto en la época en que había caído en desgracia, mendigando tímidamente, con radiante sonrisa

de enamorado, el saludo altanero de un periodista cualquiera [...] para caer en la cuenta de que, entre los hombres, la norma —que, por supuesto, cuenta con excepciones— es que los duros son unos débiles a quienes no han aceptado y que solo los fuertes, a quienes poco les importa que los acepten o los dejen de aceptar, poseen esa mansedumbre que el vulgo toma por debilidad.

* * *

Porque esas gracias que se decían cuando no está presente el señor de Charlus, las bromas acerca de Morel, nadie era tan mala persona como para contárselas. Y, no obstante, con esa sencilla situación basta para dejar claro que incluso eso que todo el mundo denigra y que no hallaría defensor en parte alguna, «el chisme», tiene también su valor psicológico, bien porque se refiera a uno mismo y resulte así especialmente desagradable, bien porque nos diga de una tercera persona algo que no sabíamos. Impide que la mente se aletargue con esa visión falsa que tiene de cómo cree que son las cosas y que no es sino su apariencia. La pone del revés con la destreza mágica de un filósofo idealista y nos brinda enseguida un retazo insospechado del envés de la tela.

* * *

Pero, igual que no gozamos de ese sentido de la orientación de que están dotadas algunas aves, carecemos del sentido de la visibilidad, igual que carecemos del de las distancias, y suponemos que nos cae muy cerca el atento interés de personas que, antes bien, nunca se acuerdan de nosotros, y no sospechamos que, mientras tanto, somos la preocupación exclusiva de otras. Y así el señor de Charlus vivía tan engañado como el pez que cree que el agua en que nada sigue más allá del cristal de su acuario, que le muestra un reflejo de esa agua, mientras que no ve a su lado, en la sombra, al paseante a quien le hace mucha gracia seguir con la vista sus evoluciones o al piscicultor omnipotente, quien, en el momento

imprevisto y fatal, aplazado actualmente en lo referido al barón (para quien el piscicultor en París será la señora Verdurin), lo sacará sin compasión del entorno en que le gustaba vivir para arrojarlo a otro. Por lo demás, los pueblos, por no ser sino colecciones de individuos, pueden brindar ejemplos más dilatados, pero idénticos en todas y cada una de sus partes, de esa ceguera honda, obstinada y desconcertante.

## Metamorfosis

[…] resulta imposible imaginar hasta qué punto podía resultar el señor de Charlus insoportable, tiquismiquis e incluso, él tan agudo, tonto en todas las ocasiones en que entraban en juego los defectos de su carácter. Puede decirse, efectivamente, que son estos igual que una enfermedad intermitente del entendimiento. ¿Quién no ha observado ese hecho en mujeres, e incluso en hombres, dotados de notable inteligencia, pero que padecen de los nervios? Cuando son felices y están tranquilos y satisfechos de quienes los rodean, lucen sus valiosas dotes; es literalmente la verdad la que habla por sus bocas. Una jaqueca, un menudo pique de amor propio, basta para cambiarlo todo. Esa inteligencia luminosa, no muestra ya brusca, convulsa y menguada, sino un yo irritado, suspicaz, coqueto, que hace cuanto sea menester para desagradar.

* * *

Con frecuencia es solo por falta de espíritu creador por lo que no llegamos lo suficientemente lejos en el sufrimiento. Y la realidad más terrible proporciona, al tiempo que el sufrimiento, la alegría de un hallazgo hermoso, porque lo que hace es dar una forma nueva y clara a lo que llevábamos mucho tiempo rumiando sin sospecharlo.

# Tiempo

En muchos momentos de nuestra vida cambiaríamos todo el porvenir por un poder que es insignificante en sí.

# Celos

Me limité a aludir de forma inconcreta a una posibilidad de boda [con Albertine], al tiempo que decía que era algo irrealizable porque nuestras formas de ser no encajarían. En contra de mi voluntad, pues me seguía persiguiendo, en mis celos, el recuerdo de las relaciones de Saint-Loup con «Rachel cuando del Señor» y de Swann con Odette, me inclinaba demasiado a creer que, puesto que amaba, no podían amarme, y que solo el interés podía conseguir que una mujer se uniera a mí. Seguramente era una locura juzgar a Albertine por el patrón de Odette y de Rachel. Pero no era cosa de ella, sino mía; lo que mis celos me hacían subestimar en exceso eran los sentimientos que podía yo inspirar. Y de esta creencia, quizá equivocada, nacieron sin duda muchas de las desdichas que se nos iban a venir encima.

* * *

[…] por un momento pensé que el mundo en que estaban esa habitación y esas librerías, y en el que Albertine era tan poca cosa, era quizá un mundo intelectual, que era la única realidad, y mi pena, algo así como esa que entra al leer una novela y que nada más un loco podría convertir en una pena duradera y permanente que se fuera prolongando en su vida; que quizá bastaría con un leve impulso de mi voluntad para alcanzar ese mundo real, regresar a él dejando atrás mi dolor igual que si atravesara un aro de papel y no preocuparme por lo que hubiera hecho Albertine más de lo que nos

preocupan los hechos de la heroína imaginaria de una novela cuando ya hemos acabado de leerla. Por lo demás, las amantes a las que más he querido nunca han coincidido con el amor que yo les tenía.

## Amor

Como la vista es un sentido engañoso, un cuerpo humano, incluso amado, como era el de Albertine, nos parece, a unos metros, a unos centímetros, que está muy alejado de nosotros. Y lo mismo nos sucede con el alma que le pertenece. Pero si algo cambia bruscamente de lugar esa alma, en lo que a nosotros se refiere, y nos muestra que quiere a otras personas y a nosotros no, entonces, por los latidos del corazón dislocado, notamos que ese ser querido estaba no a pocos pasos sino dentro de nosotros.

# Volumen V

# LA PRISIONERA

## Apariencia y realidad

[…] la realidad es necesaria, pero no se puede prever por completo. Quienes se enteran, en lo tocante a la vida de otra persona, de algún detalle exacto, sacan enseguida consecuencias que no son tales y ven en ese hecho recién descubierto la explicación de cosas que, precisamente, no tienen relación alguna con él.

* * *

¡Hasta ese punto la vida, si tiene una vez más que salvarnos de un sufrimiento que parecía inevitable, lo hace en condiciones diferentes y, a veces, encontradas, y tan encontradas a veces que hay casi un sacrilegio aparente en la comprobación de la identidad de la merced concedida!

## Muerte

De entre [esos personajes interiores] de que se compone nuestra individualidad los más esenciales no son los más aparentes. En mí, cuando la enfermedad haya acabado de derribarlos uno tras otro, aún quedarán dos o tres que serán más duros de pelar que los otros, sobre todo un filósofo que tengo por ahí y que solo está contento cuando ha descubierto entre dos obras, entre dos sensaciones, algo en común. Pero el último que quede me he preguntado a veces si no será aquel hombrecito tan parecido a uno que el óptico de Combray tenía en el escaparate para indicar el tiempo y que, quitándose la capucha en cuanto salía el sol, se la volvía a poner si iba a llover. Estoy al tanto del egoísmo del hombrecito aquel: puedo estar aquejado de un ataque de ahogos que solo se me pasaría si lloviera, pero a él le da lo mismo y, con las primeras gotas, que espero con tanta impaciencia, se enfadará y se calará la capucha, malhumorado. En cambio, estoy convencido de que, cuando esté yo en la agonía, cuando todos mis otros «yo» hayan muerto, si brilla por casualidad un rayo de sol mientras estoy exhalando el último suspiro, el personajillo barométrico se sentirá tan a gusto y se quitará la capucha para cantar: «¡Ah, por fin hace bueno!».

## Esnobismo

El esnobismo es una enfermedad grave del alma, pero localizada y que no la echa a perder del todo.

## Lenguaje

Veremos más adelante que, pese a las habituales formas estúpidas de hablar que aún tenía, Albertine había evolucionado mucho, hecho que me daba completamente igual, pues la superioridad intelectual de una compañera siempre me ha

interesado tan poco que si la he comentado acá o allá ha sido por pura cortesía. Es posible que hubiera podido agradarme la peculiar genialidad de Françoise, pero nada más.

## Placer

Era de esas mujeres que no saben desenredar la razón de las sensaciones. El agrado que sienten ante un cutis flamante lo explican por las prendas morales del hombre que les parece que puede brindarle a su propio porvenir una posibilidad de ser felices y es posible, por lo demás, que vaya mermando y se convierta en menos necesario según el hombre se va dejando crecer la barba.

## Metamorfosis

Pues la verdad cambia tanto para nosotros que a los demás les cuesta hacerse cargo.

## Celos

La realidad no es nunca sino un cebo para una situación desconocida por cuya senda no podemos adentrarnos mucho. Vale más no estar enterado de nada, pensar lo menos posible y no proporcionarles a los celos ningún detalle concreto. Por desgracia, a falta de vida externa, hay incidentes que llegan también mediante la vida interior; a falta de los paseos con Albertine, los azares con los que me topaba en las reflexiones que hacía a solas me proporcionaban a veces esos menudos fragmentos de realidad que atraen, igual que imanes, cierta cantidad de situaciones desconocidas que, a partir de ese momento, empiezan a doler. Por

más que vivamos bajo el equivalente de una campana neumática, las asociaciones de ideas y los recuerdos siguen actuando.

## Metamorfosis

En nuestro ser, instrumento que se ha vuelto mudo con la uniformidad del hábito, nace el canto de esas irregularidades, de esas variaciones, manantial de toda música: el tiempo que hace algunos días nos traslada en el acto de una nota a otra. Recuperamos la melodía olvidada cuya necesidad matemática habríamos podido intuir y que cantamos sin saberla en los primeros minutos. Solo esas modificaciones internas, por más que llegasen desde fuera, me renovaban el mundo exterior. Puertas de comunicación que llevaban mucho tiempo cerradas se me volvían a abrir en el cerebro.

## Memoria

Ocurre con frecuencia que ese placer, que notan todos los hombres al repasar los recuerdos que han coleccionado en la memoria, es más intenso, por ejemplo, en aquellos a quienes la tiranía de la enfermedad física y la esperanza cotidiana de curación, por una parte, les impiden salir a buscar en la naturaleza cuadros que se parezcan a esos recuerdos y, por otra, les dejan la confianza suficiente en que pronto podrán hacerlo para que no pierdan de vista un estado de deseo y apetito y no los consideren solo como recuerdos, como cuadros.

## Soledad

Entraba el sol hasta mi cama y atravesaba el tabique transparente de mi cuerpo, más delgado; me calentaba y yo abrasaba como un cristal. Entonces, convaleciente hambriento que se sacia ya con todos los manjares que aún le niegan, me preguntaba si casarme con Albertine no me echaría a perder la vida, tanto por obligarme a cargar con el cometido, pesado en exceso para mí, de dedicarme a otra persona cuanto al forzarme a vivir ausente de mí con su continua presencia y privarme para siempre de los gozos de la soledad.

Y no solo de esos. Incluso aunque al día solo le pidamos deseos, hay algunos —los que vienen no de las cosas, sino de las personas— cuyo carácter reside en que son individuales.

## Celos

De Albertine, en cambio, no me quedaba ya nada por saber. Cada día me parecía menos guapa. Solo el deseo que despertaba en los demás cuando, al enterarme, volvía a sufrir y quería disputársela, la colocaba, desde mi punto de vista, en un pedestal elevado. Era capaz de hacerme sufrir, pero no de aportarme alegría. Solo por el sufrimiento duraba aquel fastidioso apego mío. En cuanto desaparecía ese sufrimiento y, con él la necesidad de calmarlo, que me requería toda la atención, como un entrenimiento atroz, notaba que Albertine era para mí la nada, y que yo debía de serlo para ella.

* * *

Por lo demás, los celos son una de esas enfermedades intermitentes de causa caprichosa, imperativa, siempre idéntica en el mismo enfermo y, a veces, diferente por completo en otro. […] No hay celoso cuyos celos no admitan ciertas derogaciones. Hay quien consiente en que lo engañen con tal de que se lo cuenten; y otro, con tal de que se lo oculten; en lo cual no es aquel menos absurdo que este, ya que si a este lo engañan más, puesto que le esconden

la verdad, aquel exige en dicha verdad el alimento, el crecimiento y la renovación de los sufrimientos que padece.

Y hay más: esas dos manías inversas de los celos van con frecuencia más allá de las palabras que imploran o de las confidencias que rechazan. Vemos celosos que solo lo están de las mujeres con quienes se relaciona su amante cuando ellos no están presentes, pero que consienten en que se entreguen a otro hombre si es con permiso de ellos, junto a ellos e incluso, si no presenciándolo ellos, al menos bajo el techo de ambos. Este caso se da con frecuencia en hombres de edad avanzada enamorados de una mujer joven. Notan que les cuesta agradarla y, a veces, notan impotencia para contentarla; y para que no los engañe prefieren dejar que venga a su casa, a una habitación contigua, alguien a quien consideren incapaz de darle malos consejos, pero sí capaz de darle placer. A otros les pasa todo lo contrario: no dejan que su amante salga sola ni un minuto en una ciudad que conocen; le imponen una auténtica esclavitud, pero le conceden que se vaya un mes a una comarca que no conozcan y donde no puedan imaginarse qué va a hacer. Yo tenía con Albertine esas dos categorías de manías sedantes. No habría sentido celos si hubiera disfrutado a mi lado de placeres y los hubiese propiciado y controlado yo por completo, ahorrándome así el temor de la mentira; es posible que tampoco hubiera sentido celos si se hubiese marchado a una comarca que yo desconociera y lo suficientemente remota para que no pudiera imaginarme la vida que llevaba ni caer en la tentación de saberlo. En ambos casos, la duda la habrían suprimido o un conocimiento o una ignorancia, no inferiores aquel a esta.

## Imaginación

Yo sabía perfectamente que para muchas personas inteligentes [la duquesa] no era nada del otro mundo; ese título de duquesa de Guermantes no quiere decir nada, ahora que ya no quedan ni

ducados ni principados; pero yo había adoptado otro punto de vista en mi forma de disfrutar de las personas y de las comarcas. Todos los palacios de esas tierras de las que era duquesa, princesa y vizcondesa aquella señora, vestida de pieles para enfrentarse a la inclemencia del tiempo, me parecía que los llevaba consigo, igual que esos personajes esculpidos en el dintel de un pórtico que llevan en la mano la catedral que construyeron o la ciudad que defendieron.

## Apariencia y realidad

Las cosas de las que hablamos en broma las más de las veces suelen ser, antes bien, las fastidiosas, pero cuyo fastidio no queremos que se nos note, quizá con la esperanza inconfesada de esta ventaja suplementaria: que precisamente la persona con quien estamos hablando, al oírnos bromear, crea que no es así.

## Lenguaje

No es en los fríos pastiches de los escritores de ahora, que dicen: *de hecho* (por *en realidad*), *singularmente* (por *en particular*), *extrañado* (por *estupefacto*), etc., etc., donde hallamos la lengua antigua y la auténtica pronunciación de las palabras, sino hablando con una señora de Guermantes o con una Françoise […].

Mentiría si dijera que de ese aspecto rural y casi campesino que seguía teniendo no era consciente la duquesa y que no ponía cierta afectación en exhibirlo. Pero, desde su punto de vista, no era tanto sencillez fingida de gran dama que juega a hacerse la rústica ni orgullo de duquesa que se mofa de las damas ricas que desprecian a los labriegos, de los que nada saben, cuanto el gusto casi artístico de una mujer conocedora del encanto de lo que tiene y que no lo echa a perder con un revoque de modernidad.

* * *

Volviendo a la pronunciación y al vocabulario de la señora de Guermantes, es en ese aspecto en el que la nobleza se muestra verdaderamente conservadora, con todo lo que implica esa palabra: cierta puerilidad un tanto peligrosa, resistencia a la evolución, pero también algo que le hace gracia al artista.

## Memoria

Por lo demás, se nos olvida deprisa lo que no hemos pensado a fondo, lo que nos han dictado la imitación y las pasiones del entorno. Cambian estas y, con ellas, se nos modifican los recuerdos.

## Hábito

Debemos fijarnos, por lo demás, en que la constancia de un hábito suele guardar relación con lo absurdo que sea ese hábito. Las cosas destacables no solemos hacerlas sino a tirones. Pero algunas vidas insensatas, en las que el maníaco se priva a sí mismo de todos los gustos y se inflige las máximas penalidades, esas vidas son las que menos cambian. Cada diez años, si tuviéramos curiosidad por verlo, volveríamos a encontrarnos con ese desdichado durmiendo a las horas en que podría vivir, saliendo en las horas en que la única perspectiva que se tiene en la calle es que lo asesinen a uno, bebiendo cosas heladas cuando tiene calor y cuidándose continuamente un catarro. Bastaría con un mínimo arrebato de energía, un día nada más, para cambiar todo eso para siempre. Pero, precisamente, vidas así son lo propio de las personas incapaces de mostrar energía. Los vicios son otro de los aspectos de esas vidas monótonas que podrían convertirse en menos atroces solo con voluntad.

## Amor

Con gran frecuencia, quienes les ocultan a todos eso que poseen solo lo hacen por temor a que les arrebaten tan querido objeto. Y esa prudencia en el callar les merma la dicha.

## Celos

Amor, me decía yo en Balbec, sentimos por una persona a cuyo comportamiento parecen más bien referirse nuestros celos; nos damos cuenta de que si nos lo contase todo es posible que nos curásemos con facilidad de ese amor. Por mucho que quien sienta celos lo disimule hábilmente, no tarda mucho quien los inspira en descubrirlo y recurre entonces, a su vez, a la habilidad. Intenta engañarnos en eso que podría hacernos desdichados y lo consigue [...].

* * *

En cuanto se percata la persona de quien tenemos celos de que eso es lo que sentimos, los considera desconfianza que autoriza el engaño. Por lo demás, para intentar enterarnos de algo, hemos sido nosotros los que hemos tomado la iniciativa de mentir y de engañar.

## Amor

No digo que no vaya a llegar el día en que incluso a esas muchachas luminosas no les adjudiquemos caracteres muy definidos, pero es porque habrán dejado de interesarnos, porque cuando entren no serán ya para nuestros corazones esa aparición que esperaban diferente y los deja trastornados, en todas las

ocasiones, con encarnaciones nuevas. Su inmovilidad procederá de nuestra indiferencia, que las dejará al albur del criterio de la mente.

* * *

[…] con mucha frecuencia un amor no es sino la asociación de una imagen de muchacha (que a no ser por eso no habría tardado en resultarnos insufrible) con los latidos del corazón inseparables de una espera interminable y vana y de un plantón que nos ha dado la jovencita. Todo lo dicho no es solo cierto para los jóvenes imaginativos en presencia de las muchachas cambiantes.

## Celos

[La sobrina de Jupien] había descubierto en Morel (sin dejar de quererlo) honduras de perversidad y perfidia que, por lo demás, quedaban compensadas con una dulzura frecuente y una sensibilidad real; y, en el señor de Charlus, una bondad inmensa y que nadie podía sospechar, mezclada con rasgos de dureza de los que no estaba enterada. En consecuencia, no había podido formarse un juicio de cómo eran, cada cual por su parte, el violinista y su protector, más concreto del que me había formado yo en lo referido a Andrée, a quien veía a diario, y a Albertine, que vivía conmigo.

## Metamorfosis

Pues las personas, incluso esas con las que hemos soñado tanto que no nos parecían sino una imagen, una figura de Benozzo Gozzoli destacándose sobre un fondo verdoso, y de las que estábamos dispuestos a creer que las únicas variaciones dependían del lugar desde el que las mirábamos, de la distancia que nos separaba de ellas, de la iluminación; esas personas, mientras cambian respecto a nosotros también cambian respecto a sí mismas, y la figura que

tiempo atrás solo se perfilaba contra el mar se había enriquecido, solidificado y adquirido más volumen.

## Amor

[…] el poder para soñar, del que solo disponía yo cuando [Albertine] estaba ausente, lo recuperaba a su lado en aquellos instantes, como si, por estar dormida, se hubiese convertido en una planta. De esa forma en aquel sueño suyo se concretaba, hasta cierto punto, la posibilidad del amor; si estaba solo, podía pensar en ella, pero la echaba de menos, no era mía. Si estaba presente, le hablaba, pero estaba demasiado ausente de mí para poder pensar. Cuando Albertine dormía, yo no tenía ya que hablar, sabía que ya no me miraba, no necesitaba ya vivir en mi propia superficie. […] He pasado veladas deliciosas charlando y jugando con Albertine, pero nunca hubo nada tan dulce como mirarla dormir. […] Hay seres cuyo rostro adquiere una belleza y una majestad inhabituales a poco que carezcan de mirada.

* * *

A lo mejor es preciso que las personas sean capaces de hacernos sufrir mucho para que, en las horas en que remite el sufrimiento, nos proporcionen ese mismo sosiego apaciguador de la naturaleza.

* * *

Y así, cuando es de una hora angustiada relacionada con una persona, cuando es de la incertidumbre de si podremos retenerla o de si se escabullirá de donde ha nacido un amor, ese amor lleva la marca de la revolución que ha engendrado y recuerda bien poco lo que teníamos visto hasta entonces al pensar en esa misma persona.

## Metamorfosis

Cuando hemos pasado ya de cierta edad, el alma de ese niño que fuimos y el alma de los muertos de los que procedemos acuden a tirarnos a puñados sus riquezas y sus maleficios y exigen tener arte y parte en los nuevos sentimientos que notamos y en los que, borrando su antigua efigie, volvemos a fundirlos en una creación original. Es así como todo mi pasado, desde mis años más remotos, y, aún más allá, el pasado de mis padres, mezclaban con mi amor impuro por Albertine la dulzura de un afecto filial y maternal al tiempo. Hora llega en que tenemos que acoger a todos nuestros antepasados, que vienen de tan lejos y se reúnen a nuestro alrededor.

## Amor

Momentos dulces, alegres en apariencia y en que se acumula no obstante la posibilidad, que no sospechábamos, del desastre, lo que convierte la vida amorosa en la vida con más contrastes, esa en que una lluvia de azufre y pez cae tras los momentos más risueños y, luego, sin haber tenido valor para aprender una lección de esa desgracia, volvemos a edificar en el acto en las laderas del volcán del que solo catástrofes podrán salir. Yo tenía la despreocupación de quienes creen que su dicha es duradera.

Precisamente porque esa dulzura fue necesaria para parir el dolor —y, por lo demás, regresará de forma intermitente para aplacarlo— pueden los hombres ser sinceros con los demás e incluso consigo mismos cuando se jactan de lo buena que es una mujer con ellos, aunque, en resumidas cuentas, en el seno de su relación circule constantemente, de forma secreta y no confesada a los demás, o revelada involuntariamente en preguntas e investigaciones, un

desasosiego doloroso. Pero no habría podido nacer sin aquella dulzura previa [...].

* * *

[...] bajo toda dulzura carnal algo honda se halla la permanencia de un peligro.

## Literatura

Le había prometido a Albertine que si no salía con ella me pondría manos a la obra; pero a la mañana siguiente, como si aprovechando que dormíamos, la casa hubiera viajado milagrosamente, me desperté con un tiempo diferente y en otro clima. No empieza uno a trabajar en el preciso momento en que pone las plantas en una comarca nueva a cuyas condiciones tiene que adaptarse. Ahora bien, todos y cada uno de los días eran para mí una comarca diferente. Bajo las nuevas formas que adoptaba, ¿cómo reconocer esa pereza mía?

A veces, en días irremediablemente malos, a lo que decíamos, bastaba con estar en la casa, situada entre una lluvia uniforme y continua, para que ese hecho tuviera la deslizante suavidad, el silencio sosegante y el interés de una navegación; en otra ocasión, en un día despejado, quedarse quieto en la cama era dejar que las sombras girasen a mi alrededor como el tronco de un árbol. [...] Días que pueden compararse con esos en que acaece en nuestras vida alguna crisis excepcional y de la que cree, quien nunca hizo nada, que sacará, si se resuelve con bien, hábitos laboriosos; por ejemplo, la mañana en que sale para acudir a un duelo que transcurrirá en condiciones especialmente peligrosas; descubre entonces, en el preciso momento en que quizá van a arrebatársela, el valor de una vida que habría podido aprovechar para iniciar una obra o para disfrutar, sin más, de sus placeres, y a la que no ha sabido sacar partido alguno. «Si fuera posible que no me matasen —se dice—, ya

lo creo que me pondría a trabajar en ese mismo momento, y cuánto me divertiría además».

Pues, efectivamente, la vida se le aparece con un valor mayor porque pone en esa vida todo cuanto le parece que puede brindarle y no lo poco que suele hacer él que le brinde. La ve a tenor de su deseo y no tal y como la experiencia le ha mostrado en qué la convierte él, es decir ¡en algo tan mediocre! […] Regresa sin una herida, pero vuelve a toparse con los mismos obstáculos para disfrutar, para salir de excursión o de viaje, para todo aquello de lo que por un momento pensó que iba a despojarlo la muerte. En cuanto al trabajo —dado que lo que hacen las circunstancias excepcionales es exarcerbar lo que ya existía previamente en el hombre: la laboriosidad en el laborioso y la pereza en el ocioso—, se concede unas vacaciones.

Eso mismo hacía yo y lo había hecho siempre desde aquella decisión antigua de empezar a escribir, tomada hacía tiempo, aunque me parecía que había sido ayer, porque había ido considerando los días, uno tras otro, como no transcurridos.

## Celos

¿Cuántas personas, ciudades y caminos sentimos esa avidez de conocer movidos por los celos? Son una sed de saber merced a la cual acabamos por tener, acerca de lugares aislados entre sí, todas las nociones posibles, salvo la que desearíamos. Nunca sabemos si no va a nacer una sospecha, pues, de repente, recordamos una frase que no quedó clara, una coartada que no se dio sino con intención. Sin embargo, no hemos vuelto a ver a esa persona, pero existen unos celos *a posteriori*, que no nacen sino hasta que ya la hemos dejado, unos celos que llegan siempre tarde y mal.

⁎ ⁎ ⁎

Y resulta así que los celos son interminables, pues incluso aunque el ser amado hubiera muerto, por ejemplo, y no pudiera ya causarlos con su comportamiento, ocurre que hay recuerdos que, posteriormente a cualquier acontecimiento, se portan de forma tal en nuestra memoria como si fueran también acontecimientos, unos recuerdos que no habíamos aclarado hasta ahora y a los que basta con que reflexionemos, sin ningún hecho exterior, para darles un sentido nuevo y terrible [...]. Por lo tanto no debemos temer en el amor, como sucede en la vida cotidiana, solo el porvenir, sino, además, el pasado, que muchas veces no cobra realidad para nosotros más que después del porvenir, y no nos estamos refiriendo solo al pasado del que nos enteramos *a posteriori*, sino de ese que llevamos mucho conservando por dentro y que, de pronto, aprendemos a leer.

⁎ ⁎ ⁎

¡Por desgracia, esas desavenencias, como las que tuve tantas veces con mis padres, a quienes encontré fríos e irritados cuando acudía a su lado rebosante de cariño, no son nada si las comparamos con las que ocurren entre dos amantes! En este caso el sufrimiento es mucho menos superficial y mucho más difícil de soportar, se asienta en una capa más honda del corazón.

## Lenguaje

Había seguido en la vida un caminar inverso al de los pueblos, que solo usan la escritura fonética tras haber considerado los caracteres como una serie consecutiva de símbolos; yo, que durante tantos años no busqué la vida y el pensamiento de los demás sino en ese enunciado directo que nos proporcionan de forma voluntaria, había llegado, por su culpa, a no dar importancia, al contrario, más

que a los testimonios que no son expresión racional y analítica de la verdad; las mismísimas palabras no me informaban sino a condición de interpretarlas como se interpreta una afluencia de sangre al rostro de una persona que se azara, o también un silencio repentino.

## Celos

Es, por lo demás, una de las cosas más terribles para el enamorado que sea tan difícil dar con los hechos particulares —que solo podrían conocerse, de entre tantos comportamientos posibles, recurriendo a la experiencia y el espionaje— pero que, en cambio, sea tan fácil dar con la verdad o, sencillamente, presentirla.

* * *

Los maridos engañados, que no están enterados de nada, sí que lo están pese a todo. Pero se necesita un expediente con más documentación material para fundamentar una escena de celos. Por lo demás, si los celos nos ayudan a descubrir en la mujer que amamos cierta tendencia a mentir, multiplican por cien esa tendencia cuando la mujer ya ha descubierto que estamos celosos. Miente (en unas proporciones en que nunca nos había mentido antes) ora por compasión, ora por miedo, o hurta el bulto instintivamente recurriendo a una huida simétrica a nuestras investigaciones.

* * *

Las más de las veces el objeto del amor no es un cuerpo, salvo si una emoción, el temor de perderlo, la incertidumbre de recuperarlo se fusionan en él. Ahora bien, ese tipo de ansiedad siente gran afinidad por los cuerpos. Les añade una cualidad que va incluso más allá de la belleza; y esa es una de las razones por las que vemos a hombres que no se inmutan ante las mujeres más hermosas querer con pasión a algunas que nos parecen feas. A esos seres, esos seres

de evasión, su forma de ser y nuestra intranquilidad les ponen alas. E incluso cuando los tenemos al lado, parecen decirnos con la mirada que van a alzar el vuelo.

* * *

¡Qué valor extraordinario adquieren de repente cosas probablemente insignificantes cuando una persona a la que queremos (o que no carecía sino de esa duplicidad para que la quisiéramos) nos las oculta!

## Amor

Damos la fortuna y la vida por una persona, y, no obstante, sabemos perfectamente que, trascurridos diez años, antes o después le negaríamos esa fortuna y preferiríamos conservar la vida. Pues entonces esa persona ya se habría desprendido de nosotros, ya estaría sola, es decir, sería nula. Lo que nos ata a las personas son esos miles de raíces, esos hilos incontables, los recuerdos de la velada del día anterior, las esperanzas de la mañana del día siguiente, esa trama continua de hábitos de la que no podemos desprendernos. De la misma forma que existen avaros que acopian por generosidad, somos pródigos que gastamos por avaricia, y no es tanto por una persona por la que sacrificamos la vida sino por todo cuanto pudo tomar de nuestras horas y de nuestros días para apegarlo a ella, al lado de lo cual la vida no vivida aún y relativamente futura nos parece una vida más lejana, más desapegada, menos íntima, menos nuestra. Lo que haría falta sería que nos desprendiéramos de esos lazos que tienen mucha mayor importancia, pero cuyo efecto es crear en nosotros obligaciones momentáneas para con esa persona, obligaciones que consiguen que no nos atrevamos a dejarla por temor a que tenga mala opinión de nosotros, aunque más adelante sí que nos atreveríamos —pues, al haberse desprendido de nosotros, no sería ya nosotros— y no

crearnos, en realidad, obligaciones (por más que, por una aparente contradicción, pudieran desembocar en el suicidio) más que para con nosotros mismos.

## Celos

El sufrimiento en el amor cesa a ratos, pero para reanudarse de forma diferente. Lloramos porque vemos que la que amamos no nos da muestras ya de esos arrebatos de simpatía, de esas insinuaciones amorosas del principio, sufrimos todavía más porque ya no los tiene con nosotros pero los vuelve a tener con otros; luego, de ese sufrimiento nos distrae un nuevo dolor más atroz, la sospecha de que nos mintió en cuanto a la velada de la víspera, en la que no cabe duda de que nos engañó; se disipa también esa sospecha, nos devuelve la calma lo amable y cariñosa que se muestra nuestra amiga; pero, entonces, nos vuelve al pensamiento una frase olvidada; nos dijeron que era ardiente en el placer; pero nosotros solo la hemos visto muy tranquila; intentamos imaginar cómo fueron aquellos frenesís con otros, notamos cuán poco somos para ella, nos llama la atención una expresión de fastidio, de nostalgia, de tristeza mientras hablamos, nos llaman la atención, como si fueran un cielo nublado los vestidos de trapillo que se pone cuando está con nosotros, reservando para los demás aquellos con que, al principio, intentaba gustarnos. […] Tales son los faros giratorios de los celos.

* * *

Los celos son también un demonio que es imposible exorcizar y regresan siempre para encarnarse en una nueva forma.

* * *

Y, no obstante, no me daba cuenta de que hacía mucho que habría debido de dejar de ver a Albertine, pues había entrado, para

mí, en ese período lamentable en que una persona, diseminada en el espacio y el tiempo, no nos parece ya una mujer, sino una ristra de acontecimientos en los que no podemos arrojar luz alguna, una ristra de problemas sin solución, un mar que intentamos, haciendo el ridículo como Jerjes, azotar para castigarlo por lo que se ha tragado.

* * *

Pues, igual que al principio lo constituye el deseo, el amor no perdura luego sino por la ansiedad dolorosa […]. Solo amamos lo que no tenemos por completo.

## Relaciones sociales

Solemos aborrecer lo que se nos parece, y nuestros propios defectos, cuando los vemos desde fuera, nos exasperan. […] Es por el parecido excesivo por lo que, pese al cariño, y a veces cuanto mayor sea ese cariño, reina la división en las familias.

## Celos

No era ya el apaciguamiento del beso de mi madre en Combray el que notaba junto a Albertine esas noches, sino, al contrario, la angustia de aquellas otras noches en que mi madre apenas si me daba las buenas noches, o incluso no subía a mi cuarto, bien porque estuviera enfadada conmigo, bien porque tenía que quedarse con unos invitados. […] Pero, aunque notaba la angustia de mi infancia, por el cambio de persona que me la hacía notar, por lo diferente del sentimiento que me inspiraba, y por la propia transformación de mi carácter me resultaba imposible exigirle a Albertine que la aplacase, como lo hacía tiempo atrás con mi madre.

No sabía ya decir: estoy triste. Me limitaba, atribuladísimo, a hablar de cosas indiferentes que no me hacían progresar en absoluto

hacia una solución feliz.

* * *

Por supuesto que no le deseaba nada malo [a Albertine]. Pero qué satisfacción me habría dado si, llevándose sus caballos, hubiera tenido la buena idea de irse no sé a dónde, donde hubiese estado a gusto, para no volver nunca a casa. Cuánto más sencillo habría sido todo si se hubiese ido a vivir feliz a otra parte; ni siquiera tenía yo empeño en saber adónde.

## Verdad

Pero una verdad más honda que la que diríamos si fuésemos sinceros puede a veces formularse y comunicarse por una vía que no sea la sinceridad.

## Sueño

Del hecho de que el mundo del sueño no sea el mundo de la vigilia no hay que inferir que el mundo de la vigilia sea menos cierto; antes bien, en el mundo del sueño llevan tal sobrecarga nuestras percepciones, pues a todas y cada una las engrosa otra, superpuesta, que la redobla y la ciega inútilmente, que ni tan siquiera sabemos distinguir lo que sucede en el aturdimiento del despertar […].

* * *

El sueño es divino, pero inestable, con el golpe más ligero se vuelve volátil. Amigo de los hábitos, estos lo sujetan todas las noches, más firmes que él, en el lugar establecido y lo amparan de cualquier tropiezo; pero, si los movemos, ya no está sujeto el sueño

y se desvanece como un vaho. Es como la juventud y los amores, ya no hay forma de recuperarlo.

## Placer

Dicen que la belleza es una promesa de felicidad. De forma inversa, la posibilidad del placer puede ser un comienzo de belleza.

## Amor

La curiosidad amorosa es como esa que exarcerban en nosotros los nombres de comarcas; siempre chasqueada, vuelve a nacer y no deja nunca de ser insaciable.

## Verdad

Recordamos la verdad porque tiene nombre y raíces antiguas; pero una mentira improvisada se olvida enseguida.

## Memoria

La memoria, en vez de un ejemplar duplicado, que tenemos siempre ante la vista, de los sucesos de nuestra vida, es más bien una nada de la que a veces, por un instante, una semejanza con lo actual nos permite extraer, resucitados, recuerdos muertos; pero hay también miles de hechos menudos que no cayeron en esa virtualidad de la memoria y ya nunca podremos controlar.

## Celos

Los celos se revuelven en el vacío, tan inseguros como nos sentimos nosotros en esos sueños en que nos hace sufrir no encontrar en su casa vacía a una persona a quien conocimos bien en la vida, pero que quizá es aquí otra que se ha limitado a tomar prestados los rasgos de otro personaje, incluso más inseguros que nosotros cuando, tras el despertar, intentamos identificar este o aquel detalle de lo que hemos soñado.

* * *

Los celos, que llevan los ojos vendados, no solo no tienen el poder de descubrir algo en las tinieblas que los rodean, sino que son además una de esas torturas en que hay que volver a empezar continuamente una tarea, igual que les pasaba a las Danaides, igual que le pasaba a Ixión.

* * *

Sucede, por desgracia, con los comienzos de una mentira de nuestra amante como con los comienzos de nuestro propio amor o de una vocación. Se forman, se aglomeran y pasan inadvertidos, sin que nos fijemos en ellos. Cuando queremos recordar de qué forma empezamos a amar a una mujer, ya nos hemos enamorado de ella; de las ensoñaciones previas no nos dijimos: es el preludio de un amor, ten cuidado; e iban avanzando por sorpresa, sin llamarnos apenas la atención.

## Arte

No, considerando la sonata [de Vinteuil] desde otro punto de vista, mirándola en sí como la obra de un gran artista, la oleada sonora me devolvía a los días de Combray —no quiero referirme a Montjouvain ni a por donde se va a Méséglise, sino a los paseos por donde los Guermantes— en que deseé ser yo también un gran

artista. Al dar de lado de hecho esa ambición, ¿había renunciado a algo real? ¿Podía la vida consolarme del arte? ¿Existía en el arte una realidad más honda en que nuestra personalidad auténtica halla una expresión que no le proporciona lo que hace en la vida? Todos los grandes artistas parecen, efectivamente, tan diferentes de los demás y hasta tal extremo nos dan esa sensación de individualidad que buscamos en vano en la existencia cotidiana.

## Intelectualismo

No sentía, al admirar al maestro de Bayreuth, ninguno de los escrúpulos de esos a quienes, como a Nietzsche, les dicta el deber que huyan, tanto en el arte cuanto en la vida, de esa belleza que los tienta y se desarriman de Tristán igual que reniegan de Parsifal, y que, por ascetismo espiritual, de mortificación en mortificación, consiguen, recorriendo el más cruento de los vía crucis, alcanzar el puro conocimiento y la adoración perfecta de *Le Postillon de Longumeau*[29].

## Música

La música, muy diferente en esto del trato con Albertine, me ayudaba a ensimismarme y a descubrir cosas nuevas en mí: esa variedad que había buscado en vano en la vida, en el viaje, cuya nostalgia me hacía sentir no obstante aquella marea sonora y sus olas bañadas de sol que venían a morir junto a mí.

## Literatura

Pero, pese a la riqueza de esas obras en que la contemplación de la naturaleza halla un lugar junto a la acción y junto a individuos que

no son sino nombres de personajes, pensaba yo hasta qué punto, a pesar de todo, tienen que ver con esa particularidad de estar —aunque lo estén maravillosamente— siempre incompletas, que es la peculiaridad de todas las grandes obras del siglo XIX, de ese siglo XIX cuyos mejores escritores fracasaron en sus libros, pero, fijándose en cómo los hacían, igual que si fueran a un tiempo el obrero y el juez, sacaron de esa autocontemplación una belleza nueva, externa y superior a la obra, imponiéndole *a posteriori* una unidad y una grandeza que no tiene.

## Arte

El otro músico, el que me embelesaba por entonces, Wagner, tras sacar de un cajón un fragmento delicioso para introducirlo como tema necesario *a posteriori* en una obra en la que no pensaba cuando lo compuso, y componiendo luego una primera ópera mitológica, y luego otra y otras más, y dándose cuenta de pronto de que acababa de componer una tetralogía, debió de sentir la misma embriaguez que Balzac cuando, mirando sus obras con mirada, a un tiempo, de extraño y de padre, y viéndole a esta la pureza de Rafael y a aquella otra la sencillez del Evangelio, cayó bruscamente en la cuenta, proyectando en ellas una iluminación retrospectiva, de que tendrían mayor belleza reunidas en un ciclo en que los mismos personajes volvieran a aparecer, y añadió a su obra, con ese ajuste, una pincelada, la última y la más sublime. Unidad ulterior, no ficticia, pues en tal caso se habría convertido en polvo como tantas sistematizaciones de escritores mediocres que, echando mano de títulos y subtítulos, se otorgan la apariencia de haber ido en pos de un propósito único y transcendente. No ficticia y quizá incluso más real por haber sido posterior, por haber nacido de un momento de entusiasmo en que la descubrió entre unos fragmentos a los que todo lo que les queda ya por hacer es ensamblarse. Unidad que nada sabía de sí misma, vital por lo tanto y no lógica, que no

proscribió la variedad ni entibió la ejecución. […] Y es que siempre que queremos imitar algo que fue real de verdad, se nos olvida que ese algo fue fruto no de la voluntad de imitar, sino de una fuerza inconsciente y que también era real […].

## Sensaciones

[…] el conocimiento no lo es de las cosas externas que queremos observar, sino de las sensaciones involuntarias […].

## Arte

Desde que dejó de existir el Olimpo, sus moradores viven en la Tierra. Y cuando, al pintar un cuadro mitológico, los pintores eligieron, para que posaran como Venus o Ceres, a muchachas del pueblo y de los oficios más vulgares, no solo no cometieron ni poco ni mucho un sacrilegio, sino que se limitaron a sumarles algo, a devolverles la cualidad y los atributos divinos de los que habían quedado despojadas.

## Mentira

Nos parece inocente desear y atroz el deseo ajeno. Y ese contraste entre lo que se refiere ora a nosotros, ora a la que amamos no tiene que ver solo con el deseo, sino también con la mentira. ¿Qué hay más usual que esta, bien se trate de ocultar, por ejemplo, las debilidades cotidianas de una salud que queremos que crean que es buena, bien de disimular un vicio, bien de encaminarnos, sin ofender al prójimo, hacia lo que preferimos? Es el utensilio para la conservación que más precisamos y usamos. Ahora

bien es el que tenemos la pretensión de desterrar de la vida de la que amamos [...].

* * *

En Albertine, esa sensación de que mentía la proporcionaban muchas particularidades que ya hemos visto en este relato, pero sobre todo el hecho de que, cuando mentía, lo que contaba pecaba bien de parecer insuficiente, o aquejado de omisiones, o inverosímil, bien, al contrario, de exceso de hechos menudos que tenían la finalidad de hacerlo parecer verosímil. Lo verosímil, por más que lo conciba de otra manera el mentiroso, no tiene nada que ver con lo verdadero. Si, mientras estamos oyendo algo que es verdad, oímos algo que es solo verosímil y que a lo mejor lo es demasiado, quien tenga un oído mínimamente fino nota que no es así, como sucede con un verso que cojea o con una palabra leída en voz alta para otra persona.

* * *

Haber declarado (como jefe de un partido político o en cualquier otro concepto) que es atroz mentir crea con frecuencia la obligación de mentir más que los demás sin por ello dar de lado la máscara solemne, sin quitarse la tiara augusta de la sinceridad. El socio del «hombre sincero» miente de forma diferente y más ingenua.

## Duplicidad

El caso de una anciana amanerada, como el señor de Charlus, quien, a fuerza de no ver con la imaginación sino a un joven gallardo, cree que él se ha vuelto un joven gallardo, y ello tanto más cuanto más amanerado y ridículo se vuelve, ese caso es más general, y ese es el infortunio de un amante muy prendado, que no se da cuenta de que, mientras que él tiene ante los ojos una cara

hermosa, su amante está viendo la cara de él, que no es hermosa, sino todo lo contrario, cuando la deforma el placer que en ella causa la contemplación de la hermosura. Y el amor ni tan siquiera agota toda la generalidad de este caso; no vemos el cuerpo propio, que los demás ven, y nosotros vamos «siguiendo» nuestro pensamiento, ese objeto que es invisible para los demás y que nosotros tenemos delante. Dicho objeto el artista lo muestra en su obra. Tal es el motivo de que a los admiradores de esa obra los desilusione el autor, en cuyo rostro no se refleja esa belleza interior sino de forma imperfecta.

Toda persona amada, e incluso, hasta cierto punto, toda persona, es para nosotros como Jano; nos muestra la cara que nos agrada si nos abandona y la cara desabrida si sabemos que la tenemos perpetuamente a nuestra disposición.

## Enfermedad

La naturaleza no parece capaz de darnos sino enfermedades bastante breves. Pero la medicina se ha adjudicado el arte de prolongarlas.

## Literatura

El amor, aunque eso es mucho decir, el placer un tanto hincado en la carne ayuda al trabajo de las letras porque destruye los demás placeres, por ejemplo los placeres de la vida social, que son iguales para todo el mundo. E incluso aunque de ese amor salgan desilusiones, de esa forma al menos inmuta también la superficie del alma, que, sin eso, correría el riesgo de estancarse. Así pues el deseo no le resulta inútil al escritor para que se aparte, en primer lugar, de los demás hombres y se adapte a ellos y, a continuación, para hacer que se mueva un poco una maquinaria mental que,

pasada cierta edad, tiende a quedarse inmóvil. No llegamos a ser felices, pero nos fijamos en las razones que nos impiden serlo y que habrían seguido siendo invisibles sin esos repentinos asomos de la decepción. Ya no es posible que se cumplan los sueños, lo sabemos; quizá, sin el deseo, no tendríamos ninguno, y resulta de utilidad tenerlos para ver cómo fracasan y que ese fracaso nos instruya.

## Lenguaje

Ahora bien, en la vida social solo existe la conversación. Y es una conversación estúpida, pero tiene el poder de suprimir a las mujeres, que no son ya sino preguntas y respuestas. Fuera de la vida social, las mujeres vuelven a ser eso que tan descansado le resulta, desde su punto de vista, a un anciano cansado: un objeto de contemplación.

## Posteridad literaria

[…] por mucho que se adentre en las generaciones futuras el brillo de las obras de los hombres, tendrá al menos que haber hombres.

## Moralidad

Llevamos en el cuerpo cierto instinto de lo que nos resulta salutífero, como llevamos en el corazón uno que nos dice en qué consiste la obligación moral, y no puede suplirse con ninguna autorización del doctor en medicina o en teología […]. Lo que sí podemos decir es que todo sucede en nuestras vidas como si entrásemos en ellas con la carga de obligaciones contraídas en una vida anterior […].

## Multiplicidad

El universo es verdadero para todos nosotros y diferente para cada uno. Si no nos viésemos en la obligación, para el orden del relato, de limitarnos a razones frívolas, cuántas razones más serias nos permitirían mostrar la endeblez mentirosa del principio de este tomo en que, desde la cama, oigo cómo se despierta el mundo, Y ora hace un tiempo y ora hace otro. Sí, no me ha quedado más remedio que ahilar el asunto y mentir, pero no es un universo, sino millones, casi tantos como pupilas e inteligencias humanas, los que se despiertan todas las mañanas.

## Arte

[…] la apariencia de individualidad real que se consigue en las obras no se debe sino al trampantojo de la habilidad técnica.

## Muerte

La muerte de Swann me trastornó en su momento. ¡La muerte de Swann! En esta frase Swann no tiene el papel de un simple genitivo. Quiero referirme en ella a una muerte particular, la muerte que envió el destino para ponerla al servicio de Swann. Pues decimos la muerte para simplificar, pero hay casi tantas muertes como personas. No contamos con sentidos que nos permitan ver, corriendo a todo correr y en todas las direcciones, las muertes, las muertes activas que el destino encamina hacia este o hacia aquel. Muchas veces son muertes que no cumplirán del todo con la tarea más que cuando transcurran dos o tres años.

# Mentira

La mentira, tan engañosa sin embargo con frecuencia y de que se componen todas las conversaciones, oculta un sentimiento de enemistad o de interés, o una visita que queremos aparentar que no ocurrió, o una aventura con una amante de un día que se quiere ocultar a la mujer propia, de forma más imperfecta de lo que una buena reputación encubre —hasta el punto de que no permite intuirlos— unos malos hábitos.

# Literatura

[…] siempre lamenté, digo, y aún lamento, que el señor de Charlus no escribiera nunca nada. No cabe duda de que no puedo sacar de la elocuencia de su conversación y ni tan siquiera de su correspondencia la conclusión de que habría sido un escritor de talento. Esos méritos no están en el mismo plano. Hemos visto cómo aburridos decidores de trivialidades escribían obras maestras y reyes de la conversación eran inferiores a los más mediocres en cuanto intentaban escribir. […] Lo lamento tanto más cuanto que, en su conversación más brillante, el ingenio nunca iba sin el temperamento, ni los hallazgos de aquel sin las insolencias de este […]; si hubiese escrito libros habríamos podido tener, aislado, el valor de su ingenio, decantado del mal, nada hubiera estorbado la imaginación y muchos rasgos habrían hecho que germinase la amistad.

En cualquier caso, incluso aunque esté equivocado acerca de lo que podría haber llevado a cabo en la más modesta página, habría hecho un insigne favor al escribir, porque lo veía todo y de todo cuanto veía sabía el nombre.

# Mentira

La mentira, la mentira perfecta acerca de la gente a la que conocemos, acerca de las relaciones que tenemos con ella, acerca de nuestros móviles en esta o aquella acción, que nosotros expresamos de forma muy diferente, la mentira acerca de qué somos, de qué nos gusta, de lo que sentimos hacia la persona que nos quiere y que nos ha moldeado a su imagen y semejanza porque se pasa el día besándonos, esa mentira es una de las pocas cosas en el mundo que puede abrirnos perspectivas que nos permitan ver cosas nuevas, ver lo desconocido, y que pueda despertar en nosotros sentidos dormidos para la contemplación del universo de los que nada habríamos sabido nunca.

# Apariencia y realidad

Nos hacemos de algunas entidades una idea tan magna que no podríamos identificarlas con los rasgos familiares de una persona conocida. Y nos costará creer en los vicios, de la misma forma que no creeremos nunca en la genialidad, de una persona con quien volvimos a ir al teatro de la Ópera ayer sin ir más lejos.

# Tiempo

Las pasiones políticas son como las demás, no duran. Llegan generaciones nuevas que no las entienden. Incluso la generación que las profesó cambia y tiene pasiones políticas que, al no estar calcadas exactamente de las anteriores, la mueven a rehabilitar a parte de los excluidos, ya que la causa del exclusivismo ha cambiado.

# Imaginación

De todas las personas a quienes conocemos tenemos un doble, pero suele hallarse en el horizonte de la imaginación y de la memoria; no deja nunca de ser algo externo a nosotros hasta cierto punto, y en lo que hizo o pudo hacer no existen, por lo que nos atañe, más elementos dolorosos que los que puede haber en un objeto situado a cierta distancia y que solo nos causa las sensaciones indoloras de la vista. Lo que afecte a esas personas lo notamos de forma contemplativa y podemos deplorarlo con las palabras adecuadas que den a los demás idea de qué buen corazón tenemos, pero no lo sentimos […].

# Arte

Ese Vinteuil a quien había conocido tan tímido y tan triste, tenía, cuando había que escoger un timbre y sumarle otro, unos atrevimientos y un tino feliz, en el sentido pleno de la palabra, acerca del que no podía quedar duda alguna tras haber oído una de sus obras. La alegría que le habían proporcionado estas o aquellas sonoridades, las fuerzas acrecentadas que le habían aportado para dar con otras, seguían llevando al oyente de hallazgo en hallazgo, o, más bien, era el creador quien lo guiaba en persona, tomando de los colores que acababa de hallar una alegría desenfrenada que le daba poder para descubrir esos otros colores, que parecían invocar, y abalanzarse sobre ellos, encantado, sobresaltándose como si chocase con una chispa, siendo así que lo sublime nacía espontáneamente del encuentro de los cobres, jadeante, presa de vértigo, mientras pintaba su magno fresco musical, igual que Miguel Ángel, atado a la escalera, soltaba, cabeza abajo, brochazos tumultuosos en el techo de la Capilla Sixtina.

⁎ ⁎ ⁎

Si el arte no era en realidad más que una prolongación de la vida, ¿valía la pena sacrificar algo por él? ¿No era acaso tan irreal como la vida misma?

⁎ ⁎ ⁎

Todos los artistas parecen así ciudadanos de una patria desconocida que incluso ellos han olvidado, diferente de esa de la que llegará, aparejando rumbo a tierra, otro gran artista.

⁎ ⁎ ⁎

Pero entonces, ¿no es acaso cierto que todo ese residuo real de estos elementos, con el que no tenemos más remedio que quedarnos y que la charla no puede transmitir, ni siquiera de amigo a amigo, de maestro a discípulo, de amante a amante, ese algo inefable que diferencia cualitativamente lo que todos y cada uno hemos sentido y no nos ha quedado más remedio que dejar en el umbral de las frases en que no podemos comunicarnos con el prójimo sino limitándonos a puntos externos que todos tenemos en común y carecen de interés, el arte, el arte de un Vinteuil y también el de un Elstir, lo hace aflorar, exteriorizando en los colores del espectro la composición íntima de esos mundos a los que damos el nombre de individuos y que nunca conoceríamos si no fuera por el arte? […] El único viaje auténtico, el único baño de eterna juventud, no sería encaminarnos hacia paisajes nuevos, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, de otros cien, ver los cien universos que ve cada uno de ellos, que son cada uno de ellos; y eso podemos conseguirlo con un Elstir, con un Vinteuil; con sus semejantes volamos de verdad de unas estrellas a otras.

⁎ ⁎ ⁎

El andante [del septeto de Vinteuil] acababa de rematar una frase colmada de ternura a la que me había entregado yo por entero; hubo entonces, antes del movimiento siguiente, un momento de descanso en que los ejecutantes soltaron los instrumentos y los oyentes cruzaron unas cuantas impresiones […] Pero ¿qué eran esas palabras que, como toda palabra humana externa, me dejaban tan indiferente, comparadas con la celestial frase musical con la que acababa de conversar? Era yo, en verdad, igual que un ángel que, expulsado de las embriagueces del Paraíso, va a dar a la más insignificante de las realidades. E igual que existen seres que son los testigos postreros de una forma de vida que la naturaleza ha descartado, me preguntaba si la música no era el ejemplo único de lo que habría podido ser —si no hubieran ocurrido el invento del lenguaje, la formación de las palabras, el análisis de las ideas— la comunicación de las almas. Es algo así como una posibilidad que no siguió adelante; la humanidad se internó por otras sendas, las del lenguaje hablado y escrito. Pero ese regreso a lo no analizado era tan embriagador que, al salir de aquel paraíso, el contacto con personas más o menos inteligentes me parecía extraordinariamente insignificante […]. Cuando se interrumpió la música, las personas presentes parecían demasiado insulsas.

⁎ ⁎ ⁎

Sabía que ese matiz nuevo de la alegría [en una de las frases musicales del septeto de Vinteuil], esa llamada hacia una alegría supraterrenal era algo que no iba a olvidar nunca. Pero, ¿sería algo que pudiera llevar yo a cabo alguna vez? Esta pregunta me parecía tanto más importante cuanto que esa frase era la que mejor habría podido caracterizar —como un contraste divisorio entre el resto de mi vida y el mundo visible— esas impresiones con que, a intervalos distantes entre sí, me topaba en la vida como si fueran puntos de referencia, primeras piedras para la edificación de una vida

auténtica: la impresión sentida ante los campanarios de Martinville, ante una hilera de árboles cerca de Balbec.

* * *

[…] [merced a los celos que sentía por Albertine], y por compensación, había podido llegar a mí la extraña llamada que nunca más dejaría ya de oír como promesa y prueba de que existía algo más, que sin duda podía realizarse mediante el arte, algo que no era esa nada que había hallado en todos los placeres y en el propio amor, y si mi vida me parecía tan vana, al menos no todo estaba consumado.

* * *

Como el mundo de las diferencias no existe en la faz de la tierra ni en todas las comarcas que nuestra percepción convierte en uniformes, razón de más para que no exista en «el gran mundo». ¿Existe en algún sitio, por lo demás? El septeto de Vinteuil parecía haberme dicho que sí.

## Relaciones sociales

[El señor de Charlus] era tan pelma como un científico que no ve nada más allá de su especialidad, tan irritante como un enterado que se enorgullece de los secretos que sabe y está deseando divulgar, tan antipático como quienes, en cuanto salen a relucir sus defectos, están encantados de la vida sin caer en la cuenta de que desagradan, tan agarrotado como un maniático e irresistiblemente imprudente como un culpable.

* * *

El embajador caído en desgracia, el jefe de servicio al que ponen en la calle de repente, el hombre de mundo a quien le hacen el vacío

y el enamorado al que despiden se pasan a veces meses repasando el suceso que acabó con sus esperanzas; le dan mil vueltas, como si fuera un proyectil disparado a saber desde dónde y a saber por quién y casi como si fuese un aerolito. Están deseando enterarse de qué elementos se compone ese extraño artefacto que se les ha venido encima y saber qué malas voluntades pueden localizarse en él. Los químicos, al menos, tienen a su disposición el análisis; los enfermos que padecen una enfermedad cuyo origen desconocen pueden llamar al médico; los casos criminales los desenreda dentro de lo posible el juez de instrucción. Pero de los comportamientos desconcertantes de nuestros semejantes pocas veces descubrimos los móviles.

* * *

Quien se haya rebajado y haya mostrado que es débil en veinte ocasiones hará gala de altanería la vigésima primera vez, la única en que resultaría útil no empecinarse en una postura arrogante y disipar un error que va echando raíces en el adversario porque no se le da un mentís.

* * *

[…] los nerviosos, que se irritan continuamente contra enemigos imaginarios e inofensivos, se vuelven, en cambio, inofensivos en cuanto alguien toma la ofensiva con ellos y es más fácil calmarlos echándoles agua fría por la cara que intentando demostrarles la inanidad de sus agravios.

* * *

El espíritu de venganza forma parte de la vida y nos abandona la mayoría de las veces —aunque existan excepciones que, como ya veremos, dentro de un mismo carácter, son contradicciones humanas— en el umbral de la muerte.

⁎ ⁎ ⁎

[…] no hay que guardarles nunca rencor a los hombres, ni juzgarlos nunca a tenor de este o aquel recuerdo de alguna maldad, pues no sabemos todo lo bueno que pudo, en otros momentos, desear sinceramente su alma y llevar a cabo; seguramente, ese aspecto malo del que hemos tomado buena nota de forma definitiva volverá, pero el alma posee mucha más riqueza, tiene otros muchos aspectos que también volverán en esos hombres cuya amenidad descartamos por el mal comportamiento que tuvieron.

⁎ ⁎ ⁎

[…] dictamino la dificultad que existe para brindar una imagen fija tanto de una forma de ser cuanto de las sociedades y las pasiones. Pues no es menos cambiante aquella que estas, y si pretendemos clisar lo que es en ella relativamente inmutable, vemos que le presenta sucesivamente aspectos diferentes (lo que implica que no sabe estarse quieta y se mueve) al objetivo desconcertado.

## Amor

Le escribía a Gilberte que no volvería a verla, con la intención, efectivamente, de no volver a verla, pero a Albertine solo se lo decía por pura mentira y para conseguir una reconciliación. Por lo tanto, nos mostrábamos mutuamente una apariencia muy diferente de la realidad. Y seguramente siempre sucede lo mismo cuando dos personas se encaran, porque ninguna de los dos está enterada de parte de lo que hay en la otra (e incluso lo que sabe no puede entenderlo en parte) y las dos enseñan lo que les es menos personal, bien porque no han desentrañado ni siquiera para sí mismas lo más personal y lo consideran de poca importancia, bien porque algunas prendas insignificantes y que no dependen de ellas les parecen más importantes y más favorecedoras. Pero, en el amor,

ese malentendido alcanza el grado sumo porque, salvo quizá en la infancia, intentamos que la apariencia que adoptamos, más que ser un reflejo del pensamiento sea lo que a ese pensamiento le parece más apto para conseguir lo que deseamos […].

## Deseo

A partir de determinada edad, por amor propio y por sagacidad, las cosas que más deseamos son aquellas por las que parecemos mostrar menos apego.

## Amor

[…] si la vida no les trae cambios a nuestros amores, seremos nosotros quienes querremos traerlos o fingirlos, y hablar de separación, pues hasta ese punto notamos que todos los amores y todas las cosas van evolucionando velozmente hacia el adiós. Queremos llorar las lágrimas que vendrán con ese adiós mucho antes de que llegue.

* * *

¿Y si esa comedia de separación acababa en separación? No podemos tomar en consideración esa posibilidad, incluso por muy inverosímil que sea, sin que se nos oprima el corazón. Sentimos ansiedad por partida doble, pues en tal caso la separación llegaría en los momentos en que resulta insoportable, cuando acabamos de sufrir por culpa de esa mujer que nos dejaría antes de habernos sanado, o, al menos, apaciguado. No contamos ya, por último con ese apoyo de la costumbre en que descansamos incluso en la pena.

⁎ ⁎ ⁎

[…] y en amor es más fácil renunciar a un sentimiento que quedarse sin un hábito.

⁎ ⁎ ⁎

[…] porque, por otra parte, en una separación, quien no ama es quien dice ternezas, pues el amor no se expresa directamente […].

⁎ ⁎ ⁎

Aunque nos hubiéramos limitado a hablar de separación ya habría sido algo grave. Esas conversaciones que trascurren así creemos que las mantenemos no solo sin sinceridad, que es, efectivamente, el caso, sino además con libertad. Ahora bien son, por lo general sin que nos demos cuenta y cuchicheándolo a pesar nuestro, el primer susurro de una tormenta que no nos maliciamos. En realidad, lo que expresamos en esos casos es lo contrario de lo que deseamos (y que es vivir siempre con la persona amada), pero es también esa imposibilidad de vivir juntos, que nos hace sufrir a diario, un sufrimiento que preferimos al de la separación y que, a pesar nuestro, acabará por separarnos. Normalmente no es algo que suceda, no obstante, de golpe. Las más de las veces ocurre que […], poco después de esas palabras en que no creíamos, ponemos en marcha un ensayo sin forma definida de separación voluntaria, indolora, temporal. […] No tardará la separación momentánea y risueña en cederle el sitio a la separación atroz y definitiva que hemos preparado sin saberlo.

⁎ ⁎ ⁎

Por lo visto en la vida mundana, reflejo insignificante de lo que sucede en el amor, la forma mejor de que lo pretendan a uno es dar calabazas.

# Música

Esa música, por ejemplo [el septeto de Vinteuil] me parecía algo más verdadero que todos los libros conocidos. A ratos pensaba que se debía a que dar cuenta de eso que notamos de la vida, y no en forma de ideas, sino en su traducción literaria, es decir intelectual, lo explica, lo analiza, pero no vuelve a componerlo a semejanza de la música, en que los sonidos parecen adoptar la inflexión del ser, reproducir ese pico interior y extremo de las sensaciones que es la parte que nos proporciona esa embriguez específica con que nos volvemos a encontrar de vez en cuando; y a que, cuando decimos: «¡Qué tiempo tan hermoso! ¡Que sol tan espléndido!» no informamos de nada al prójimo en quien el mismo sol y la misma temperatura despiertan vibraciones diferentes por completo.

* * *

Es imposible que una escultura o una obra musical que nos aporten una emoción que notamos que es más elevada, más pura, más verdadera, no correspondan a determinada realidad espiritual. No cabe duda de que será símbolo de alguna si da esa impresión de hondura y verdad. Así, por ejemplo, nada se parecía más que esa frase de Vinteuil al placer específico que había notado a veces en la vida ante los campanarios de Martinville y algunos árboles de una carretera de Balbec o, más sencillamente, al principio de este libro, tomando cierta taza de té.

# Literatura

Aquella belleza nueva y terrible de una casa, aquella belleza nueva y mixta de un rostro de mujer, eso es algo único que Dostoievski le dio al mundo, y las comparaciones que de él puedan

hacer algunos críticos literarios con Gógol o con Paul de Kock no tienen interés alguno pues son externas a esa belleza secreta.

* * *

La señora de Sévigné, como Elstir y como Dostoievski, en vez de presentar las cosas en el orden lógico, es decir, empezando por la causa, nos muestra antes el efecto, la ilusión que nos impresiona. Así es cómo presenta Dostoievski a sus personajes. Sus acciones nos parecen tan engañosas como esos efectos de Elstir en que el mar parece que está en el cielo. Nos deja muy asombrados enterarnos de que aquel hombre taimado es en el fondo una excelente persona, o al revés.

* * *

[El Narrador conversa con Albertine] […]: es posible que a los creadores los tienten determinadas formas de vida que no han conocido personalmente. Si la acompaño a usted a Versailles, como habíamos quedado, le enseñaré el retrato del hombre de bien por excelencia, del mejor de los maridos, Choderlos de Laclos, que escribió el más espantosamente perverso de todos los libros; y frente por frente exactamente, el de la señora de Genlis, que escribrió cuentos morales y no se limitó a engañar a la duquesa de Orléans, sino que la torturó apartando de ella a sus hijos. Pese a todo, reconozco que en Dostoievski esa preocupación por el asesinato tiene algo fuera de lo común y por eso lo noto muy ajeno a mí […]. En Dostoievski me encuentro con pozos excesivamente profundos, aunque relacionados con unos cuantos puntos aislados del alma humana. Pero es un gran creador. […] Lo que me fastidia es la forma solemne en que hablan, y sobre todo en que escriben, sobre Dostoievski. ¿Se ha fijado en el papel que desempeñan el amor propio y el orgullo en sus personajes? Diríase que para él el amor y el odio más desenfrenado, la bondad y la traición, la timidez

y la insolencia no son sino dos estados de una misma forma de ser [...].

## Arte

Empezaban a entrarme dudas, me decía que, bien pensado, podría ser posible que, si las frases de Vinteuil parecían la expresión de algunos estados de ánimo análogos al que había notado al probar la magdalena mojada en la taza de té, nada me garantizaba que lo inconcreto de esos estados fuera señal de su hondura, sino solo de que aún no hemos sabido analizarlos y que, por lo tanto, nada habría en ellos que fuera más real que en los demás. No obstante, aquella dicha, aquella sensación de certidumbre de la dicha mientras me bebía la taza de té, mientras olía en Les Champs-Élysées un aroma a bosque antiguo, no era una ilusión. En cualquier caso, me decía el espíritu de la duda, incluso aunque esos estados sean en la vida más hondos que otros y por eso mismo no se los pueda analizar, porque ponen en juego demasiadas fuerzas de que no nos hemos percatado aún, el encanto de algunas frases de Vinteuil me los recuerda porque es también algo que no se puede analizar, aunque eso no demuestre que tenga la misma hondura [...].

## Placer

Solo del placer que nota cada cual pueden sacarse conocimiento y dolor.

## Amor

Cuánto me hacía sufrir la posición a que nos ha dejado reducidos ese olvido de la naturaleza que, al instituir la división de los cuerpos,

no se le ocurrió hacer posible la penetración mutua de las almas […].

## Creación artística

[…] ¿qué esculturas, qué cuadros largamente perseguidos y al fin poseídos, o incluso, en el mejor de los casos, contemplados con desinterés, me habrían permitido el paso […], desde fuera, a ese camino de comunicación privado, pero que da al camino real por donde pasa eso que solo llegamos a conocer el día en que nos ha hecho padecer, la vida de los demás?

# Volumen VI

# ALBERTINE DESAPARECIDA

## Dolor

¡Hasta qué punto, en psicología, llega el sufrimiento más allá que la psicología!

## Amor

Sí, hace un rato, antes de que llegase Françoise, me había parecido que ya no quería a Albertine, me había parecido que no daba nada de lado; como analista concienzudo, me había parecido que conocía perfectamente el fondo de mi corazón. Pero nuestra inteligencia, por mucha que sea, no puede divisar los elementos que lo componen y que no sospechamos siquiera mientras, en ese estado volátil en que perviven casi siempre, no aparezca un fenómeno capaz de aislarlos que les imponga un comienzo de solidificación. Me había equivocado cuando creía ver con claridad en mi corazón. Pero ese conocimiento, que no me habían proporcionado las percepciones más sutiles de la mente, me lo acababa de servir,

sólida, relumbrante, ajena, como una sal cristalizada, la repentina reacción del dolor.

## Costumbre

Así de acostumbrado estaba a tener junto a mí a Albertine; y de pronto le veía a la Costumbre otro rostro nuevo. Hasta ahora me había parecido sobre todo un poder aniquilador que suprimía la originalidad e incluso la conciencia de las percepciones; ahora la veía como una divinidad temible, tan encadenada a nosotros, con su cara insignificante tan incrustada en nuestro corazón que, si se desprende, si nos deja, esa deidad a la que casi no veíamos nos hace padecer sufrimientos más terribles que cualesquiera otros y es entonces tan cruel como la muerte.

## Tiempo

[…] como el futuro es lo que solo en nuestro pensamiento existe, nos parece que aún podemos modificarlo con la intervención *in extremis* de nuestra voluntad. Pero, al mismo tiempo, recordaba que había visto que influían en él otras fuerzas además de la mía y contra las que, por mucho más tiempo que me hubieran concedido, no habría tenido yo poder alguno.

## Razón/Intuición

Pero […], porque la inteligencia no es la herramienta más sutil, la más poderosa, la más indicada para captar lo verdadero, he aquí una razón más para comenzar por la inteligencia y no por la capacidad de intuición del inconsciente, por una fe en los presentimientos que no esté hecha a medida. Es la vida la que, poco

a poco, caso a caso, nos permite darnos cuenta de que lo más importante para el corazón, o para la mente, no nos lo enseña el razonamiento, sino otras potencias diferentes. Y entonces es la propia inteligencia la que, al darse cuenta de que estas son superiores, razona, abdica ante ellas y se aviene a convertirse en su colaboradora y en ponerse a su servicio. Es la fe experimental.

## Amor

No hay mujer que no note que, cuando tiene un gran poder sobre un hombre, la única forma de irse es la huida. Es fugitiva porque es reina; así son las cosas.

## Dolor

El sufrimiento, prolongación de un impacto anímico que nos han impuesto, aspira a cambiar de forma; tenemos la esperanza de que se volatilice si hacemos proyectos, si pedimos informaciones; queremos que pase por sus incontables metamorfosis, es algo que requiere menos valor que seguir con el sufrimiento sincero; qué estrecha parece la cama, qué dura y qué fría, esa cama en que nos acostamos con nuestro dolor.

* * *

Cuando nos vemos al borde del abismo y nos parece que Dios nos ha abandonado, no vacilamos ya en esperar de Él un milagro.

## Celos

Es asombroso qué poca imaginación tienen los celos, que se pasan la vida haciendo, sin salir de la falsedad, suposiciones de poca

monta, cuando de lo que se trata es de descubrir la verdad.

## Memoria

Pero eso que llaman experiencia no es sino la revelación que nos pone delante de los ojos un rasgo de nuestra forma de ser que asoma de nuevo espontáneamente, y lo vuelve a hacer con tanta mayor fuerza que ya lo habíamos alumbrado una vez en nuestro fuero interno, de forma tal que al impulso espontáneo que nos guio la primera vez lo refuerzan ahora todas las sugerencias del recuerdo. El plagio humano en que le resulta más difícil no caer al individuo (e incluso a los pueblos, que perseveran en las faltas cometidas e incluso las van empeorando) es el plagio de uno mismo.

## Amor

[…] cuando [el amor] ha alcanzado el grado en que causa males así, ya está avanzada la construcción de las sensaciones que se interponen entre el rostro de la mujer y los ojos del amante —ese huevo enorme y doloroso que lo enfunda y lo oculta tanto como hace una capa de nieve con una fuente—, lo suficientemente avanzada para que el punto en que se detienen las miradas del amante, ese punto donde halla placer y padecimientos, se encuentre tan alejado del punto en que lo ven los otros como lo está el sol verdadero del lugar en que la condensación de su luz nos lo hace ver en el cielo.

* * *

Dejemos a las mujeres bonitas para los hombres sin imaginación.

## Creencias

Es en realidad porque prevemos, porque aguardamos, esperanzados, acontecimientos felices, por lo que rebosamos de una alegría que atribuimos a otras causas y que concluye y nos deja regresar a la pena cuando no tenemos ya tanta seguridad de que lo que deseamos vaya a ocurrir, creencia invisible que sustenta el edificio de nuestro mundo sensitivo y sin la cual se tambalea.

## Amor

Cuanto más avanza el deseo, más se tambalea la auténtica posesión. De forma tal que si la felicidad, o, al menos, la ausencia de padecimientos, puede darse, no es la satisfacción lo que hay que buscar, sino la disminución progresiva y la desaparición final del deseo. Intentamos ver a quien amamos, deberíamos intentar no verlo, solo el olvido acaba por traer consigo la extinción del deseo.

## Soledad

Los lazos entre otra persona y nosotros solo existen en nuestro pensamiento. La memoria, al ir debilitándose, los afloja, y pese a esa ilusión con que querríamos engañarnos y con la que, por amor, por amistad, por respeto humano, por sentido del deber, engañamos a los demás, existimos en soledad. El hombre es el ser que no puede salir de sí mismo, que nada sabe de los demás sino en sí mismo, y, si dice lo contrario, miente.

## Deseo

Creemos que, a tenor de nuestro deseo, podremos cambiar las cosas que nos rodean, lo creemos porque, fuera de él, no vemos ninguna solución favorable. No pensamos en esa que ocurre las más de las veces y también resulta favorable: no conseguimos cambiar las cosas a tenor de nuestro deseo, pero, poco a poco, ese deseo nuestro cambia. La situación que teníamos la esperanza de cambiar porque nos resultaba insoportable acaba por sernos indiferente. No hemos podido vencer el obstáculo, que es lo que queríamos rotundamente, pero la vida nos ha hecho rodearlo y dejarlo atrás y ahora, dándonos la vuelta para mirar la lejanía del pasado, apenas sí podemos vislumbrarlo, pues se ha convertido en algo imperceptible.

## Lectura

Yo sabía que es imposible leer una novela sin atribuirle a la protagonista los rasgos de la mujer a la que amamos.

## Amor

Y, sin duda, uno de los motivos de esas perpetuas decepciones que nos causa el amor son estas perpetuas desviaciones que hacen que, cuando estamos esperando al ser ideal al que amamos, la respuesta que nos traen todas las citas es una persona de carne que muy poco tiene ya que ver con nuestro sueño. Y, luego, cuando le pedimos algo a esa persona, recibimos de ella una carta en la que, incluso, queda muy poco de esa persona, de la misma forma que en las letras del álgebra, no queda nada ya de la delimitación de los números de la aritmética y no contienen ya las cualidades de las frutas o de las flores sumadas.

⁎ ⁎ ⁎

Sin duda, igual que le había dicho tiempo atrás a Albertine: «No la quiero», para que me quisiera; «Me olvido de las personas si no las veo», para que me viera muy a menudo; «He decidido dejarla», para anticiparme a cualquier idea de separación, ahora era porque quería a toda costa que volviera en los ocho días siguientes por lo que le decía: «Adiós para siempre»; porque quería volver a verla era por lo que le decía: «Me parecería arriesgado verla», porque vivir separado de ella me parecía peor que la muerte le escribía: «Tiene razón, seríamos desdichados juntos». Por desgracia, en cuanto a esa carta embustera, cuando la escribí para que pareciera que no le tenía apego y también por el agrado de decirle unas cuantas cosas que solo podían conmoverme a mí y no a ella, habría debido empezar por prever que era posible que el efecto que causara fuera una respuesta negativa, es decir, que ratificase lo que decía yo […].

⁎ ⁎ ⁎

Pero, por culpa de la forma desastrosa en que está construido el universo psico-patológico, el comportamiento torpe, el comportamiento que habría que evitar sobre todo, es precisamente el comportamiento que nos calma, el comportamiento que, a la espera de saber el resultado, nos abre nuevas perspectiva de esperanza, nos libra momentáneamente del dolor intolerable que ha despertado en nosotros el rechazo. De forma tal que, cuando el dolor es excesivamente fuerte, vamos derechos a caer en esa torpeza que consiste en escribir, en enviar a alguien a que suplique de parte nuestra, en ir a ver qué pasa, en demostrar que no podemos vivir sin la mujer a la que amamos.

⁎ ⁎ ⁎

Tenemos en el alma cosas por las que no sabemos cuánto apego sentimos. O, si vivimos sin ellas, es porque vamos retrasando de un día para otro poseerlas, por temor a fracasar o a sufrir. Eso fue lo

que me ocurrió con Gilberte cuando creí que estaba renunciando a ella. Si, antes de que llegue el momento en que nos hemos desapegado del todo de esas cosas —momento muy posterior a ese en que creemos que ya estamos desapegados—, la muchacha a la que amamos, por ejemplo, se compromete con otro, nos ponemos como locos, no podemos ya soportar la vida, que nos parecía tan melancólicamente sosegada. En cambio, si tenemos lo que queremos, nos parece que nos pesa, que nos libraríamos de ello de buen grado. Eso fue lo que me sucedió con Albertine. Pero si la persona que nos era indiferente se va y nos vemos privados de ella, ya no podemos vivir.

## Deseo

Y seguramente nos equivocamos al creer que nuestro deseo sea cosa de nada, ya que en cuanto creemos que no se puede cumplir volvemos a tener empeño en él y solo nos parece que no merecía la pena irlo siguiendo cuando tenemos la completa seguridad de que no se nos escapará.

## Mentira

El tiempo pasa y, poco a poco, todo cuando decíamos mintiendo se vuelve verdad.

## Deseo

De la misma forma que durante nuestra vida entera nuestro egoísmo no deja de ver ni por un momento las metas que valora mucho nuestro yo, pero no se fija nunca en ese Yo propiamente dicho que no deja de tenerlas en cuenta, de esa misma forma el

deseo que rige nuestras acciones baja a su encuentro, pero no vuelve a subir hacia sí, bien porque, por demasiado utilitario, vaya a caer en la acción y desdeñe el conocimiento, bien porque busquemos el porvenir para enmendar las decepciones del presente, bien porque la pereza mental lo impulse a resbalar por la cómoda cuesta de la imaginación en vez de volver a trepar por la cuesta accidentada de la introspección.

## Dolor

[La decisión de matarme] me obligó a pensar en mí. Ahora bien, como el yo vive continuamente pensando en muchas cosas y no consiste sino en el pensamiento de esas cosas, cuando por casualidad, en vez de tenerlas ante los ojos, piensa en sí de pronto, no se encuentra más que con un aparato vacío, con algo que no conoce, a lo que, para darle algo, le añade el recuerdo de una cara que ha visto en el espejo. Esa sonrisa tan rara, esos bigotes desiguales, eso es lo que va a desaparecer de la superficie de la tierra.

## Amor

¿Cómo pude […] creer que la muerte se limita a tachar lo que existe y deja el resto en buenas condiciones, que le quita del corazón el dolor a ese para quien la existencia no es ya sino causa de dolores, que quita el dolor y no pone nada en el sitio? […] Qué poco sabemos lo que tenemos en el corazón.

* * *

Solo me quedaba ya una esperanza para el futuro —una esperanza mucho más desgarradora que un temor— y era olvidarme de Albertine. Sabía que algún día la olvidaría, como había olvidado a

Gilberte, como había olvidado a la señora de Guermantes, como había olvidado a mi abuela. Y ese es el castigo más justo y más cruel por ese olvido tan total, tan apacible como el de los cementerios, que nos desapega de aquellos a los que no queremos ya, que nos hace intuir que es inevitable ese mismo olvido en lo tocante a aquellos a quienes todavía queremos. A decir verdad, sabemos que es un estado indoloro, un estado de indiferencia.

## Memoria

Solo somos por lo que tenemos, no tenemos más que lo que es de verdad presente para nosotros, ¡y tantos recuerdos, tantos disgustos, tantas ideas se ausentan para viajar lejos de nosotros, a lugares en que los perdemos de vista! Y entonces no podemos ya sumarlos en nuestro haber, en esa cifra total que es nuestra persona. Pero tienen caminos secretos para volver a metérsenos dentro. Y algunas noches, tras haberme quedado dormido sin añorar ya casi a Albertine —solo se puede añorar aquello que se recuerda —, al despertar me encontraba con toda una flota de recuerdos que habían acudido a recorrerme y que veía perfectamente.

## Celos

[…] puesto que para los celos no existen ni pasado ni futuro y que lo que imaginan siempre es Presente.

## Lenguaje

Pero las lenguas se sueltan de forma peculiar y cuentan con facilidad una culpa cuando no es ya de temer el rencor del culpable.

# Amor

Pero por la infinitud del amor, o por su egoísmo, las personas a las que amamos son aquellas a cuya fisonomía intelectual y espiritual les vemos la definición objetiva mínima; las retocamos continuamente a tono con nuestros deseos y nuestros temores, no las separamos de nosotros, no son sino un lugar inmenso e inconcreto donde exteriorizamos nuestros afectos. No tenemos de nuestro propio cuerpo, al que afluyen continuamente tantas incomodidades y tantos placeres, un perfil tan claro como el que tenemos de un árbol o de una casa o de un transeúnte. Y es posible que mi error hubiera sido no intentar con más empeño conocer a Albertine en sí.

* * *

Deseamos que nos entiendan porque deseamos que nos amen, y deseamos que nos amen porque amamos. Que nos entiendan los demás nos resulta indiferente; y su amor, importuno.

* * *

[…] nuestro error no consiste en apreciar la inteligencia y el agrado de una mujer a la que queremos, por mínimos que sean. Nuestro error consiste en que nos dejen indiferentes el agrado y la inteligencia de los demás.

* * *

Es que la confianza y la conversación, cosas mediocres, qué importancia tiene que sean más o menos imperfectas si las acompaña aunque sea mínimamente el amor, lo único que es divino.

## Individualidad

Pues nada se repite nunca exactamente y las existencias más análogas, que, gracias al parentesco de los caractereres y a la semejanza de las circunstancias, podemos elegir para presentarlas como simétricas entre sí, siguen siendo opuestas en muchos aspectos.

* * *

[…] esta prolongada queja del alma que cree que vive encerrada en sí misma no es un monólogo sino en apariencia, puesto que los ecos de la realidad hacen que se desvíe y determinada vida es como un ensayo de psicología subjetiva que se lleva adelante espontánemente, pero que proporciona, a cierta distancia, su «acción» a la novela puramente realista de otra realidad, de otra existencia, cuyas peripecias, a su vez, influyen en la curva y cambian la dirección del ensayo psicológico.

## Imaginación

Pero, a cambio de eso que nos deja esperar la imaginación y que nos tomamos tanto trabajo inútil para intentar descubrir, la vida nos da algo que no nos esperábamos ni por lo más remoto.

## Deseo

Deseamos más a la persona que va a entregársenos; la esperanza anticipa la posesión; pero también las cosas que lamentamos amplifican el deseo.

# Amor

Ya se trate de las condiciones sociales, ya se trate de las previsiones de la sensatez, la verdad es que no podemos hacer presa en la vida de otra persona.

* * *

Pero ahora me daba cuenta de que no estamos en libertad de no forjar [nuestras desventuras inútiles] y que, por mucho que sepamos cuál es nuestra voluntad, los demás no se atienen a ella.

# Muerte

Es más cruel que morirnos, pero menos que pensar en que otro ha muerto, la idea de que moriremos, la idea de que, tras recuperar una superficie llana después de haberse tragado a alguien, se extienda, sin una ondulación siquiera en ese punto, una realidad de la que ha quedado excluida esa persona, donde no existe ya ninguna voluntad ni ningún conocimiento y desde la que resulta dificilísimo remontarse hasta la idea de que esa persona estuvo viva, tan difícil como lo es pensar del recuerdo muy reciente aún de su vida que lo podemos asimilar a las imágines inconsistentes y a los recuerdos que nos dejan los personajes de una novela que hemos leído.

* * *

[…] la persona no se muere enseguida para nosotros, sigue sumergida en algo así como un aura de vida que nada tiene que ver con la auténtica inmortalidad, pero que consigue que la conservemos en el pensamiento, igual que cuando vivía. Es como si estuviera de viaje. Se trata de una supervivencia muy pagana.

## Amor

Mi imaginación la buscaba por el cielo[30], en las noches en que aún lo habíamos mirado juntos; más allá de ese claro de luna que le gustaba, yo intentaba alzar hasta ella mi cariño para que le hiciera las veces de un consuelo más por no estar ya viva; y ese amor por una persona que ahora estaba tan lejana era como una religión, mis pensamientos subían hasta ella como oraciones. El deseo tiene mucha fuerza, engendra la creencia; yo había creído que Albertine no se iría porque la deseaba. Porque la deseaba creí que no había muerto […].

## Individualidad

Las cosas y las personas no empezaban a existir para mí más que cuando adquirían en mi imaginación una existencia individual. Si había miles que se parecieran, se convertían para mí en representativas de las otras.

## Dolor

Y el dolor modifica la realidad con la misma fuerza que la embriaguez.

## Celos

Una de las cosas que pueden hacer los celos es desvelarnos hasta qué punto la realidad de los hechos externos y los sentimientos del alma son cosas desconocidas que se prestan a mil suposiciones. Creemos saber con exactitud qué son las cosas y qué

piensa la gente por la sencilla razón de que no nos preocupa. Pero en cuanto sentimos deseo de saber, como le sucede al celoso, aparece entonces un caleidoscopio vertiginoso en el que ya no distinguimos nada.

## Amor

Cuando está viva nuestra amante, gran parte de los pensamientos que constituyen eso que llamamos nuestro amor acuden en las horas en que no está ella a nuestro lado. Así es como nos acostumbramos a que el tema de nuestras ensoñaciones sea una persona ausente y que, incluso aunque solo lo esté unas pocas horas, no sea, durante esas horas, sino un recuerdo.

## Muerte

Se dice a veces que puede quedar algo de una persona después de que haya muerto si se trataba de un artista y ponía algo de sí en su obra. Así es quizá como una especie de esqueje: tomado de una persona e injertado en el corazón de otra, sigue adelante allí con su vida, incluso cuando la persona de la que se había tomado el esqueje haya muerto ya.

## Individualidad

[…] pues de todas las personas, incluso de las más humildes, dependen esos seres menudos y familiares, que están a un tiempo vivos y tendidos, como entumecidos, en el papel: los caracteres de su letra, que solo son suyos.

## Dolor

La pena es egoísta y no puede recibir alivio de lo que no la afecta.

## Memoria

[…] con esa conservación de la energía que posee todo cuanto es físico, el sufrimiento ni tan siquiera precisa de las lecciones de la memoria. Igual que a un hombre que haya olvidado ya las hermosas noches pasadas en el bosque al claro de luna le sigue doliendo el reuma que se cogió.

## Muerte

Lo que sentimos solo existe para nosotros y lo proyectamos hacia el pasado y hacia el futuro sin permitir que nos detengan las barreras ficticias de la muerte.

## Costumbre

[…] porque no conocemos de verdad más que lo nuevo, lo que introduce de pronto en nuestra sensibilidad un cambio de tono que nos llama la atención, algo en cuyo lugar no ha colocado aún la costumbre sus desvaídos facsímiles.

## Amor

Amamos por una sonrisa, por una mirada, por un hombro; entonces, en las largas horas de esperanza o de tristeza, fabricamos una persona y componemos una forma de ser. Y cuando, más adelante, tratamos a la persona amada, no podemos ya, por mucho que nos veamos ante una cruda realidad, quitarle esa forma de ser bondadosa, esa naturaleza de mujer que nos ama, a la persona que tiene esa mirada y ese hombro, como tampoco podemos, cuando envejece, quitarle a alguien la primera cara que llevamos conociendo desde que era joven.

## Memoria

Igual que sucede con el pasado, no gustamos el presente todo de golpe, sino grano a grano.

* * *

[…] el alejamiento de algo es proporcional más a la agudeza visual de la memoria que mira que a la distancia real de los días transcurridos, igual que el recuerdo de un sueño de la noche pasada, que puede parecernos tan lejano, por lo impreciso y desvaído, como un acontecimiento que tenga ya unos cuantos años.

## Sueño

Por lo demás, en la historia de un amor y de sus batallas contra el olvido, ¿no ocupa el sueño un lugar mayor aún que la vigilia, él, que no tiene en cuenta divisiones infinitesimales del tiempo, que suprime las transiciones, pone cara a cara los grandes contrastes, desbarata en un momento la obra del consuelo, tan lentamente tejida durante el día, y nos facilita por la noche un encuentro con esa de la que habríamos acabado por olvidarnos siempre y cuando no la hubiéramos vuelto a ver? Porque, digan lo que digan, podemos

tener perfectamente en sueños la sensación de que lo que sucede es real.

* * *

[…] puesto que, según dicen, los muertos no pueden sentir nada ni hacer nada. Eso dicen, pero no impedía que mi abuela, que había muerto, siguiese viviendo, no obstante, desde hacía varios años y, en esos momentos, anduviera arriba y abajo por la habitación. Y, desde luego, cuando ya me había despertado, esa idea de una muerta que seguía viviendo debería haberme resultado tan imposible de entender como me resulta explicarlo. Pero se me había ocurrido tantas veces durante esos períodos pasajeros de locura que son nuestros sueños que había acabado por familiarizarme con ella; la memoria de esos sueños puede llegar a ser bastante duradera si se repiten con frecuencia.

## Memoria

Efectivamente, de cada idea arrancan en nosotros, como de una encrucijada, tantos caminos diferentes que, cuando menos me lo esperaba, me topaba con un nuevo recuerdo.

* * *

A partir de cierta edad tenemos tan enmarañados los recuerdos que la cosa en que pensamos o el libro que estamos leyendo no tienen casi importancia. Hemos dejado ya algo nuestro por todas partes, todo es fecundo, todo es peligroso, y podemos hacer hallazgos tan valiosos en los *Pensamientos* de Pascal como en el anuncio de un jabón.

## Costumbre

Alzando una punta del pesado velo de la costumbre (la costumbre embrutecedora que se pasa toda la vida ocultándonos casi todo el universo y, en una oscuridad profunda, sin cambiar la etiqueta, coloca en el lugar de los venenos más peligrosos, o de los más embriagadores, de la vida algo anodino que no aporta ningún deleite), me volvía este o aquel recuerdo, como el primer día, con esa lozana y aguzada novedad del regreso de una estación del año, de un cambio en la rutina de las horas que, asimismo en el ámbito de los placeres, si vamos en coche un día hermoso de principios de primavera, o si salimos de casa cuando está asomando el sol, consiguen que nos fijemos en nuestras acciones insignificantes con una exaltación lúcida que coloca ese minuto intenso por encima de todo cuanto sucedió en los días anteriores.

## Memoria

Los días pasados van cayendo poco a poco encima de los anteriores y, a su vez, los entierran los siguientes. Pero todos los días pasados se quedan depositados en nosotros como en una imnensa biblioteca donde hay libros más viejos, y algún ejemplar que seguramente nadie pedirá nunca. No obstante, si ese día pasado, cruzando por el espacio translúcido de las épocas siguientes, vuelve a la superficie y nos cubre, tapándonos del todo, entonces, por un momento, los nombres recuperan el significado antiguo; y las personas, el rostro antiguo; y nosotros, nuestra alma de entonces; y sentimos, con un sufrimiento inconcreto, pero que se ha vuelto tolerable y no durará, los problemas que hace mucho se tornaron insolubles y tanto nos angustiaban a la sazón. Se compone nuestro «yo» de la superposición de nuestros estados sucesivos. Pero esa superposición no es inmutable como los estratos de una montaña. Hay perpetuamente plegamientos que hacen aflorar las capas antiguas.

# Celos

En el sufrimiento físico, al menos no tenemos que escoger nosotros el dolor. La enfermedad lo decide y nos lo impone. Pero en los celos tenemos que probar, por así decirlo, sufrimientos de cualquier tipo y tamaño antes de quedarnos con el que parece que va a encajar bien. Y cuánto más difícil resulta, cuando se trata de ese sufrimiento que consiste en notar que aquella a la que amábamos se deleita con personas que se diferencian de nosotros, que le proporcionan sensaciones que nosotros no somos capaces de proporcionarles, o que, al menos, por la constitución, el aspecto y los modales, le brindan cosas muy otras de las que les brindamos nosotros. ¡Ay, ojalá Albertine se hubiera enamorado de Saint-Loup! ¡Cuánto menos habría sufrido yo, me parece! Cierto es que nada sabemos de la sensibilidad particular de las demás personas, pero, normalmente, ni siquiera estamos al tanto de que nada sabemos, pues esa sensibilidad de los demás nos es indiferente.

# Amor

Los novelistas aseguran a menudo, en alguna introducción, que viajando por una comarca conocieron a alguien que les contó la vida de una persona. Ceden entonces la palabra a ese amigo de paso y el relato que les hace es precisamente la novela. Así le contó a Stendhal la vida de Fabrice del Dongo un canónigo de Parma. ¡Cuánto desearíamos, cuando amamos, es decir, cuando la existencia de otra persona nos parece misteriorsa, dar con un narrador así de informado!

# Deseo

Pues es preciso que nuestras sensaciones, para tener fuerza, pongan en marcha en nosotros algo que sea diferente de ellas, un sentimiento que no pueda satisfacerse con el placer, sino que se añada al placer y lo hinche, que se aferre desesperadamente al placer.

# Memoria

Y yo notaba una vez más, de entrada, que el recuerdo no tiene capacidad de invención, que es impotente para desear nada más, ni siquiera nada mejor de lo que hemos poseído; y, además, que es espiritual, de forma tal que la realidad no puede porporcionarle el estado que busca; y, para concluir, que, referido a una persona muerta, el renacimiento que encarna no es tanto la necesidad de amar, que es lo que nos parece a nosotros, cuanto la necesidad de la ausente.

# Tiempo

Igual que existe una geometría en el espacio, existe una psicología en el tiempo, en que los cálculos de una psicología plana no serían ya exactos porque no tendríamos en cuenta el tiempo ni una las formas que adopta, el olvido: el olvido, cuya fuerza empezaba yo a notar y que es una herramienta tan poderosa de adaptación a la realidad porque destruye poco a poco en nosotros el pasado superviviente que está en constante contradicción con ella.

# Amor

Cuando caí en la cuenta, por la diferencia que había entre lo que la importancia [de Albertine] y la de sus hechos suponía para mí y para los demás, de que mi amor era no tanto un amor para ella cuanto un amor en mí, habría podido sacar varias consecuencias de ese carácter subjetivo de mi amor y de que, por ser un estado mental, podía, de forma principal, sobrevivir bastante tiempo a la persona, pero también que, al no tener con esa persona ningún lazo verdadero, al no contar con apoyo alguno fuera de sí mismo, tendría que, como todos los estados mentales, incluso los más duraderos, quedarse algún día fuera de uso y que habría que «sustituirlo», y ese día todo cuanto parecía vincularme tan dulce e indisolublemente con el recuerdo de Albertine habría dejado ya de existir para mí. Tal es la desgracia de las personas, que solo son para nosotros planchas de impresión de unas colecciones que se desgastan mucho en el pensamiento. Por eso mismo basamos en esas personas proyectos que cuentan con el fuego del pensamiento; pero el pensamiento se cansa y el recuerdo se destruye […].

* * *

Desde luego, me daba cuenta perfectamente ahora de que antes de olvidar [a Albertine] del todo, antes de alcanzar la indiferencia inicial, tendría que cruzar en sentido inverso, como un viajero que regresa por el mismo camino al punto de partida, por todos los sentimientos por los que había pasado antes de llegar a mi gran amor.

# Lectura

A veces, la lectura de una novela algo triste me hacía dar marcha atrás bruscamente, pues hay novelas que son como intensos duelos momentáneos, rescinden la costumbre, nos vuelven a poner en contacto con la realidad de la vida, pero solo por unas cuantas horas, igual que una pesadilla, ya que la fuerza de la costumbre, el olvido que traen consigo, el buen humor que nos devuelven, porque el cerebro es impotente para luchar contra ellas y recrear la verdad, superan con mucho la sugestión casi hipnótica de un buen libro que, como todas las sugestiones, tiene efectos muy breves.

## Amor

Hay filósofos que dicen que el mundo exterior no existe y que nuestra vida trancurre por dentro. Fuere como fuere, el amor, incluso en sus comienzos más humildes, es ejemplo llamativo de lo poco que representa la realidad para nosotros.

## Literatura

Lo que tenía en la mano no era determinado ejemplar del periódico[31], sino uno cualquiera de sus diez mil ejemplares; no se limita ya a ser lo que se escribió para mí, sino lo que se escribió para mí y para los demás. Para valorar con exactitud el fenómeno que está ocurriendo en este momento en las demás casas, tengo que leer este artículo no como el autor sino como uno de los demás lectores del periódico. Pues lo que tenía en la mano no era solo lo que había escrito yo, sino el símbolo de su encarnación en tantas mentes. Así que para leerlo tenía que dejar por un momento de ser el autor y ser cualquier lector de *Le Figaro*.

⁎ ⁎ ⁎

Con esa lectura, al asentarme en aquellas diez mil aprobaciones que me apoyaban, no eran menores la conciencia de mi fuerza ni la esperanza que ponía en mi talento que la desconfianza que había sentido cuando lo escrito solo se dirigía a mí. […] Leía el artículo intentando convencerme de que era de otra persona. Entonces todas mis imágenes, todas mis reflexiones, todos mis epítetos, considerados en sí y sin el recuerdo del fracaso que representaban para mis aspiraciones, me deleitaban por su brillo, su amplitud y su profundidad.

⁎ ⁎ ⁎

[…] si empezaba a escribir para ver indirectamente [a mis amigos], para que tuvieran mejor opinión de mí, para prepararme una situación mejor en sociedad, era posible que escribir me quitase la gana de verlos y esa situación, que la literatura posiblemente me depararía en sociedad, ya no me apetecería disfrutar de ella, porque mi complacencia no estaría ya puesta en la vida social, sino en la literatura.

## Apariencia y realidad

Nuestro error es creer que las cosas suelen presentarse tal y como son en realidad, los nombres tal y como se escriben, las personas según esa noción inmóvil que proporcionan de ellas la fotografía y la psicología. De hecho no es eso en absoluto lo que vemos habitualmente. Vemos, oímos, concebimos el mundo de mala manera. Repetimos un nombre tal y como lo oímos hasta que la experiencia rectifique el error, cosa que no siempre sucede […]. No tenemos del universo sino visiones informes, fragmentadas, y que completamos con asociaciones de ideas arbitrarias, que crean sugestiones peligrosas.

## Relaciones sociales

[…] nos fabricamos por completo a nosotros mismos. Pero a cierta cantidad de egoísmo que hay en la madre acude a añadirse un egoísmo diferente, inherente a la familia del padre, lo cual no siempre quiere decir que se sume, ni siquiera que actúe como múltiplo precisamente, sino que crea un egoísmo nuevo infinitamente más fuerte y temible. Y desde que el mundo es mundo y familias en que se da ese defecto de determinada forma se alían con familias en que existe el mismo defecto bajo otra forma, lo que crea una variedad particularmente compleja y aborrecible en el niño, esos egoísmos acumulados (por no mencionar aquí más que el egoísmo) adquirirían así una fuerza tal que la humanidad entera quedaría destruida si no fuera que de ese mismo mal nacen, capaces de devolverlo a proporciones justas, restricciones naturales análogas a esas que impiden que la proliferación infinita de los infusorios aniquile este planeta, que la fecundación unisexuada de las plantas traiga consigo la extinción del reino vegetal, etc.

## Amor

Es seguramente porque los recuerdos no son ciertos para siempre por lo que el amor no es eterno; y porque de lo que se forma la vida es de la renovación perpetua de las células.

## Muerte

Esa persona nueva que iba a soportar con facilidad vivir sin Albertine había aparecido en mí ya que había conseguido hablar de ella en casa de la señora de Guermantes con palabras afligidas y sin

sufrimiento hondo. La posible aparición de esos nuevos «yo», que deberían llevar un nombre diferente del anterior por su indiferencia hacia lo que yo amaba, me había espantado siempre […]. Todavía [se me escapaban sollozos] cuando volvía a ser por un rato el antiguo amigo de Albertine. Pero a lo que tendía era a meterme entero en un personaje nuevo. No es porque los otros hayan muerto por lo que se debilita el cariño que les teníamos, sino porque nosotros también nos morimos […]. El hábito de pensar nos impide a veces notar lo real, inmuniza contra ello, hace que también parezca pensamiento.

No hay ni una idea que no lleve en sí su posible refutación ni una palabra que no lleve en sí la palabra contraria.

## Arte

Pese a todo, aunque la devoción que hizo que reviviera la obra desconocida de Vinteuil surgió del entorno tan turbio de Montjouvain, no por eso me impresionó menos pensar que a lo mejor las obras maestras más extraordinarias de nuestra época surgieron no de las convocatorias de los premios extraordinarios de bachillerato, de una educación modélica, académica, a lo Broglie, sino de la asistencia asidua a los «pesajes» y a los bares más frecuentados.

## Mentira

Del deseo nace la creencia, y si no solemos darnos cuenta de ello es porque la mayoría de los deseos engendradores de creencias no se extinguen […] sino con nosotros. […] La mentira le resulta esencial a la humanidad. Desempeña en ella quizá un papel tan importante como la búsqueda del placer y, por lo demás, está a las órdenes de esa búsqueda. Mentimos para proteger nuestro placer o

nuestro honor, si es que la divulgación del placer va en contra del honor. Nos pasamos la vida mintiendo, incluso a quienes nos quieren, a ellos más que a nadie, o quizá solo a ellos. Pues solo esos, efectivamente, nos hacen temer por nuestro placer y desear su consideración.

## Deseo

[…] e incluso en los momentos en que la desconfianza se adormece, ¿no persevera acaso el amor en ella y es una transformación suya? ¿No es una prueba de clarividencia (prueba que ni tan siquiera al amante le resulta inteligible), puesto que el deseo, que tiende siempre hacia lo que más opuesto nos resulta, nos obliga a amar lo que nos hará sufrir?

## Apariencia y realidad

Habría debido pensar que existen, uno delante de otro, dos mundos, uno formado con las cosas que dicen las personas mejores, las más sinceras y, tras él, el mundo que se compone de las obras consecutivas de esas mismas personas […].

* * *

Si les resulta difícil captar el rostro de una mujer a los ojos, que no pueden abarcar toda esa superficie en movimiento, a los labios, y más aún a la memoria, si hay nubes que lo modifican según la posición social, según la altura a que nos encontremos, ¡qué cortina aún más gruesa está corrida entre el comportamiento de esa a quien vemos y sus móviles! Los móviles se hallan en un plano más profundo, que no divisamos, y engendran, por lo demás, otras acciones que no son esas de las que estamos enterados sino que, frecuentemente, las contradicen por completo. ¿Cuándo no ha

habido algún hombre público, a quien sus amigos creían un santo, y a quien descubrieron falsificando, robando al Estado, traicionando a su patria? ¿Cuántas veces a un gran señor le roba un intendente de cuya educación se hizo cargo y del que habría jurado que era una buena persona, y que a lo mejor lo era? Ahora bien, esa cortina corrida ante los móviles del prójimo ¡cuánto más impenetrable se vuelve si a esa persona la amamos! [...].

## Individualidad

[...] si las diferencias entre las mentes explican esas impresiones diferentes que produce en esta o en aquella persona una misma obra, y las diferencias de sentimientos, y la imposibilidad de convencer a alguien que no nos quiere, también existen diferencias entre los caracteres, esas peculiaridades de un carácter que también impulsan a actuar.

## Vejez

Pues la vejez empieza por volvernos incapaces de emprender, pero no de desear. No es hasta que llega una tercera etapa cuando quienes viven hasta muy viejos renuncian al deseo, de la misma forma que tuvieron que dar de lado la acción.

## Hábito

Habría sido incapaz de resucitar a Albertine porque era incapaz de resucitarme a mí mismo, de resucitar mi yo de entonces. La vida, ateniéndose a esa costumbre suya que consiste en cambiar, con obras incesantes e infinitamente pequeñas, la faz del mundo, no me dijo nada más morir Albertine: «Sé otro», pero, con cambios

excesivamente imperceptibles para que pudiera yo darme cuenta del propio hecho del cambio, lo renovó casi todo en mí, de forma tal que ya estaba el pensamiento hecho a su nuevo amo —mi nuevo yo— cuando cayó en la cuenta de que había cambiado; y este amo era el que quería el pensamiento.

## Tiempo

Todo cuanto nos parece imperecedero tiende a la destrucción; una situación mundana, igual que cualquier otra cosa, no se crea de una vez y de forma definitiva, sino que, lo mismo que el poder de un imperio, se reconstruye en cada momento mediante algo así como una creación perpetuamente continua, con lo que se explican las anomalías aparentes de la historia mundana o política en el transcurso de medio siglo. La creación del mundo no ocurrió en el principio, ocurre a diario.

## Deseo

Desdeñamos de buen grado una meta que no hemos conseguido alcanzar o que hemos alcanzado de forma definitiva.

## Tiempo

No bien transcurre determinado período de tiempo vemos que vuelven a aparecer (lo mismo que ocurre en política con antiguos ministerios y en el teatro con obras olvidadas que vuelven a representarse) relaciones amistosas que se reanudan entre las mismas personas de antes, tras largos años de interrupción, y se reanudan con gusto. Al cabo de diez años, las razones que tenía esta para un cariño excesivo y esa otra para no poder soportar un

despotismo demasiado exigente, esas razones ya han dejado de existir. Solo sobrevive la conveniencia […].

## Apariencia y realidad

[…] no vemos nunca sino un aspecto de las cosas […]. Las cosas, efectivamente, son por lo menos dobles. A la acción más insignificante que llevemos a cabo otro hombre le ensambla una serie de acciones diferentes por completo […]. Cierto es que a los hombres las cosas solo les brindan una cantidad restringida de sus incontables atributos, debido a la pobreza de sus sentidos. Están coloreadas porque tenemos ojos; ¿de cuántos epítetos más no serían merecedoras si tuviésemos cientos de sentidos? Pero la comprensión de ese aspecto diferente que podrían tener nos la facilita lo que representa en la vida un acontecimiento incluso mínimo del que conocemos una parte, que creemos que es el todo, y que otro mira como si mirase por una ventana de la fachada opuesta de la casa y que tiene otras vistas.

## Intuición

Pero para todo aquello de lo que no hemos tenido la intuición directa, eso que solo hemos sabido por los demás, no contamos ya con medio alguno, pues ya se ha pasado la hora de que lo sepa nuestra alma; ya están cerradas sus comunicaciones con lo real; por lo tanto no podemos disfrutar del descubrimiento, ya es demasiado tarde.

## Metamorfosis

En esas personas que somos existen diferentes capas que no son semejantes (eran, en [Gilberte], la forma de ser de su padre y la forma de ser de su madre); cruzamos por una y, luego, por otra. Pero al día siguiente se vuelve del revés el orden en que están superpuestas. Y, al final, no sabemos ya quién desempatará a las partes y de quién fiarnos para la sentencia. […] Pero, en el fondo, es un error. La memoria de la persona con más estados sucesivos le asienta por dentro algo parecido a una identidad, con lo cual no querría dejar de cumplir las promesas que recuerda, incluso aunque no las haya rubricado.

## Dolor

Pues hay en este mundo en que todo se desgasta, en que todo perece, algo que se convierte en ruinas y se destruye de forma aún más completa, dejando menos vestigios incluso que la Belleza; hablamos de la Pena.

## Vejez

Dicen, y eso es lo que explica el debilitamiento progresivo de algunas enfermedades nerviosas, que nuestro sistema nervioso envejece. Ello no es cierto solo en lo referido a nuestro yo permanente, que dura tanto como nuestra vida, sino para todos nuestros yo sucesivos, de los que en resumidas cuentas se compone en parte ese yo.

# Volumen VII

# El tiempo recuperado

## Amor

[…] amar es un maleficio como esos que salen en los cuentos, contra los que nada se puede hasta que concluye el sortilegio.

## Sueño

[…] por lo demás, era la hora a la que me reclamaba el otro amo[32] a cuyo servicio estamos, a diario, la mitad del tiempo de que disponemos. Esa tarea que nos impone la cumplimos con los ojos cerrados. Todas las mañanas nos devuelve al otro amo, sabedor de que, sin eso, no haríamos bien la que él nos manda. Pensando con curiosidad, cuando nuestro pensamiento ha vuelto a abrir los ojos, en que a saber qué habremos estado haciendo en los dominios del amo que acuesta a sus esclavos antes de ponerlos a toda prisa manos a la obra; los más avispados no bien concluida la tarea intentan echar una ojeada subrepticia. Pero el sueño compite con ellos en presteza para borrar el rastro de eso que querrían ver. Y, aunque han pasado muchos siglos, poco sabemos del asunto.

## Lectura

[…] la vida enseña a rebajarle el valor a la lectura y nos muestra que eso que nos pondera el escritor no era para tanto; pero de la misma forma podría yo llegar a la conclusión de que la lectura, por el contrario, nos enseña a incrementar el valor de la vida, valor que no supimos apreciar y del que no nos damos cuenta de cuán elevado es a no ser por el libro.

## Arte

Los artistas que nos proporcionaron las visiones de elegancia mayores tomaron sus elementos de personas que pocas veces fueron los árbitros de la elegancia de su época.

## Lectura

Pero leemos los periódicos de la misma forma que amamos, con los ojos vendados. No intentamos entender los hechos. Oímos las gratas palabras del redactor jefe como oímos las de nuestra amante. Apaleados y contentos, porque no pensamos que nos hayan derrotado a palos sino que somos los vencedores.

## Lenguaje

Atiborrarle la cabeza a alguien es una expresión que no significa nada. […] Somos nosotros quienes nos la atiborramos recurriendo a la esperanza, que es una categoría del instinto de conservación de una nación en quien sea de verdad un miembro vivo de esa nación.

* * *

En la adolescencia, cuando me creía al pie de la letra lo que me decían, habría caído seguramente en la tentación, al oír[33] al gobierno alemán aseverar que actuaba de buena fe y de no ponerlo en duda; pero ya sabía hace mucho que no siempre lo que pensamos coincide con lo que decimos.

## Amor

La lógica de la pasión, incluso puesta al servicio del derecho menos discutible, nunca es irrefutable para quien no sea apasionado.

## Vida y literatura

[…] la vida nos decepciona tanto que acabamos por pensar que la literatura no tiene relación alguna con ella y nos quedamos estupefactos al ver desplegadas las valiosas ideas que aprendimos en los libros, sin temor a que se estropeen, gratuita y naturalmente, en el curso de la propia vida cotidiana y que, por ejemplo, algo ruso tienen una cena, un asesinato o un acontecimiento rusos.

## Amor

[…] el amor nos mueve no solo a los mayores sacrificios por la persona a la que amamos, sino, a veces, hasta al sacrificio de nuestro propio deseo que, por lo demás, tiene tantas menos posibilidades de satisfacerse cuanto más note la persona amada que nuestro amor va en aumento.

⁎ ⁎ ⁎

Las relaciones con una mujer amada (y eso vale también para el amor por un joven) pueden no pasar de platónicas por una razón que no sea ni la virtud de esa mujer ni el carácter poco sensual del amor que inspira.

Dicha razón puede consistir en que el enamorado, a quien el propio exceso de su amor torna demasiado impaciente, no sabe esperar con fingida indiferencia el momento en que conseguirá todo cuanto desea. Vuelve continuamente a la carga, no deja de escribir a la amada, intenta verla de continuo; ella no accede y él se queda desesperado. Llegados a ese punto, ella ya ha caído en la cuenta de que, si le otorga su compañía y su amistad, esos bienes le parecerán ya tan considerables a quien creyó verse privado de ellos que puede abstenerse de conceder algo más y sacarle partido a ese momento en que él no puede ya soportar no verla, en que quiere concluir la guerra cueste lo que cueste, para imponerle una paz cuya primera condición será que las relaciones sean platónicas. Por lo demás, en todo el tiempo anterior a ese tratado, el enamorado, continuamente ansioso y acechando incesantemente una carta, ha dejado de pensar en la posesión física cuyo deseo lo había atormentado al principio, pero que la espera ha mellado, dejando paso a necesidades de otra categoría, ciertamente más dolorosas si no hallan satisfacción. Entonces, el placer que se había prometido hallar el primer día en las caricias lo recibe más adelante, totalmente desnaturalizado, bajo forma de palabras amistosas y de promesas de presencia que, tras los efectos de la incertidumbre, a veces sencillamente tras una mirada que velaban las brumas de todas las nieblas de la frialdad y se llevaba tan lejos a esa persona que era para creer que nunca volvería a verla, traen consigo alivios deliciosos.

⁎ ⁎ ⁎

Ese horror que sienten los grandes del mundo hacia los esnobs que pretenden a toda costa trabar relación con ellos, lo siente el

hombre viril por el invertido; y la mujer, por cualquier hombre excesivamente enamorado.

## Sadismo

[…] existe, por lo demás, en el sádico —por muy bueno que sea y, más aún, cuanto mejor sea— una sed de mal que los perversos que actúan con otras finalidades no pueden satisfacer.

## Miedo

Ahora bien, es un error creer que la escala de los temores coincide con la de los peligros que los causan. Puede darnos miedo no dormir y no darnos miedo alguno un duelo con todas las de la ley, una rata y no un león.

## Hábito

Según me iba acercando a mi casa, pensaba qué deprisa se desentiende la conciencia de colaborar con nuestros hábitos, a los que deja desarrollarse sin volver a hacerles caso, y cuánto, a partir de ahí, puede asombrarnos el simple hecho de comprobar desde fuera, y suponiendo que comprometan al individuo entero, los actos de los hombres cuyo valor ético o intelectual puede desarrollarse, de forma independiente, en una dirección diferente por completo.

## Contradicción

Así es como, cuando estudiamos algunos períodos de la historia antigua, nos extraña ver que personas que individualmente son buenas, participaron sin escrúpulos en asesinatos en masa y en

sacrificios humanos que es muy probable que les parecieran de lo más natural. Nuestra época, seguramente, para quien lea su historia dentro de dos mil años, parecerá que permitía en no menor grado que determinadas conciencias, tiernas y puras, vivieran sumergidas en un medio vital que por entonces se juzgará monstruosamente pernicioso y con el que no hacían esas conciencia malas migas.

## Creencias

Las cosas, dado que, no tienen poder por sí mismas y, puesto que somos nosotros quienes se lo otorgamos, algún estudiante joven y de clase media debía de sentir lo mismo en ese momento, ante el palacete de la avenida de Le Bois, que sentí en otro tiempo frente el antiguo palacete de los Guermantes. Porque él aún estaba en la edad de las creencias, pero yo la había dejado atrás y había perdido ese privilegio, de la misma forma que, tras la primera juventud, perdemos ese poder que tienen los niños de disociar en fracciones fáciles de digerir la leche que ingieren, lo que obliga a los adultos, para no pecar de imprudencia, a tomar leche en cantidades pequeñas, mientras que los niños pueden mamarla todo seguido sin perder el resuello.

## Arte

Dentro de un momento tantos amigos a quienes llevaba mucho tiempo sin ver iban seguramente a pedirme que no volviera a aislarme así y que les dedicase mis días. Yo no tendría razón alguna para negárselo, ya que ahora contaba con la prueba de que ya no valía para nada, de que la literatura no podía ya aportarme alegría alguna, bien por culpa mía, por tener muy pocas dotes, bien por culpa de ella, si es que, efectivamente, tenía una carga de realidad menor de lo que yo había pensado […]. En cuanto a los «goces de la

inteligencia» ¿podía darles tal nombre a esas frías comprobaciones de las que mi mirada clarividente o mi razonamiento atinado tenían constancia sin placer alguno y nunca dejaban de ser infecundas? Pero es a veces en el preciso instante en que todo nos parece perdido cuando llega el aviso que puede salvarnos; hemos llamado a todas las puertas tras las cuales no hay nada, y a la única por la que es posible entrar y que podríamos habernos pasado cien años buscando en vano llamamos sin saberlo y se abre. Dando vueltas a los pensamientos melancólicos que refería hace un momento había entrado en el patio del palacete de Guermantes y, como iba distraído, no vi un automóvil que se acercaba; al oír la voz que dio el chófer solo tuve tiempo de hacerme a un lado a toda prisa y retrocedí lo suficiente para tropezar sin querer en unos adoquines bastante mal desbastados tras los que había una cochera. Pero cuando, al recobrar el equilibrio, puse el pie en un adoquín que estaba algo más hundido que el anterior, se me desvaneció todo el desánimo ante esa misma felicidad que, en diferentes épocas de mi vida, me había proporcionado la visión de árboles que me había parecido reconocer en un paseo en coche por las inmediaciones de Balbec, la visión de los campanarios de Martinville, el sabor de una magdalena mojada en una infusión y tantas otras sensaciones que ya he mencionado y que me habían parecido sintetizadas en las últimas obras de Vinteuil. Lo mismo que al probar la magdalena, toda preocupación referida al porvenir y toda duda intelectual habían desaparecido. En esta ocasión me prometía firmemente no resignarme, tal y como me había resignado aquel día en que probé una magdalena mojada en una infusión, a no saber el porqué de que, sin ningún razonamiento nuevo y sin haber dado con ningún argumento decisivo, hubieran perdido toda importancia las dificultades que parecían sin solución hacía un rato.

## Creación literaria

[…] porque siempre ponemos por delante de la tarea interior que tenemos por hacer el papel aparente que interpretamos […].

## Memoria

Es tanta la distancia entre el recuerdo que nos vuelve de repente y nuestro estado actual, de la misma forma que entre dos recuerdos de años, lugares y horas diferentes, aun dejando aparte incluso una originalidad específica, que bastaría para que no se pudieran comparar. Sí, si por obra del olvido el recuerdo no pudo crear vínculo alguno, establecer ningún eslabón entre él y el minuto presente, si se ha quedado en su sitio y en su fecha, si ha guardado las distancias, ese aislamiento suyo en lo hondo de un valle o en la cima de una cumbre nos hace de repente respirar un aire nuevo, precisamente porque es un aire que respiramos antaño, ese aire más puro que los poetas intentaron en vano que existiera en el Paraíso y que no podría proporcionar esta honda sensación de remozamiento si ya lo hubiese respirado alguien, pues los paraísos de verdad son los paraísos que perdimos.

* * *

Esa era la explicación de que hubiesen cesado las preocupaciones referidas a mi muerte en el preciso momento en que reconocí, inconscientemente, el sabor de la magdalenita, ya que en ese momento la persona que yo había sido era un ser extratemporal y, por lo tanto, despreocupado de las vicisitudes del porvenir. Aquel ser nunca había acudido a mí, nunca se había manifestado sino fuera de la acción, del disfrute inmediato, en todas las ocasiones en que el milagro de una analogía me había permitido evadirme del presente. Solo él tenía poder para hacerme recuperar los días pasados, el Tiempo Perdido, ante el que los esfuerzos de mi memoria y mi inteligencia siempre iban a encallarse.

* * *

En el transcurso de la vida me había decepcionado tantas veces la realidad porque, en cuanto la advertía, la imaginación, que era el único órgano con que contaba para disfrutar de la belleza, no podía emplearse en ella en virtud de la ley inevitable que dispone que no podamos imaginar sino lo que está ausente. Y hete aquí que, de pronto, el efecto de esa ley tan dura lo había neutralizado y dejado en suspenso un expediente maravilloso de la naturaleza por cuya mediación había espejeado una sensación al mismo tiempo —el ruido del tenedor y del martillo, idéntico desnivel de los adoquines— en el pasado, y así mi imaginación podía probarla.

## Tiempo

El ser que había vuelto a nacer en mí cuando, con aquel estremecimiento de dicha, oí el ruido ese que les era común a la cuchara que toca el plato y al martillo que golpea la rueda, y cuando noté el desnivel de los pasos en los adoquines del patio de Guermantes y del baptisterio de San Marcos, ese ser solo se nutre de la esencia de las cosas, solo en ellas halla la subsistencia y solo en ellas se deleita. Se mustia si contempla el presente, en que los sentidos no pueden proporcionársela, si se fija en un pasado que la inteligencia le agosta, si espera un porvenir que la voluntad construye con fragmentos del presente y del pasado a los que desvía aún más de su realidad, no conservando de ellos sino lo que encaja con la finalidad utilitaria y cicateramente humana que les asigna. Pero si un ruido oído anteriormente, si un olor notado antaño vuelven a oírse o a notarse, en el presente y en el pasado a un tiempo, reales sin ser actuales, ideales sin ser abstractos, en el acto queda liberada la esencia permanente y habitualmente oculta de las cosas, y nuestro yo auténtico, que parecía muerto, y a veces desde hacía mucho, pero que no lo estaba en absoluto, despierta y cobra vida al recibir el alimento celestial que le traen. Un minuto,

manumiso del orden del tiempo ha vuelto a crear en nosotros al hombre manumiso del orden del tiempo para que sintamos su esencia. Y ese hombre se comprende que confíe en su alegría; incluso aunque en el simple sabor de una magdalena no parezcan darse, lógicamente, las razones de esa alegría, se comprende que la palabra «muerte» carezca de sentido para él; si está fuera del tiempo, ¿qué podría temer del futuro?

## Muerte

Solo de los muertos existen recuerdos dolorosos. Ahora bien, se destruyen deprisa y no quedan ya, en torno a sus tumbas, sino la hermosura de la naturaleza, el silencio y la limpidez del aire.

* * *

[…] porque esas resurrecciones del pasado son tan absolutas en el segundo que duran que no solo obligan a los ojos a dejar de ver la habitación que tienen cerca para contemplar el camino flanqueado de árboles o la marea que va subiendo. Obligan a la nariz a aspirar el aire de algunos sitios aunque estén muy lejanos, y a la voluntad a escoger entre los diversos proyectos que nos brindan y a todo nuestro ser a creer que los tenemos en torno o, al menos, a andar a tropezones entre esos sitios y los actuales; y nos aturde una incertidumbre semejante a la que sentimos a veces ante una visión inefable en el momento de quedarnos dormidos.

## Amistad

[…] el artista que renuncia a una hora de trabajo por charlar una hora con un amigo sabe que sacrifica una realidad por algo que no existe (pues los amigos no son amigos más que en esa benigna locura que nos afecta en la vida y que aceptamos, pero que, en lo

hondo de la inteligencia, sabemos que es la equivocación de un loco que creyera que los muebles están vivos y charlasen con ellos) […].

## Amor

Incluso de un placer más hondo, como el que habría podido sentir en los tiempos en que quería a Albertine, no era consciente sino por la angustia que me embargaba cuando ella no estaba presente, pues cuando tenía la seguridad de que iba a llegar […] no me había parecido notar sino un leve fastidio […].

## Arte

Y volviendo a pensar en esa alegría extratemporal que procedía del ruido de la cuchara o del sabor de la magdalena, me decía: ¿Era esa la dicha que le brindaba la breve frase de la sonata de Vinteuil a Swann, quien se había equivocado al asimilarla al placer del amor y no había sabido hallar ese placer en la creación artística?; esa dicha que había presentido yo como más supra terrenal aún que la breve frase de la sonata, en la llamada roja y misteriosa del septeto del que Swann nada pudo saber, pues murió, como tantos otros, antes de la revelación de esa verdad que les estaba destinada. Por lo demás, no habría podido servirle de nada, pues esa frase podía desde luego simbolizar una llamada, pero no crear fuerzas y convertir a Swann en ese escritor que no era.

## Memoria

No obstante, al cabo de un momento caí en la cuenta, y tras haber pensado en esas resurrecciones de la memoria, de que, bajo otra forma, algunas impresiones inconcretas me habían solicitado ya

la atención a veces en Combray y por donde vivía Swan, igual que lo hacían estas reminiscencias: pero ocultaban no una sensación antigua, sino una verdad nueva, una imagen valiosa que yo intentaba descubrir con esfuerzos del mismo orden que los que hacemos para recordar algo, igual que si nuestras ideas más hermosas fueran como melodías que nos volviesen a la memoria sin haberlas oído nunca y nos esforzásemos por escucharlas y transcribirlas.

## Sensaciones

Pues en las verdades que la inteligencia capta directamente, al descubierto, en el mundo de la plena luz, hay algo menos hondo, algo menos necesario que en aquellas que la vida nos ha comunicado, sin intervención nuestra, en una impresión que es material, porque nos ha entrado por los sentidos, pero de la que no podemos apartar la mente.

* * *

[…] tenía que intentar interpretar las sensaciones como señales de otras tantas leyes e ideas, probando a pensar, es decir, a sacar de la penumbra lo que había sentido y convertirlo en un equivalente espiritual. Ahora bien, ese medio, que me parecía el único, ¿en qué consistía sino en llevar a cabo una obra de arte?

## Creación artística

Para leer el libro interior de esas señales desconocidas […] nadie podía ayudarme con ninguna pauta, pues esa lectura consistía en un acto de creación en el que nadie puede suplirnos, ni tan siquiera colaborar con nosotros. Todos y cada uno de los acontecimientos, bien se tratase del caso Dreyfus o de la guerra[34], habían

proporcionado otras disculpas a los escritores para no desentrañar ese libro; querían garantizar que prevaleciera el derecho, restaurar la unidad moral de la nación y no tenían tiempo de pensar en la literatura. Pero no eran sino disculpas porque o no tenían, o ya no tenían, talento, es decir, instinto. Pues el instinto dicta el deber y la inteligencia proporciona los pretextos para soslayarlo. Lo que pasa es que en el arte no existen disculpas, no caben en él las intenciones, el artista tiene que atender en todo momento a su instinto, por lo que el arte es lo más real, la escuela de vida más austera y el auténtico Juicio Final. Ese libro, el que más trabajo cuesta desentrañar, es también el único que nos haya dictado la realidad, el único que haya «impreso» en nosotros la mismísima realidad.

## Creación literaria

Las ideas que son obra de la inteligencia pura no tienen sino una verdad lógica, una verdad posible, su elección es arbitraria. El libro con caracteres figurados, que no hemos trazado nosotros, es nuestro único libro. No es que las ideas que son obra nuestra no puedan tener una lógica atinada, pero no sabemos si son verdaderas. Solo la impresión, por muy mezquina que parezca su materia y muy inverosímil su rastro, es un criterio que apunta a la verdad y, por ello, merece ser la única que capte la mente, pues si la mente sabe desgajar de ella esa verdad, es la única capaz de conducirla a una perfección mayor y de proporcionarle una alegría pura. La impresión es para el escritor lo que la experimentación para el científico, con la diferencia de que en el científico la labor de la inteligencia es anterior y en el escritor llega después. Lo que no hemos tenido que descifrar ni aclarar mediante un esfuerzo personal, lo que ya estaba claro anteriormente a nosotros, no es nuestro. Solo procede de nosotros lo que sacamos de la oscuridad que llevamos dentro y de la que nada saben los demás.

⁎ ⁎ ⁎

Por lo tanto había llegado ya a esa conclusión de que no somos ni poco ni mucho libres ante la obra de arte, que no la hacemos como nos place, sino que, por preexistir en nosotros, tenemos al mismo tiempo, porque es necesaria y está oculta, y como haríamos con una ley de la naturaleza, que descubrirla. Pero ese descubrimiento hasta el que el arte podía llevarnos, ¿no era en el fondo el descubrimiento de lo que deberíamos considerar como más valioso y que suele resultarnos desconocido para siempre, nuestra vida auténtica, la realidad tal y como la hemos sentido y que difiere tanto de lo que creemos que, por ello, nos invade una felicidad tan grande cuando el azar nos trae su verdadero recuerdo? Me dio esa seguridad la propia falsedad del arte supuestamente realista y que no sería tan falaz si no hubiéramos adquirido en la vida el hábito de dar a lo que sentimos una expresión que difiere tanto de lo sentido y que, pasado cierto tiempo, acabamos por tomar por la mismísima realidad.

⁎ ⁎ ⁎

Notaba que no iba a tener que cargar con las diversas teorías literarias que me habían perturbado por un momento, sobre todo esas que la crítica había desarrollado durante el caso Dreyfus y a las que había vuelto durante la guerra y que tendían a «sacar al artista de su torre de marfil», a ocuparse de temas ni frívolos ni sentimentales, a retratar los grandes movimientos obreros y, a falta de muchedumbres, no ya al menos a ociosos insignificantes […] sino a nobles intelectuales o a héroes.

⁎ ⁎ ⁎

Al arte verdadero le sobran toda esa cantidad de proclamas y se consuma en silencio. Por lo demás, quienes así teorizaban recurrían a frases hechas que tenían un singular parecido con las de los imbéciles a los que desprestigiaban. Y es quizá más bien por la

calidad de la lengua que por el tipo de estética por lo que se puede calibrar el grado al que ha llegado la tarea intelectual y moral [...]. Una obra en que hay teorías es como un objeto en que han dejado la marca del precio. Y, por lo menos, esa marca se limita a expresar un valor que, al contrario de lo que sucede en la literatura, mengua con el razonamiento lógico. Razonamos, es decir, vagabundeamos, cada vez que no nos hallamos con fuerzas para hacer que pase una impresión por todos los estados sucesivos que desembocarán en su fijación, en la expresión de su realidad. La realidad por expresar residía, ahora me daba cuenta, no en la apariencia del sujeto, sino en el grado de penetración de esta impresión hasta una profundidad en que poco importaba esa apariencia, como quedaba simbolizado en ese ruido de una cuchara contra un plato y esa tiesura almidonada de la servilleta que me habían resultado de mucho mayor valía para mi renovación espiritual que tantas conversaciones humanitarias, patrióticas, internacionalistas y metafísicas.

* * *

Pues todos cuantos, sin tener sentido artístico, es decir, sin estar sometidos a la realidad interior, pueden poseer la facultad de razonar hasta el infinito acerca del arte, a poco que sean de propina diplomáticos o financieros que tengan que ver con las «realidades» del tiempo presente, están dispuestos a creer que la literatura es un juego del intelecto cuyo destino es que en el futuro lo vayan eliminando cada vez más. Los hay que querían que la novela fuera algo así como un desfile cinematográfico de las cosas. Era un concepto absurdo. Nada más distante de lo que percibimos en realidad que una visión cinematográfica de ese tipo.

* * *

[...] si volvemos a ver algo que hayamos mirado en otro tiempo, nos trae de nuevo, con la mirada que en ello fijamos, todas las imágenes de que antes estaba lleno. Y es que en cuanto percibimos

las cosas, se convierten en nosotros en algo inmaterial de la misma naturaleza que todas nuestras preocupaciones o nuestras sensaciones de aquel tiempo, y se mezclan con ellas de forma indisoluble. Algún nombre hay que, leído antaño en un libro, contiene entre sus sílabas el viento veloz y el sol brillante que hacía cuando lo estábamos leyendo [...]. De forma tal que la literatura que se contenta con «describir las cosas», con aportar solo un mísero alzado de líneas y superficies, es, por más que reciba el nombre de «realista», la más alejada de la realidad, la que más nos empobrece y más nos apena, pues interrumpe de golpe cualquier comunicación entre nuestro yo presente y el tiempo pasado, cuya esencia conservaban las cosas, y ese tiempo por venir en que nos incitan a volver a paladearlo. Esa es la realidad que debe expresar el arte digno de tal nombre, y si fracasa en el empeño aún podemos extraer una enseñanza de esta impotencia suya (mientras que no extraemos ninguna de los logros del realismo), a saber, que esa esencia es en parte subjetiva e incontrolable.

## Arte

La idea de un arte popular, así como la de un arte patriótico, incluso aunque no fuera peligrosa, me parecía ridícula. Como de lo que se trataba era de que estuviera al alcance del pueblo, se sacrificaban los refinamientos de la forma, «que bien están para los ociosos»; ahora bien, yo había tratado con bastante gente de mundo para saber que ahí están los auténticos iletrados, y no entre los electricistas. Desde ese punto de vista, los destinatarios de un arte popular en lo referido a la forma habrían sido más bien los miembros del Jockey Club que los de la Confederación General del Trabajo; en cuanto a los argumentos, las novelas populares les resultan tan arrebatadoras a la gente del pueblo como a los niños esos libros escritos ex profeso para ellos. Cuando leemos, lo que intentamos es

conocer un ambiente ajeno, y los obreros sienten tanta curiosidad por los príncipes como los príncipes por los obreros.

* * *

No fue por la bondad de su virtuoso corazón, que era mucha, por lo que Choderlos de Laclos escribió *Las relaciones peligrosas*, ni fue por gusto hacia la clase media, alta o baja, por lo que Flaubert escogió los argumentos de *La señora Bovary* o de *La educación sentimental*. Había quienes decían que el arte de una época con prisas sería breve, de la misma forma que había quienes predecían antes de la guerra que esta sería corta. También el ferrocarril iba a matar la contemplación; de nada valía echar de menos el tiempo de las diligencias, pero el automóvil cumple con el cometido que ellas cumplían y los turistas vuelven al ojeo de las iglesias abandonadas.

## Creación literaria

[…] la verdad no comenzará hasta que el escritor tome dos objetos diferentes, establezca su relación, análoga en el mundo del arte a esa relación única de la ley causal en el ámbito de la ciencia, y los encierre en los anillos necesarios de un estilo hermoso, o, incluso, como sucede en la vida, cuando, al comparar una cualidad que tengan en común dos sensaciones, libere la esencia de ambas al reunirlas una en otra, para hurtarlas a las contingencias del tiempo, en una metáfora […].

* * *

[…] para escribir ese libro esencial, el único libro auténtico, un gran escritor no tiene que inventárselo, en el sentido usual, puesto que existe ya en todos y cada uno de nosotros, sino traducirlo. El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor.

# Arte

Incluso en las alegrías artísticas que, sin embargo, se buscan por la impresión que proporcionan, nos las arreglamos en cuanto podemos para dar de lado, por imposible de expresar, lo que es precisamente esa mismísima expresión y para quedarnos con lo que nos permite notar el placer que nos aportan sin conocerlo hasta el fondo y para creer que será posible transmitírselo a otros aficionados mediante la conversación, porque les vamos a hablar de algo que es igual para ellos y para nosotros, suprimiendo la raíz personal de nuestra propia impresión.

* * *

Por consiguiente ¡cuántos hay que se quedan en eso sin sacar nada de su impresión y envejecen inútiles e insatisfechos, como solteros del arte! Tienen las mismas penas que las vírgenes y los perezosos y se curarían con la fecundidad en el trabajo. Se exaltan más con las obras de arte que los artistas auténticos, pues, como en esa exaltación suya no ahondan con una dura tarea, esta se expande en torno, acalora sus conversaciones y les sofoca el rostro; creen que han hecho algo cuando berrean hasta quedarse roncos: «Bravo, bravo», tras la ejecución de una obra que les gusta. Pero tales manifestaciones no les crean la obligación de aclarar la naturaleza de esa afición suya, y no la conocen. […] Y, efectivamente, como no asimilan lo que de verdad es nutricio en el arte, necesitan continuamente alegrías artísticas, presas de una bulimia que nunca los sacia.

# Literatura

Pues la facultad de lanzar ideas y sistemas y, sobre todo, de hacerlos propios, fue siempre mucho más frecuente, incluso en quienes tienen una producción, que el gusto auténtico, pero está adquiriendo mayor extensión desde que las revistas y los periódicos literarios se han multiplicado (y, con ellos, las vocaciones ficticias de escritores y artistas). Y así a la parte mejor de la juventud, a la más inteligente, a la más interesada, no le gustaban ya sino las obras de elevado alcance ético y sociológico, e incluso religioso. Se imaginaba que tal era el criterio para el valor de una obra [...]. Pero en cuanto la inteligencia razonadora decide ponerse a juzgar las obras de arte, nada hay ya que sea ni fijo ni seguro; es posible demostrar cuanto desee uno demostrar.

* * *

La grandeza del arte verdadero, en contra de ese que el señor de Norpois había llamado juego de diletante, consistía en recuperar, en volver a adueñarse de ella y en darnos a conocer esa realidad lejos de la cual vivimos y de la que cada vez nos distanciamos más según va abultando más y se va volviendo más impermeable el conocimiento convencional que ponemos en lugar suyo, esa realidad que podríamos correr el gran riesgo de morirnos sin haber sabido nada de ella y que es sencillamente nuestra vida, la vida verdadera, la vida descubierta y aclarada por fin, la única vida, por lo tanto, vivida de verdad, esa vida que, en cierto sentido, vive en cada instante en todos los hombres tanto como en el artista. Pero no la ven porque no intentan aclararla. Y por eso se les atiborra el pasado de incontables tópicos que no dejan nunca de ser inútiles porque la inteligencia no los ha «desarrollado».

## Arte

Solo mediante el arte podemos salir de nosotros mismos, saber qué ve otra persona de ese universo que no es igual que el nuestro

y cuyos paisajes habrían sido para nosotros tan desconocidos como los que puedan existir en la luna. Gracias al arte, en vez de ver un único mundo, el nuestro, lo vemos multiplicarse, contamos con tantos mundos a nuestra disposición como artistas originales hay, y son más diferentes unos de otros que los mundos que ruedan por el infinito y que, muchos siglos después de que se haya apagado la lumbre de que brotaban, ora se llamase Rembrandt, ora Vermeer, nos envían su particular rayo de luz.

* * *

Ese trabajo del artista, intentar divisar bajo una materia, bajo una experiencia, bajo unas palabras algo diferente, es exactamente el trabajo inverso del que, minuto a minuto, cuando vivimos desviados de nosotros mismos, el amor propio, la pasión, la inteligencia, y también el hábito, realizan en nosotros cuando amontonan por encima de nuestras impresiones verdaderas, para ocultarlas ahora, las nomenclaturas y las metas prácticas que llamamos falsamente la vida. En resumidas cuentas, ese arte tan complicado es precisamente el único que está vivo. Es el único que dice algo pensando en los demás y nos hace ver a nosotros nuestra propia vida, esa vida que es imposible «observar», cuyas apariencias, que es lo que observamos, precisan que las traduzcamos, y que con frecuencia se leen al revés y se desentrañan trabajosamente. Esa tarea que habían llevado a cabo nuestro amor propio, nuestra pasión, nuestro espíritu de imitación, nuestra inteligencia abstracta, nuestros hábitos, esa es la tarea que deshará el arte, es caminar en sentido contrario, es el regreso a las profundidades, donde yace lo que existió de verdad, sin que sepamos que gracias a ello sobreviviremos. Y no cabe duda de que era una gran tentación volver a crear la vida verdadera y rejuvenecer las impresiones. Pero hacían falta todas las categorías del valor, e incluso la sentimental. Pues, en primer lugar, consistía en derogar las ilusiones más caras y dejar de creer en la objetividad de lo que hemos elaborado personalmente.

# Creación literaria

[…] cuando lleguemos hasta la realidad, para expresarla y para conservarla, deberemos apartar lo que no es ella y eso que nos trae continuamente la velocidad adquirida del hábito. Más que cualquier otra cosa apartaría yo, pues, esas palabras que escogen no tanto la inteligencia cuanto los labios, esas palabras rebosantes de humor, como las que suelen decirse en la conversación, y que, tras una prolongada conversación con los demás, seguimos diciéndonos, artificialmente, y nos llenan la mente de embustes, esas palabras solo físicas que, en el escritor que se rebaja a transcribirlas, llevan la compañía de la sonrisita, de la leve mueca que altera continuamente, por ejemplo, la frase oral de un Sainte-Beuve, mientras que los libros auténticos tienen que ser hijos no de la plena luz y la charla sino de la oscuridad y del silencio.

* * *

En cuanto a las verdades que la inteligencia —incluso la de las mentes más preclaras— cosecha al descubierto, avanzando recto, a plena luz, pueden ser de muchísimo valor; pero tienen perfiles más escuetos y son planas, no tienen profundidad porque no ha sido necesario cruzar por profundidades para llegar a ellas, porque no se han creado de nuevo. Muchas veces, escritores en cuyo fondo no aparecen ya esas verdades misteriosas, escriben solo, a partir de determinada edad, con la inteligencia, cuya fuerza ha ido a más; por eso los libros de su edad madura tienen mayor fuerza que los de su juventud, pero no tienen ya el mismo tacto aterciopelado.

* * *

Notaba yo, sin embargo, que esas verdades que la inteligencia extrae directamente de la realidad no son enteramente desdeñables,

pues podrían servir de engarce, de forma menos pura, pero aún impregnada de ingenio, a esas impresiones que nos entrega fuera del tiempo la esencia que tienen en esas sensaciones del pasado y del presente, pero que, por más valiosas, son también demasiado exquisitas para que la obra de arte pueda constar solo de ellas. Con posibilidades de utilizarse así notaba que se me agolpaba por dentro una enorme cantidad de verdades que tenían que ver con las pasiones, con los caracteres, con las costumbres. […] Notaba alegría al percibir esas verdades; sin embargo me parecía recordar que más de una la había hallado en el sufrimiento; y otras, en placeres muy mediocres. Entonces, menos resplandeciente desde luego que la luz que me había permitido caer en la cuenta de que la obra de arte era el único medio de recuperar el Tiempo perdido, se hizo en mí una luz nueva. Y entendí que todos esos materiales de la obra literaria eran mi vida pasada; entendí que me habían llegado con los placeres frívolos, con la pereza, con la ternura, con el dolor que llevaba almacenado dentro, sin que hubiera intuido a qué iban destinados y ni tan siquiera su supervivencia más de lo que lo intuye la semilla cuando reserva todos los alimentos que nutrirán la planta. Igual que la semilla, podría morirme cuando ya estuviera desarrollada la planta, y resultaba que había vivido para ella sin saberlo, sin que me hubiera parecido nunca que mi vida fuese a entrar alguna vez en contacto con esos libros que habría querido escribir y para los que, cuando tiempo atrás me sentaba ante mi mesa, no hallaba tema. Así es como toda mi vida hasta el presente día habría podido y no habría podido resumirse en este título: una vocación. No habría podido hacerlo en el sentido de que la literatura no había desempeñado papel alguno en mi vida. Sí habría podido porque esa vida, los recuerdos de sus tristezas y de sus alegrías, constituían una reserva semejante a ese albumen que se aloja en el óvulo de las plantas y del que toma ese óvulo el alimento para convertirse en semilla […].

⁎ ⁎ ⁎

El literato envidia al pintor, le gustaría hacer croquis y apuntes, está perdido si lo hace. Pero cuando escribe, no hay ni un gesto de sus personajes, ni un tic, ni un acento que la inspiración no le deba a la memoria; no hay ni un nombre de personaje inventado bajo el que no pueda colocar sesenta nombres de personajes vistos, uno de los cuales posó para la mueca; otro, para el monóculo; este, para la ira; el de más allá, para el ademán presuntuoso del brazo, etc. […] Pues el escritor, a impulsos del instinto que llevaba dentro mucho antes de que creyese que iba a serlo un día, omitía con regularidad fijarse en tantas cosas que llaman la atención a los demás, y por eso estos lo tildaban de distraído y él se acusaba de no saber ni oír ni ver; pero mientras tanto les estaba dictando a los ojos y a los oídos que se quedasen para siempre con lo que a los demás les parecían naderías pueriles, el tono con que habían dicho una frase y la expresión de la cara y el movimiento de los hombros en determinado momento, de esta o aquella persona de quien nada más sabía, y eso ocurrió hace muchos años y lo hizo porque aquel acento ya lo había oído, o notaba que era posible que lo volviera a oír, que era algo que podría repetirse, algo duradero.

⁎ ⁎ ⁎

Las personas más lerdas en sus ademanes, sus dichos y los sentimientos que expresan de forma involuntaria dan fe de unas leyes que ellas no ven, pero que el artista sorprende en ellas. Porque observa cosas así, el vulgo piensa que el escritor es perverso, y se equivoca al pensarlo, pues en un rasgo ridículo el artista ve una espléndida generalidad y no considera que agravie a la persona a la que ha estado observando […]. Por desgracia, es más desdichado que perverso cuando se trata de sus propias pasiones; aunque sepa no menos bien lo generales que son, le cuesta más liberarse de los padecimientos personales que causan. No cabe duda de que cuando un insolente nos insulta, habríamos preferido que nos alabase; y,

sobre todo, cuando una mujer a la que adoramos nos traiciona, ¿qué no daríamos porque las cosas fueran de otra manera? Pero el resentimiento por la afrenta y el dolor del abandono habrán sido en ese caso las tierras que nunca habríamos conocido y cuyo descubrimiento, por muy penoso que resulte, se vuelve de inestimable valor para el artista.

* * *

[…] escribir es para el escritor una función sana y necesaria cuya consumación lo hace feliz, igual que a los hombres físicos los hace felices el ejercicio, el sudor y el baño.

## Literatura

[…] un libro es un cementerio de gran tamaño en la mayor parte de cuyas sepulturas no pueden ya leerse los nombres borrados.

## Creación literaria

Donde la vida empareda, la inteligencia abre una salida, pues, aunque no existe remedio para un amor no correspondido, de la comprobación de un sufrimiento salimos aunque no sea más que sacando las consecuencias que lo acompañan. La inteligencia no se halla nunca en esas situaciones cerradas de la vida, que no tienen salida.

* * *

Tenía, pues, que resignarme, ya que nada puede durar si no se vuelve general y si la mente no se miente a sí misma, a la idea de que incluso las personas que le fueron más caras al escritor lo único que hicieron, en resumidas cuentas, fue posar para él como les sucede a los pintores.

# Arte

La felicidad le resulta salutífera al cuerpo, pero es la pena la que desarrolla las fuerzas de la mente. Por lo demás, aunque no nos descubriese en todas las ocasiones una ley, no por ello dejaría de ser indispensable para encauzarnos hacia la verdad en todas las ocasiones y obligarnos a tomarnos las cosas en serio, arrancando en todas esas ocasiones las malas hierbas de los hábitos, del escepticismo, de la superficialidad y de la indiferencia. Cierto es que esa verdad, que no es compatible con la felicidad ni con la salud, no siempre lo es con la vida. La pena mata a la postre. Con cada pena demasiado grande notamos que se abulta otra vena más, que va desarrollando su sinuosidad mortal por la sien o por debajo de los ojos. Y así es, poco a poco, como aparecen los estragos en esos terribles rostros de Rembrandt viejo, de Beethoven viejo, de los que todos se reían.

# Creación literaria

[…] aceptemos el deterioro físico que nos causa [cada nueva pena] a cambio del conocimiento espiritual que nos aporta; dejemos que se desintegre el cuerpo, ya que cada nueva parcela que se desprende de él acude, luminosa y legible ahora, a completar ese conocimiento, pagándolo con sufrimientos que otros mejor dotados no precisan y para volverlo más sólido a medida que las emociones nos van disgregando la vida, para que se sume a nuestra obra. Las ideas son los sucedáneos de las penas; en cuanto estas se convierten en ideas, pierden parte de la acción nociva que tienen en el corazón; e incluso en los primeros instantes de la propia transformación se desprende repentinamente alegría.

* * *

Un escritor puede comenzar sin temor un trabajo largo. En cuanto la inteligencia inicie su labor, surgirán sobradas penas durante el camino que tomarán a su cargo rematarla. En cuanto a la felicidad, no tiene más que una ventaja, o poco más: hacer que sea posible la desgracia. [...] Si no hubiéramos sido felices, aunque solo fuera mediante la esperanza, las desgracias carecerían de crueldad y, en consecuencia, no darían fruto. Y, en mayor grado que el pintor, el escritor, para conseguir volumen, consistencia, generalidad, realidad literaria, de la misma forma que aquel precisa haber visto muchas iglesias para pintar una sola, precisa él también de muchas personas para un único sentimiento, pues si el arte es largo y la vida breve, podemos decir, en cambio, que aunque la inspiración sea breve los sentimientos que tiene que describir no son mucho más largos. Son nuestras pasiones las que nos bosquejan los libros, y el intervalo de descanso los escribe. [...] Al hacerme perder el tiempo, al apenarme, Albertine me había sido quizá más útil, incluso desde un punto de vista literario, que un secretario que me hubiese ordenado mis papeleríos. [...] Los años felices son los años perdidos; estamos a la espera de un sufrimiento para trabajar.

## Lectura

En realidad, todos y cada uno de los lectores son, cuando leen, lectores de sí mismos. La obra del escritor no es sino algo así como un instrumento óptico que le brinda al lector para permitirle distinguir lo que, sin ese libro, quizá no habría visto en sí mismo. Que el lector reconozca en sí lo que dice el libro es la prueba de la verdad del libro; y viceversa, al menos hasta cierto punto, pues la diferencia entre ambos textos se le puede con frecuencia imputar no al autor, sino al lector.

## Sueño

Si siempre me interesaron tanto los sueños que tenemos mientras estamos dormidos, ¿no será porque, compensando la duración con la fuerza, nos ayudan a entender mejor lo que hay de subjetivo, por ejemplo, en el amor? Y ello por el simple hecho de que —eso sí, a velocidad prodigiosa— nos llevan a eso que se llamaría vulgarmente chiflarnos por una mujer hasta conseguir que nos enamoremos locamente por unos minutos de una fea, hecho que en la vida real hubiera requerido un trato de años, liarse con ella, y —como si las hubiera inventado un médico milagroso— unas inyecciones intravenosas de amor, que también pueden serlo, y no menos, de sufrimiento [...]. He de decir que a lo mejor lo que también me tenía fascinado de los Sueños es la forma tremenda en que juegan con el Tiempo. ¿Acaso no había visto con frecuencia en una noche, en un minuto de una noche, tiempos muy remotos, desterrados a esas distancias enormes en las que no podemos ya divisar ninguno de esos sentimientos que notábamos a la sazón abalanzarse a toda velocidad, como si fueran aviones gigantescos en lugar de las pálidas estrellas que creíamos que eran, devolvernos todo cuanto habíamos tenido en esos tiempos, darnos la emoción, el choque, la claridad de su vecindad inmediata y regresar, al despertarnos, a la distancia que habían recorrido como por milagro, hasta hacernos creer, erróneamente por lo demás, que eran una de las formas de recuperar el Tiempo perdido?

## Vejez

Pero lo primero que hay que decir es que con la vejez ocurre como con la muerte; hay quienes se enfrentan a ella con indiferencia, no porque sean más valientes que los demás, sino

porque tienen menos imaginación. Además, un hombre que lleva apuntando a la misma idea desde la infancia y a quien esa pereza suya, e incluso su estado de salud, al hacerle posponer continuamente lo que quiere realizar, le anula todas las noches el día transcurrido y perdido, de forma tal que la enfermedad que le apresura el envejecimiento del cuerpo le retrasa el de la mente, se queda más sorprendido y más trastornado al ver que no dejó nunca de vivir en el Tiempo que aquel que vive poco en sí mismo, se atiene al calendario y no se entera de golpe del total que arrojan unos años que ha ido sumando a diario. Pero mi angustia la explicaba una razón más grave; estaba descubriendo esa acción destructora del Tiempo en el preciso momento en que quería empezar a aclarar y a intelectualizar en una obra de arte unas realidades extratemporales.

* * *

Y ahora entendía qué era la vejez, esa vejez que, de todas las realidades, es quizá de la que conservamos por más tiempo en la vida una noción puramente abstracta, mirando los calendarios, fechando las cartas, viendo cómo se casan los amigos y los hijos de los amigos, sin entender, bien por temor, bien por pereza, qué significa eso [...], hasta el día en que el nieto de una de nuestras amigas, un joven a quien, instintivamente trataríamos como a un compañero, sonríe, como si le estuviéramos tomando el pelo, porque le hemos parecido un abuelo.

## Belleza

La belleza de las imágenes se halla en la parte trasera de las cosas; la de las ideas, en la delantera. De forma tal que aquella deja de maravillarnos cuando les damos alcance, pero no entendemos esta hasta que las hemos dejado atrás.

# Vejez

Pensaba, por lo tanto, en esa ilusión que nos engaña cuando, al oír hablar de un anciano bien conocido, nos fiamos de antemano de su bondad, de su justicia, de la mansedumbre de su alma; pues notaba [que había ancianos] que habían sido cuarenta años antes jóvenes tremendos y de los que no había razón alguna para suponer que no siguieran con la misma vanidad, la misma duplicidad, el mismo desdén y las mismas tretas. Y, no obstante, contrastando por completo con aquellos, tuve la sorpresa de charlar con hombres y mujeres insoportables hacía tiempo y que se habían ido quedando sin casi todos sus defectos o a quienes la vida, al defraudar o al colmar todos sus deseos, les había quitado presunción o amargura.

* * *

Había hombres que cojeaban y se notaba que no era por un accidente de coche, sino por algún ataque o porque tenían ya, como suele decirse, un pie en la sepultura. Ante la suya propia, entornada, y paralizadas a medias, algunas mujeres […] parecían quitarse del todo el vestido, que se les había quedado enganchado en la piedra del panteón, y no podían enderezarse, agachadas y con la cabeza gacha, trazando una línea curva que era como la que ocupaban ahora entre la vida y la muerte, antes de la caída postrera. […] Había caras, bajo la capucha del pelo blanco, que tenían ya la rigidez y los párpados sellados de quienes están a punto de morir; y los labios, que les temblaban continuamente, parecían mascullar la oración de los agonizantes.

* * *

[…] pues lo mismo que cuesta pensar que un muerto estuvo vivo o que quien estaba vivo ahora esté muerto, es casi tan difícil, y de

una dificultad pareja (pues el aniquilamiento de la juventud, la destrucción de una persona pletórica de fuerza y de celeridad es ya un primer anonadamiento) concebir que esa que fue joven es vieja, cuando el aspecto de esa vieja, yuxtapuesto al de la joven, parece excluirla de tal forma que son, por turnos, la vieja, y luego la joven, y de nuevo la vieja las que nos parecen un sueño […].

* * *

No existe, por lo tanto, humillación, por muy grande que sea, que no debamos sobrellevar sin agobios, pues sabemos que, al cabo de unos cuantos años, nuestros defectos enterrados no serán ya sino polvo invisible, y por encima de él sonreirá la paz risueña y florida de la naturaleza.

* * *

Por mucho que sepamos que los años pasan, que la juventud le cede el lugar a la vejez, que las fortunas y los tronos más sólidos se desploman, que la celebridad es pasajera, nuestra forma de conocer y, por así decirlo, de tomar un cliché de este universo movedizo, que el Tiempo arrastra, antes bien lo inmoviliza. De forma tal que seguimos viendo jóvenes a las personas a quienes conocimos jóvenes, y a aquellas a quienes conocimos de viejas las ornamos retrospectivamente, en el pasado, con las virtudes de la vejez […].

* * *

No cabe duda de que, por mucho que cambiemos de ambiente y de género de vida, nuestra memoria, al no soltar el hilo de nuestra personalidad idéntica, anuda a ella, en las épocas sucesivas, el recuerdo de los entornos sociales en los que vivimos, aunque de eso haga ya cuarenta años.

## Memoria

No solo algunas personas tienen memoria y otras no [...], sino que, incluso con igual memoria, dos personas no recuerdan las mismas cosas. Esta se habrá fijado muy poco en algún hecho que le haya dejado a aquella un gran remordimiento y, en cambio, habrá captado al vuelo, como seña simpática y característica, alguna palabra que a la otra se le habrá escapado casi sin darse cuenta. El interés que tenemos en no habernos equivocado cuando hemos hecho un pronóstico erróneo abrevia la duración del recuerdo de ese pronóstico y nos permite afirmar casi enseguida que no lo habíamos hecho. Finalmente, un interés más hondo, más desinteresado, diversifica las memorias, de forma tal que al poeta, a quien se le ha olvidado casi todo de esos hechos que le recuerdan, se le queda una impresión fugitiva.

## Muerte

Pues toda muerte es para los demás una simplificación de la existencia y suprime el escrúpulo de mostrarse agradecido y la obligación de hacer visitas.

## Creación literaria

Ni siquiera a mi casa dejaría a la gente que viniera a verme en los momentos dedicados al trabajo, pues el deber de realizar mi obra prevalecía sobre el de ser cortés, o incluso bondadoso [...] porque, como me había dado cuenta en Combray cuando mis padres me hacían reproches en el preciso momento en que acababa de adoptar, sin que ellos lo supieran, las más loables decisiones, las esferas de

los relojes interiores con que cuentan los hombres no marcan todas la misma hora; en una da la hora del descanso al tiempo que en otra da la del trabajo; en una da la del castigo del juez cuando, en la del culpable, da la del arrepentimiento y el perfeccionamiento interior. Pero tendría valor para contestar a quienes pudieran venir a verme o me mandasen a buscar que tenía, para cosas esenciales de las que necesitaba ponerme al corriente sin demora, una cita urgente, y de capital importancia incluso, conmigo mismo […]. Y, por lo demás, ¿no era acaso para ocuparme de ellos para lo que viviría lejos de quienes se quejasen de no verme, para ocuparme de ellos más a fondo de lo que habría podido hacerlo en su compañía, para intentar revelarlos a sí mismos, para que se realizasen? ¿De qué habría valido que hubiese pasado más años desperdiciando las veladas en hacer que resbalase sobre el eco apenas extinto de sus palabras el sonido no menos inútil de las mías por el estéril placer de un contacto mundano que excluye cualquier comprensión a fondo? […] Por desgracia, tendría que luchar contra ese hábito de ponerse en el lugar de los demás que, por más que favorezca la concepción de una obra, retrasa su ejecución.

## Amistad

Y, lejos de creerme desdichado por llevar esa vida sin amigos, sin charlas, como llegaron a creer los más grandes, me daba cuenta de que la fuerza de la exaltación que gastamos en la amistad es algo así como una situación en falso que apunta a una amistad concreta que no conduce a nada y se desvía de una verdad hacia la que podría habernos conducido.

## Memoria

[…] el tiempo que cambia a las personas no modifica la imagen que de ellas nos ha quedado. Nada resulta más doloroso que esa oposición entre la alteración de las personas y la fijeza del recuerdo cuando caemos en la cuenta de que lo que tan lozano se nos conservó en la memoria, no puede ya tener lozanía en la vida, que no podemos, en el mundo exterior, acercarnos a eso que tan hermoso nos parece en nuestro fuero interno, a eso que despierta en nosotros un deseo, tan individual sin embargo, de volver a verlo […], notaba que no podría contar con saciar ese deseo sino a condición de buscarlo en una persona de esa misma edad, es decir en otra persona. Ya había podido sospechar frecuentemente que eso que parece único en una persona a la que deseamos no le pertenece.

* * *

[…] tenemos una vida vagabunda, pero una memoria sedentaria […].

## Arte

Me daba cuenta de que el tiempo que pasa no supone forzosamente un progreso para las artes.

## Metamorfosis

Así cambia el aspecto de las cosas de este mundo; así, el centro de los imperios y el catastro de las fortunas y la carta de las situaciones; en todo cuanto parecía definitivo hay perpetuos retoques, y los ojos de un hombre que lleve tiempo viviendo pueden contemplar el cambio más completo en los lugares en que, precisamente, le parecían más imposibles.

# Memoria

[…] la memoria, al introducir el pasado en el presente sin modificarlo, tal y como era cuando era presente, suprime precisamente, esa gran dimensión del Tiempo a tenor de la que se realiza la vida.

# Creación literaria

Por último, esa idea del tiempo tenía para mí un valor más; era un acicate, me decía que ya era hora de empezar si quería llegar hasta eso que a veces había notado en mi vida, como breves relámpagos, yendo por donde los Guermantes y en mis paseos en coche con la señora de Villeparisis, y que me había hecho considerar que la vida merecía la pena vivirla. Cuánto más me lo parecía ahora que creía que era posible aclarar esa vida que vivimos entre tinieblas y que había vuelto a la verdad de lo que era, siendo así que la falseamos sin cesar, realizada en un libro en resumidas cuentas. Qué dichoso sería quien pudiera escribir ese libro, pensaba yo, y qué tarea tiene por delante. Para dar una idea de ello habría que escoger las comparaciones en las artes más elevadas y más diversas; pues ese escritor, que por lo demás, en lo referido a cada carácter, tendría que mostrar las facetas más opuestas para que se notase el volumen de ese libro suyo como si fuera el de un sólido, tendría que prepararlo minuciosamente, reagrupando de continuo las fuerzas, como para una ofensiva; soportarlo como un cansancio; aceptarlo como una norma; edificarlo como una iglesia; seguirlo como a un régimen; vencerlo como un obstáculo; conquistarlo como una amistad; sobrealimentarlo como a un niño; crearlo sin dar de lado esos misterios que no hallan explicación, probablemente, sino en otros mundos y cuyo presentimiento es lo que más nos emociona en

la vida y en el arte. Y en esos libros magnos hay partes que solo dio tiempo a esbozar y que seguramente no llegarán nunca a terminarse por la propia amplitud del plano del arquitecto. ¡Cuantas grandes catedrales se quedan sin acabar! A un libro así se pasa uno mucho tiempo alimentándolo, se le refuerzan las partes débiles, se lo protege, pero luego es él el que crece, indica nuestra tumba, la protege contra los rumores y también hasta cierto punto contra el olvido.

## Lectura

Pero, volviendo a mi caso, pensaba en mi libro con mayor modestia, e incluso no sería exacto decir que pensaba en quienes lo leyesen, en mis lectores. Pues no serían, como ya he explicado, lectores míos, sino, hablando con propiedad, lectores de sí mismos ya que mi libro no sería sino algo parecido a esos cristales de aumento como los que le ofrecía a un cliente el óptico de Combray, un libro mío merced al que les proporcionaría el medio para leer en sí mismos. De forma tal que no les pediría que me alabasen o me criticasen, sino solo que me dijeran si era así, efectivamente: si las palabras que leen en sí mismos son efectivamente las que he escrito yo (las posibles divergencias al respecto no tendrían, por lo demás, que deberse siempre a que me hubiera equivocado, sino, a veces, a que los ojos del lector no fueran aquellos a los que les resultase adecuado mi libro para que ese lector leyese bien en sí mismo).

## Individualidad

[…] pues nuestros mayores temores, de la misma forma que nuestras mayores esperanzas, no se hallan más allá de nuestras fuerzas y finalmente podemos dominar aquellos y cumplir estas.

## Enfermedad

Y tener un cuerpo es la gran amenaza para la mente. La vida humana y pensante (de la que sin duda debemos decir que no es tanto un perfeccionamiento maravilloso de la vida animal y física cuanto, más bien, una imperfección tan rudimentaria aún como la existencia común de los protozoos en unos poliperos, como el cuerpo de la ballena, etc.) es tal en la organización de la vida espiritual que el cuerpo encierra a la mente en una fortaleza; no tardan en asediar la fortaleza por todas partes y al final la mente tiene que rendirse.

## Creación literaria

[…] todos los altruismos fecundos de la naturaleza se desarrollan según un modelo egoísta; el altruismo humano que no sea egoísta es estéril, es el del escritor que interrumpe el trabajo para recibir a un amigo desdichado, para aceptar un cargo público, para escribir artículos de propaganda.

## Muerte

Sabía yo muy bien que era mi cerebro una rica cuenca minera en que había una extensión inmensa y de lo más variada de yacimientos de gran valor. Pero ¿iba a darme tiempo a explotarlos? Era la única persona capaz de hacerlo. Por dos razones: si me moría, desaparecía no solo el único minero capaz de extraer los minerales, sino también el propio yacimiento; ahora bien, dentro de un rato, según volvía a casa, bastaría con que el automóvil en que me subiera se encontrara con otro para que quedase mi cuerpo

destruido y mi mente se viera en la obligación de abandonar para siempre mis nuevas ideas. Ahora bien, por una curiosa coincidencia, este temor razonado del peligro nacía en mí en un momento en que, desde hacía poco, la idea de la muerte se me había hecho indiferente. El temor de dejar de ser yo me había espantado tiempo atrás, y con cada nuevo amor que sentía —por Gilberte, por Albertine—, porque no podía soportar la idea de que un día la persona que las amaba ya no existiera, y eso sería como una especie de muerte.

* * *

Esa idea de la muerte se afincó definitivamente en mí igual que lo hace un amor. No era que me agradase la muerte, la aborrecía. Pero, tras haber pensado en ella, seguramente, de vez en cuando, como en una mujer a la que aún no se quiere, ese pensamiento lo llevaba ahora adherido a la capa más honda del cerebro de forma tan absoluta que no podía dedicarme a nada sin que lo que fuere cruzase primero por la idea de la muerte, e incluso aunque no anduviera haciendo nada y estuviese en completo reposo, la idea de la muerte me hacía compañía de forma tan incesante como la idea del yo.

## Creación literaria

Lo que yo tenía que escribir [...] era una cosa más larga y para más de una persona. Algo largo de escribir. De día, como mucho, podría intentar dormir. Si escribía, solo lo haría de noche. Pero necesitaría muchas noches, a lo mejor cien, a lo mejor mil. Y viviría con la ansiedad de no saber si el Dueño de mi destino, menos indulgente que el sultán Shahriar, por la mañana, cuando interrumpiera yo el relato, tendría a bien aplazar mi sentencia de muerte y me permitiera seguir con él la siguiente noche. No es que yo pretendiese ni por asomo volver a escribir *Las mil y una noches*,

ni tampoco las *Memorias* de Saint-Simon, que también se escribieron de noche, ni ningún otro libro de todos esos que tanto me habían gustado y de los que, apegado a ellos supersticiosamente, con mi candor infantil, igual que a mis amores, no podía sin espanto imaginar que tuvieran la forma de una obra diferente. Pero, igual que Elstir, igual que Chardin[35], solo podemos volver a hacer lo que nos gusta si renegamos de ello. Seguramente también esos libros míos acabarían un día por morir. Pero hay que resignarse a morir. Aceptamos la idea de que nosotros dentro de diez años, y nuestros libros dentro de cien, ya no existiremos. Nadie les ha prometido la duración eterna ni a las obras ni a los hombres. A lo mejor iba a ser un libro tan largo como *Las mil y una noches*, pero diferente por completo.

## Enfermedad

No cabe duda de que cuando estamos enamorados de una obra querríamos hacer algo muy semejante, pero hay que sacrificar ese amor del momento y no pensar en el gusto propio, sino en una verdad que no nos pregunta nuestras preferencias y nos prohíbe acordarnos de ellas. Y es solo ateniéndonos a ella como, a veces, resulta que nos encontramos con lo que habíamos dado de lado y con que hemos escrito, mientras nos olvidábamos de esos libros, los *Cuentos árabes* o las *Memorias* de Saint-Simon de una época diferente. Pero ¿estaba yo todavía a tiempo? ¿No era demasiado tarde?

Me decía también: «No solo no sé si todavía estoy a tiempo, sino si estoy en condiciones de realizar mi obra». La enfermedad, que ejerciendo como un rudo director espiritual, me había sido de utilidad (pues si el grano de trigo no muere después de que lo siembren dará mucho fruto), esa enfermedad que, después de que la pereza me hubiera protegido de la facilidad, a lo mejor iba a guardarme de la pereza […].

# Tiempo

Si al menos se me concediera tiempo suficiente para llevar a cabo mi obra, no dejaría de marcarla con el cuño de ese Tiempo cuya idea se me imponía con tanta fuerza ahora; y describiría a los hombres, por más que así los hiciera parecerse a seres monstruosos, ocupando en el Tiempo un lugar mucho más considerable que ese, tan restringido, con que cuentan en el espacio; un lugar, antes bien, que se alarga desmedidamente, puesto que los hombres, como gigantes sumergidos en los años, acostan simultáneamente en épocas que vivieron, tan distantes —y entre las que han venido a situarse tantos días— en el Tiempo.

# Muerte

Pero ahora, cuando desde hacía poco se me había vuelto [la muerte] indiferente, empezaba a temerla de nuevo, cierto que de otra forma, no por mí, sino por mi libro, para cuya eclosión resultaba indispensable, al menos por una temporada, esta vida que tantos peligros amenazaban. Dice Victor Hugo: «Ha de crecer la hierba y han de morir los niños». Yo digo que la ley cruel del arte es que las personas mueren y también nosotros moriremos, apurando todos los padecimientos, para que crezca la hierba, no la del olvido, sino la de la vida eterna, la hierba prieta de las obras fecundas a la que las generaciones acudirán, jubilosamente, sin preocupación por los que duerman debajo, a celebrar su «almuerzo en la hierba».

# GALERÍA DE PERSONAJES Y LUGARES

Abuela: Abuela materna del Narrador, con la que este acudía a Balbec en verano siendo niño. Muere a los pocos días de sufrir un ataque, víctima de la uremia que padecía, mientras paseaba con el Narrador por Les Champs-Élysées.

Agrigente Príncipe de: Aristócrata amigo del matrimonio Swann. Sus conocidos lo apodan Gri-gri.

Andrée: Muchacha de mayor edad de la pandilla de amigas a la que pertenece Albertine. El Narrador la utiliza para vigilar y darle celos a esta última. Ambas acaban manteniendo una relación lesbiana.

Balbec: Estación balnearia normanda a la que acude el Narrador niño con su abuela.

Bergotte: Escritor que frecuenta el salón de la duquesa de Guermantes y amigo de Gilberte, al que el Narrador conoce en casa de los Swann.

(La) Berma: Actriz a la que el Narrador vio de niño interpretar el papel de *Fedra*, la obra de Racine, en un teatro parisino, causándole una honda impresión.

Bloch, Albert: Joven parisino de origen judío, compañero de estudios y amigo del Narrador, a quien acompaña en su primera visita a una casa de citas. En el caso Dreyfus, toma partido por el militar acusado, también de origen judío.

Cambremer Señora de: Aristócrata de Combray, asidua del salón de los Verdurin hasta que discute con ellos.

Combray: Pueblo normando donde los abuelos paternos y la tía-abuela del Narrador tienen una casa, en la que este pasaba los veranos de su infancia con sus padres.

Cottard, doctor: Médico que frecuenta el salón de los Verdurin, fascinado por la alta sociedad, pero inseguro cuando trata con ella.

Crécy, Odette de: Mujer «fácil» asidua del salón de los Verdurin, donde conoce a Charles Swann, con el que acaba casándose y teniendo una hija, Gilberte.

Charlus, barón de: Aristócrata culto y mundano, primo de la duquesa de Guermantes y tío del marqués de Saint-Loup. Es homosexual y se enamora del violinista Charles Morel.

Doncières: Localidad cercana a Combray en cuyo cuartel Robert de Saint-Loup cumplió el servicio militar en calidad de sargento y donde recibió la visita del Narrador.

E., profesor: Médico que examina de urgencia a la abuela del Narrador tras sufrir un ataque en Les Champs-Élysées.

Elstir: Pintor impresionista de Balbec.

Françoise: Cocinera de la tía Léonie en Combray que, a la muerte de esta, empieza a trabajar en París en casa de los padres del Narrador.

Guermantes, duquesa de: Aristócrata de Combray cuyo apellido y cuya genealogía fascinan al Narrador desde la infancia, inspirándole todo tipo de ensoñaciones que quedan defraudadas cuando la conoce en persona.

Guermantes Palacio de: Residencia de la familia de Guermantes, cerca de Combray.

Jupien: Sastre de Guermantes muy vinculado (no sentimentalmente) al barón de Charlus.

Jupien, Marie-Antoinette: Costurera sobrina del anterior y enamorada del violinista Charles Morel.

Legrandin: Hermano de la señora de Cambremer. Un ingeniero esnob, soltero, residente en París y amante de la literatura.

Léonie: Tía del Narrador que vive en Combray y que casi siempre estaba postrada en la cama, aquejada de alguna enfermedad.

Marsantes, señor de: Padre de Robert de Saint-Loup.

Martinville: Pueblo cercano a Combray.

Méséglise: Pueblo cercano a Combray.

Montjouvain: Pueblo cercano a Combray.

Morel, Charles: Joven y brillante violinista, violento y ambicioso, amante del barón de Charlus.

Norpois, marqués de: Antiguo embajador, amigo de la familia del Narrador.

Rachel: Actriz de origen judío, amante de Robert de Saint-Loup quien, cuando la conoció, le puso de mote las primeras palabras del libreto de una ópera de Halévy: «Rachel, cuando del Señor…».

Saint-Loup, Robert, marqués de: Amigo del Narrador, al que este conoce en su primera estancia en Balbec. Hijo del conde de Marsantes y sobrino de la señora de Villeparisis y del barón de Charlus. Amante de Rachel.

Saniette, señor: Archivero tartamudo asiduo del salón de los Verdurin.

Sazerat, señora: Burguesa de Combray que pasa temporadas en París.

Simonet, Albertine: Joven de la que el Narrador se enamora durante su estancia estival en Balbec y que más adelante será su novia. En Balbec forma parte de una pandilla de amigas, entre ellas Andrée, con la que mantiene una relación lesbiana, así como con la señorita Vinteuil, hija del difunto compositor Vinteuil.

Swann, Charles: Marchante de origen judío, residente en París y asiduo de la alta sociedad parisina. Tiene una casa en Combray, donde vivían los abuelos del Narrador cuando era niño. En el salón de los Verdurin conoce a Odette de Crécy, con la que acaba casándose y teniendo una hija, Gilberte.

Swann, Gilberte: Hija única de Charles y Odette Swann, de la que el Narrador estaba enamorado de niño.

Verdurin, señor y señora: Matrimonio de burgueses parisinos adinerados en cuyo salón, de orientación artística, se relacionan varios personajes de la obra. Durante el caso Dreyfus, toman partido por el condenado.

Villeparisis, señora de: Tía de Robert de Saint-Loup, amiga de juventud de la abuela del Narrador.

Vinteuil, señor: Compositor viudo de Montjouvain, padre de una hija. Alcanza el éxito en París gracias, en parte, al salón de los Verdurin. Autor de la célebre sonata que fascina a Charles Swann.

Vinteuil, señorita: Hija del compositor Vinteuil. De tendencias bastante depravadas, el Narrador es testigo casual de una escena en la que ve a la joven en su casa de Montjouvain que disfruta profanando el retrato de su padre junto a una amiga.

# Notas

[1] *La violación de Lucrecia*, p. 171. Traducción de Fátima Auad y Pablo Mañé Garzón. Edición bilingüe. Libros Río Nuevo. **<<**

[2] *Los placeres y los días. Parodias y misceláneas*, pp. 14-15. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial. **<<**

[3] *Los placeres y los días. Parodias y misceláneas*, p. 358. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial. **<<**

[4] *Los placeres y los días. Parodias y misceláneas*, p. 355. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial. **<<**

[5] *Los placeres y los días. Parodias y misceláneas*, p. 362. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial. **<<**

[6] *Los placeres y los días. Parodias y misceláneas*, p. 373. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial. **<<**

[7] *Los placeres y los días. Parodias y misceláneas*, p. 371. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial. **<<**

[8] *Los placeres y los días. Parodias y misceláneas*, p. 350. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial. **<<**

[9] Vida de Henry Brulard, p. 229. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial. **<<**

[10] Rojo y negro. Traducción de Juan Bravo Castillo, p. 428. Espasa Calpe. **<<**

[11] La muerte de Iván Ilich, pp. 61-62. Traducción de Augusto Vidal. Editorial Bruguera. **<<**

[12] La muerte de Iván Ilich, p. 87. Traducción de Augusto Vidal. Editorial Bruguera. **<<**

[13] *Álbum Proust*. Traducción de Julio Martínez Mesanza. Mondadori 1988. **<<**

[14] *Aforismos, visiones y sueños*. Franz Kafka, p. 36. Traducción de José Rafael Hernández Arias. Editorial Valdemar. **<<**

[15] *Poesía completa. Tomo II*. Friedrich Hölderlin. Traducción de Federico Gorbea. Edición bilingüe. Libros Río Nuevo. **<<**

[16] *Humano, demasiado humano*, p. 123. Primer volumen. Traducción de Alfredo Brotons Muñoz. Editorial Akal. **<<**

[17] Se refiere a los celos que sintió Charles Swann de Odette de Crécy antes de casarse con ella. (Esta nota y las siguientes son de Jaime Fernández). **<<**

[18] Guermantes y amarante, el color amaranto, que el Narrador relaciona con ese apellido, terminan igual fonéticamente en francés: ant. Véase Por donde los Guermantes, p. 188. **<<**

[19] El texto que el Narrador redactó con las impresiones que le suscitaban los campanarios de Martinville mientras viajaba en el carruaje del doctor Percepied. **<<**

[20] Chateaubriand, Balzac y Victor Hugo. **<<**

[21] Robert de Saint-Loup. **<<**

[22] En la habitación de un hotel de Doncières, cerca de París, donde el Narrador acudió para visitar a su amigo Robert Saint-Loup, que cumplía el servicio militar en calidad de sargento, en el cuartel de la ciudad. **<<**

[23] El doctor E. que atendía a la abuela en su domicilio, al que la condujo el Narrador con urgencia desde los Campos Elíseos para que la examinara, y que ahora protestaba porque tenía que acudir enseguida a una cena en la casa del ministro de Comercio. **<<**

[24] El Narrador se refiere a las conversaciones que se sostenían en el salón de los Guermantes sobre el abolengo de las familias aristocráticas. **<<**

[25] El célebre cementerio situado al este de París y donde está enterrado el propio Proust. **<<**

[26] Se trata del Palacio Pincio, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores de Italia. **<<**

[27] Alusión a la duquesa viuda de Gallardon, «un auténtico veneno». **<<**

[28] Porque el archivero Saniette, uno de los asiduos del salón, que solía tartamudear, se trabó con una palabra. **<<**

[29] Ópera cómica en tres actos (libreto de Adolphe von Ribbing y Léon Lévy y música de Adolphe Adam), estrenada en París con gran éxito en 1836. **<<**

[30] Se refiere a Albertine, recientemente fallecida en un accidente de caballo. **<<**

[31] Tras la publicación de un artículo que había enviado a Le Figaro, el Narrador reflexiona acerca de las impresiones que le causó verlo publicado por primera vez en el diario parisino. **<<**

[32] El sueño. **<<**

[33] El Narrador se refiere al gobierno alemán durante la Primera Guerra Mundial. **<<**

[34] Se refiere a la Primera Guerra Mundial. **<<**

[35] Se refiere al pintor francés Jean Siméon Chardin (1699-1779), que sobresalió en cuadros de género y en interiores domésticos. **<<**